



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

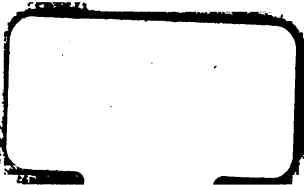
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

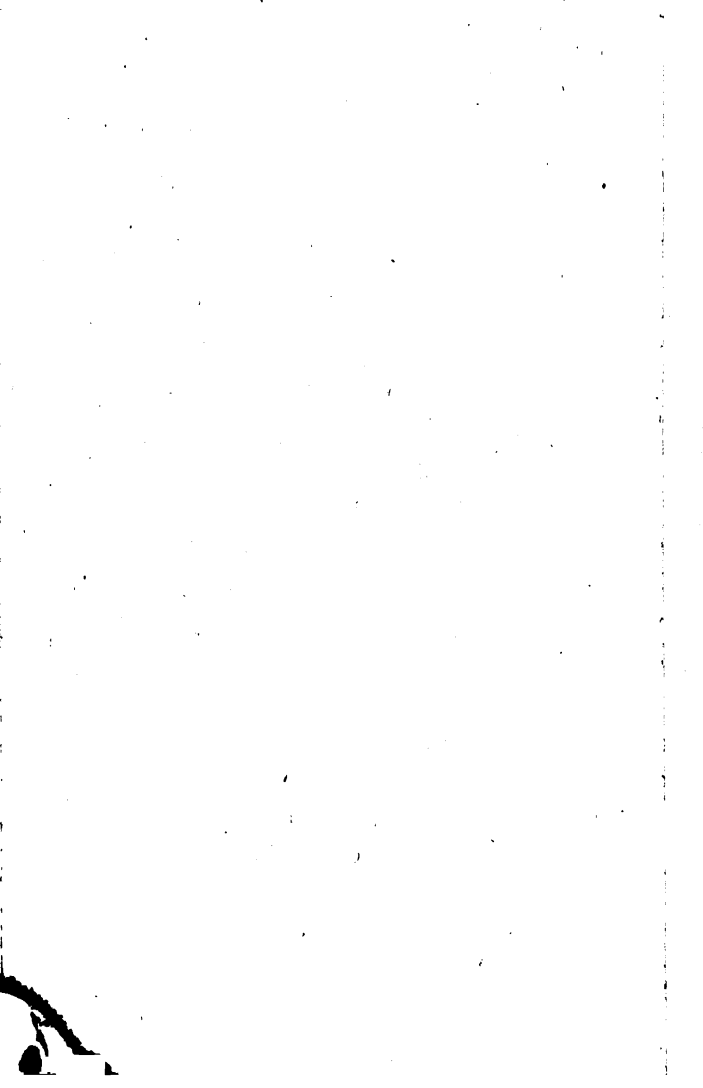
NYPL RESEARCH LIBRARIES

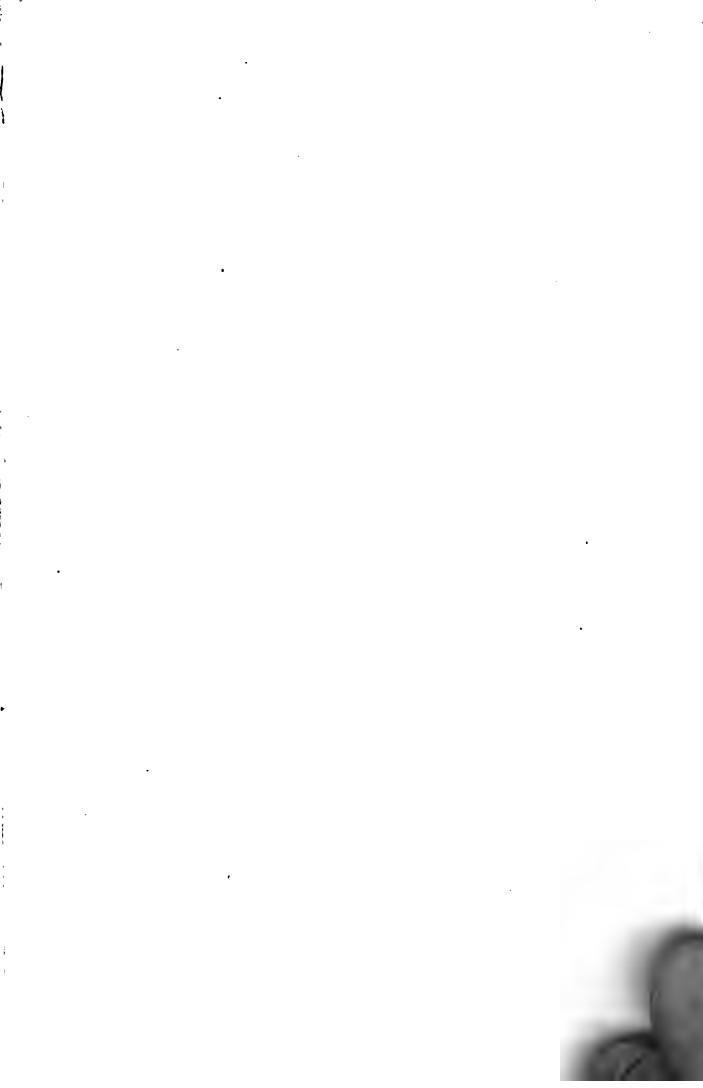


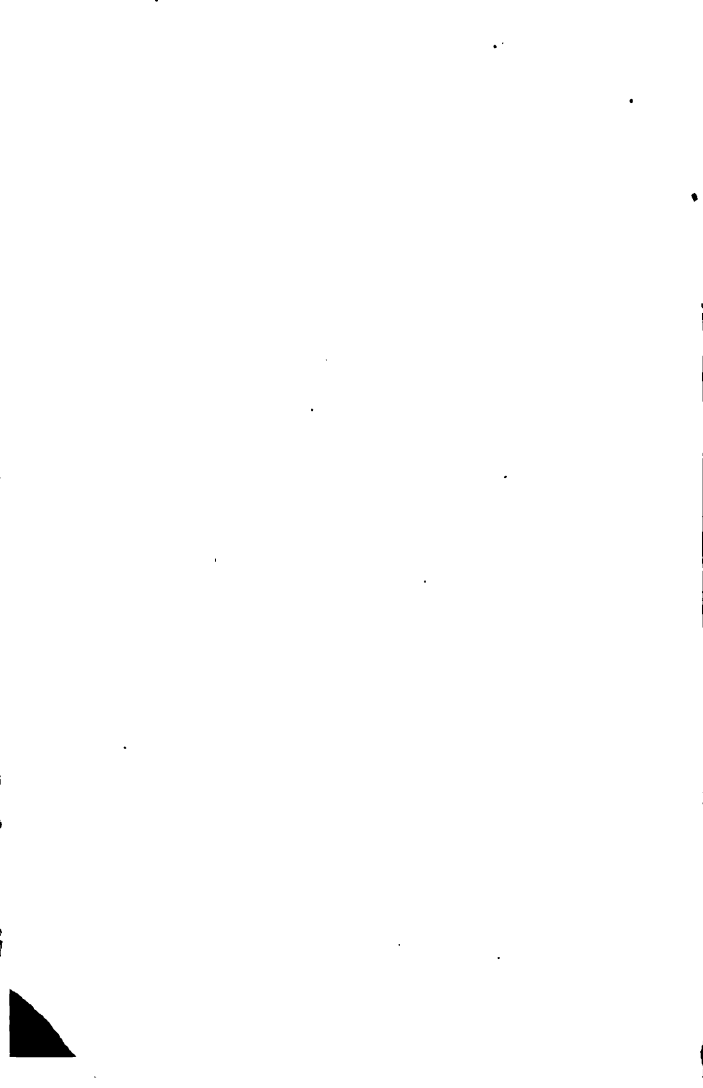
3 3433 07586603 2



1000

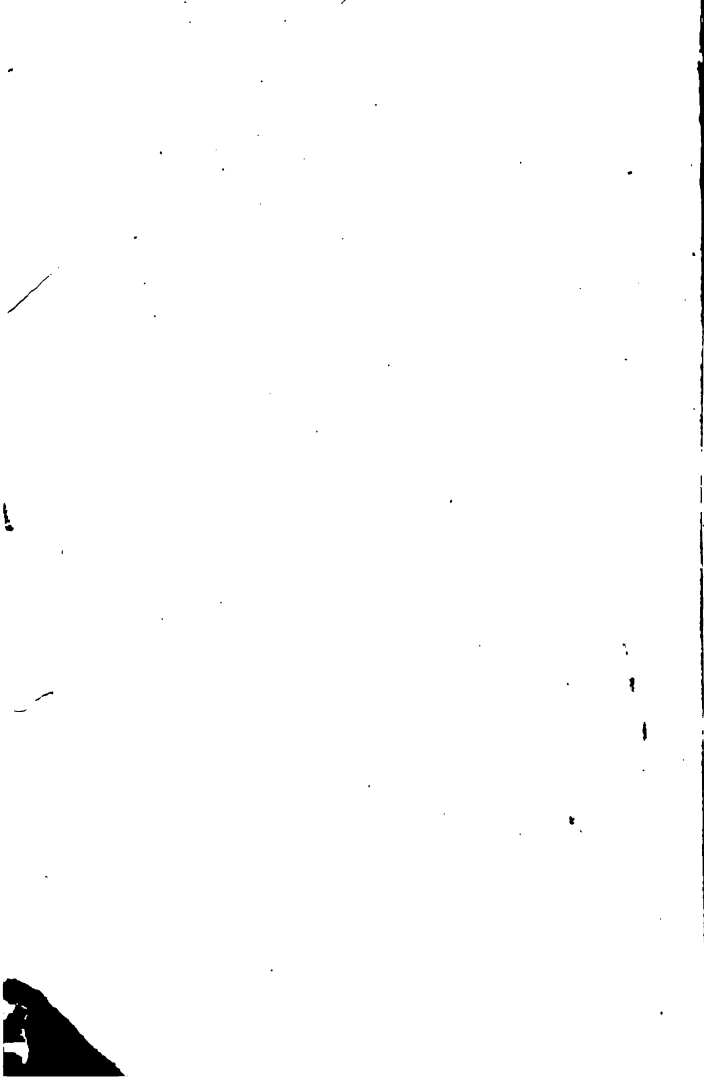






~~7/7/71~~

NPO



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON PEDRO CALDERON

DE LA BARCA.

TOMO SEGUNDO;

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTGA Y COMPAÑIA

1828.

17/1/28

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1950

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

EL ASTROLOGO FINGIDO.

PERSONAS.

Don Juan.

Don Antonio.

Don Diego.

Don Carlos.

Leonardo , viejo.

Moron.

Doña Maria.

Doña Violante.

Beatriz , criada.

Quiteria , criada.

Otañez , escudero.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SAEA EN CASA DE LEONARDO.

Doña María y Beatriz.

Doña María.

¿Dime, y pasó tan galán?

Beatriz.

A todo cuento miraba,

á un mismo tiempo causaba

amor, y envidia don Juan;

Llevaba un vestido airoso,

sin guarnición, ni bordado;

y con lo bien sazonado,

no hizo falta lo costoso.

Muchas plumas, que llevadas

del viento, me parecía

que volar don Juan quería;

Botas, y espuelas coladas.

Con esto, y con su buen tallo,

sin quitar de tu ventána

la vista, la quista mostraba

dos veces, pasó la noche.

Doña María.

Por la pinta que has hecho,

Beatriz, toma este diamante.

Beatriz.

Justo será que me espante

de ver agrado en tu pecho,

tratando cosas de amor,

sino son albricias yá
de ver que don Juan se va:

Doña María.

Diferente es el rigor
que siento.

Beatriz.

Pues tu hermosura,

porque amor se satisfaga
tan bien las pinturas paga,
escuchame otra pintura.

Al tiempo que ya dejaba
la calle don Juan, entró
en ella don Diego; y yo,
como en la ventana estaba,
le ví en un caballo tal,
que infatigado de él el viento,
dejaba ser elemento,
por ser tan bello animal.
Con las manos confirmaba
el freno tanta armonía,
que el son con la boca hacía,
á cuyo compás danzaba.
¡Si le vieras, que brioso
sacó el brazo! ¡qué galán
pasó!

Doña María

Hablemos de don Juan,
y deja aquese enfadoso.
¡Si se habrá partido ya,
Beatriz? ¿Sabes donde fué?
¡si vendrá presto?

Beatriz.

No sé:

¡mas, qué cuidado te da
que se vaya, si ha dos años,

7
señora, que te ha servido,
y que solo ha merecido
desprecios, y desengaños?
Váyase, y á sus desvelos,
podrá hacerte resistencia,
que es muerte de amor la ausencia,
adonde faltan los áelos.

Doña María.

Pésame que los enojos,
que hasta ahora he resistido,
no los hayas conocido
en el llanto de mis ojos.
¡Ay Beatriz, amiga mía!
no sé como hablar, no sé
como decirte que amé.
á don Juan, desde aquel día
que conocí su afición,
aunque constante vendí
mi pena, porque temí
la opinión de mi opinión;
que un hombre con solo hablar,
es mas, (¡ qué fácil deshónra!)
bastante á quitar la honra,
que muchos no pueden dar.
¡Mas qué desigual fortuna,
que una lengua ponga menguas
en mil honras, y mil lenguas
no puedan dar sola una!
Yo temerosa de ver
público mi deshónra,
puse silencio en mi amor,
mas fue silencio en muger;
pues hoy la ausencia provoca
á que salgan mis enojos
en lágrimas á los ojos.

y en suspiros á la boca.

Beatriz.

Si en ausencia te declaras,
lo mismo te sucediera
con don Diego, si él se fuera;

Doña María.

Mal en mi daño reparas,
pues cuanto la pretension
de don Juan mi pecho enciende,
tanto don Diego te ofende.

Beatriz.

En tu amor y en tu elección
dos novedades me ofresces:
querer al de menor fama,
hacienda, y nobleza, dama
de comedias me pareces;
que toda mi vida ví
en ellas aborrecido
al rico, y favorecido
al pobre, donde advertí
su notable impropiedad,
pues si las comedias son
una viva imitación,
que retrata la verdad
de lo mismo que sucede;
¿cómo pobre verle estimar,
¿como se puede imitar,
si ya suceder no puede?

Sale Otalúa.

Otalúa.

Don Juan de Medrano pide
licencia para besarte
las manos.

Beatriz.

Y viene á hablarte
antes de irse.

Doña María.

¿Quién lo impide? (1)

ESCENA II.

Doña María, Beatriz y don Juan.

Don Juan.

Con licencia me atreví
á entrar donde ardiendo estan
dos soles.

Doña María.

¿ Señor don Juan,
espuelas, y plumas?

Don Juan.

Sí,

que no me bastó llevar
espuelas para correr;
y así, hubé menester
las plumas para volar:
que quien ausentarse intenta
del sol, bien es que presumas,
que ha de valerse de plumas.

Doña María.

¿ Qué mandáis?

Don Juan.

Escucha atenta.

Sí á quien se ausenta, ó se muere,
licencia se le permite
de hablar, por ausente, y muerto,
licencia don Juan te pide:
muerto, porque vive ausente
de sí, ausente, porque vive
muerto en tu gracia; que juntas

en mi vida, y muerte asisten:

En fin, por última vez
que he de hablarte, y has de oírme:

mis libertades perdona,

y mis disculpas admite.

Que te quise habrá dos años,

(si me muero, no te admires,

pues fué mi culpa el quererte,

que confiese que te quise)

tantos ha que á tus dos soles

alas de cera previne;

mas si á tu nieve se hielan,

si á tus rayos se derriten,

¿que mucho que tanto fuego

abrasado me derribe

á las ondas de mi llanto

que un mar de lagrimas finge?

Dos papeles te escribí,

bien sabes tú cuan humildes,

porque, á no serlo, no fueran

hijos de un amor tan firme.

Engañada los tomaste;

pero tú, que iguales mides

ingratitude, y belleza,

callando me respondiste.

Un dia que á tu jardin

pude atrevido seguirte,

y entrar en él, porque el campo

atrevimientos permite,

entre sus flores te vi

con tal belleza, que hiciste

competencia á su hermosura,

y ventaja á sus matices.

Corrida naturaleza

de sus pinceles sutiles,

perdió la esperanza , viendo
 que imitarse era imposible ,
 y dijo : pues ya no puedo
 excederme , no me estimen ,
 que ya no tengo que hacer ,
 despues que ese asombro hice.
 Un jazmin tu mano hermosa
 robaba , y él apacible
 rindió sus flores al suelo ,
 porque tus plantas las pisen :
 y dijo , viendo que ufanos
 blancura , y olor compiten ,
 quita á mis hojas las flores ,
 y tus manos no me quitas ;
 pues es lo mismo tener
 tus manos , que mis jazmines.
 Aquí me acuerdo , que yo
 llegué turbado á decirte
 que estimases mis deseos ;
 no sé bien que más te dije
 de un firme amor , pero sé
 lo que tú me respondiste ,
 que fue , que nunca te viera.
 ¡ Brama respuesta ! ¡ Terrible
 sentencia ! ¡ Ingrato precepto !
 ¡ Cruel rigor ! ¡ Hado infelice !
 Y viendo al fin , que es un vano
 que un desdichado porfie
 contra su estrella , que es bien
 que te obedezca , y me prive
 de verte , pues tu lo quieres ,
 porque en mis desdichas miro
 el estremo de obediencia
 á que llega un amor firme ;
 mañana á Flandes me parto

á servir al gran Felipe ,
 que el cielo mil años guarde ,
 donde mi valor imite
 de mis nobles ascendientes
 tantas victorias insigneas.
 Bien sé que imposible es
 vivir sin tí , mas previne
 un imposible de amor
 vencer con otro imposible.
 Quédate con Dios , y al cielo
 le ruego , que apenas pise
 de Flandes la tierra , cuando
 la primer bala , que tire
 el enemigo , me acierte ;
 si quien desdichado vive
 puede morir , y hay alguna
 muerte para el infelice.
 Mas yo te doy mi palabra ,
 que si el cielo me permite
 dicha , y por ella merezco
 algun lugar , que acredite
 la sangre que me acompaña ,
 que ha de ser para servirte.
 Y si en tanto , nuevo dueño
 te merezco mas felice ,
 ruego al cielo , que le gores
 por tantos siglos , que imites
 la edad del sol , sin que tengas
 solo un instante de eclipses .
 Tú le quieras , y él te adore ,
 para que en los dos envidie
 en tus gustos lo que quiero ,
 y en los suyos lo que quisiera .
 Y cuando mas facilmente
 de aquesta verdad te olvides ,

habrá quien mas te merezca,
 pero no quien mas te estime.
 Con esto, señora, á Dios,
 que mi libertad no pide,
 por saber que ya la tiene,
 licencia para partirse.

Doña Maria.

Don Juan, espera, detente,
 mientras procuro romper
 las prisiones á un secreto,
 que tantos años guardé;
 pero es tanta la vergüenza
 que tengo, que al parecer
 un lazo la lengua oprime,
 y la garganta un cordel.
 Muda la voz, torpe el lábio,
 temo, y dudo; ¡mas por qué
 temo y dudo, si al fin somos
 él secreto, y yo ingenio?
 ¡Ay de mí! que no sé como
 empiece á hablarte y no sé
 como decir que te quise,
 don Juan, que te quise bien,
 desde el dia que engañada
 tomé el primera papel.
 ¡Mas qué vitoria me dió
 lo que amé, sufrí, y callé,
 si yo en mis propios deseos
 no tuviera que vencerme!
 Mas hoy que amor en mí pecha
 misa de pólvora, es tanta el ruido
 que mientras mas oprime,
 rebienta con mas poder suplico
 por la boca, y por los ojos
 sale, porque ya no está en mí.

de mi ingratitud quejoso,
ni dudoso de mi fe.

No fue el alma tan ingrata
como la apariencia fue,
que en tu amor he parecido,
pero no he sido cruel.

De mi silencio la causa
ha sido, don Juan, temer,
(perdóname este temor,
si es que te ofendí con él)
que tengo honor, que soy noble,
y qué ya la opinión es
tan difícil de ganar,
cuanto fácil de perder;
y no hay desdicha mayor,
que rendir una muger
el alto honor que la ilustra
á la lengua descortés;
no de aquel que ha merecido
su gracia, sino de aquel
amigo poco leal,
y criado nada fiel.

En fin, este recelar,
este dudar, y temer,
hizo en mi cobarde amor
aquel pasado desden.

Mas ya que rompió el silencio,
como palabra me des,
como noble, que ni amigo,
ni criado ha de saber
aqueste amor; para hablarnos
ocasiones buscaré,
si es que la partida tuya
puedo, don Juan, anspender;
Seré única secretaria.

de este amor Beatriz, de quien
 fio lo que de mí misma,
 porque su silencio sé:
 y sino, viéndote ir,
 ya por consuelo tendré
 haberte dicho mi amor,
 porque te vayas con él.
 Y no me agradezcas, no,
 don Juan, el quererte bien,
 porque solo el declararme
 me tienes que agradecer.

Don Juan.

Déjame que agradecido,
 el alma ponga á tus pies,
 que responda con callar,
 porque emplece á obedecer.
 Y plegue á Dios que con este
 acero, que al lado ves,
 y en cuya cruz pongo ahora
 la mano, muerte me dé
 á traición el mas amigo,
 si quebrantáre la ley
 del secreto, y ofendiere
 de tu amor la firme fe.
 Las espuelas, y las plumas
 dejo, que fuerón, diré
 las espuelas para ir,
 las plumas para volver.
 Mas con todo, por cerrar
 la boca al vulgo cruel,
 que de todo piensa mal,
 y de nada juzga bien;
 en la casa de un amigo
 con gran secreto estaré
 unos dias; luego pleyton

ó enfermedad fingiré,
 por dar color á la vuelta.
 si mi dicha puede hacer,
 que hoy se acuerden en Madrid
 de quien se ha partido ayer.

Doña Maria.

Pues con aquesa palabra
 á hablarme esta noche ven,
 y sin pararte en la calle,
 entra en el portal, que en él
 Beatriz estará advertida,
 don Juan, de lo que has de hacer:
 no reparen los vecinos
 de verte en la calle, que
 es un mal intencionado
 de toda la vida juez,
 todo lo saben; ¿qué mucho;
 si hay vecino que por ver
 lo que pasa en una noche,
 no se acuesta en todo un mes?
 En la reja estará un lienzo;
 esta la seña ha de ser,
 si hay ocasión; pero advierte
 que vengas solo.

Don Juan.

Seré.

el ave que rompe el viento,
 con una piedra en un pie,
 y otra en el pico, advirtiéndome
 que soy vigilante, y fiel. *Vase.*

Doña Maria.

¿De este concertado amor,
 di, Beatriz, qué te parece?

Beatriz.

Que justamente mereca

tanta fineza, y favor
don Juan, que es noble, y discreto,
como galan.

Doña Maria.

Tú has de ser,
Beatriz, la que has de tener
la llave de este secreto:
mi vida, y alma te fio,
bien sé que segura quedo.

Beatriz.

Desecha, señora, el miedo,
que ofendes el honor mio.

ESCENA III.

Doña Maria, Beatriz, don Diego y Moron.

Moron.

¿A qué llegas? ¿qué procura
tu amor? ¿qué intentas?

Don Diego.

Intento

saber si al atrevimiento
se le sigue la ventura.
Perdóneme tu hermosura,
si atrevido, y descortés
pongo en tu casa los pies;
que yo en esta contingencia
no quise pedir licencia,
porque tú no me la des.

Doña Maria.

El haberos escuchado,
señor don Diego, no ha sido
por solo haberos oido,
sino por haber pensado
que responderos, y he estado
dudosa, mirando esta

osadía tan molesta;
 porque como no temia
 tal libertad, no tenia
 prevenida la respuesta.
 Decisme que en mis rigores
 mayor gusto, y gloria hallais;
 y porque no le tengais,
 estoy por daros favores.
 Si los desprecios mayores
 hoy son los mas lisonjeros,
 dejaré de aborreceros;
 pues solo por no agradaros,
 no os dejaré, por dejaros,
 y os querré, por no quereros.

ESCENA IV.

Dichos, menos doña Maria.

Moron.

¿Esto sufres? ¡Vive Cristo,
 señor, que no la sufriera,
 si la Diosa Venus fuera!

Don Diego.

¿Qué mal mí pena resisto!
 ¿Has visto, Moron, has visto
 la ciega resolución
 de una altiva condición?

Beatriz.

Harto hago yo de mí parte,
 mas es imposible amarte.

Don Diego.

¿No sabré yo la ocasión?

Beatriz.

El haber así nacido
 soberbia, y desvanecida.

Don Diego.

Aunque me cueste la vida,
pondré mi amor en olvido:
tú, Beatriz, que al fin has sido
á quien he debido mas,
toma esta cadena.

Beatriz.

¿Das
las prisiones? ; En qué aprieto
se va poniendo el secreto,
como vé que libre estás!

Moron.

Una república habia
que al médico no pagaba,
señor, hasta que sanaba
el enfermo; y si moria,
tiempo, y cuidado perdía:
y esta ley, tan bien fundada,
á nuestro intento aplicada,
digo, que de amor que muere,
el alcahuete no espere
tener derechos en nada.
¿La cadena la das?

Don Diego.

Sí.

Beatriz.

Quitándote las prisiones,
en el alma me las pones;
y fia, señor, de mí.

Don Diego.

Ya no es tiempo, porque aquí
se despide mi mudanza
de una loca confianza;
á Dios, malogrado empleo,
necio amor, loco deseo,

que hoy morís con la esperanza:

ESCENA V.

Beatriz y Moron.

¿Yo qué tengo de decir?
¿despedirme también?

Beatriz.

Si ya no me quíeres bien,
bien te puedes despedir.

Moron.

Yo tras mi amo he de ir,
cuando él amare amaré,
que un criado siempre fué,
en la tabla de amor,
contrapeso del señor.

A Dios.

Beatriz.

Bien pagas la fe,
que me debes.

Moron.

Si quisieras,
Beatriz, que asistiera á verte,
tú hubieras hecho de suerte
que este imposible vencieras,
entonces tú me tuxieras
aquí de noche, y de día.

Beatriz.

No quiso la suerte mía,
porque á mi desdicha escede:

Moron.

Yo sé que una moza puede
á veces mas que una tia;
yo se que ni una razon
digiste.

Beatriz.

Yolse que sí:

y aun tú lo vieras si aquí
te digera la ocasión
que estorba su pretension;
pero, por ser fuerza, calló.

Moron.

Pues yo no he lle procurallo,
que tú por decirlo mueres;
tan liberal, que aun no quieres
que me cueste el preguntallo.
¿Mas di, qué causa la obliga?

Beatriz.

Mi señor es el que viene:
basta decir que la tiene;
sin que la causa te diga.

Moron.

¿Luego en vano es que prosiga
aqueste intento?

Beatriz.

Jamas
de mi boca lo sabrás.

Moron.

Pues de tí lo he de saber.
¿No sirves, y eres muger?

Beatriz.

Sí.

Moron.

Pues tú me lo dirás.

ESCENA VI.

DECORACION DE CALLE:

Don Juan, y don Carlos en traje de noche.

Don Juan.

Importa, en fin para un honroso efecto
el quedarme en Madrid, con tal secreto,
que si á vos no os hallára;
por no fiarme de otro, no quedára.
La voz ha de correr que ya he partido,
y en vuestra casa quedaré escondido.

Don Carlos.

¿Son zelos de Violante?

Don Juan.

No, Carlos, mas altivo, y arrogante
sube mi pensamiento;
de Violante, ni amor, ni zelos siento:
basta decir, cuando de vos me fio,
don Carlos, que le importa al honor mio
esta resolucion.

Don Carlos.

Yo os agradezco
la confianza; y desde aqui os ofrezco
con pecho noble, y alma agradecida
mi casa, hacienda, espada, pecho, y vida,
sin saber que os obliga;
que un amigo no quiera que me diga,
sino lo que él quisiere.

Don Juan.

Ahora falta, porque no me espere,
que entreis en casa de Violante bella,
y le digais que yo me fui sin vella;
porque viendo la prisa del partirme,

alma no tuve para despedirme;
que yo la escribiré; su casa es esta,
entrad, que por ir solo, he de dejaros;

Don Carlos.

Dadme licencia para acompañaros.

Don Juan.

Impórtame el ir solo.

Don Carlos.

Pues no quiero

porfiaros.

Don Juan.

A Dios.

ESCENA VII.

Don Carlos.

Jamas espero
entender tan notables confusiones:
todo es discursos, é imaginaciones;
si bien no es menos la memoria mia,
ocupando el amor, de una porfia
rigurosa, y cruel ¿Bella Violante,
cuando seré tu declarado amante?
Cuando pensé que ya don Juan me daba
ocasion con su ausencia, y que esperaba
á declararme, mi fortuna escasa
le tiene ausente dentro de mi casa;
mas ella me dirá, si á hablarla llego,
lo que tengo de hacer, que amor es ciego.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE VIOLANTE.

Don Carlos, doña Violante y Quitéria.

Don Carlos.

Menos que con un recado
de don Juan, no me atreviera
á haber llegado hasta aquí
antes de pedir licencia.

Doña Violante.

Vos la teneis para entrar,
señor don Carlos, sin ella
en esta casa: ¿mas dónde
queda don Juan?

Don Carlos.

¿Dónde queda
preguntais? ¿á dónde va?

Doña Violante.

¡Ay de mí! ¿luego ya es cierta
su partida?

Don Carlos.

Aquesta tarde
me mandó que yo viniera
á despedirle de vos;
que fue tan grande la priesa
de partirse, que no tuvo
lugar, aunque no estaquesta
la mayor disculpa suya;
pues no veros en su ausencia,
fué por no ver advertido
la gloria de quien se ausenta,
y al despedirse de vos
cerrar los ojos es fuerza,

que no os viera , si os dejara ,
ó no os dejara , si os viera.

Doña Violante.

¿Es posible que tuviese
tan mala correspondencia
don Juan , que aun palabras solas
no quiso que le debiera ?
Si esto hiciera una muger
con un hombre , ¿ qué dijera ,
sino que era fácil , vana ,
mudable , inconstante , y necia ?
¿ Pues qué hemos de ser nosotras ,
si ellos mismos nos enseñan ?
Siempre la ocasion es suya ,
y siempre la culpa es nuestra .
Perdónadme que hable así.

Don Carlos.

Son tan justas vuestras quejas ;
que ellas propias os disculpan ,
cuando pensais que os condenan .
¿ Qué haya hombre tan descortes ,
ó tan necio , que se atreva
á hacer agravio á este amor ,
y desprecio á esta belleza ?
Vive Dios , que si don Juan
no fuera mi amigo , fuera
donde está , solo á decirle ,
Violante , de la manera
que os habia de estimar :
mas creed , que en esta ausencia
quedo yo para servirlos ,
que en mí la amistad es deuda ;
y mirad que me mandais.

Doña Violante.

Que os dejéis ver , porque tenga

con quien hablar de don Juan:

Don Carlos.

Yo agradezco la licencia ,

y por servirós , la acepto.

¿ Poderoso amor , qué intentas ? ap.

Don Juan ausente es mi amigo ,

Violante presente es bella :

no sé que han de hacer de mí

la amistad , y la belleza.

ESCENA IX.

Doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

¿ Quiteria , qué dices de esto ?

Quiteria.

Que me huelgo de que veas

de tu amor el desengaño ,

y del suyo la experiencia.

No tomaste mis consejos ,

que á fé que ahora tuvieras

mas oro , y menos amor ,

mas joyas , y menos quejas.

¿ Qué vá que estás tan perdida ;

que te vas de tierra en tierra

como muger desdichada ?

Doña Violante.

Aquí has de ver mi firmeza ,

que ha de hacer que yo le espere

libre , y suya , basta que vuelva ;

porque halle el ejemplo en mí

la lealtad , y la nobleza.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Beatriz á la puerta.

Beatriz.

Sal presto, que ya amanece,
y no hay nadie que te vea.

Don Juan.

¡Qué tan veloz, Beatriz, sea
el tiempo! no me parece
que ha un hora que anocheció;
y presumo que envidioso
de mi gloria el sol hermoso,
mas temprano descubrió,
entre nubes de oro, y grana,
los reflejos, á quien dora
sus lágrimas el aurora.

Beatriz.

¿Requiebros á la mañana?
Vete presto.

Don Juan.

¡Ay suerte mia!

¿quién creará en tanta ventura,
que es la noche mas oscura
para mí el mas claro dia?

Pase.

Beatriz.

Ved lo que en el mundo pasa,
y que es honor; por no hablalle
con escándalo en la calle,
le entramos dentro de casa.
Cuando miro estas honradas,
pienso que en sus fantasias
vuelven las caballerías

de las historias pasadas.
 Dama, que tus vanidades
 te hicieron impertinente,
 ama al uso de la gente,
 deja singularidades.

ESCENA XI.

Beatrix, don Diego y Moron.

Moron.

Aquesto Beatriz me dijo.

Don Diego.

¿Qué ñayas de darme ocasion
 con tus razones, Moron?
 Varjos efectos colijo.

¿No lo pudieras saber?

Moron.

Si su amo no viniera,
 pienso que me lo dijera,
 que Beatriz es muy muger,
 y nada me negará;
 porque es ley en las mugeres,
 contarás cuanto supieres.

Don Diego.

A la puerta suya está.

Moron.

¿Tan de mañana? por Dios
 que á decirlo ha madrugado.

Don Diego.

Elégate allá sin cuidado;
 y pues no nos vió á los dos,
 yo te esperaré en la esquina
 de esta calle.

Moron.

Allí te esconde,

mientras voy.

ESCENA. XII.

Beatriz y Moron.

Beatriz.

¿ Galan , á donde
tan de mañana camina ?

Moron.

A buscar el arrebol ,
que en esos ojos perdí ;
pues por solo hallarte á tí ,
me levanto con el sol .

¿ Qué hay de nuevo ?

Beatriz.

Todo es viejo
cuanto pasa por acá .

Moron.

¿ Y tu señora está ya
tomando mejor consejo ?
¿ ó estase hourada y terrible ?

Beatriz.

¿ Tú vienesme á perseguir ?
¿ cómo tengo de decir
que el quererles es imposible ?

Moron.

Callando tú , en conclusion ,
vengo , Beatriz , á pensar
que yo no soy de fiar ,
ó ella no tiene ocasion ;
porque si ocasion tuviera ;
¿ qué ocasion pudiera ser
imposible de saber ?

Beatriz.

Yo , Moron , te lo dijera ;

si me juráras aquí
tenerme siempre secreto.

Moron.

Y yo, Beatriz, lo prometo,
á fé de gallego; di.

Beatriz.

Pues has de saber ahora,
que mi ama quiere bien.

Moron.

¿Quedo, Beatriz, dime, á quién?

Beatriz.

Y mejor diré, que adora
á un caballero, á un don Juan
de Medrano, gentilhombre
de cierto señor, un hombre
tan pobre como galan.

Aqueste ahora ha fingido
que á Flandes va á ser soldado;
y es mentira, que ha quedado
en una casa escondido
de un don Carlos de Toledo;

que todo me lo contó
esta noche, porque yo
ser su secretaria puedo.

Esto, al fin de noche pasa;
y si en la ventana está
un lienzo blanco, que es ya
nuestra seña, se entra en casa:

bajo yo, y por una puerta,
que piensa que está clavada
el viejo, le doy entrada,
á tales horas abierta.

Llega al jardin, donde tiene
una reja el aposento
de mi señora, y contento

toda la noche entretiene
 con mil finezas ; despues
 vuelve á salir muy quedito ;
 y solo de este delito
 somos cómplices los tres :
 de modo, que si tú das
 noticia de esto á cualquiera,
 y se sabe luego..,

Moron.

Espera,
 que no quiero saber mas.
 De algun músico civil
 tú relacion me parece,
 que le dan mil porque empiece,
 y porque acabe cien mil.
 ¿ Mas este es el santo honor,
 que tan caro nos vendia ?
 ¿ cuantas con honor de dia,
 y de noche con amor,
 habrá con puerta cerrada,
 pañuelo, Beatriz, zaguan,
 jardin, ventana, y don Juan ?
 La Chirinos fuera honrada ;
 mas la honrada, vive Dios,
 que ha caido.

Beatriz.

Quiero entrar,
 no tenga que sospechar.
 Esto para entre los dos.

Moron.

Fuerte cosa es un secreto ;
 mucho es no haber rebentado
 el tiempo que le ha callado,
 mi vida está en grande aprieta
 si no lo digo : advertid,

esto que se ha dicho ahora ,
 matenme , si de aquí á un hora
 no se contare en Madrid.

ESCENA XIII.

Moron y don Diego.

Don Diego.

A que se fuese esperaba ,
 á tus acciones atento ,
 por solo hacer á los ojos
 adivinos del suceso.

¿ Qué tienes ? ¿ qué ha sucedido ?
 ¿ qué te dijo ? ¿ qué hay de nuevo ?

Moron.

Beatriz , yo pruebo á callar ;
 mas vive Dios que no puedo .
 Señor , gran mal hay .

Don Diego.

¿ Pues cómo ?
 ¿ qué ha sucedido ? ¿ qué es esto ?

Moron.

No te lo puedo decir ,
 y por decirlo rebiento ;
 que aunque el secreto sea santo ,
 yo no guardo á san Secreto .
 Aquí para entre los dos ;
 aquel pobre caballero ,
 don Juan de Medrano , aquel
 que apenas te daba zelos ,
 aquel que dijo que á Flandes
 iba ; y se quedó encubierto
 en la corte , y en la casa
 de don Carlos de Toledo ,
 es llamado , y escondido ;

no puedo decir, que un lienzo,
 puesto en la reja de noche;
 es señal, que está diciendo,
 que entre en el portal, adonde
 le espera Beatriz; y luego,
 por una pequeña puerta
 de un patio, que sale á un huerto,
 entra hasta una reja baja,
 que allí cae, del aposento
 de doña María de Ayala;
 que parlan hasta el lucero,
 debe de hacer mas de un año.

Don Diego.

No digas mas; calla. ¡Cielos!
 ¿alguno creerá que son
 tales las penas que siento,
 que la menor viene á ser
 en mi desdicha los zelos?
 No siento que á don Juan quiera,
 y le admita; solo siento
 que hiciese soberbiamente
 de mí tan loco desprecio.
 Si cuerdamente culpára
 mi atrevido pensamiento,
 y con cortés bizzarria
 castigára mis deseos,
 yo callára, yo sufriéra;
 pero con tantos extremos
 de honrosas estimaciones,
 de arrogantes devaneos,
 de soberbias altiveces,
 ni sufrir, ni callar puedo.

Moron.

Don Antonio es este.

Don Diego.

Misa

si sale á Misa, que quiero
irla siguiendo á la Iglesia.

Morón.

¿Pues qué piensas hacer?

Don Diego.

Pienso,

sin darme por entendido,
volver á mi amor primero,
y llegar á hablarla ahora
con mayor atrevimiento;
que á muger de quien se sabe
alguna flaqueza, es cierto
que llega á hablar el galán
sin aquel cortés respeto
que antes tuvo; porque piensa,
teniendo su honor en menos,
que el favor que al otro hizo,
se le debe de derecho,

Morón.

Aquí volveré á buscarte.

ESCENA XIV.

Don Diego y don Antonio.

Don Antonio.

Besos las manos, don Diego.

Don Diego.

Yo las vuestras.

Don Antonio.

¿Qué tenéis,
que estais tan triste, y suspensos?

Don Diego.

No sé que tengo.

Don Antonio.

Mal hice
en preguntárslo, viendo
esta calle, y estas rejas.
¿Hay algo, amigo, de nuevo?

Don Diego.

Muchas cosas.

Don Antonio.

¿Pues qué son?

Don Diego.

Dejadme, porque no puedo
decirlas.

Don Antonio.

¿Pues á mí?

Don Diego.

A vos

las dijera; si el secreto
no viniera encomendado,

Don Antonio.

Muy seguro está en mi pecho;
y el no decirlo ya
será ofensa; y vive el cielo;
de no hablaros en mi vida.

Don Diego.

Pues, don Antonio, es aquesto,
aquí para entre los dos

Don Antonio.

Decid, que yo lo prometo.

Don Diego.

Que aquel don Juan de Medrano
no sea á Plandes, como dieron
muestras plenas, y colores,
pues se ha quedado encubierto
en casa de vuestro amigo
don Carlos, la causa de esto.

*

ha sido, porque ha dos años
que con muy grande silencio
entra embozado en la casa
de doña María. No puedo
pasar de aquí.

Don Antonio.

Yo sabré
si aqueso es verdad muy presto;
que don Carlos viene allí,
y él me lo dirá.

Don Diego.

Yo espero
á esta parte retirado. *Retirase.*

ESCENA XV.

Dichos y don Carlos.

Don Antonio.

Don Carlos, buscándolos vengo
para un negocio importante.

Don Carlos.

¿Qué mandais?

Don Antonio.

¿Sabeis si es cierto,
y esto para entrar los dos,
porque me importa el saberlo,
si está don Juan de Medrano
en vuestra casa encubierto,
y que habrá mas de tres años
que con muy grande secreto
entra á hablar todas las noches
en el nocturno silencio
á doña María de Agala?

Don Carlos.

Miren por á donde llevo *ap.*

á saber quien estorbó
su partida. Aunque no tengo
licencia para decirlo,
con vos no se entiende eso,
y aquí para entre los dos,
cuanto habéis pensado es cierto,
que no se fué, que quedó
en mi casa, y que encubierto
entra en su casa; esto habrá
mas de tres años y medio.

Don Antonio.

Idos con Dios.

Don Carlos.

El os guarde. *case.*

ESCENA XVI.

Don Antonio, don Diego, y Moron.

Don Antonio.

Verdad ha sido, don Diego,
cuanto pensais; ya él sabia
todo su amor.

Moron.

Esto es hecho;
ya va á Misa.

Don Diego.

Idos con Dios,
que hablarla en la calle quiero,
por solo ver en que pára
su favor, y mi desprecio.

Moron.

¿ En eso te determinas?

Don Diego

Si ven conmigo

Moron

Yo pienso

que ha de nacer de este amor
señor, un notable cuento.

Don Antonio

Don Antonio

caso

ESCUENA III

Don Antonio, don Diego y Moron

Don Antonio

Don Antonio, don Diego y Moron

Don Antonio

Don Antonio

Don Antonio

Don Antonio

Don Antonio

Don Antonio

Don Antonio, don Diego y Moron

Don Antonio, don Diego y Moron

Don Antonio, don Diego y Moron

Don Antonio

Don Antonio, don Diego y Moron

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego, Moron, y Otañez; y detras doña Maria y Beatriz, con mantos.

Don Diego.

Ya que no por vuestro amante,
mereceré por criado
aqueste lugar.

Doña Maria.

¡Qué enfado!
no he de pasar adelante,
sino volvéis.

Don Diego.

Quando hiero
la llama el viento, se hace
una ave que de ella nace,
un Fenix que en ella muere;
y sin que su riesgo tema,
mariposa iluminada,
de aquel fuego enamorada,
cercos hace, hasta que quema
las alas del tornasol;
así anda mi amor ciego,
como sombra de este fuego,
haciendo cercos al sol;
que hasta abrázarme porfia
esta pena, este rigor.

Doña Maria.

Mirad que es necio el amor.

que toca en descortés.

¿Cuando de aquesta amorosa
locura, que estoy mirando,
dejareis el tema?

Don Diego.

Cuando
dejeis vos de ser hermosa.

Doña Maria.

Bien pudiera en tal locura
quitaros con escarmiento,
mi honor el atrevimiento,
que os ha dado mi hermosura.

Moron.

Este honor me ha de matar;
¡mas qué cosa tan cansada
es una muger honrada!

Doña Maria.

De aquí no habeis de pasar;
pues cuando el sol mismo fuera
el que mirarme intentára,
solo mi vista eclipsára
su luz, y no se atreviera
á mirarme sin desden.

Moron.

El sol no, pero la luna *ap.*
sí, entre las doce, y la una.

Doña Maria.

Cuanto mas un hombre, á quien
de ningun modo estimára,
aunque mas altivo fuera,
no para que me siguiera,
pero para que tocara
solo un chapin de mis pies.

Don Diego.

Mucho mi paciencia temo,

ap.

oyendo un tan loco extremo.

Doña Maria.

No me hagais ser descortés,
que pasará de desprecio
el castigo. Beatriz, vamos.

Don Diego.

Ya no importa que seamos
vos descortes, y yo, necio:
escuchad, si no quereis.

Doña Maria.

Ya pasa de necedad,
y llega á ser libertad.

Don Diego

Es fuerza que me escucheis.
que siendo pleito de amor,
es fuerza darne un oido
á mi, pues habeis oido
despacio al competidor;
que si en la justicia mia
bien informada no estais,
será bien que nos oigais,
á él de noche, á mi de dia.
No quiero yo que á ase fin
haya lienzo por señal,
Beatriz que baje al portal,
reja que caiga al jardin,
puerta, al parecer, cerrada,
galan que está ausente y viene.

Moron.

¡Qué linda memoria tiene!
no se le ha olvidado nada. *ap.*

Don Diego

Pero quiero, pues se humaua
el honor que encareceis
tanto, que me desprecieis

mas honrada, y menos vana.
 No me ofenden, no, por Dios,
 los desprecios de honor llenos;
 mas no le echara yo menos,
 á no encarecerle vos.
 No es honra la vanidad;
 que no está en encarecerla
 la virtud, sino en tenerla;
 y en lo que he dicho, culpád
 vuestra lengua, la mia no,
 si lo dicho se os acuerda,
 pues si vos fuerades cuerda,
 no fuera tan necio yo:
 de vuestro desprecio fue
 la culpa, no de mis zelos.

Doña Maria.

¿Qué es esto que escucho, cielos! *ap.*

Moron.

¿Señor, qué has hecho?

Don Diego.

No sé.

Doña Maria.

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he oído? *ap.*

¿ya que tengo que esperar,
 si esto he llegado á escuchar?

Tú, Beatriz, tú me has vendido.

Beatriz.

¿Yo, señora? no hice tal.

¿Qué bien a questo temia! *ap.*

Doña Maria.

Mal haya, amen, quien se fia
 de criadas.

Escudero.

¡Pesia tal! *ap.*

esto va como ha de ir.

Moron.
¿Qué la has dicho?

Don Diego.
Despreciado,
zeloso, y desesperado,
ya no la pude sufrir.

Moron.
La pobre Beatriz lo paga.

Doña Maria.
¿Si solo tú lo has sabido,
quién decirselo ha podido?

Moron.
No sé, por Dios, como haga
para disculparla aquí.

Don Diego.
Sácame, por Dios, Moron,
de tan grande confusion
con alguna industria.

Moron.
¿A mi
me falta hoy una mentira,
no sobrándome otra cosa
todo el año?

Beatriz.
Rigurosa
estás.

Doña Maria.
Por ti, infame.

Beatriz.
Mira...

Moron.
Vive Dios, que por ahora, *op.*
que no hay otra, ha de servir.
Yo lo tengo de decir,
aunque me mates. Señora.

no tiene Beatriz la culpa
de esta zelosa pendencia,
porque en Dios, y en mi conciencia,
su ignorancia la disculpa.
Sabe, pues, que mi señor,
este que presente ves,
un grande astrólogo es;
puedo decir, el mejor
que se conoce en España.

Don Diego.

El dirá mil disparates. *ap.*

¡Ah Moron!

Moron.

Aunque me mates.

De esta ciencia tan estraña
tuvo en Italia maestro
el tiempo que en ella estuvo,
que en estas cosas no hubo
otro mas sutil, y diestro.
Tenia un familiar amigo,
que todo se lo contaba,
porque con el diablo hablaba,
como pudiera contigo.

Don Diego.

Mira, Moron, lo que dices.

Moron.

Siempre la verdad te enfada;
mas no ha de quedar culpada
la Beatriz de las Beatrices.
Aqueste en fin le enseñó
los planetas, y los signos.

Don Diego.

El dirá mil desatinos.

Moron.

Y á mí á noche me mostró

un hombre, y me dijo : ahora
 va á hablar con doña María
 este , que mi astrología
 lo mas oculto no ignora :
 y yo en un espejo ví
 un jardin , á donde estaba ,
 y allí una muger hablaba
 con él , aunque no la oí
 lo que dijo ; esto es verdad.

Don Diego.

Pues ya que estoy descubierto ,
 para que sepais lo cierto
 de questa ciencia escuchad.
 En la corte de Filipo ,
 villa insigne de Madrid ,
 gran metrópoli de España ,
 de nobles padres naci ,
 á quien dió naturaleza
 tan liberal , y feliz
 la hacienda , como la sangre ,
 indignas de hallarse en mí :
 Crecí inclinado á las armas ,
 y letras , sin preferir
 nunca el valor al ingenio ,
 que uno altivo , otro sutil ,
 con la espada , y con la pluma
 compitieron entre sí ,
 midiendose siempre iguales
 al vencer , y al escribir.
 Apenas , pues , sobre el lábio
 tuve el primero perfil ,
 cuando en el armada , vuelta
 al Mediterraneo di .
 Si hice algo , lo que hizo
 pueda la fama decir .

porque en la mas noble lengua
 la propia alabanza es vil.
 Llegué á Nápoles, adonde
 por ventura conocí
 á Porta, de quien la fama
 me dijo alabanzas mil.
 Este, á quien no reservó
 dudoso suceso el fin,
 porque su ciencia tenia
 presente lo por venir;
 á quien planetas, y signos
 en sus astrolábios ví
 tan obedientes, que nunca
 le pudieron encubrir
 el mas inconstante efecto;
 ¿qué mucho, si desde allí
 tasaba de cuantas lucés
 consta el celestial zafir?
 De aquesto tomó ocasión
 el vulgo para decir
 que tenía familiar
 secreto; mas no es así,
 que el vulgo ninguna acción
 admira, sin añadir;
 que la verdad mas desnuda
 viste de ageno matiz.
 Aquí le conocí; nunca
 le conociera! y aquí
 ó fue fuerza de mi estrella,
 ó de mi suerte infeliz,
 ó fue mi desdicha sola,
 tan inclinado me ví
 á su ciencia, como él
 á mi inclinacion; y así
 fuimos los dos tan amigos,

que no acertaba á vivir
 uno sin otro. Duró
 dos años, que estuve allí,
 aquesta amistad; y en estos,
 con estudiar, y asistir,
 llegué, no sé si á saber,
 estoy por decir que si,
 la astrologia tan bien,
 que pudiera competir
 con él mismo, á quien mil veces
 envidia, y espanto di.
 En este tiempo envidiosos,
 que quisieron deslucir
 su opinion, le denunciaron,
 diciendo de él, y de mi
 esto de los familiares;
 y aunque salimos en fin
 libres de aquella prision,
 no lo pudimos salir
 de la sospecha comun;
 pues por quitar desde allí
 el escándalo, mandaron
 no pudiésemos decir
 nada que nos preguntasen.
 Yo que entonces advertí
 el poco fruto, y la mucha
 sospecha que conseguir
 pude, por no verme en otra
 ocasion, siempre encubrí
 lo que sabía: por esto
 nunca has oído decir
 que era Astrologo, hasta ahora,
 que despreciado de tí,
 como pudo el mas humilde
 hombre, el mas bajo, el mas vil;

de tus desprecios la causa,
y de mi desdicha el fin,
por no preguntarla á otro,
la quise saber de mí.

Y anoche con ese loco,
que se atrevió á descubrir
tan gran secreto (¡ mal haya
quien se fia de hombre ruin !)
hallé el paño , hallé la reja ,
hallé la puerta , el jardin ,
hallé:..... pero ya no puedo,
no puedo pasar de aquí.

¿ Si llégo á hablarte zeloso,
como pude resistir
tus desprecios , y mis zelos ?

Perdoná , si me atreví
á tu honor , á tu respeto ,
que mal se pueden sufrir
desdenés de enamorado :
y pues que fio de tí
este secreto , aunque seas
muger , sabe desmentir
la opinión que las acusa
de fáciles ; pues aquí ,
por verme ya descubierto ,
y disculpada á Beatriz ,
ha sido fuerza contarte
como lo supe , y lo vi.

Moron.

Esta es la verdad.

Beatriz.

¿ Señora ,

¿ jamas oíste decir ,
que era Astrólogo don Diego ,
otras veces ? pues yo sí.

Doña Maria.

¡Ay de mí! ¿qué puedo hacer?

Beatriz.

Quéjate ahora de mí,
y di que yo te he vendido.

Otañez.

No he visto, por san Crispin,
hombre más sábio en mi vida.

Don Diego.

¿Qué te parece? *ap. á Moron.*

Moron.

Que así
lo has fingido, que yo mismo
casi, casi lo creí.

Doña Maria.

Señor don Diego, no quiero
tener de vos que temer,
si al respeto considero
que á una principal muger
debe un noble caballero;
y quien tan bien conoció
la fuerza de las estrellas,
bien verá en sus luces bellas,
que no puedo torcer yo
lo que dispusieron ellas.
Solo un consuelo me dais,
que es ser tan noble, y discreto;
pues con esto asegurais
mi honor, y vuestro secreto;
y mirad qué me mandais.

Don Diego.

¿Quién no puede aplicar,
como ha de poder mandar?
El cielo os guarde.

Doña Maria.

Y á vos

dé vida.

Moron.

Cuerpo de Dios,
aqueste es modo de hablar.

Beatriz.

Si él no te digera aquí
la verdad tan claramente.....

Doña Maria.

Nunca de tí lo creí.

Beatriz.

Estaba al fin inocente;
volvió la verdad por mí.

ESCENA II.

Dichos y Leonardo.

Leonardo.

Hablando en la calle está
con un hombre; ¿quién será,
que en la calle la detiene?

Doña Maria.

Mi padre, don Diego, viene.

Don Diego.

¿ Iréme?

Doña Maria.

No importa ya,
pues nos ha visto.

Leonardo.

Yo llego

dudoso: ¿Qué haces aquí?

Doña Maria.

Nunca la verdad te niego.
Para que te rías de mí,

hablaba al señor don Diego,
 que un recado me traía
 de mi prima, porque estando
 en su casa el otro día,
 de varias cosas tratando,
 me dijo, que conocia
 un grande Astrólogo, á quien
 preguntó su nacimiento;
 y aunque creerlos no es bien,
 quise de mi casamiento
 ver el efecto tambien;
 que el señor don Diego es
 el Astrólogo mejor
 que se conoce.

Don Diego.

Tus pies
 beso por tanto favor,
 que no es justo que me des
 tal nombre.

Leonardo.

Muchos ha habido
 que en estudio tan dudoso
 a questo nombre han tenido;
 mas es tan dificultoso,
 que pocos le han merecido;
 ninguno al fin ha llegado
 á estudiar tan peligrosos;
 vos tenedme por criado,
 que á los hombres ingeniosos
 les soy muy aficionado.
 Tambien yo en mi mocedad,
 si he de deciros verdad,
 alguna casa estudiant,
 y con decaos pequé
 en esta curiosidad.

Don Ginés de Rocámara
me enseñó en tiempos atrás.

Moron.

Por Dios que el viejo no ignora; (1)
y no nos faltaba mas,
que te examinase ahora.

Don Diego.

Si el me pregunta, atropella *d Moron.*
mi intencion, porque no sé
nombre de signo, ni estrella,
y mil locuras diré.

Leonardo.

Esta es mi casa, y en ella
os suplico me veais.

Don Diego.

Mirad vos que me mandais,
que yo os he de obedecer.

Leonardo.

Suplicoos que os dejéis ver,
que quiero que me digais
algo de la suerte mia,
y que tratemos los dos
un poco de astrología.

Don Diego.

Yo vendré á veros; á Dios.

Leonardo.

El os guarde: ven María.

ESCENA III

Don Diego y Moron.

Don Diego.

¡Fuéronse p' darme tus brazos,

1) A don Diego.

que tú en aquesta ocasion
me has rescatado, Moron;
de aquel Argel.

Moron.

Los abrazos
estimo; pero quisiera que estu-
viera agradeciéndome el favor que me
hiciste, señor, que me abandonaras,
algo, que abrazo no fueras a lo

Don Diego.

Toma esta sortija, tal es la
que hace de luz desden, porque
porque fingiste tan bien al no

Moron.

No lo ayudaste tú mal; pero
que de suerte lo pintaste en
todo, que si no estuviera me lo
advertido, lo creyera; y donde
y adónde a Porta te hallaste,
y con tanta brevedad, que aun
que aun imaginario admira

Don Diego.

Moron, la buena mentira
está comparada a la verdad

Moron.

Y luego haber encontrado
á quien tan presto la crea

Don Diego.

No hay cosa como que sea
tambien el viejo engañado,
por Astólogo me tiene

Moron.

Si, mas si el viejo supiera
algo, buena burla fuera.

Aquí don Antonio viene

ESCENA IV.

Dichos y don Antonio.

con Don Diego.

Antes que me preguntéis
 que ha habido, os he de contar
 (que sé que os habéis de holgar)
 el suceso que sabréis.
 Hablando á doña María,
 soberbia, me respondió
 como siempre; pero yo
 con la celosa perfidia
 que hizo en mí tan bajo efecto,
 no pudiéndolo sufrir,
 me determiné á decir
 de su amor todo el secreto;
 y porque ella no supiese
 quien me lo ha contado á mí,
 le dije á Moron, que allí
 una mentira fingiese;
 él dijo, que yo sabía,
 siendo en esto sin segundo,
 cuanto pasaba en el mundo;
 y que por la astrología
 pude llegar á saber
 el secreto que la admira.
 Mala, ó buena la mentira,
 ella la dejó á correr
 porque le di color
 notable á su fingimiento.

Don Antonio.

Por Dios, estrémado cuento.

Don Diego.

Pues me falta lo mejor de mi vida.

Llegó luego el padre, á quien,
por disculparse, contó
como era astrólogo yo.

Don Antonio.

¿Creyólo el viejo?

Don Diego.

Tambien.

El queda mas engañado,
pues me dijo que le viera
muy despacio, porque era
de hombres de ingenio inclinado.

Lo que falta, ahora es,
que en toda conversacion
se dilate esta opinion;
porque si acaso despues
de alguna persona sabe
que he merecido alcanzar
este nombre, será echar
á la mentira otra llave.
Publicadlo vos, y así,
sin temer el desenagño,
tendrá mas fuerza el engaño.

Don Antonio.

Eso dejádmelo á mi,
y á Moron, que viye Dios,
que para hacerlo creer
al mundo, no es menester
mas que contarlos dos.

Moron.

Si, que en barrios divididos,
como los demandaderos,
seremos dos pregoneros;
y yo iré dando alaridos,
como un médico, que iba
diciendo por el lugar:

¿ Hay enfermos que curar ?
 Así, pues, con voz altiva
 diré: ¿ No hay algo perdido,
 que para hacer parecer
 cuanto se puede perder,
 un astrólogo ha venido.

Don Diego.

Si; ¿ mas luego qué lie de hacer,
 si todos estos se juntan,
 y mil cosas me preguntan ?

Moron.

Lo que todos, responder
 una vez sí, y otras no,
 sea de gusto, ó de pena,
 Dios se la depare buena.
 ¿ Rues qué astrólogo acertó
 en cosa alguna ?

Don Diego.

Advertid

que os espero.

Don Antonio.

Yo seré

vuestra fama.

Moron.

Y yo daré

cuenta hoy á medio Madrid.

ESCENA V.

Don Carlos con un pliego de cartas.

Don Carlos.

¿ Habrá en el mundo nacido
 quien quiera como yo quiero ?
 que soy galán, y tercero,
 ni amado, ni aborrecido,

entre don Juan, y Violante,
 Si varios discursos sigo,
 por ser amante, y amigo,
 ni soy amigo, ni amante.
 Estas cartas; que él escribe
 desde casa, he de fingir
 que acabó de recibir
 de Zaragoza; si él vive
 en su pecho; yo veré
 si al leerlas, en despojos
 el alma sale á los ojos,
 y mas cuerdo callaré
 mi amor: pero si al tomar
 las cartas; se tarda en vellas,
 miraré su olvido en ellas,
 y me podré declarar.
 Ayude amor mi osadía,
 ya qué tan confuso estoy.

ESCENA VI.

Don Carlos y don Antonio.

Don Antonio.

¿No es don Carlos? si; aquí doy ap.
 principio á la industria mia.
 ¡Jesus! ¡Jesus! no creyera
 que un hombre pudiera haber,
 que tal llegara á saber.

Don Carlos.

¿Tente, don Antonio; espera;
 ¿qué tienes?

Don Antonio.

No sé, por Dios,
 vengo absorto, y admirado
 de ver...

Don Carlos.

¿Dí, qué te ha pasado?

Don Antonio.

¿Estamos solos los dos?

Don Carlos.

Sí.

Don Antonio.

Pues habeis de saber,
que en don Diego, aquel amigo
que habeis visto andar conmigo,
acabo ahora de ver
el prodigio mas extraño,
que se puede (no hay que hablar)
en el mundo, imaginar.

Don Carlos.

Ya deseo el desengaño.

Don Antonio.

Este hombre que aquí ves
tan humilde, tan modesto,
tan reportado, y compuesto,
el hombre mas docto es
que tiene la astrología.
En este punto lo vi,
aunque él tiene para mi
gran ramo de hechicería:
conmigo se declaró
esta tarde, y me ha contado
cosas, que á mi me han pasado
conmigo, y que Dios, y yo
las sabemos solamente.
No sé como pudo ser,
que él lo llegase á saber:
en dos rasgos de repente
hizo la figura allí,
teniéndome á mí delante.

como en menos de un instante.

Don Carlos.

¿Don Diego de Luna?

Don Antonio.

Sí.

Don Carlos.

En mi vida le he hablado,
sino es una vez, ó dos,
y en estas solas, por Dios,
no sé bien que aire me ha dado,
que aunque no de astrología,
que esto era mucho saber,
en él he echado de ver,
que era hombre que sabía:
¿pero qué es tan eminente?

Don Antonio.

Un día te he de llover,
que dice me ha de enseñar
una muger que está ausente:
y esto es lo mismo que él hace,
porque si verdad te trato,
he visto hablar un retrato;
que de aquesto, Carlos, nace
tanta confusion.

Don Carlos.

¿Qué escucho!

¿Aguaso es cierto?

Don Antonio.

Y tan cierto,

que fuera lo mismo un muerto.

Don Carlos.

Holgate me en veris mucho.

Don Antonio.

Tú le hablarás, y verás:
que es verdad lo que te digo.

que me voy sin declararme.

Doña Violante.

Lee. *Que te llore ausente es bien,*

y presente no te goce;

porque nunca se conoce

hasta que se pierde, el bien.

No leo mas, porque pasar

no puedo de aquí.

Rompe el papel.

Don Carlos.

Leyendo, *ap.*

rasgó el papel; ya voy viendo

que me puedo declarar.

Si acabado de leer

tantas perlas derramais,

dichosamente mostrais

que hay lágrimas de placer.

¿Que causa turbó la gloria

que en tan abrasado empleo

partida en dos soles vea?

Doña Violante.

Una pasada memoria

pudo, Carlos, obligarme.

Don Carlos.

La memoria la entristece; *ap.*

segunda vez me parece

que me voy sin declararme.

Yo como el necio habré sido,

que pensando lisonjear,

suele decir un pesar;

y yo un pesar he traído,

cuando pensé que traía

una lisonja. ¿Tan vivo

está tu amor?

Doña Violante.

No recibo,

68
Carlos, mayor alegría,
que cuando su ausencia sintó:
por ver á don Juan, no hubiera
cosa que yo no emprendiera.

Don Carlos.

No es dificultoso intento.

Doña Violante.

¿Cómo?

Don Carlos.

Algun hombre pudiera
enseñarte á don Juan hoy,
de la suerte que yo estoy.

Doña Violante.

¡Oh cuanto lo agradeciera!

Don Carlos.

Mal camino mis desvelos *ap.*
han tomado de olvidar,
que no la tengo de dar
gusto que me pague en zelos:
desde el principio lo erré.

Doña Violante.

¿Es verdad lo que me dice,
Carlos, tu voz?

Don Carlos.

¡Qué mal hice! *ap.*

pero yo lo enmendaré:
válgame la ciencia aquí
del otro, que me contó
don Antonio. Sí, pues yo
hoy á un hombre conocí,
que en tu casa te hará ver,
aunque don Juan esté ausente,
al mismo don Juan presente.

Doña Violante.

¿Eso cómo puede ser?

Don Carlos.

Porque es de ciencia un abismo;
yo sé que le enseñará
de la suerte que allá está.

Doña Violante.

¿Al mismo don Juan?

Don Carlos.

Al mismo.

no es posible que lo sea,
que el que de esta suerte ves,
cuerpo fantástico, es,
que se retrata en idea,
mas verásle de la suerte
que está si de quieres ver.

Doña Violante.

Del modo que pueda ser, *ap.*
don Juan, me holgaré de verte.
¿Y quién ese hombre es?

Don Carlos.

Ya con la verdad espero *ap.*
engañarla. Un caballero,
que no hace por interés
aquesto, sino por gusto.
Lindamente lo he encomendado. *ap.*

Vive en la calle del Prado;
mas es pensamiento injusto
el verle así, porque sombra,
aunque tan fácil parece,
pensar que después te ofrece
una fantasma, una sombra.

Doña Violante.

Apúntame tendrá, si llego
á examinar en su ausencia
tan peligrosa experiencia.
¿Cómo se llama?

Don Carlos.

Don Diego

de Luna.

Doña Violante.

¿Eso puede ser?

Don Carlos.

Con Dios os podeis quedar,
que yo os quiero dar lugar
para que os abeis de leer.

ESCENA VIII.

Doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

Dame sin tardanza alguna
el manto.

Quiteria.

¿Pues qué has de hacer
con él?

Doña Violante.

Yo tengo de ver
hoy á don Diego de Luna.

Quiteria.

¿Sin conocerle?

Doña Violante.

¿Qué importa?
que si caballero es,
por fuerza será cortés;
de pensamientos acorta.

Quiteria.

Tua desengaños verán
que todo es mentiras luego.

Doña Violante.

Bueno es eso, si don Diego
quiere, yo veré á don Juan.

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

*Don Antonio y don Diego.**Don Antonio.*

Astrólogo excelente
 sois, divulgado ya de gente en gente:
 en Madrid no he hallado
 hombre alguno, á quien no le haya contado
 mil cosas, sea justo, ó no sea justo;
 por Dios, don Diego, que el mentir es gusto.
 Al punto que de vos me aparté, luego
 fui á la casa del juego,
 dígelo á dos mirones,
 que es lo mismo llamaros á pregones.
 Salí de allí, y entré en los corrales
 de las Comedias, donde
 la mas oculta cosa no se esconde:
 pasé adelante, á aquellas cuatro esquinas
 de la calle del Lobo, y la del Prado,
 á quien por nombre he hallado
 una discreta dama, mentidera
 de varones ilustres: lo primero
 fui á hablarle de vos, y habia
 allí quien por Astrólogo os tenia;
 y como sino fuera
 yo quien mejor que todos lo supiera,
 (¿á quién esto no admira?)
 por verdad me contó con tal mentira:
 mas lo mejor de todo no fue esto,
 sino que entré en los trancos, donde estaba
 un hombre que contaba
 cosas, que os habia visto

hacer : no sé , por Dios , como resisto
 la risa ; no pudiendo
 sufrirlo , empecé á hablar , contradiciendo ,
 de tantos disparates enfadado :
 levantóse enojado ,
 diciéndome : Si usted no le conoce ,
 yo sí muy bien , y sé lo que aquí digo
 de buen original , porque es mi amigo .
 Tanto una novedad Madrid esfuerza ,
 que mi mentira la creí por fuerza .

Don Diego.

Bien lo habéis ponderado .

ESCENA X.

Dichos y Moron.

Moron.

Una señora
 de angosto talle , y de cadera ancha ,
 con mas cañas , que carro de la Mancha ,
 á quien el manto soló deja fuera
 un ojo , que le sirve de lumbrera ,
 dice que hablarte quiere .

Don Diego.

¿ Muger ? ¿ quién puede ser ?

Don Antonio.

Sea quien fuere ,
 dí que entre .

Moron.

Ya está dentro de la sala .

Don Diego.

Por Dios , que la fachada no es muy mala ;

ESCENA XI.

Dichos, doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

¿Quién es de ustedes el señor don Diego?

Don Diego.

Yo soy, señora, que á ofrecérme llevo á esos pies, si merecen obligaros mis deseos.

Doña Violante.

Solo quisiera hablaros..

Don Antonio.

Pues yo despojaré. Desde aquí quiero saber que encanto es este. *Retírase.*

ESCENA. XII.

Don Diego, doña Violante y Quiteria.

Don Diego.

Lo primero sentaros ha de ser, y descubriros.

Doña Violante.

Por cansada me siento, y por serviros me descubro.

Don Diego.

No es bien que cielo tanto tenga oculto la noche de ese manto: aunque en luces tan bellas, ante el sol se eclipsaron las estrellas, no sé cual de las mias levantarme pudo á tanto favor.

Doña Violante.

Con escucharme, sabreis mi pensamiento.

Don Diego.

Ya os escucho , decid.

Doña Violante.

Estadme atento.

Amorosos extremos
 no será bien que causen
 vanas admiraciones
 á hombre que tanto sabe;
 mayormente , quien pudo
 con ingenio tan grande
 merecer que la fama
 en dulce voz le alabe.
 Así , pues , confiada
 que puedo declararme ,
 como muger , á un noble ,
 y á un cuerdo , como amante ;
 me atreveré á deciros
 la causa de mis males ,
 que en lágrimas , y quejas
 rompiendo el pecho salen.
 Yo quise bien , yo quiero
 diré mejor , que tarde
 olvida quien bien quiere ,
 ni es posible que pasen
 por el amor los días ,
 los años , las edades ;
 que como amor es glorias ,
 sus glorias son instantes.
 Yo quiero á un caballero ,
 no os alabo sus partes ,
 que no importa deciros
 mas de que supe amarle.
 Al fin de muchos dias
 me dejó , y se fué á Flandes ;
 que son de un firme amor.

los desengaños tales.
 Aquesta carta suya
 he tenido esta tarde,
 mensagero, y testigo
 de su ausencia bastante,
 á defender la vida,
 que quisieron quitarme
 pasados gustos, siendo
 ya presentes pesares.
 Nació de esto un deseo
 de yerle; no os espante,
 pues sois cuerdo, y discreto,
 los extremos que hace
 una muger que quiere;
 que en las antigüedades
 me previenen disculpas
 hechos mas admirables.
 Supe que sois tan sábio,
 que con ingenio, y arte,
 esta dificultad
 es para vos muy fácil.
 Así, pues, si os obligan
 los extremos que esparcen
 lágrimas por la tierra,
 suspiros por el aire;
 por triste, por rendida,
 por muger, por amante,
 merezca ver, señor,
 á don Juan esta tarde.

Don Diego.

¡Quién en el mundo ha visto
 suceso semejante! op.
 No sé que hacer Señora,
 no es razon que os engañe
 quien serviros desta

y aqueso no es tan facil
 como á vos os parece,
 ni astrólogos lo hacen;
 porque representar
 á la vista la imágen
 de un hombre que está ausente,
 es mágia, y castigarle
 podrán á quien lo hiciere,
 si alguno hay que lo alcance,
 porque esa es una ciencia
 que ya no sabe nadie.

Doña Violante.

No llegára yo á hablaros,
 señor, sin informarme
 de que sabeis hacer
 cosas mas admirables.
 Si temeis el secreto,
 muy bien sabré guardarle,
 aunque muger.

Don Diego.

Señora,
 por Dios, que el escusarme,
 no es sino no saberle.

Doña Violante.

Otras dificultades
 mayores habreis hecho,
 que yo he estado esta tarde
 con hombre, que os ha visto
 hacer prodigios grandes.

Don Diego.

¡Qué bravamente aprieta!
 así habré de librarme,
 porque aquí yo no pierda
 la opinion, y ella calle.
 Pues, señora, la causa

de no determinarme ,
 ha sido por estar
 esa persona en Flandes ;
 y si hay mar de por medio ,
 no es posible alcanzarle
 los conjuros , porque ellos
 no penetran los mares :
 si por acá estuviera ,
 aun pudiera enseñarle ;
 pero en Flandes no puedo :
 con esto perdonadme.

Doña Violante.

Si advertís las razones
 que tengo dichas antes ,
 fueron que á Flandes iba ,
 mas no que estaba en Flandes ;
 él está en Zaragoza :
 no hay como disculparse
 ahora.

Don Diego.

Vive Dios , ap.
 que es apretado lance.

Doña Violante.

Si saber para esto
 el nombre es importante ,
 es don Juan de Medrano.

Don Diego.

Aun por aquí enmendarse ap.
 mi confusion pudiera.

No paseis adelante ,
 que muy bien lo sé todo.

Así he de asegurarme. ap.

Si es el que yo imagino ,
 no ha dos meses cabales
 que está ausente.

Doña Violante.

• *Es verdad.*

Don Diego.

Como jureis guardarme
el secreto, me atrevo
esta noche á llevarle
á vuestra casa.

Doña Violante.

Y yo

os juro de guardarlo,
siendo mi obligacion
de mi silencio llave.

Don Diego.

¿Moron?

Salen Moron.

Moron.

¿Señor, qué es esto?

Don Diego.

Un lindo cuento. Traime
tinta y papel. ¿Tendrás
ánimo para hablarle?

(1)

Doña Violante.

Animo tengo.

Moron.

Aquí

está el recado.

Don Diego.

Dame

esa cartera, y vete.
Ahora es importante
que escribais.

Vase Moron.

Doña Violante.

Notad vos.

Escribe.

(1) *Vase Moron y vuelve á salir.*

Don Diego.

Don Juan, ya sé...

Doña Violante.

Adelante.

Don Diego.

Adonde estais, venid
aquesta noche á hablarme,
ó iré donde estais vos
á descubrir maldades.

Doña Violante.

Ya está puesto.

Don Diego.

Firmad

vuestro nombre.

Doña Violante.

Violante.

Firma.

Don Diego.

Con esto podeis iras,
y esta noche esperadle,
que yo sé que irá á veros.

Doña Violante.

Don Diego, el cielo os guarde.
¡Qué hoy don Juan he de verte!
¡Hay dicha semejante!

ESCENA XIII.

Don Diego, Don Antonio y Moron.

Don Diego.

¡Habeisla escuchado?

Don Antonio.

Sí.

Don Diego.

¡Y habeis visto otro suceso
mas gracioso?

Don Antonio.

Yo os confieso
que ya perdido me ví
de risa, cuando os cogió
en lo del mar.

Don Diego.

¡Qué segura
vino de mí!

Moran.

La ventura
toda estuvo en que nombró
á Don Juan; ¿y que has de hacer?

Don Diego.

Por la reja de la calle
este papel has de echalles,
porque si el le llega á ver,
viendo público el secreto,
por fuerza á su casa irá
aquesta noche, y tendrá
nuestra burla lindo efecto.

Moran.

¿Piensas que comedia es,
que en ella de cualquier modo,
que se piense, sale todo?
¿Si le lee y no va despues?

Don Diego.

Mil disculpas habrá; en tanto
mudarnos los dos podemos,
para que á la vista estemos
de lo que para el encanto. *Vanse.*

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON CARLOS.

*Don Carlos y don Juan.**Don Carlos.*

Dile la carta, mostró
 al tomarla un sentimiento
 de tristeza, y de contento;
 de donde conozco yo
 que os quiere bien, y pagais
 mal una fe tan segura
 en tan perfecta hermosura.

Don Juan.

Vos, don Carlos, no mirais
 que las perfecciones bellas
 en la hermosura mayor
 no dan lugar al amor,
 si le niegan las estrellas:
 en vano Violante espera
 premio á fineza tan rara.

Don Carlos.

Segun eso, no os pesara
 que un amigo la quisiera.

Don Juan.

No sé que hiciera en rigor,
 ni si me diera desvelos;
 que suelen soplar los zelos
 las cenizas de un amor.

Don Carlos.

¿No os causa melancolia
 la soledad que pasais?

Don Juan.

La soledad que mirais
 es mi mejor compañía.

Don Carlos.

¿Qué al fin nadie ha de saber
la causa que preso os tiene?

Don Juan.

El callarla me conviene;
creed, si pudiera ser,
rompiendo tan gran secreto,
saberlo en el mundo dos,
el uno fuérades vos:
mas, como amigo, os prometo
que no lo puedo contar.

Don Carlos.

La confianza es graciosa, *ap.*
cuando no anda otra cosa
tan pública en el lugar.
Por daros la compañía
que estimais, quiero dejaros
solo. *Vase.*

ESCENA XV.

Don Juan.

¿Con qué he de pagaros
tanto amor? Vén, noche fria,
estirando el velo que dió
en triste funesto empeño
negros sepulcros al sueño;
muera el sol, y viva yo. (1)

¿Mas que es esto? ¿no es papel
el que está en el suelo? Sí.

¿Quién pudo traerle aquí?
Veré lo que dice en él.

Lee. Don Juan, ya se dónde estais,

(1) *Echarle un papel.*

venid esta noche á verme.

¿Vela el pensamiento, ó duérme?

¿Ojos, qué es lo que mirais?

Violante la firma dice:

sin dudá Carlos contó

que estaba en su casa yo:

¡hay suerte más infelice!

¡Qué Carlos me ha descubierto!

Sí, bien claro me ha mostrado

que está muy enamorado

de Violante; esto es lo cierto,

y aun él me trajo el papel.

¿Qué pena á mí pena iguala?

porque dentro de esta sala

nadie ha entrado sino es él.

¿Qué puedo hacer? si no voy

á vella, mas atrevida,

de mi silencio ofendida,

publicará donde estoy:

pues si ya se ha de saber

que estoy encubierto aquí,

mejor lo sabrá de mí;

que de modo sabré hacer,

que quede mas engañada

con lo que la he de contar,

que es muy fácil de engañar

la muger enamorada.

ESCENA XVI.

SALA EN CASA DE VIOLANTE.

Doña Violante, y Quiteria con luz en una bujía.

Quiteria.

¿Es posible que has creído,

que haya de venir á casa
en esta noche don Juan,
y no creas que te engaña
tu deseo? ¿Cómo puede
venir quien de leguas tantas
hoy te ha escrito?

Doña Violante.

Necia estás:

¿quieres tú con tu ignorancia
poner límite á las ciencias,
que tanto poder alcanzan?
Como no haya mar en medio,
eso es cosa averiguada,
qué vendrá, mas no don Juan,
sino sombra que retrata
al mismo, de la manera
que allá estuviere.

Quiteria.

¿Y qué sacas
de verle así?

Doña Violante.

Solo verle;
y no me preguntes nada,
si no sabes que es amor:
que ya sé que hay muchas damas
que se entretienen en ver
en que los ausentes pasan.

Quiteria.

¿Y cuando fuera posible
el verle, no te causára
miedo pensar que era sombra?

Doña Violante:

Ningun temor me acobarda;
ánimo tengo.

Quiteria.

Yo no.

Doña Violante.

Mira que á la puerta llaman;
toma esa luz, y abre presto.

Quiteria.

La color tienes turbada:
¿has creído que es don Juan?

Doña Violante.

No lo creo; pero acaba.

Quiteria.

Yo voy á abrir. *Vase.*

Doña Violante.

¿Qué no intenta
zelosa, y desesperada
una muger! ¿qué de cosas
sabe prevenir quien ama!
no hay al amor imposibles,
todo lo vence, y lo allana,
como es Dios.

Sale Quiteria.

¡Jesus mil veces!

Señora, verdad es clara
el encanto (muerta vengo);
don Juan era el que llamaba
á nuestra puerta.

Doña Violante.

¿Qué dices?

Quiteria.

Que está dentro de la sala.

Doña Violante.

Hasta ahora mas valiente,
y mas animosa estaba;
mas ya en saber que es don Juan
estoy medrosa, y turbada.

... ESCENA XVII. ...

Dichas, y don Juan.

Don Juan.

Violante, dame los brazos.

Doña Violante.

Espera, don Juan, aguarda;
detente, don Juan, espera.

Don Juan.

¿Después de ausencia tan larga
de esta suerte me recibes?

¿Y de esta suerte me pagas
venir á verte no mas?

Quiteria.

Bien claro nos desengaña,
que viene no mas de á verte.

Don Juan,

¿Qué dices?

Doña Violante.

¡Estoy turbada!

el cuerpo me cubre un yelo,
y el corazon se desmaya.

Don Juan, ya veo que vienes
á verme de donde estabas,
vuélvete presto, que á mí
haberte visto me basta.

Don Juan.

Si por mi fingida ausencia
estás, Violante, enojada,
escúchame las disculpas.

Doña Violante.

Ya pienso que tienes hartas
véte, y déjame.

Don Juan,

Si estoy

en Madrid por ciertas causas....

Doña Violante.

Ya sé las causas que son.

Don Juan.

Si en este papel me llamas ...

Quiteria.

¿Quién se le llevó tan presto?
aquí algún demonio anda.

Doña Violante.

Yo te llamé por pensar
poderte hablar; mas es tanta
mi turbación, que no puedo;
bien verás que no fue falsa
mi voluntad, pues que hito
diligencias tan extrañas.

Don Juan.

Ya sé que tus diligencias
han sabido cuánto pasa;
por eso tengo yo á verte.

Quiteria.

¿Qué bien dices! que la causa
del haber venido, fue
tu diligencia.

Doña Violante.

¡Fuertes son,
vuélvete, y déjados va.

Don Juan.

¿Qué bien finges que me engañas!
Dáme los brazos.

Doña Violante.

¿Los brazos? Retirándose.
¡Ay de mí!

Don Juan.

¡Déjate, aguarda.

Doña Violante.

Cerrada en este aposento
estaré, hasta que te vayas. (1)

Don Jaan.

Cerró la puerta, no quiso
satisfacción, porque airada
de ver que estaba en Madrid,
ninguna respuesta aguarda.
¿Quiteria?

Quiteria.

Señor, detente.

Don Juan.

¿Dime, qué ha sido la causa.....

Quiteria.

¿Mas qué he de pagarlo yo!

Don Juan.

De su enojo?

Quiteria.

No sé nada;

vuélvete, y déjanos ya,
sombra, ilusión, ó fantasma. (2)

Don Juan.

¿Hay suceso mas notable
¿hay confusión mas estraña!
¿quién vió tantas turbaciones,
penas, y desdichas tantas?
Carlos la culpa ha tenido,
Carlos ha sido la causa.
¿A quién he de responder,
si aun mismo tiempo me han
con mil quejas un amigo,
con mil zelos una dama?

(1) *Entrase, y cierra la puerta.*

(2) *Entrase huyendo.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LEONARDO.

Doña Maria, don Juan, y Beatriz.

Don Juan.

¿Pues no me darás los brazos,
siquiera por bien venido?

Doña Maria.

Si, don Juan, puesto que han sido
del alma, y la vida lazos.

Don Juan.

Dichosa la ausencia fue,
si por fin de su rigor
merezo tanto favor.

Doña Maria.

Mas mereces tú.

Don Juan.

No sé
como me atreva á pedir,
usando de esta licencia,
otro, que supla esta ausencia.

Doña Maria.

¿Cómo, don Juan? con decir
lo que te agrada.

Don Juan.

Señora,

dame esa cinta pendiente
de tu cuello, porque afrente

al Iris que el cielo adora. (1)

Doña María.

La joya darte imaginé, y al fin

Don Juan.

La cinta pido no mas.

Doña María.

Tómala así, que vendrás

empeñado del camino;

pues de tu vuelta fingida

el día llegó feliz,

que yo esperaba.

Don Juan.

Beatriz,

no me das la bienvenida?

Beatriz.

¡Es hora, señor, de verte!

Don Juan.

Bien, Beatriz, has preguntado;

¿no me has visto, y me has hablado

todas las noches?

Doña María.

Advierte

bien lo que has de fingir,

y de lo que nos conviene;

porque ya mi padre viene.

ESCENA II.

Dichos y Leonardo.

Don Juan.

Yo sé lo que he de decir:

Dame mil veces tus pies.

(1) Ddle una joya,

una joya me he faltado, y he de tener alegría
 y aun pienso que fué el perdella,
 por tener el gusto en ella.

Leonardo.

¿Tales extremos, María?
 ¿Qué joya era?

Doña María.

Era el Cupido
 de diamantes

Leonardo.

¿Qué eso pasa?
 busquesse en toda la casa;
 y si se hubiere perdido,
 mas joyas tienes, en quien
 valor, y arte se acrisola,
 porque no estaba esta sola.

Doña María.

Esta sola quite bien.

Leonardo.

Tanto tu pecho sintió
 qué te pudiese faltar,
 que no me has dado lugar
 para que lo sienta yo;
 y á tanto tu llanto obliga,
 que por darte gusto, luego
 he de buscar á don Diego,
 que de la joya me diga.

Beatriz.

¿Vés lo que has querido hacer
 con los extremos qué has hecho?
 Sí él va á don Diego, sospecho
 que todo se ha de saber.

Doña María.

¡Háy mas pena! ¡hay mas crueldad!

de estrella siempre enemiga !
 ¿ qué solo en mi agravio diga
 un astrólogo verdad !

Sale Leonardo.

Aquesto se me olvidó.

Beatriz.

Tu padre vuelve, señora.

Leonardo.

¿ Dime, Maria ; á qué hora
 esta joya te faltó ?

Doña Maria.

Entre once, y doce.

Leonardo.

Así goce

tu edad, y te llegue á ver
 casada, que he de saber
 quien la tiene. Entre once y doce.

ESCENA IV.

Moron, que deliène á Beatriz.

Moron.

A saber vengo, Beatriz,
 pues te importa, cuanto pasa
 á don Juan en esta casa,
 que es dar mas vivo matiz
 á tu engaño, y mi disculpa,
 con que lo sepa don Diego ;
 mas esto acredita luego
 que tú no tuviste culpa.

Beatriz.

Has de saber que ha venido
 hoy de camino, y por dar
 á entrar en casa lugar,
 unas cartas ha fingido ;

una joya, que le dió
 doña María á don Juan,
 hoy á preguntarle van
 á don Diego quien la hurtó:
 avísale porque diga,
 al preguntasselo, quien.

Moron.

Digo qué dice muy bien;
 á esto el ser mago te obliga.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Don Diego y don Antonio.

Don Diego.

Hayendo vengo de mí,
 que no sé en que confusion
 me habeis puesto; don Antonio.

Don Antonio.

En la que dijisteis vos.
 ¿ Vos mismo no me dijisteis,
 que estendiese aquella voz?

Don Diego.

Sí, mas no que publicarais
 que era mago encantador,
 sino astrólogo no mas.

Don Antonio.

La fama crece véloz;
 ¿ mas sepamos, de qué os pesa?

Don Diego.

De que no hay hombre, á quien dió
 duda cualquiera suceso,
 que por ruego, ó por favor,
 no me venga á preguntar

el fin de su pretensión.

Don Antonio.

¿Y aqueso os enfada tanto?

Don Diego.

Como sin cierta day
la respuesta, tengo luego
que en sucediendo un error,
han de quejarse de mí.

Don Antonio.

¿Pues qué astrólogo acertó
cosa que dijo? Pensad
que el mejor del mundo sois,
que vos os saldréis con ello.
¿Pudo haber cuento mejor
que aquel de doña Violante?
Mirad como sucedió,
y vereis como os helguis.

Don Diego.

No puedo alegrarme yo,
cuando á un punto me atormentan
desdenes, celos, y amor.

ESCENA VI.

Dichos, doña Violante y Quiteria con mantos.

Quiteria.

Señor don Diego, una dama
hablaos quiese.

Don Antonio.

Por Dios,
que si viene á consultarnos,
que llega á buena ocasión.
Id, astrólogo, que es fama.

Don Diego.

Dejad las buclas.

Doña Violante.

Yo soy
la que os busca, y la que viene
solo á quejarse de vos.

Don Diego.

¿ Vos tenéis queja de mí?

Doña Violante.

Si don Juan no se ausentó,
si estaba en Madrid don Juan;
¿ decidme, por qué razon
vos no me desengañasteis?

Don Diego.

¿ Pues puede saberlo yo?
Si dije que á vuestra casa
iria como en vision,
y despues os llevo él mismo,
señal es que fue mayor,
y mas poderosa fuerza
la del encanto.

Doña Violante.

Razon

es esa á que yo no hallo
respuesta; y puesto que estoy
desengañada, os suplico
deis remedio á mi dolor.

Don Juan está enamorado
de una dama, que ocasion
fué de quedarse en Madrid;
un su amigo me contó
esto, y dice que en secreto
casados estan los dos.

Don Diego.

¿ Esta muger qué pretende?

Doña Violante.

Pues vuestro estudio alcanzó

tal fuerza, que se abofrezcan
puede hacer.

Don Diego.

¡ Pluguiera á Dios!

ap.

Doña Violante.

Haced que mas no se quieran ;
que se olviden , y el rigor
de los celos los abrase ;
muera , pues muriendo estoy.

Don Diego.

Bueno es poner en mí mano *ap.*
la cura de mi dolor ,
y pedirme á mi el remedio
del mal que padezo yo ;
porque me deje , me importa
engañarla , que si doy
otra respuesta , en su vida
ha de dejarme. Mintió ,
Violante , tu amor , tus celos
mintieron , que la ocasion
de estar don Juan en Madrid
fuiste tú , y él se quedó ,
por celos que de tí tuvo .
Si un amigo te contó
otro amor , mintió el amigo ,
concierto fue de los dos :
véte , y vive satisfecha
que te adora .

Doña Violante:

Yo lo voy
con tu respuesta . ¡ Felice
quien tanta ventura vió!

ESCENA VII.

Don Antonio y don Diego.

Don Antonio.

¿Y qué la habeis respondido
á su pregunta molesta?

Don Diego.

Con equívoca respuesta
oráculo suyo he sido.
Dígela, que la queria
don Juan, y la despreciaba,
por solo ver si le amaba,
y aquella experiencia hacia:
con esto si la desprecia,
ha de pensar que la quiere;
y si algun favor la hiciere,
mas engañada, y mas necia,
ha de pensar que es amor,
y con esto no vendrá
á darme la muerte.

Don Antonio.

Ya

tenemos otro mayor.
Cuando á Carlos sutilmente
conté vuestra astrología,
le dije que le traeria
á ver una dama ausente
á vuestra casa; y de suerte
desea, don Diego, veris,
que el muere por conoceros,
y yo padesco la muerte.

Don Diego.

Mirad si uno solo así
os cansa, lo que serán
tantos juntos.

ESCENA VIII.

Dichos y don Carlos.

Don Carlos.

Aquí están, *ap.*

los dos, venturoso fui.
Señor don Diego, yo soy
un muy grande aficionado
vuestro, y quien mas ha estimado
serviros.

Don Diego.

Muy cierto estoy
que tengo esa obligación.

Don Carlos.

Aunque pudiera valerme
de amigos, quiero atreverme,
fiado solo en razon.

Un dia á la dama ví
de un amigo; yo hice mal
de rendirme, aunque leal
mi misma pasion vencí.

Los ojos fueron despojos
del alma sin gusto mio,
porque es un ciego alvedrío
de por sí este de los ojos.

No fue amistad verdadera
la suya; y yo, por tener
venganza, quisea hacer
que le olvide, y que me quiera.

A questo vengo á pedirlos,
y esto habeis de hacer aquí,
tendreis un esclavo en mí
eterno.

Don Diego.

Yo he de servirlos.

y haré de suerte, que ós quiera
 esa dama; proseguid
 vuestros amores, servid,
 que aunque altiva, ingrata, y fiera
 esté los primeros dias,
 á muy pocos os prometo,
 que yendo haciendo su efecto,
 le tengan con las porfias.

Don Carlos.

Yo esperaré, hasta vencer
 este imposible de amor.

ESCENA IX.

Don Diego y don Antonio.

Don Diego.

¡Hay ignorancia mayor!
 ¿qué esto se llegue á creer,
 sin mirar que es fingimiento?

Don Antonio.

¿Pues en fin, qué respondiste
 á don Carlos?

Don Diego.

¿No lo oiste?
 pues hice el mismo argumento
 con Carlos, que con Violante.
 Dícele, que su porfia
 siguiese, que yo le haria
 despues venturoso amante.

Don Antonio.

¿Y cómo saldreis de aquí?

Don Diego.

Porfiando alcanzará
 el favor, y me dará
 todas las gracias á mí:

pero bendito sea Dios ;
que libre un rato me veo
de necias ; aun no lo creo.

ESGENA X.

Dichos y Leonardo.

Leonardo.

Aunque estén juntos los dos ;
hablarle aquí solícito.
Buscándoos, vengo.

Don Diego.

¿ Qué presto
se cansó !

Don Antonio.

Mas que por esto oy
se dijo ; no muy bendito.

Don Diego.

¿ Señor , pues qué me mandais ?
¿ hay en qué pueda servirós ?

Leonardo.

Yo he de hacer eso ; y dejando
los cumplimientos prolijos ;
sabreis ; don Diego ; que hoy
una joya se ha perdido
en mi casa ; que por gusto
mas ; que por valor ; lo estimo ;
quisiera que me dijerais
donde esta ; y así os suplico ;
que me estudiéis con euidada
ésta figura.

Don Diego.

¿ Hase visto
confusion como la mia !
Si alguna mentita finjo ;

será imposible que deje
 de averiguarse; pensado
 estoy, que el lance es forzoso:
 pero sin causa me aflijo,
 pues con nadie importa menos
 la opinion, que he pretendido,
 que con Leonardo; esta vez
 toda la verdad le digo,
 y que no sé ciencia alguna,
 que él quedará agratificado
 al desengaño: mas quiero
 perder del crédito mio,
 que engañar á un viejo noble;
 en esto me determino.
 Señor Leonardo, escuchad;
 yo tuve algunos principios
 de astrología, es verdad,
 de donde tomé motivo
 para tener opinion
 acreditada de amigos:
 todos dicen que lo sé,
 pero ninguno lo ha visto;
 y es verdad, pues no sé tanto
 como alguna vez he dicho,
 porque entonces no importó
 con poca cosa fingirlo;
 mas hoy, que ya llega á veras,
 porque no penséis que estimo
 mas la opinion, que el trataros
 verdad, la verdad os digo.
 Yo no sé de astrología,
 tanto, que pueda deciros
 de esa joya.

Leonardo.

Quando yo

jamas hubiera tenido
 noticia de que vos sois
 hombre docto, haberos visto
 hablar con tanta humildad,
 basta para haber creído
 que sabéis mucho.

Don Diego.

Por Dios,
 que no sé nada.

Leonardo.

Es el mismo
 que decís, es lo que más
 os acredita conmigo,
 así han de ser los que saben,
 muy modestos y encogidos,
 vuelva por ellos su ciencia,
 no se ha de burlar.

Don Antonio.

Por Cristo, ap.
 que le da color el viejo.

Don Diego.

Si yo hubiera merecido
 ese nombre, yo os digera
 la verdad.

Leonardo.

Otra vez digo, lo que
 que si fueris ignorante
 os alabaras, y estimo
 esa humildad por una ciencia,
 que es hombre que de sí mismo,
 que más sabe, es el que ignora,
 pues llega á haberlo creído.
 Y volviendo á nuestro caso,
 era la joya en Cupido
 de diamantes.

Don Diego.
Vive Dios, *ap.*

que quiere quitarme el juicio.
¿Cómo tengo de decir,
que en mi vida no he sabido
si son los planetas siete,
ni si son doce los signos,
si el zodiaco guarnecen,
si anda el sol por su epiciclo,
por la eclíptica, ó por dónde?

Leonardo.

Don Diego, aunque habeis querido
de propósito ignorar
verdad en todo habeis dicho,
que tambien yo alcanzo un poco.
Olvidéme deciros
que faltó entre once y doce
la joya.

Don Diego.

¿En qué habéis
me pusisteis don Antonio!

ESCENA XI.

Dichos y Moron, que habla con don Diego aparte.

Moron

Importante es el aviso;
yo llego. Señor, escuchad
todo cuanto ha sucedido
después que me voy allá,
es, que esta mañana como
don Juan á su casa, y ella
por favor le dió un Cupido
de diamantes con su padre
fingió habersele perdido,
y él tambien fingió venir.

¿ buscarle de camino ,
con unas cartas.

Don Diego.

¡ Moron ,
¿ qué buen tiempo has venido !
Perdonadme que un criado
la respuesta me ha traído
de un recado que me importa.

Leonardo.

Disculpado estáis conmigo ;
¿ pero qué me respondeis
de esotro ?

Don Diego.

Yo he pretendido
disimular hoy con vos
mi estudio , por no deciros
cosas que os han de pesar ;
mas puesto que habeis querido
saberlo , yo esta mañana
toda la figura he visto ,
que su prima me avisó
de como le habia perdido.
Un hombre , que en vuestra casa
hoy vestido de camino
ha entrado , tiene la joya ;
y pues tanto habeis querido
saberlo , no me culpeis ,
si os pesare de lo dicho.

Leonardo.

¡ Lo que la necesidad ^{ap}
hace ! aquel hombre que vino
de Zaragoza ; ese hurtó
la joya ; ¡ mas que mal hizo
naturaleza en poner
en aquel tallo este vicio !

He de buscarle; y cobrarla,
 aunque con otro desguiso
 para pedirla, sin que él
 eche de ver que he sabido
 su flaqueza; para esto
 Habrá trescientos camijos.
 ¿Veis, don Diego, como yo
 nunca me engaño? Si digo
 una vez, este hombre sabe,
 es cierto: ahora os suplico,
 que vais á verme esta noche,
 que habeis de cenar conmigo.

Vase.

Don Diego.

Yo iré á servirlos, señor.
 ¿Don Antonio, habeis oido
 cuento como este en la vida?

Don Antonio.

A tiempo llegó el aviso,
 que si no, el viejo apretaba
 notablemente.

ESCENA XII.

Don Diego, don Antonio, Moron y Otañez.

Otañez.

Que vino

por esta parte don Diego,
 allí mi señor me dijo.

Don Diego.

De bravo aprieto salí;
 ¿pero si el viejo ha tenido
 pensamiento de pedirme
 la joya?

Moron.

El anredo es lindo.

si él le prende por ladrón,
ó por yerno, que es lo mismo;
pues de la hacienda, y la vida
entrambas son enemigos.

Otañez.

El es, yo llevo. Señor.
don Diego, por quien se dijo
lo de, ó que lindo don Diego,
pues sois el don Diego lindo
á suplicaros me atrevo
un poco, por haber sido
criado de una señora,
que vos amais, y yo sirvo.

Don Diego.

Ya os conozco; ¿qué quereis,
buen Otañez?

Otañez.

Yo he vivido
mucho tiempo muy reglado,
con cuya cuenta he podido,
para pasar mi vejez,
juntar algun dinerillo;
quisiera irme á la montaña,
y por temer los peligros
que á un hombre, y mas con dinero,
suceden en los caminos,
y por ahorrarame la costa;
humildemente os suplico
que me enviéis á mi tierra
por encanto; pues yo he oido
que llegad, si quereis,
en un instante muy chico.

Don Diego.

Esto solo me faltaba.

Moron.

Este encanto, ó este hechizo,
á mi me toca, señor;
y así por merced te pido
me le remitas á mí.

Don Diego.

Id al punto á preveniros,
que esta noche habeis de ir;
Moron estará advertido
de lo que ha de hacer.

Otañez.

Señor,

de este Moron no me fio.

Don Diego.

¿Pues atravesase á hacer
mas de lo que yo le digo?

ESCENA XIII.

Moron y Otañez.

Moron.

Mucho me pesa por vos
hacer, nada; mas ya he visto
que he de obedecer por fuerza
á mi amo.

Otañez.

Pues yo digo,
que no lo habeis de perder.

Moron.

Ea, pues, seamos amigos;
y lo que ahora habeis de hacer,
es, poneros de camino,
botas, y espuelas; si acaso
teneis algun papahigo,
llevadlo, que es menester.

caminar con grande abrigo,
 porque en las sierras de Aspa
 hace temerario frío:
 aunque vos en esta vida
 más veces habeis temido
 aspa, y fuego, que aspa, y nieve.

Otañez:

Mentís, que no soy judío.

Moron.

En fin, si aquesto ha de ser,
 del modo que os significo,
 habeis de estar á la puerta
 de vuestro jardín, en hilo
 de las doce.

Otañez.

Pues yo voy
 á prevenirme.

Moron.

Por Cristo, *ap.*
 que esta vez, viejo avariento,
 en la trampa habeis caído.

ESCENA XIV.

SALA EN CASA DE DON JUAN.

Don Juan y despues Leonardo.

Don Juan.

Llegó el felice dia
 del fin dichoso de la pena mía,
 pues ya seguro puedo
 ver á mi bien, sin que me causen miedo
 los celos de Leonardo,
 cuya amistad hacer eterna aguardo.

Sale Leonardo.

El es, tiemblo de hablalle:
 ¡qué un mozo de esta cara, y de este talle
 hiciese tal! A no tener María
 su gusto aquí, por vida suya, y mía,
 que no se la pidiera, y he tenido
 de mirarle rubor; por entendido
 no me he de dar de que él la hurtó. Yo vengo
 don Juan, buscándoos.

Don Juan.

Desde aquí me tengo
 por dichoso, si ha sido
 para mandarme, porque agradecido
 al favor, he deseado
 serviros.

Leonardo.

¡Qué cortés! ¡qué bien hablado! *ap.*
 ¡gran lástima es, por cierto,
 que veneno tan vil esté encubierto
 en tan hermoso vaso!
 Yo he venido, don Juan, vamos al caso,
 buscándoos (¡ciego estoy!) porque he sabido
 que una joya tenéis, que hoy se ha perdido
 en mi casa. ¡Turbado, *ap.*
 qué presto su delito ha confesado!

Don Juan.

¡Cielos, qué es lo que he oído!

Leonardo.

No digo yo que vos habeis tenido
 culpa, sino es aquella
 mano de quien la hubisteis.

Don Juan.

¡Triste estrella!
 es la mía!

Leonardo.

No dudo,
don Juan, que quien la dió, darla no pudo;
vos estais disculpada,
pues al fin la tomasteis engañado.
Así un error tan grave
le pretendo dorar.

Don Juan.

Todo lo sabe,
zeloso viene; mas por Dios, María,
que aquí toda la culpa ha de ser mia,
Señor.....

Leonardo.

Yo no pretendo,
don Juan, satisfacción.

Don Juan.

Dártela entienda,
para que de tu engaño
llegues con mi verdad al desengaño:
la joya yo la tengo,
que esta disculpa, que ahora te prevengo,
no es para mí; yo he sido
solamente, señor, quien ha tenido
culpa, que te ha engañado
quien te dijo que nadie me la ha dado.

Leonardo.

Tanto su error le ciega,
que se le encubro yo, y él no lo niega.

Don Juan.

Yo solo.

Leonardo.

Don Juan, mira
que yo le sé muy bien.

Don Juan.

¡A quién no admira

que él venga á disculparme!
 luego el mejor camino es declararme.
 Señor, pues has subido
 quien la joya me dió, mas advertido
 sabrás, que ha muchos dias
 que con piedad oyó las quejas mias:
 yo, como habrás oido,
 aunque pobre, señor, soy bien nacido.

Leonardo.

Disculpas son forzosas,
 mozo fui, no me espanto de esas cosas.

Don Juan.

Pues que mi bien dispones,
 por quitarnos de tales ocasiones,
 honra la humildad mia
 con tu hija, señor, doña Maria;
 y cesará con esto
 la ocasion, que en tal lance nos ha puesto.
 Tú mismo.....

Leonardo.

Poco á poco.

don Juan. Este hombre es loco, *ap.*
 por que él ladron no sea,
 quiere que yo le case (¿hay quien tal crea?)
 con mi hija. ¡Y qué presto
 dijo, que la ocasion cesa con esto!
 Véte cuando quisieres,
 que el casarte con mi hija no lo espéres,
 don Juan, yo te prometí.

Don Juan.

¿A tu hija, señor?

Leonardo.

Basta el secreto. *Vase.*

Don Juan.

¿Pues cómo me ha dejado

Leonardo así, después de haberme dado
ocasion que pidiese?

¿Disela yo, para que así se fuese?

¿Cómo, si ya sabía,

quien la joya me dió, y quien la tenía,
no remedia sus daños?

De un engaño nacieron mil engaños.

ESCENA XV.

Don Juan, doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

Señor don Juan, no creía,
que aunque pudo en tal violencia
faltar la correspondencia,
pudiese la cortesía:
también la voluntad mía
se acabó; más no por eso
os olvido, pues confieso
que os quise.

Don Juan.

Esto me faltó
ahora, para que yo
de una vez perdiese el seso.
Mandáisme que en vuestra casa
no entrara; yo he obedecido,
por estar mas encendido
otro fuego que me abrasa:
corrió el tiempo, el gusto pasó;
¿si vos misma me mandais
que no os vea, qué os quejais,
¿si os obedezco?

Doña Violante.

¿Qué bien
sabéis fingir un desden!

Don Juan.

Mirad si algo me mandais,

Doña Violante.

Solo que no me mostreis
estar aqui con disgusto ;
pues yo sé que teneis gusto
de vernos quando me veis ;
pues me amais , pues me quereis ,
ya es la entereza sobrada.

Don Juan.

Estais , por Dios , engañada ;
que despues que otro sol ví ,
sois , Violante , para mí
la cosa mas olvidada.

ESCENA XVI.

Doña Violante y Quiteria.

Doña Violante.

¿ Hase visto , ni se ha oido
en un hombre enamorado
desprecio tan mal fundado ,
ni desden tan bien fingido ?

Quiteria.

Antes prebuno que ha sido
verdad , quando á mirar llego ,
que en un engaño tan ciego
te quieres asegurar.

Doña Violante.

¿ Pues esto puede saltar ,
si me lo diga don Diego ?

Quiteria.

Lo que yo he visto , es que aqui
hizo tan notable escusa.

Doña Violante.

¿ Pues véisla con todo eso.

se va muriendo por mí.

Quiteria.

¿A eso te persuades?

Doña Violante.

Si.

Con aquel desden prolijó
mas me alegro, que me alijó.

Quiteria.

Mira que el tiempo se muda.

Doña Violante.

¿Esto puede tener duda,
si don Diego me lo dijo?

ESCENA XVII.

Dichas y don Carlos.

Don Carlos.

Si tu luz hermosa sigo,
escucha, hermosa Violante,
oye un declarado amante,
que ha sido encubierto amigo:
aunque hoy mis penas digo,
testigos fueron los cielos
de que lloré mis desvelos.

Doña Violante.

Don Juan, con venganza estraña,
engañase quien engaña,
tenga zelos quien da zelos.
A Carlos he de fingir, *ap.*
que quiero, para probar
si zelos se saben dar,
como se saben pedir.

Don Carlos.

Si no me atreví á decir
mi aficion, fue, por temer.

Doña Violante.

Bien la supe conocer,
si pagarla no he sabido,
porque no le es permitido
declararse una muger;
Carlos, vergüenza, y respeto
tuvieron la lengua muda.

Don Carlos.

Ya del hechizo, sin duda, *ap.*
se va mostrando el efecto.

Doña Violante.

La vida, y alma os prometo;
Carlos, cuando á tanto fuego
turbada á abrazarme llevo. *Vase.*

Don Carlos.

Al fin, la supo obligar;
¿mas esto pudo faltar,
si me lo dijo don Diego?

ESCENA XVIII.

DECORACIÓN DE JARDÍN.

Otañez muy galán con botas y espuelas, y después

Moron.

Otañez.

A Dios, Madrid; de esta vez
no pienso volver á verte,
que va á buscar buena muerte
quien tuvo mala vejez.
¿Mas como tarda Moron!

Moron.

Ya estoy aquí; ¿venís ya
prevenido?

Otañez.

Todo está;
amigo, puesto en razon.

Moron.

¡Qué cavalgadura os tengo!

Otañez.

No entendí que hasta este día
mezos de diablos habia,
como de mulas.

Moron.

Prevengo,
que aunque mucho ruido oigais
de voces muy lastimosas,
de ahullidos, y de otras cosas,
ni os turbeis, ni lo temais,
que no es nada: ahora tapaos,
con ese gaban muy bien;
y yo los ojos tambien
os vendaré; arrebozaos
con mucho brio, eso sí:
la mula está aquí, saltad.

Otañez.

¡Cho, demonio. (i)

Moron.

Ahora tomad
esa rienda, y porque así
vais mas seguro, yo quiero
ataros contra la silla.

Otañez.

Tened de un pobre mancilla,
no ateis tan fuerte.

Moron.

Escudero,

(i) Ponese á caballo en un banco.

que por esos aires vas.....

Otañez.

Ya siento que voy volando,
que la voz se va quedando.

Moron.

Camina con Barrabas. (1)

ESCENA XIX.

Dichos, don Juan y doña Maria.

Doña Maria.

¿Qué mi padre te pidió
la joya?

Don Juan.

A enojo tan fuerte
nada disculpas le previne,
todas á efecto de hacerme
culpado, porque quedases
en su concepto inocente.

Otañez.

Que paso, sin duda, ahora
por algun lugar parece,
porque en el viento he escuchado
hablar á diversas gentes.

ESCENA XX.

Dichos y Beatriz asustada.

Beatriz.

¡Ay señora, mi señor
con el convidado viene!
¿qué hemos de hacer?

(1) *Retirase junto al pñ.o.*

Doña María.

¿No podrás
llevarle tú á mi retrete?

Beatriz.

No, que ya está en el jardín.

Doña María.

Pues fuerza será esconderte
detrás de aquellos jazmines.

(1)

ESCENA XXI.

Dichos, don Diego, don Antonio, Leonardo y Moron.

Don Diego.

Agradable vista ofrece
este jardín; bien le adorna
con su hermosura esta fuente,
y esta fresca galería.

Ota ez.

Ya es otro lugar aqueste,
pues de las que oí, no ha mucho,
son las voces diferentes.

Don Diego.

Mucho me alegro de veros
con salud, señora.

Doña María.

Siempre
para serviros.

ESCENA XXII.

Dichos, doña Violante y don Carlos.

Don Carlos.

Aguarda.

(1) *Escondese don Juan.*

Doña Violante:

No he de entrar.

Leonardo.

¿Qué ruido es ese?

Don Antonio.

¿Qué es lo que intentas, Violante?

Doña Violante.

No te espantes de que entre así, Leonardo, en tu casa; porque si licencia tiend en los hombres el engaño, y el desprecio en las mugeres, yo vengo siguiendo á un hombre, que es el que á tu hija quiere, y está dentro de tu casa escondido; de esta suerte quiero avisarte, intentando que tú por los dos te vengues.

Otañez.

Las voces son lastimosas, que prevenidas me tiene Moron; no hay de que espantarme.

Leonardo.

Un hombre en mi casa?

Don Diego.

Tente, señor.

Leonardo.

No me ha de quedar un ratono que no queme.

Otañez.

Estas son las confusiones; ninguna mi pecho teme.

Doña Violante.

Un hombre está alado aquí,

Leonardo.

¿Atado? ¿qué encanto es este?
¿hombre aquí? ¿quién puede ser?

Don Carlos.

Ya están rotos los cordeles.

Otañez.

Ya he llegado. ¡O patria mía!
deja que tu tierra bese.

Leonardo.

¿Qué es esto, Otañez?

Otañez.

¡Jesus!

¿pues tú también, señor, vienes
á las montañas? ¿á qué?
¡Oigan, y qué honrada gente!
Todos estamos acá.

Moron.

Figurilla de bufete,
en Madrid estáis.

Otañez.

Por Dios, señor,
que es verdad. ¡Jesus mil veces!

Leonardo.

Détras de aquellos jazmines
hay alguien: ¿decid, qué gente?

Don Juan.

Si es, señor, para vengarte,
rendido á tus pies me tienes.

Yo soy quien pudo escondido
estar aquí.

Leonardo.

¿Pues qué quieres?

¿no te bastó la de hoy,
que hurtarme otra joya quieres?

Doña Violante:

No he de entrar.

Leonardo.

¿Qué ruido es ese?

Don Antonio.

¿Qué es lo que intentas, Violante?

Doña Violante.

No te espantes de que entre así, Leonardo, en tu casa; porque si licencia tiend en los hombres el engaño, y el desprecio en las mugeres, yo vengo siguiendo á un hombre, que es el que á tu hija quiere, y está dentro de tú casa escondido; de esta suerte quiero avisarte, intentando que tú por los dos te vengues.

Otañez.

Las voces son lastimosas, que prevenidas me tiene Moron; no hay de que espantarme.

Leonardo.

Un hombre en mi casa?

Don Diego.

Tente, señor.

Leonardo.

No me ha de quedar

un átomo que no quemé.

Otañez.

Estas son las confusiones; ninguna mi pecho teme.

Doña Violante.

Un hombre está atado aquí.

*

Leonardo.

¿Atado? ¿qué encanto es este?
¿hombre aquí? ¿quién puede ser?

Don Carlos.

Ya están rotos los cordeles.

Otañez.

Ya he llegado. ¡O patria mía!
deja que tu tierra bese.

Leonardo.

¿Qué es esto, Otañez?

Otañez.

¡Jesus!

¿pues tú también, señor, vienes
á las montañas? ¿á qué?
¡Oigan, y qué honrada gente!
Todos estamos acá.

Moron.

Figurilla de bufete,
en Madrid estáis.

Otañez.

Por Dios, señores,
que es verdad. ¿Jesus mil veces!

Leonardo.

Detrás de aquellos jazmines
hay alguien que decid, ¿qué gente?

Don Juan.

Si es, señor, para vengarte,
rendido á tus pies me tienes.

Yo soy quien pudo escondido
estar aquí.

Leonardo.

¿Pues qué quieres?

¿no te bastó la de hoy,
que hurtarme otra joya quieres?

y se lo dije á Violante.

Moron.

Muy lindo secreto es este.

Don Antonio.

¡Qué frío os habeis quedado!

Don Diego.

¿Alguno obligarme puede

á mas que á no adivinar?

pues yo juro eternamente

de dejar mi astrología.

Esta boda se celebre,

pāra que con su contento

supla las faltas, que tiene

un Astrólogo fingido,

si tantas perdón merecen.

El Astrólogo fingido.

No hay asunto por trivial y estéril que parezca que no sea interesante en la pluma de un escritor como Calderon. La declaración de un secreto amproso, fiado á la discrecion de una criada, ha producido una de las comedias mas agradables y graciosas, y que mas acreditan el talento cómico y el ingenio inagotable de su autor. Beatriz descubre á Moron los amores de su ama doña Maria con don Juan de Medrano, y Moron se lo cuenta á don Diego, amante desdenado de doña Maria. La encuentra en la calle y picado de sus desaires, la revela el secreto que solo sabia Beatriz.

Es fuerza que me escucheis,
 que siendo pleito de amor,
 es fuerza darme un oido
 á mí, pues habéis oido
 despacio al competidor;
 que si en la justicia mia
 bien informada no estais,
 será bien que nos oigais
 á él de noche, á mí de dia.
 No quiero yo que á ese fin
 haya lienzo por señal,
 Beatriz que bajé al portal,
 raja que caiga al jardin,
 puerta, al parecer, cerrada,
 galan que está ausente y viene &c.

Doña Maria sospecha inmediatamente de Beatriz, y la reprende con severidad; y Moron para disculpar la fingió que su amo es Astrólogo.

Señora ;

no tiene Beatriz la culpa
de esta celosa pendencia,
porque en Dios y en mi conciencia,
su ignorancia la disculpa.
Sabe, pues, que mi señor,
este que presente ves,
un grande astrólogo es ;
puedo decir el mejor
que se conoce en España.

Don Diego confirma lo que dice su criado, y refiere con tales circunstancias sus estudios en esta ciencia que no solo se lo hace creer á doña Maria, sino tambien á su padre, que llega al tiempo que estan hablando. La revelacion, pues, de Beatriz es el fundamento de la intriga, y en donde principia la accion de la comedia. Para dar mas apariencias de verdad al embuste de Moron, lo cuenta don Diego confidencialmente á su amigo don Antonio, este á don Carlos con el mismo sigilo, y en breve tiempo se esparce por Madrid la fama del astrólogo y el secreto de los amores de doña Maria y don Juan. El aumento que adquiere progresivamente esta noticia, pasando de boca en boca, es muy verosimil y muy cómico. Beatriz no dice á Moron el tiempo que llevan los amores de su ama: pero Moron le refiere á don Diego que *debe de haber mas de un año*: don Diego añade uno mas, don Antonio otro, y don Carlos no deja por su parte que quede sin aumento. Todas estas escenas son graciosas. No lo es menos la relacion de don Antonio contando á don Diego la rapidez con que se ha difundido la fama de su ciencia astronómica.

Los lances á que da lugar esta ficcion y el com-

promiso en que se vé don Diego para contestar á los que solicitan su favor son muy interesantes: pero el mayor mérito de Calderon consiste en la combinacion de la fábula, que proporciona el astrólogo sin violencia ninguna los medios para salir de sus apuros. Véanse las escenas en que se presenta Violante, la aparicion de don Juan á quien cree en Zaragoza. &c. Esta disposicion luce mas en la escena en que Leonardo le ruega que le diga el paradero de la alhaja que ha perdido su hija Don Diego ya no tiene otro recurso que confesar su ignorancia; pero Leonardo lo atribuye á modestia y se confirma mas en el concepto que ha formado de la sabiduria del astrólogo. Esta escena es muy graciosa y la llegada de Moron muy oportuna. Tambien es muy cómica la escena XIV del último acto en que el mismo Leonardo reconviene á don Juan, y este juzga que ha sabido sus amores con doña Maria.

Señor, pues has sabido
 quien la joya me dió, mas advertido
 sabrás, que ha muchos dias
 que con piedad oyó las quejas mias:
 yo, como habrás oido,
 aunque pobre, Señor, soy bien nacido.

Leonardo.

Disculpas son forzosas;
 mozo fui, no me espanto de esas cosas.

Don Juan.

Pues que mi bien dispones,
 por quitarnos de tales ocasiones,
 honra la humildad mia,
 con tu hija, Señor, doña Maria,
 y cesará con esto
 la ocasion que en tal lance nos ha puesto.

PERSONAS.

Don Juan de Toledo.

Don Diego.

Don Pedro.

Chacon, criado de don Juan.

Gines, criado de don Diego.

Leonor, dama.

Don Luis, padre de Leonor.

Beatriz, dama.

Juana, criada.

Inés, criada.

Alguaciles y Rondá.

Cuatro soldados.

La escena es en Madrid.

DAR TIEMPO AL TIEMPO.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

donde la dejé á buscarla ?

Chacon.

Una boberia (perdona ,
que no hallo nombre que darla
mas decoroso) pensé
que harias , saliendo de casa
á estas horas ; ya son dos .

Don Juan.

La otra dí .

Chacon.

Que te persuadas
á que una dama en la Corte ,
discreta , hermosa , y bizarra ,
esté tan fina en ausencia ,
que de tí se acuerde .

Don Juan.

Calla ,
villano , que vive el cielo ,
que te mate , si me hablas
en qué se pudo mudar
muger , que lágrimas tantas
vi llorar en mi partida .

Chacon.

Yo tambien ; pero repara ,
que lágrimas de muger
no son penas , sino alhajas ,
que para servirse de ellas ,
las tiene como en el arca ;
abre , y llora , cierra , y rie .

Don Juan.

Presto verás que te engañas ,
y que Leonor no es muger ,
sino deidad soberana .

Chacon.

Sí será ; pero tras cao

no has visto en tres meses carta.

Don Juan.

¿Qué mucho, si desde el día
que la sentencia ganada
del pleito á que fui, no he estado
nunca en un lugar, á causa
de tomar las posesiones
del mayorazgo, que se halla
perdido? Ven, y verás
con qué fineza me aguarda.

Chacon.

Ya son tres las boberías,
y no es la menor, que vayas
confiado, en que á estas horas
no esté Leonor acostada,
y su padre recogido.

Don Juan.

Con llegar á su ventana,
y hacer en ella la seña,
cumplido habré con mis ansias.

Chacon.

Ya son cuatro.

Don Juan.

Necio estás;

(1)

no me obligues á que haga
un disparate contigo.

Chacon.

Por mayor no doy dos blancas;
¡Jesus mil veces! *Caer.*

Don Juan.

¿Qué es eso?

Chacon.

Caer, si el uso no me engaña;

en garapiña de lodo,
 porque está frío que mata,
 y entre líquido, y cuajado,
 ni es bebida, ni es vianda.

Don Juan.

A la luz de aquella tienda,
 es de una fuente la zanja.

Chacon. (1)

Pues hartó es, purgando tanto
 la tal fuente, estar tan mala
 la calle.

Don Juan.

Entra á sacudirte
 en el portal de esa casa.

Chacon.

Por Dios, aunque me sacuda
 mas, que moza mal mandada,
 no me sacudiré el polvo, (2)

Una.

Agua ya.

Chacon.

Mientes, picaña,
 que esto no es agua.

(1)

Don Juan.

¿Qué ha sido?

Chacon.

¿Qué ha de ser? puse á mi alma,
 cosas de Madrid precisas,
 que antes fueron necesarias.
 ¡Vive Cristo!

Don Juan.

No des voces.

(1) *Escóntase como mojado, y con polvo.*

(2) *Al irse retirando, echa agua de arriba.*

Chacon.

¿Cómo no? Puerca, bergantá,
si eres hombre, sal aquí.

Don Juan.

No el barrio alborotes, calla.

Chacon.

Calle un limpio.

Don Juan.

¿Qué cansado!
Vuélvete volando á casa.

Chacon.

¿Así, y solo, y á estas horas?

Don Juan.

Si, que no quiero que vayas
conmigo así.

Chacon.

Lo que haré
será, ya que aquí me halla
este fracaso, llamar
donde me den una capa,
que á guardar dejé, con otras
alhajillas de importancia.

Don Juan.

¿Mas que es en casa de aquella
señora, cuya criada,
si bien me acuerdo, querias
antes de ir?

Chacon.

No sino el alba.

Don Juan

Pues bueno es tener de una
pícaro tú confianza,
y querer que no la tenga
yo de una principal dama.

Chacon.

Déjame llegar, verás
que mi Juauilla me aguarda
mas fina, que á tí Leonor,
haciendo que á un silvo salga. (1)

ESCENA II.

Dichos y una criada.

Criada.

¿Eres tú?

Chacon.

¡Mira qué presto!

Yo soy.

Criada.

Albricias, que nada
nuestra ama entendió, porque
ha andado muy muger Juana:
toma, y gózale mil años,
y hazle cristiano mañana,
que ha sido el parto terrible. (2)

Chacon.

Oye.

Criada.

A Dios, á Dios.

Vase.

Chacon.

Aguarda.

ESCENA III.

Don Juan y Chacon.

Don Juan.

¿Qué te ha dado?

(1) *Silvo, y sale á la puerta Juana.*

(2) *Dále un niño envuelto, y cierra apriesa.*

Chacon.

Una criatura;
que en vez de darme otra capa,
viendo que esta tiene ya
perdido el miedo á las manchas,
la aplicó para mantillas;
y es lo peor que al entregarla,
me pide albricas, y dice
que ha andado muy muger Juana.

Don Juan.

¡Y como que ha andado! bien
la experiencia lo declara.

Chacon.

¿Qué tanto, señor, habrá
que ya de la corte faltas?

Don Juan.

Trece meses.

Chacon.

¿Trece meses?

pues voyle á echar en la zanja
que está; no quiero hijo
trece mesino en mi casa.

Don Juan.

Tente, que no es cristiandad
echar á perder un alma.

Chacon.

¿Y echar á perder un cuerpo,
una pícará bellaca,
es cristiandad?

Don Juan.

¡Yo no tengo
de consentirte que hagas
tan grande inhumanidad.

Chacon.

¿No es peor hacer una ingrata?

una humanidad, que yo
una inhumanidad?

Don Juan.

Basta,
que no lo he de permitir.

Chacón.

Pues ya que de esto te quejas,
espera, que aquí en la esquina
ha de vivir una santa
comadre mía, y de todos,
que siempre sabe de armas
que acomodar, y ella puede
cuidar de ella hasta mañana,
y aun hasta el día del juicio.

Don Juan.

Pues vé volando buscarla,
y mira que voy tras tí,
para ver á quien la encargas.

Chacón.

Venid, el trecentosino,
venid, que yo os doy palabra
de que mi venganza sea
mas campavada venganza,
que la de aquel veinticuatro
de Córdoba, ó de Granada.

Vase.

Don Juan.

Estrañas cosas suceden
en Madrid, y por estrañas,
no molestan tanto, como
por lo que aquí me dilatan
llegar á adorar á Leonor,
los umbrales de tu casa.
¡O si fuera tan dichoso,
que por la reja escuchara
tus voz siquiera!

Vuelo Chacón.

Chacon.
 (:) Ya queda
 mi tremecino en guarda
 por esta noche.

Don Juan.
 Pues vamos,
 antes que otro estorvo haya,
 al centro donde ya fueron
 delante mis esperanzas.

ESCENA IV.

Dichos y cuatro soldados.

Soldado 1.
 Hidalgos, cuatro soldados
 muy hombres de bien....

Chacon.

Ya escampa.

Soldado 2.
 Ya ven el frió que hace,
 han menester una capa.

Don Juan.
 Yo tambien la he menester.

Chacon.
 Yo daré la mia barata,
 solo con que vuesarcedes
 hallen por donde tomarla.

Soldado 3.
 No alborotemos la calle,
 ni fien de su arrogancia,
 que no les estará bien.

Chacon.
 ¿Vuesarcedes, camaradas,
 aconsejan, ó capean?

Soldado 4.
 ¿Cuerpo de tal, lo que garlan!

Don Juan.

Ahora lo verán mejor. (1)

Chacón.

¿Qué va que me descalabran,
según ando de dichoso?

ESCENA V.

Dichos, don Pedro, don Diego y Ginés.

Don Pedro.

Allí son las cuchilladas.

Don Diego.

Lleguemos por si podemos
estorbar una desgacia.

Ginés.

Paz.

Todos.

Ténganse.

Soldado 1.

Aquí no hay,
sino apelar á las plantas.

ESCENA VI.

Don Juan, don Pedro, don Diego, Chacón y Ginés.

Don Pedro.

Teneos, pues van huyendo. (1)

Don Juan.

Si haré, que á mi honor le basta,
que á quien por la capa viene,
vuelva huyendo sin la capa;
el socorro os agradezco;

(1) *Sucan las espadas y ríen.*

(2) *Detienen á don Juan.*

quedad con Dias.

Chacon.

Si se tardan
en huir, por vida del
trecemesino, y de Juana,
segun estoy de furioso,
que huyera yo.

ESCENA VII.

Don Pedro; don Diego y Ginde.

Don Pedro.

Buena traza
de hombre.

Don Diego.

Y mejor desenfado.

Don Pedro.

Buen estais de vuestra casa
tan cerca, ¿quereis quedaros?

Don Diego.

Antes que á acostarme vaya,
quisiera dar una vuelta
á la calle de una dama.

Don Pedro.

¿Quereis que vaya con vos?

Don Diego.

No, que no es mi dicha tanta,
que vaya á riesgo, porque
ni me escuchan, ni me hablan:
con solo pasar la calle
se divierte mi esperanza.

Don Pedro:

Con grande recato andais
conmigo.

Don Diego.

Más es desgracia

que recato, pues no tengo
en mi amor, que fíaros nada.

Una dama galanteo,
tan hermosa, como ingrata,
y estoy tan á los principios,
que la mayor circunstancia,
que puedo deciros, es,
que he de introducir mañana,
por industria de Ginés,
una criada en su casa.

¿Ved que tendré, pues no tengo
hasta ahora una criada
de mi parte?

Ginés.

Ni aun aqueza

debes de querer que haya,
pues no me has dado esta noche
lugar de llegar á hablarla.

Don Diego.

Poco se pierde en un día.

Don Pedro.

Puesto que ir solo os agrada,
id con Dios.

Don Diego.

Quedad con Dios.

Ginés.

¿En qué habrá parado, Juane,
el susto con que quedaste
esta tarde?

ESCENA VIII.

Don Pedro.

Albricias, alma,
que tengo á Beatriz segura;
pues no va don Diego á casa,
y podré lograr siquiera
un punto mis esperanzas.
¡Qué cobardes son los pasos
del que es noble, cuando anda
de traxición! digalo yo,
que idolatrando á su hermana,
su sombra tiemblo, aunque bien
le está el temor á mis ansias;
pues por no darle en la calle
sospecha, si en ella me halla,
el mismo temor se atreve
á hacerme la puerta franca:
bien podré seguro, pues,
hablarle.

ESCENA IX.

Don Pedro, don Juan y Chacón.

Don Juan.

A Dios gracias,
que hemos podido llegar,
á pesar de penas tantas,
á la calle de Bequeri

Chacón.

¡Y bien, de Hegan, qué sacas?

Don Juan.

Si respondiere á la seña,

la dicha, Chacón, de hablarla; (1)

si no responde, la dicha
de saber qué está acostada,
y que nada la desvela
en mi ausencia.

Chacon.

¿Pues qué aguardas?

Don Juan.

Que se aleje un hombre, que
ahora la calle pasa.

Chacon.

¿Qué es que se aleje? antes pienso
que se acerca, y que se para. (1)

ESCENA X.

Dichos é Inés.

Don Juan.

¿Escucha, no llama?

Chacon.

Sí;

y no es él por quien se canta,
que en vano llama á la puerta
quien no ha llamado en el alma;
pues le han abierto.

Inés.

¿Eres tú?

Don Pedro.

Sí, yo soy.

Inés.

¿En qué reparas?

entra, que esta mi señora
quejosa de ver que tardas
tanto esta noche, que está

(1) *Llama don Pedro á la puerta y sale Inés.*

mi señor fuera de casa. (1)

ESCENA XI.

Don Juan y Chacón.

Don Juan.

Vive Dios, que ha entrado dentro.

Chacón.

No ha entrado.

Don Juan.

¿Por qué me engañas?

Chacón.

Porque Leonor no es muger,
sino deidad soberana;
y no habia de abrir á otro,
muger que lágrimas tantas
vi llorar á tu partida.

Don Juan.

¿Ahora de burlas hablas?
La puerta echaré en el suelo.

Chacón.

Peor es esto que la zanja.
Advierte....

Detiéndele.

Don Juan.

No hay que advertir;
perdidas mis esperanzas,
piérdase todo.

Chacón.

¿Qué emiendas
con furias, y con brabatas
desde la calle?

Don Juan.

Si es noble,

(1) Entranse cerrando la puerta.

(1) ocasionarle que salga.

Chacon

Pues haz para eso la seña,
con que tomarás vengança,
dándole la pesadumbre,
que él te dá; pues cosa es clara,
que tendrá de tí los zelos,
que tienes de él.

Don Juan.

Bien reparas:
temblando llego.

ESCENA. XII.

Dichos., don Diego y Ginés.

Ginés.

¿ En efecto,
su padre era el que llegaba?

Don Diego.

Si.

Ginés.

¿ Tan tarde estaba fuera?

Don Diego.

Como esto hará mi desgracia.

Ginés.

¿ Si te conoció?

Don Diego.

No sé;

pero yo tan cara á cara
llegué á conocerle á él,
que no dudo, que me haya
conocido.

Ginés.

¡Estraño empeño! (1)

Don Diego.

No es este menor, aguarda;
¿no llama un hombre á mi reja?

Don Pedro. (2)

Tengo de saber quien llama.

Beatriz.

¿Qué te importa? sea quien fuere.

Don Juan.

Que en la calle bay quien le aguarda,
decid á ese caballero.

Don Diego.

¿Y el marco de la ventana

cerrar, y abrir no has oido?

¿Pues qué espera, pues que aguarda
mi valor, que esto consiente?

Muera quien mi honor agravia. (3)

Caballero, esas paredes

tienen dueño que las guarda,

y que sabrá defenderlas.

Chacon.

Otro moro que llegaba.

¡Ah, mugeres, quien os quiere
una, y mil veces, mal haya!

Don Juan.

A eso, y á todo, mejor

sabrás responder la espada. (4)

Chacon.

Peor es esto, vive Dios,

(1) Llama otra vez don Juan.

(2) Abriendo y volviendo á cerrar.

(3) Llega sacando la espada.

(4) Riñen, y Ginés llama á la puerta.

que el agua vá, y no ir el agua.

Ginés.

Abrid aqui, y sacad luces.

Don Diego.

¿Pícaro, para qué llamas?

¿no basto yo por mi solo?

Chacon.

El llama como en su casa.

Inés dentro.

De mi señor es la voz,

y en la calle hay cuchilladas.

Dentro Beatriz.

Vé volando, y saca luces.

Don Juan.

Gente viene, y luces sacan, ^{ap.}
no ser conocido importa.

Estò no es volver la espalda,
sino fiar á mejor

ocasion mis esperanzas.

Huye, Chacon.

Chacon.

Eso haré

yo de bonísima gana. *Vanse.*

Don Diego.

Alcanzarlos tengo, aunque

el viento los dé sus alas. (1)

ESCENA XIII.

Inés con luz, y Beatriz deteniendo á don Pedro.

Beatriz.

¿Qué es lo que intentás?

(1) Va don Diego tras ellos.

Don Pedro.

Salir.

Beatriz.

Advierte....

Don Pedro.

Suelta

Beatriz.

Repara

que yo no tengo la culpa,
ni sé que es esto.

Don Pedro.

¡ Ah tiraná !

¿ No lo sabes ? pues yo sí.

Inés.

¿ Quien vió confusiones tantas !

Don Pedro.

Esto es, que el que con la seña
á esa hora á tus rejas llama,
llegó á ocasion, que tu hermano
pudo verlo, y los dos sacan,
segun el lance lo dice,
á tu puerta las espadas;
y pues eres tal, que tienes
uno en la calle, otro en casa,
la parte que á mí me toca
tambien saldré á sustentarla.

Beatriz.

Advierte lo que aventuras
en que ahora á la calle salgas,
estando en ella mi hermano.

Inés.

Y tan cerca, si no engañan
los pasos, que sube ya.

Beatriz.

Pues retírate á esa cuadra.

Don Pedro.

No por tí, sino por mí,
lo haré; porque me acobarda
mas ser don Diego mi amigo,
que mi enemigo quien te ama.

ESCENA XIV.

Dichos, don Diego y Ginés.

Don Diego.

No pude alcanzarle.

Beatris.

Cielos, *ap.*

dad aliento á mis palabras
Hermano, señor, ¿qué es esto?
¿qué te ha sucedido?

Don Diego.

Nada.

Beatris.

¿Pues qué causa te ha obligado
á venir así?

Don Diego.

La causa

ninguna ha sido; Ay de mí!
ap.
muriendo estoy por callarla,
y muriendo por decirla;
que en sospechas de honra, y fama,
se desluce quien las dice,
y se ofende quien las calla;
pero entre los dos extremos,
tomado el medio mis ansias,
haré lo mejor, que es,
ni decir las, ni callar las.

Dejad la luz, y idos fuera. (1)

ESCENA XV.

Dichos, menos Inés y Ginés.

Don Pedro.

Cielos, la suerte está echada.

Don Diego.

Días ha que á tus umbrales
encuentro de noche varias
sombras; no tendrás la culpa,
tú, sino alguna criada,
claro está: trata prudente
de cañarla, y enmendarla;
porque si de aqueste aviso
efecto mi voz no saca,
lo que hoy digo de esta suerte,
lo diré de otra mañana.

Beatriz.

Si en escrúpulos de honor
se culpa, quien se acobarda,
esfuércese la voz mía;
para que se satisfagan
don Pedro, y mi hermano á un tiempo.
Quien te oyere tan preñadas
razones hablar conmigo,
pensará que he dado causa
para escuchar tantas necias
misteriosas amenazas;
si tú vienes á esta hora
de festejar á tu dama,
ó del juego, y por ventura

(1.) Quite la luz á Inés, pónela sobre un bufete
y válese ella y Ginés.

te busca... que allá...
 no con falsedad me riñas;
 que ni yo, ni mis criadas,
 hemos dado la ocasión.
 Aunque mas esfuerzos haga, *ap.*
 estoy temblando de miedo.

Don Diego.
 No hables con soberbia tanta,
 ni me echés á mí la culpa,
 que tú tienes; no me hagas
 que irritada la paciencia,
 hoy de sus límites salga;
 porque si llego á decir
 que he visto un hombre, que llama
 á tu reja, que he escuchado
 el ruido de la ventana
 por dentro, podría ser
 que la voz en la garganta
 enmudecida, prosiga

con lo demás esta daga. *Es Empuña.*

Beatriz.
 ¿Tú la daga para mí,
 que eres mi hermano repara,
 don Diego, no mi marido.

Don Diego.
 Todo lo soy en mi casa,
 y porque mejor lo veas,
 fuera una vez de la vaina,
 habrá de serlo tu pecho.

Don Pedro.
 Eso no, que hay quien la guarda.

Saca la daga don Diego; Beatriz huye, y sale don Pedro temiéndole del brazo, y mostrando la luz, riñen.

Don Diego.

-Seas quien fueres tomare
en ella y en tí venganza.

Don Pedro.

Toma la puerta que yo
te guardaré las espaldas.

Beatriz.

Mal podré, huir de tener en
muevo un árbol en cada planta.

Don Pedro.

Yá Beatriz saló, y tras ella voy
iré, sin volver la cara, porque
pueda en un mismo tiempo,
guardándome a mí, guardarla.

ESCENA XVI.

Don Diego, Ginés e Inés con sus

Don Diego.

¿Bonda te escondes, traidor?

Inés.

¿Con quién estás?

Ginés.

En la salina
no hay nadie, señor.

Don Diego.

Toca una A
ven, Ginés; tu esa luz mata,
que el empuño de la calle
se nos ha metido en casa.

Inés.

El diablo que pare en ella.

Don Pedro.

No por tí, sino por mí,
lo haré; porque me acobardá
mas ser don Diego mi amigo,
que mi enemigo quicn te ama.

ESCENA XIV.

Dichos, don Diego y Ginés.

Don Diego.

No pude alcanzarle.

Beatris.

Cielos, *ap.*

dad aliento á mis palabras
Hérmáno, señor, ¿qué es esto?
¿qué te ha sucedido?

Don Diego.

Nada.

Beatrit.

¿Pues qué causa te ha obligado
á venir así?

Don Diego.

La causa

ninguna ha sido; Ay de mí!
ap.
muriendo estoy por callarla,
y muriendo por decirla;
que en sospechas de honra, y fama,
se desluce quien las dice;
y se ofende quien las calla;
pero entre los dos extremos,
tomafido el medio mis ansias,
haré lo méjor, que es,
ni decirlas, ni callarlas.

Dejad la luz, y idos fuera. (1)

ESCENA XV.

Dichos, menos Inés y Ginés.

Don Pedro.

Cielos, la suerte está echada.

Don Diego.

Días ha que á tus umbrales
encuentro de noche varias
sombras; no tendrás la culpa,
tú, sino alguna criada;
claro está: trata prudente
de roñarla, y enmendarla;
porque si de aqueste aviso
efecto mi voz no saca,
lo que hoy digo de esta suerte,
lo diré de otra mañana.

Beatriz.

Si en escrúpulos de honor
se culpa, quien se acobarda,
esfuércese la voz mía;
para que se satisfagan
don Pedro, y mi hermano á un tiempo.
Quien te oyere tan preñadas
razones hablar conmigo,
pensará que he dado causa
para escuchar tantas necias
misteriosas amenazas;
si tú vienes á esta hora
de festejar á tu dama,
ó del juego, y por ventura

(1.) *Quita la luz á Inés, pónela sobre un bufete,
y válese ella y Ginés.*

Don Juan.
Dices bien, aquí te aparta. (1)

Don Pedro.
La primera obligacion
en todo trance es la dama;
y así, seguirla me toca,
que no dudó que á mi casa
irá á valerse de mi. *Vase.*

Don Juan.
Sin vernos, ya el hombre baja
la calle; venid ahora.

Chacon.
Espera, que aún otro falta.

Don Diego.
Sin saber por donde van,
tras ellos voy; luces altas,
guiad mis pasos, si hay alguna,
que influya honrosas venganzas. *Vase.*

Don Juan.
Por dos partes van.

Beatriz.
Solo eso
debo á mi suerte contraria,
que es, que los dos se dividan,
porque de los dos estaba,
en cualquiera de los dos
pendiente honor, vida, y fama.

Don Juan.
¡Qué esto escuche! Aunque pensé,
fiera, injusta, alve, ingrata,
de mis ansias no cuidar,

(1) Retíranse al medio del teatro, poniéndola á sus espaldas, y sale don Pedro, luego don Diego, y una echa por una parte y otro por otra.

Don Diego.

-Seas quien fueres, tomare
en ella y en tí venganza.

Don Pedro.

Toma la puerta que yo,
te guardaré las espaldas.

Beatriz.

Mal podré, huir de temer eso;
muevo un pie y cae cada planta.

Don Pedro.

Yá Beatriz sale, y tras ella se
iré, sin volver la cara, porque
puedes en un mismo tiempo,
guardándome á mí, guardarla.

ESQUENA XVI.

Don Diego, Ginés e Inés con luz.

Don Diego.

¿Bonda te escondes, traidor? ¡E!

Inés.

¿Con quién estás? ¡E!

Ginés.

(cruza la calle) En la salina
no hay nadie, señores.

Don Diego.

Tras mí A
ven, Ginés; tu esa luz mata,
que el empuño de la calle
se nos ha metido en casa.

Inés.

El diablo que pare en ella.

Don Juan.
Dices bien, aquí te aparta. (1)

Don Pedro.
La primera obligacion
en todo trance es la dama;
y así, seguirla me toca,
que no dudó que á mi casa
irá á valerse de mi. *Vase.*

Don Juan.
Sin vernos, ya el hombre baja
la calle; venid ahora.

Chacon.
Espera, que aun otro falta.

Don Diego.
Sin saber por donde van,
tras ellos voy; luces altas,
guiad mis pasos, si hay alguna,
que influya honrosas venganzas. *Vase.*

Don Juan.
Por dos partes van.

Beatriz.
Solo eso
debo á mi suerte contraria,
que es, que los dos se dividan,
porque de los dos estaba,
en cualquiera de los dos
pendiente honor, vida, y fama.

Don Juan.
¡Qué esto escuche! Aunque pensé,
fiera, injusta, aleve, ingrata,
de mis ansias no cuidar,

(1) Retiranse al medio del teatro, poniéndola á sus espaldas, y sale don Pedro, luego don Diego, y uno echa por una parte y otro por otra.

por acudir á tus ansias,
oyendote no es posible,
que valor al pecho falta.

Beatriz.

¿Quién eres, hombre, que estás
aquí á doblar mis desgracias,
en vez de ampararlas?

Don Juan.

Soy,
pues en mi poder te hallas,
quien de aqueos dos que dices
tomará justa venganza,
hurtándote á sus deseos.

Beatriz.

Mirá...

Don Juan.

Ven conmigo, y calla.

(1)

ESCENA XIX.

Dichos y la Ronda.

Alguacil.

La justicia y caballeros.

Chacon.

Esto solo nos faltaba.

Alguacil.

¿Quién son?

Beatriz.

¡Ay de mi infelice!

Don Juan.

Un forastero, que acaba

(1) *Levándola por fuerza, sale la Ronda, pónese Beatriz á cubierto, y ella se oculta.*

de apareas aquesta noche:

Alguacil.

¿Y quién es aquesta dama?

Chacon.

·Mi muger.

Alguacil.

¿A donde va

é esta hora con ella?

Chacon.

A casa.

Uno.

¿Pues como con la justicia
é hablar se pone de chanza?

Chacon.

Gecear suelo algunas veces,
y quise decir á casa.

Alguacil.

¿Cómo sabremos que es...

Beatriz.

¿Hay muger mas desdichada?

Alguacil.

Muger suya?

Chacon.

Con creerme,
pues yo que lo diga basta.

Uno.

Mejor será que lo diga
en la cárcel, que alterada
toda esta calle, esta noche
ha habido mil cuchilladas.

Don Juan.

Vuesarcedes, caballeros,
adviertan....

Alguacil.

No hablen palabra.

sino, vengan con nosotros.

Don Juan.

Que es rigor, y sino tratan
de hacerlo por cortesía,
lo harán....

Todos.

¿Cómo?

Don Juan.

A cuchilladas (1)

Chacon.

Ya van tres veces con esta;
danzantes somos de espadas,
que con cualquier mayordomo
vuelve de nuevo la danza.

Don Juan.

Huid, señora, que ninguno
os seguirá.

Beatriz.

¡Ay desdichada!

¿dónde iré yo, que no encuentre
riesgos, penas, y desgracias?

Vase.

Todos.

Resistencia, resistencia:

Don Juan.

Tú, donde quiera que vaya,
siguela.

Chacon.

Gracias á Dios,

que algo que me esté bien mandas. *Vase.*

Todos.

Favor aquí á la justicia.

Don Juan.

Ya que ellos de aquí se alargan,

(1) Sacan las espadas.

no han de conocerme á mí,
si volando no me alcanzan. *Vase.*

Alguacil.

Mientras que vamos tras él,
usted escriba la causa.

ESCENA XX.

(:) SABA EN CASA DE DON LUIS.

Don Luis por una puerta, y Leonor con una luz que pone sobre un bufete.

Don Luis.
¿Cómo no te has recogido,
siendo tan tarde?

Leonor.
Señor,
como no sufro más amor,
que no habiendo tú venido,
me recoja; porque fuera
viendo en tí esta novedad,
descansar mi voluntad,
queja que de mí tuviera
mi mismo amor.

Don Luis.
Dios te guarde,
que á fe que te pago bien
esa fineza, ¿pues quien?

Leonor. Mi mediana tan tarde que supiera
fuera de casa, el cuidado,
hija, es que tengo de ángeles
porque al fin no hay otro en mí;
sino solo el de tu estado.
; Pluguiera Dios no le hubiera,
y quizá le averiguará. (1)

bi el que á mí llegó, esperára
á que le reconociera.

Pide ausente un deudo mio *ap.* *á Leonor.*

la memoria de mi hacienda,
y no dudo que pretenda
lo mismo: ya se la envio;
y en ajustar los papeles,
con quien va á verle, gasté
mas tiempo del que pensé.

Leonor.

¡Ay hados, siempre crueles *ap.*
para mí!

Don Luis.

¿Cómo, tan muda,
no respondes?

Leonor.

Porque yo
en esas materias no
debo hablar, pues es sin duda,
que con un sello en la boca
me han de hallar, por conocer,
que á tí toca disponer,
y á mí obedecer me toca.

¡Ay infelice de mí! *ap.*

¡qué al revés de la voz siente
el alma! ¡ay perdido ausente!

Don Luis.

Bien crea; ¿mas llaman? *(1)*

Leonor.

Si.

Don Luis.

¿A estas horas, quién será?

que la daga para mí
 sacó; mi amante, que atento
 estaba á todo, salió
 matando la luz y porque
 no le conociesen, fue
 sin duda; y viéndome yo
 en lance tan empeñado,
 sola á la calle salté,
 donde encontré;.... pero aquí
 es el decirlo escusado;
 pues sólo basta decir,
 que dejando allá á los dos,
 vengo á valerme de vos,
 por llegar á discurrir
 en fortuna tan escasa,
 que en ninguna parte puedo
 parecer yo tan sin miedo,
 señor, como en vuestra casa;
 que aunque pudiera buscar
 la del dueño que elegí,
 no ha de decirse de mí,
 que á los dos pude dejar
 riñendo, y que fui á ampararme,
 de quien quizá traer podía
 bañada en la sangre mía
 la mano que había de darme;
 y que en riesgo semejante
 mi obligación olvidé,
 ni que mi casa dejé
 por la casa de mi amante.
 A la vuestra me he venido,
 primera por mi decoro,
 y luego porque no ignoro,
 que de mi pena movido,
 podreis vos terciar en ella.

para que venga mi hermano
 en un remedio tan llano,
 como mejorar mi estrella.
 Esto á vuestros pies rendida,
 una, y mil veces, señor,
 pido; doleos de mi honor,
 primero que de mi vida;
 pues es tan justo mi intento,
 que de vos solo amparada,
 de aquí he de volver casada
 á mi casa, ó á un convento.

Don Luis.

Quejoso, y agradecido
 á un mismo tiempo, Beatriz,
 con vuestro llanto infeliz
 me dejais: la queja ha sido,
 de que con trances de amor
 tan empeñados, vengais
 á casa, donde mirais
 mas bien tratado el honor
 de una hija sin estado;
 y agradecido de que
 me eligieseis, para que
 fuese yo vuestro sagrado;
 y así, en partes dividido,
 pues que ya la queja os dí,
 os daré el favor, que en mí
 confiada os ha traído.
 Y puesto que el dia ya
 con su continua belleza
 á vencer la sombra empieza,
 no detenerme será
 bien, que para tal cuidado,
 lo mas presto es lo mejor:
 recógete tú, Leonor,

que mala noche has pasado,
 que yo á hablar á vuestro hermano
 voy, y á decirle que estais
 en mi casa, y que intentais
 dar á ese amante la mano;
 pero ya que he de llevalle
 estas nuevas, será bien
 llevarle el nombre tambien.

Beatriz.

Permitid que ahora le calle:
 decidle, que es caballero
 en sangre á los dos igual,
 noble; ilustre; y principal,
 que es el reparo primero.
 Y ásentada esta opinion;
 errores de voluntad
 suplan la comodidad;
 pero no la estimacion;
 porque si airado conmigo
 sobre esto, dice que no,
 no quiero haber hecho yo
 de un amigo un enemigo.

Don Luis.

Que replicar no faltara,
 si yo argüiros quisiera,
 que el callar de esa manera,
 es necia fineza rara;
 pero baste que le lleve
 quedar aquí, que despues
 habreis de decir quien es:
 y en tanto, que espacio breve
 gastó en esto, recogida
 con mi hija quedareis,
 segura de que estareis
 amparada, y defendida,

ya que á valeros de mí
venisteis.

Beatriz.

Dadme los pies.

Don Luis.

Alzad.

Leonor.

Ven conmigo ; pues ,
á mi cuarto.

Vase Beatriz.

ESCENA XXII.

Don Luis que detiene á Leonor.

Don Luis.

Escucha.

Leonor.

Dí.

Don Luis.

Ya ves , hija ; lo que pasa
á quien da necios oídos
á pensamientos perdidos ;
mira fuera de su casa
una muger ; que ha venido
buscándonos por sagrado ;
mira un amante empeñado ,
mira un hermano ofendido ,
y mirala á ella en efecto
á riesgo , por un error ,
de perder vida , y honor.

Leonor.

Está bien ; ¿ pero á que efecto
de esa suerte hablas conmigo ?

Don Luis.

No te muestres enojada ,
que no lo digo por nada ;

pero por algo lo digo. (1)

ESCENA XXIII.

Leonor.

Sin duda, que la porfia
que tiene don Diego, hermano
de Beatriz, pasando en vano
ma calle de noche, y dia,
donde con afectos tales
repite al viento sus quejas,
que es girasol de mis rejas,
estátua de mis umbrales;
en mi padre ha despertado
alguna imaginación,
puesto que no acaso son
los avisos que me ha dado.
¡Ay infelice de mi!
que lejos va su recelo
de la verdad; pues el cielo
sabe, que nunca le di
ocasion alguna; bien,
que no en vano me previene,
pues de quien guardarse tiene,
aunque no sabe de quien.
¿Cuándo, cielos, será el dia
que vuelva á don Juan á ver?
que yo sola pude ser
en la grande monarquía
de amor, cuyo imperio alcanza
todá la naturaleza,
el blason de la firmeza,
el baldon de la mudanza,

(1) *Vase dejando la puerta abierta.*

sin nunca apagarse en mi
incendio que arde, y no abrasa.

ESCENA XXIV.

Leonor, don Juan y Chacón.

Don Juan.
¿En fin, es esta la casa
donde la dejaste?

Chacón.

Si.

Don Juan.
Pues ya que anoche no pude
mi sufrimiento apurar, *(Ka entrando.)*
todo el veneno al pesar,
ya con el día no dudo,
sin hacer reparo en nada,
entrar donde está atrevido. (1)

Leonor.

Don Juan., ¿así bien venido.

Don Juan.

Y tú, Leonor, ¿mal hallada.

Leonor.

Mal merecen tan esquivo,
tan necio estilo grosero,
el amor con que te espero,
la fe con que te recibo.
¿Tú al fin de tan largos plazos,
como lloran mis enojos,
vuelves sin gusto á mis ojos,
y sin cariño á mis brazos?

Tú...

(1) *Vuelven Leonor y pele.*

Don Juan.

Deten la voz al lábio,
la acción al brazo deten.

Leonor.

Don Juan, mi señor, mi bien...

Don Juan.

Mi mal, mi muerte, mi agravio.

Leonor.

¿Qué es esto?

Don Juan.

¿Qué me preguntas,

vil cocodrilo, engañosa

sirena, que cautelosa

halago, y peligro juntas?

Si preguntándote á tí

tu falso estilo traidor,

puedes saberlo mejor:

mas ya que, traidora, aquí

das á entender que lo ignoras,

y con falsedades tantas,

parabienes que me cantas,

son exequias que me lloras;

yo lo diré, no porque

presuma que no lo sabes;

mas porque en penas tan graves

sepas tú que yo lo sé.

¿Puede negarme el agrado

de esa fingida apariencia,

que te has mudado en mi ausencia?

Leonor.

Verdad es que me he mudado;

¿pero qué agravio te he hecho

en mudarme?

Don Juan.

¿Habrá tenido,

(1)

no digo yo que habrá sido
noble, pero el mas vil pecho,
descaro de confesar
á un hombre, que ya engañó,
que es verdad que se mudó?

Leonor.

¿Pues por qué lo he de negar,
si es verdad....

Chacon.

¡Qué bofetada! *ap.*

Leonor.

Que me mude...

Chacon.

¡Qué cachete! *ap.*

Leonor.

Por mejorar....

Chacon.

¡Qué puñete! *ap.*

Leonor.

Comodidad?

Chacon.

¡Qué patada! *ap.*

Don Juan.

Segun eso (¡yo estoy loco!)
tampoco negarás, no,
que alguien anoche llamó
tarde á tu puerta?

Leonor.

Tampoco.

Don Juan.

¿Y también (¡ay Dios!) que á quien
llamó, al instante que oyeron
como llamaba, le abrieron,
me confesarás?

Leonor.

Tambien.

Don Juan.

Pues no quiera el sufrimiento
de mi zelosa pasion,
que hagas tú la confesion,
y que yo sufra el tormento.
Y pues, ni el alivio das
de negar, porque siquiera
ese plazo mas viviera,
oyendo ese engaño mas;
quédate, ingrata, tirana,
falsa, leve, cautelosa,
ária, mudable, engañosa,
fiera, injusta, altiva, y vana,
que ya no quiere mi amor
decirte lo mas que hubo,
por no decirte que estuvo,
á mi cargo tu temor:
cuando de tu casa huyendo
veniste donde hoy te hallé.

Leonor.

Eso solo negaré,
porque eso solo no entiendo.
¿Yo de mi casa salí?
¿riesgos, ni peligros yo?

Don Juan.

¿Pues no veniste á esta?

Leonor.

No.

Don Juan.

¿Pues tu casa es esta?

Leonor.

Sí.

¿No te escribí que me habia

de esotra casa mudado,
 y que se la habia dejado
 á una grande amiga mia?
 Ella es:.... Mas esto que voy
 á decir, no es bien prosiga,
 sin que de que no se diga,
 palabra me des.

Don Juan.

Si doy.

Leonor.

Pues ella es á quien pasó
 anoche no sé que empeño
 con su hermano, y con el dueño
 que para esposa eligió.
 Reconoce estas paredes,
 y si todo no lo olvidas,
 señas verás conuicidas,
 de quien informarte puedes, Y
 de que tu duda es error.
 No vivo aquí.

Don Juan.

No prosigas,
 Leonor mia, ni me digas
 mas palabra en tu favor;
 porque cuando yo no viera
 señas de verdad tan clara,
 si á tí misma lo escuchara,
 por mi mismo lo creyera;
 con tal novedad premiado
 que yo solamente ha sido
 dichoso en haber sabido,
 que su dama se ha mudado
 páre el sentimiento á cuya
 pues ya el gusto de preferir

Chacon.

¡ Ah mugeres , quien os quiere ,
una , y mil veces mal haya !

Don Juan.

Chacon , oye el desengaño ,
si es que mi vida apeteces .

Chacon.

¿ Yo no lo digo mil veces ,
y que todo sería engaño ,
cuando tu furia tirana
culpaba su proceder ?
porque Leonor no es muger ,
sino deidad soberana .

Don Juan.

Claro está ; y puesto que ha sido
dicha la pena pasada ,
seas , Leonor , bien llamada .

Leonor.

Y tú , don Juan , mal venido .

Don Juan.

¿ Qué es esto ? ¿ Tan presto el hábio
truca el agravio en desden ?
Leonor , mi cielo , mi bien

Leonor.

Don Juan , mi muerte , mi agravio .

Don Juan.

¿ Pues qué es esto ?

Leonor.

Ser quien soy ,
y ofenderme de que así
se haya tenido de mí
vil concepto ; cuando estoy ,
á costa de mil tristezas ,
ansias , y penitencias ,
examinando verdades ,

y acrisolando finezas.

¿Yo á otro amante habia de abrir
la puerta? ¿yo cautelosa,
falsa, aleve, y engañosa?
¿yo de mi casa salir?

Don Juan.

Agravio que no ofendió,
no fue agravio, pues peor fuera
que tu mudanza creyera,
y no la sintiera yo.

La carta que me escribiste,

Leonor, no la recibí;

y así, á la casa me fui

donde primero viviste;

y donde fue el que llamó,

lo primero que encontré.

Chacon.

No fue, que primero fue

caer en una sanja yo.

Don Juan.

Luego que la abrieron vi

la puerta,

Chacon.

También lo niego;

porque lo que vióis luego,

fue un agua od sobre mí.

Don Juan.

Después con el desatino,

llegué á la rejilla,

Chacon.

No hay tal,

que después en un portal

me nació un tretemesino.

Don Juan.

Dando la vuelta á la calle, (1)

vi salir una mujer.

Chacon.

Que hubimos de defender
de la justicia.

Don Juan.

Su talle,
su afición, y su congoja,
que eras tú me persuadió.

Chacon.

Y defendiéndola yo
á la sombra de la hoja,
con ella llegné hasta aquí.

Don Juan.

Pues si viniendo tras ella,
en la casa; Leonor bella,
don ella entró te hallé á tí;
¿qué mucho que desatento
te haya visto, y te haya hablado?
Lo que se dice enojado,
lisonja es, no sentimiento;
desaires que el pundonor
llora, el cariño agradece; (1)
quien mas siente, mas merece;
y pues no hay duelo en amor,
después de tan largos planos,
como lloran mis enojos,
vuelvo, Leonor, á tus ojos,
vuelva, el cariño á tus brazos.

Chacon.

Ea, señora, te esquivo *Detiéndola.*
deja, haya quéello primero
del anterior que te espero
la fe con que te recibo.

(1) Yéndose, y él tras ella.

Leonor:

No haré tal, porque ofendido
me tiene su sinrazón:
¿antes de oirme; era razón
culparme? en toda mi vida
me verá alegre la cara.

Don Juan.

Mi Leonor, mi bien, mi cielo,
más te injuriára un recelo,
cuando menos te injuriára.

Leonor.

Don Juan, mi padre está fuera,
y es fuerza que ha de venir
muy presto; para argüir
si mejor fuera, ó no fuera,
no es esta buena ocasión: *con desden.*
vuélvete, que yo te oiré
después, y yo me verá
en si fue, ó no fue razón. (1)

Don Juan.

No iré, sin que mi atrevido
error perdonado hayas.

Leonor.

Ahora bien, porque te vayas,
seas, don Juan, bien venido. (2)

Don Juan.

¿Por qué me vaya no mas?

Leonor.

Y porque estoy con cuidado. (3)

Don Juan.

Yo me iré, desconfiado

- (1) *Ponesela delante*
 (2) *Abrázale con desden.*
 (3) *Yéndose cada uno por su puerta.*

de no obligarte jamas ;
mas consuéleme una cosa.

Leonor.

¿Qué es, si decirle te agrada?

Don Juan.

No te pierda de culpada ;
y piérdate de quejosa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Pedro por un lado , y don Diego por otro.

Don Diego.

¡ Habrá hombre mas infeliz !

Don Pedro.

¡ Habrá hombre mas desdichado !

Don Diego.

¡ Que no haya una ingrata hallado !

Don Pedro.

¡ Qué no haya hallado á Beatriz !

Don Diego.

Sin duda que la siguió
el que su vida guardaba.

Don Pedro.

Sin duda en la calle estaba
el que á su reja llamó.

Don Diego

Y él de mí la habrá ocultado
prudentemente advertido.

Don Pedro.

Y él dichosamente ha sido
quien consigo la ha llevado.

Don Diego.

¿ Mas don Pedro no es aquel ?

Don Pedro.

¿ Pero no es aquel don Diego ?

Don Diego.

Temeroso á verle llego.

Don Pedro.

Receloso llego á él.

Don Diego.

Porque imagino que es ya
á todos mi ofensa clara.

Don Pedro.

Porque temo que en mi cara
leyendo su ofensa está.

Don Diego.

¡Qué cobarde es un honrado,
cuando se mira ofendido!

Don Pedro.

¡Qui cobarde un noble ha sido,
cuando se mira culpado!

Don Diego.

Mienta mi pena inhumana.

Don Pedro.

Finja mi desasosiego.
¿Tan de mañana, don Diego?

Don Diego.

¿Don Pedro, tan de mañana?

Don Pedro.

A seguir he madrugado
una dama, por pensar
que fuera la había de hablar:
mas no habiéndola encontrado,
salió mi esperanza vana,
salió burlada mi fe.

Don Diego.

Muy otra mi pena fue.

Don Pedro.

¿Pues qué ha habido?

Don Diego.

Que á mi hermano....

Don Pedro.

¡Ay de mí! ¿qué irá á decir? *ap.*

Don Diego.

La ha dado esta noche tal accidente, que mortal ha estado, y por acudir á su remedio, he salido á buscarle yo el doctor de mas fama, que el amor con que siempre la he querido, no me permitió á un criado fiar esta diligencia.

Así de su injusta ausencia *ap.* desvelar pienso el cuidado que puede el no verla dar, creyendo que no está buena.

Don Pedro.

Mucho siento vuestra pena.

Sin duda; fiero pesar! *ap.* que cuando salí tras ella

y la calle en que iba erré,

él dió con ella, porque

pudiese vengarse de ella;

pues decir que está mortal,

y que anda á buscar remedios.

todo es honestar los medios

de su muerte: ¿qué haré en tal

confusion para librarla?

pues de nuevo lo he debido

en albricias, que no ha sido

otro quien pudo ocultarla,

Justo es el desconsiego.

Don Diego

... Tanto, que no estoy en mí.

ESCENA II.

Dichos, don Juan y Chacón.

Don Juan.

¿No son ellos?

Chacón.

Señor, sí.

Don Juan.

Don Pedro, amigo don Diego,
mucho agradezco que sea
tan á un mismo tiempo el veros,
que mi amistad ofenderos
no pueda, con que á uno vea
antes que á otro, y pues han sido
tan iguales mis cuidados,
seais los dos muy bien hallados.

Don Pedro.

Y vos, don Juan, bien venido.

Don Diego.

Esforzados, corazón,
y disimular conviene.

Don Pedro.

Alma, aleluya, que no viene
don Juan á mala ocasión.

Don Diego.

Aunque de veros me he holgado,
me pesa de que veáis
en ocasión que me halláis
tan pendiente de un cuidado,
que por acudir á él,
es fuerza, don Juan, dejaros
mas yo volveré á buscaros,
y por si el caso es tal

lugar no permite darme, sabed que me mudé aquí, por sí se ofrece (¡ay de mí!) algo que poder mandarme.

ESCENA III.

Don Pedro, don Juan y Chacón.

Don Juan.

¿Don Diego, (¡qué es lo que á mí me llega!) ap. vive en casa de Leonor? Su hermana, pero mejor es callar. ¿Qué trae don Diego, que parece que algun grave dolor tiene?

Don Pedro.

Y tan cruel, que basta á matarme de él la parte que á mí me cabe. ¡Ay don Juan! que habeis llegado en ocasion, vive Dios, que hallais muriendo á los dos de tan contrario cuidado, que una infeliz deidad bella, hoy entre los dos se halla, él empeñado en matalla yo obligado á defendella. Y siendo así que me via en una pena tan rara, que de cualquiera fiera la poca ventura mía; lo que haré considerad, llegando vos á ocasion, que viene á hacerse elección lo que era necesidad.

Beatriz su hermana es la dama
yo, aunque él ignora, por quien
padece el mortal desden
de su vida, y de su fama.

Anoche nos sucedió
un empeño, que ahora fuera
muy largo, si os le dijera.

Su hermano entonces llegó,
y aunque de mí defendida,
trata quitarla la vida:

á cuyo efecto, buscando
mil modos, fingiendo está
accidentes, con que va
los escándalos templando
de su muerte: y siendo así,
que con mi vida, su vida
ha de quedar defendida;

lo que habeis de hacer por mí,
es, con alguna ocasión,

sacarle un instante fuera;
para que de esta manera
la tenga mi confusión
de sacarla del aprieto,
que su vida ha amenazado.

Don Juan.

Miren por donde me llegado *ap.*

á saber todo el secreto,
sabiendo en un breve instante,
quien ha sido, por mi error,
la huésped de Leonor,
el hermano, y el amante.

Don Pedro.

¡Pues cómo tan divertido,
cuando tanto empeño os
ni respondeis, ni os dís.

á darme favor? Si ha sido
 ser vuestro amigo don Diego,
 yo tambien; don Juan, lo soy;
 y en un grado mas, pues hoy
 á valerme de vos hego á mi.
 No es hacer trfición, hacer
 esto; pues de amigo á amigo
 va, de mas á mas conmigo
 la piedad de una muger.
 Ella os despide por mi, no pier
 duelaos su vida, y su honor.

Don Juan. ¿Dónde está?

¿Quién es la confusion mayor! on
 Si digo á don Pedro aquí,
 que ella en su casa no está, o Y
 es obligarme á decir lo que
 donde está, que va no cumplir
 la palabra que di ya á Leonor
 á Leonor; y aunque esto fuera
 lo que menos importára,
 es decirle (cosa es clara) con
 de quien lo he; de manera,
 que diciendo yo mi amor,
 y él sus afectos sigiendo,
 es dar con todo el estrocho

(1) en la casa de Leonor; y obn
 pues en tal dula de élle,
 cuando se vale de mi, lo
 na es justo; haya un medio aquí,
 que le diga, yo que lo callé con
 Don Pedro aunque hayais culpado
 en lance tan figurado,
 viendoos vos tan cuidadoso,
 verme á mí tan descuidado,
 presto me disculpais;

en sabiendo que esa prisa y
no es por ahoyantar precisa,
como vos la disponéis;
pues no tenéis que empeñaros
en librar á Beatriz bella.

Don Pedro.

¿Cómo, si los riesgos de ella
son tan ciertos, son tan claros,
que de su hermano oprimida
vive en suerto que se acaba?

Don Juan.

Como ella no está en su casa,
no cogamos riesgo en su vida.

Don Pedro.

Yo mismo ahora de he oído
que en casa, y enferma está.

Don Juan.

Otros motivos tempré idos al
para que no hayas fingido.

¿Vos queréis ver si es así?
pues vedlo.

Don Pedro.

Decid por Dios.

Don Juan.

Encuérense no voy con vos,
cuando vos os fiáis de mi. (1)

Don Pedro.

Tened, que si asegurado,
quisiera que no del todo quedo
hoy del mundo, no puedo
obsequiarlo de otro cuidado.

Y es tal el seguimiento
que os es mas infeliz noche.

Quiere irse y detienele un criado

¿Si no está en casa Beatriz,
á donde Beatriz está?

Don Juan.

Eso es lo que yo no sé.

Don Pedro.

¿Pues no sabes cuánto pasa?

Don Juan.

Saber que no está en su casa,
no es saber á donde está.

Don Pedro.

Eso es decirme que un hombre,
que todo el origen fue
de mi mal, de quien no sé
hasta ahora ni aun el nombre,
que hizo una seña á la reina,
y con quien riñó despues
su hermano, te oculta.

Don Juan.

No es;

y de esa segunda queja
puedo asegurarte ya
mejor que de la primera;
pues amante suyo me era
el que á la reina llamó.

Don Pedro.

Habladme claro, por Dios;
decidme, don Juan, quien fue.

Don Juan.

Esto que vosotros no sé.

Don Pedro.

Amigos somos los dos;
¿por qué de enigmas usais?
Advertid, que desluéis
dos cosas que me decís,
con una que me callais.

Don Juan.

¿Dáisme licencia que yo á quien me pregunte á mí lo que vos me fiáis aquí, pueda decirselo?

Don Pedro.

No.

Don Juan.

Pues sacaos la consecuencia; porque quien de mí fió ésto; tampoco dió para decirlo licencia.

Don Pedro.

Apuraros mas no es bien. ¿Vos aseguráisme aquí que no está en su casa?

Don Juan.

Sí.

Don Pedro.

Ni otro la oculta?

Don Juan.

Tambien.

Don Pedro.

Pues aunque en parte me deja vuestra amistad con mil sustos, en albricias de dos gustos, gracia os hago de una queja.

Don Juan.

Yo lo admito, y/ consolado id, pues calló lo que sé, de que tambien callaré lo que vos me habeis fiado. Ven, Chacon.

Chacon.

Ya voy tras tí;

perdóname hasta después,
 porque viene aquí Ginés,
 y quiero hablarle.

ESCENA IV.

Chacon, y Ginés muy triste.

Ginés.

¡Ay de mí!

Chacon.

¿Ginés, amigo?

Ginés.

¿Chacon?

perdona, que la estrañeza
 de una pena y una tristeza,
 no permite al corazon
 desahogos para darte
 la bien venida.

Chacon.

¿Qué ha habido?

¿qué tienes? ¿qué ha sucedido?

Ginés.

Solo á tí podré contar
 mi dolor. Sabrás, Chacon,
 que ayer alegre vivia,
 con presumir que tenia
 en mi casa sucesion,
 tal, cual, y ya desconfío
 de esta dicha.

Chacon.

¿De qué suerté?

Ginés.

El trágico caso advierte
 del primogénito mio.

Juana, cuarta moza, á quien

no hay, poro, que no la apoyen,
me quiso.

Chacon.

¡Ojos que tal oyen!

ap.

La quise.

Chacon.

¡Oidos que tal ven!

ap.

Ginés.

Estaba.....

Chacon.

¿Qué te has turbado?

Ginés.

No hallo digne frase.

Chacon.

¿Pues

dónde está una cinta, que es
la gala de ese tocado?

Ginés.

Dices bien, en cinta estaba,
y quedando de volver
yo anoche, para saber
en que su efición paraba,
mi amo, no me dió lugar
una amiga, y compañera
suya, de mi amor tercera,
oyó en la calle siluar,
y pensando que sería
yo, al primero que pasó.

Chacon.

Presigne.

Ginés.

El niño le dió.

Chacon.

Fue muy gran bellaquería.

Gines.

¿Y como que fue!

Chacon.

Pues no.

Gines.

Vive Dios, que si supiera
quien es, mil muertes le diera!

Chacon.

¿Qué bien hice en no ser yo!

Gines.

Bascárale, y mi furor,
donde quiera que le hallára,
el corazón le quitára.

Chacon.

¿El niño no era mejor?

Gines.

¿Cargar con mi hijo? ¡Ah cruel!

Chacon.

Aunque con razón te quejas,
quisiera saber, qué dejas
para quien cargó con él?
pues no ser de gusto arguyo,
irse por todo el lugar,
oyendo un hombre llorar
un niño, que no era suyo.
Mas si ese es tu sentimiento,
yo haré...

Gines.

¿Qué?

Chacon.

¿Que donde está
sepas.

Gines.

¿Cómo ser, podrá?

Chacon.

Facilmente, escucha atento.
Yo tengo un íntimo amigo,
callado, prudente, y fiel,
grande astrólogo, y si á él
todo el suceso le digo,
lo sabrá, sin discrepar
un minuto; verdad es,
que será fuerza, Ginés,
que algo se le haya de dar.

Ginés.

Alma, y vida le daré.
Búscale luego, y en prueba
esta sortija le lleva.

Chacon.

Y como que llevaré.

Ginés.

Presto tus nuevas esperó.

Chacon.

Pues que me agravian los dos,
honra mia, juro á Dios,
que habia de valer dinero.

ESCENA V:

Don Diego, y despues Ginés.

Don Diego.

Tanta mi vergüenza es,
que encerrado he de morir,
sin atreverme á salir
que nadie me vea. ¡Ginés,
de dónde vienes?

Ginés.

Señor,
no me riñas, porque vengo

de servirte.

Don Diego.

¿En qué?

Ginés.

Ya tengo

á Juana en cas. de Leonor ,
donde tus partes hará.

Don Diego.

Calla , calla , no prosigas ,
ni ya en tu vida me digas
nada de gusto ; pues ya
no ha de haberle para mí.
Perdone , perdone amor ,
que todo soy de mi honor ;
y ya que una vez lo fui ,
dos veces infeliz fuera ,
si tan superior pesar
dejára al alma lugar ,
donde otra pasión cúpiera.

Ginés.

Pues á pesar que tu pena
esto no hubiera aliviado ,
no se hubiera levantado ,
que en verdad , que no está buena.

Don Diego.

¿Que no sepa donde ipia ,
ni aquel amante quién es !

Ginés.

Si entre el alboroto Inés
huyó , que es quien lo sabia ,
¿de quién saberlo procuras ?

Don Diego.

Mira que he dicho que está
malá Beatriz , porque ya
que lo callen mis locuras ,

no lo publique tu labio.

Ginés.

Siempre leal te serví.

Don Diego.

¿Llaman á la puerta?

Ginés.

Sí.

Don Diego.

Mira quién es; ¡Oh! un agravio
qué cobarde es! ¡qué traidor!
todo lo asusta, y lo altera.

Ginés.

Por esto: el que está ahí fuera
es el padre de Leonor.

Don Diego.

¿El padre de Leonor?

Ginés.

Sí.

Don Diego.

Sin duda me conoció
anoche; lo más que yo
he menester ahora aquí,
es, que otro de mi ofendido,
si antes de su honor me pida,
cuando los tiene mi vida
de otro á quien yo no los pido.

ESCENA VI.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

Tendrás á gran novedad,
señor don Diego, que venga
yo á visitaros.

Don Diego.

Las dichas,
y más tan grandes como esta,
siempre á quien no las aguarda
la hacen. Unas sillitas hega,
Ginés, aquí: perdónadme
que os reciba en esta pieza,
que por ser este su cuarto,
y estar mi hermana indispueta,
suplico no os entrés adentro.

Don Luis.

Bien prudente es la advertencia, *ap.*
huelgote de haberla oído.

Don Diego.

Sake Ginés allá afuera: *Vase Ginés.*

ESCENA VII

Don Luis y don Diego.

Don Luis.

Anoche os busqué.

Don Diego.

No pude
prevenir dicha como esta;
y así, no me estuve en casa.

Don Luis.

Pues modo os dije en ella.

Don Diego.

A saberlo ya os buscára.
¡Quién vió confusión tan nueva! *ap.*

Don Luis.

Materias, señor don Diego,
del honor, es quien profesa
sustentarlas como noble,
son tan sagradas materias,

que no se tratan, sin que
 hayan de costar por fuerza,
 ó vergüenza, en quien las oya,
 ó en quien las dice vergüenza;
 pero cuando este respeto,
 que se les pierde, al moverlas,
 es por hombre de mis canas,
 de mi sangre, y de mis prendas,
 parece, que encomendada
 llevan no sé que licencia,
 que háce tratable el horror,
 sino apacible la ofensa
 Esto viene á pagar todo...

Don Diego.

¡Pluguiera á Dios, no supiera
 yo en lo que viene á parar!

Doña Luía.

En facilitar mi lengua
 términos con que decirós
 que permitais que no os crea
 decirme, que mi señora
 doña Beatriz adolezca;
 cuando vengo de su parte,
 dejándola yo muy buena
 en mi casa con Leonor.

Don Diego.

Ya es esto de otra materia.
 ¿En vuestra casa Beatriz?

Doña Luía.

En mi casa, porque ella
 es tan cuerda, tan prudente,
 tan advertida, y atenta,
 que hizo elección de la mía,
 así como faltó de esta.
 No digo yo, que disculpo

145
951

haber, con causa, ó sin ella,
vuestra cólera irritado,
ni que vos con la ira ciega
os destempláteis tampoco;
pero al fin; cosas como estas,
que de una parte, y de otra
no fáctes se sujetan,
ni en ella al uso del juicio,
ni en vos al de la prudencia;
ya sucedidas, no hay cosa
como acudir con presteza
al reparo que las calla,
y no al golpe que las cuenta.
El que no llega á saber,
que el honor de un aire enferma,
es mas dichoso, que honrado;
pero el que sin culpa llega
á saber que hay accidentes
en su honor, y los remedia,
mas honrado es, que dichoso;
y en estas dos diferencias,
ninguno lo es mas, porque
igualmente airosos quedan;
el uno, porque lo ignora,
y el otro, porque lo enmienda.
En fin, lleguemos al caso;
Doña Beatriz es tan cuerda
(ya lo dije) que ya que hubo
de dejar tímida, y ciega
su casa, se fué á la mia;
porque yo á deciros vengá,
que sin que nada suplais
en estimacion (porque esta
ni es plática que ella usará,
ni medió que yo eligiera)

perdónais no sé que yerro
 de amor, tan dorado en ella,
 que restaura en calidad
 lo que pierde en conveniencias.
 Este es el caso, entre ahora
 el juicio de quien le media.
 Si hoy en términos, don Diego,
 vuestra elección estuviera,
 lo mejor fuera mejor;
 pero quando no hay defensas,
 para que lo que ya está
 sucedido, no suceda,
 no hay cosa como engañarse
 uno á sí mismo, y que sea
 la que obre la voluntad,
 porque no lo haga la fuerza;
 del mal al menos; y mas
 quando prosigue ella mesma,
 que si de vuestro rencor
 su rendimiento no llega
 á dispensar en lo fecil,
 postrada, humilde, y sujeta,
 por mí, á vuestros pies, os pide,
 que solo le deis licencia
 para elegir de un convento
 por sepultura una celda.

Don Diego.

Señal, don Luis, yo os he oido,
 con deseo de que sean
 hermanas de un mismo parto
 la pregunta, y la respuesta;
 pero habiendo de ser una
 la una, y siendo la otra vuestra
 claro está, que al conformarlas,
 han de disonar por fuerza.

porque no pñaden unirse,
 en metáfora de cuerdas,
 la que temple la cordura,
 con la que el dolor destempla:
 pero ya que mitigado,
 y no en poca parte, deja
 arbitrios para que elija
 lo mejor, muy mal hiciera
 en no hacerlo, pues no hallára
 disculpa, si en tanta pena
 se desbocára el enojo,
 teniéndole vos la rienda.

A mi hermana, lo primero
 es justo que la agradezca,
 ya que su cata dejó,
 que la dejó por la vuestra.
 Y así en albricioas, don. Luis,
 de una eleccion tan discreta,
 quiero pagarla con otra;
 mas digo mal; que es la mesma;
 pues si ella de vos se vale,
 yo tambien, y en competencia
 suya, á vuestras plantas pongo
 honor, fama, vida, hacienda:
 todo es vuestro, nada mio;
 id, y de cualquier manera
 que vos, señor, dispongais
 la plática, vengo en ella,
 como antes que la voz corra,
 Beatriz á su casa vuelva.
 Trátese con el decoro
 igual, y digno á sus prendas,
 el estado que ella elija;
 que á precio que no se entiendá
 que falta Beatriz de casa,

ni que á mi disgusto intenta
 tomar estado, yó quiero
 anticipar la licencia.
 Mas debajo del pretesto,
 que en calidad, en nobleza,
 en punto, en estimacion,
 un átomo, una apariencia
 no he de dispensar; porque
 en tocando esta materia,
 importará mucho menos,
 que lo perdido se pierda,
 que lo por perder; que un daño;
 ó se olvida, ó se consuela,
 ó se acaba con la vida;
 mas no cuando el daño queda
 vinculado en una casa,
 á ser de su sangre herencia.

Don Luis.

Una, y mil veces los brazos
 me dad, que de otra manera
 estilo no hallo con que
 tal valor os agradezca;
 quedad con Dios, que no veo
 la hora de llegar con nueva
 de tanto gusto.

Don Diego.

Esperad,
 que por la quietud siquiera
 del pensamiento de un triste,
 será justa piedad sepa,
 ya que la fineza hace,
 por quien hace la fineza.

Don Luis.

Teneis razon; mas no puedo
 decirlo yo, que discreta

Beatriz lo calla , por no
 empeñaros en la ofensa,
 hasta la resolución ;
 y supuesto que es tan cuerda ,
 yo sabré quien es , y al punto
 volveré con la respuesta.

Don Diego.

¿No será mejor que vaya
 yo con vos para saberla ?

Don Luis.

No , que hasta estar informado
 yo de todo , no quisiera ,
 que quien á Beatriz parece
 digno , á vos no os lo parezca ,
 y estando en mi casa.....

Don Diego.

Oid ,

no prosigais , fuera de ella
 me quedaré.

Don Luis.

En eso haced
 vuestro gusto. *Vase.*

Don Diego.

¿Quién creyera
 que el que juzgué que venia
 cargado de honrosas quejas ,
 á darme por su honor muerte ,
 á dar vida á mi honor venga ?

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE LEONOR.

Leonor , Beatriz y Juana.

Leonor.

Mucho , Beatriz , me pesa ,

que ya que mi amistad tanto interesa
 hoy en tu compañía,
 la triste, la mortal melancolía
 que padeces, sea parte
 á deslucirme el bien de consolarte.
 Trata, pues es en vano,
 esperar siempre lo peor; tu hermano,
 de mi padre advertido,
 no dudo que prudente
 darte el estado intento
 que á todos está bien, con que habrá sido
 el pasado disgusto
 tercero felicísimo del gusto.
 No siempre viene el día
 de parte del pesar.

Beatriz.

¡Ay Leonor mía!

que aunque, á despecho de mis dichas, crea
 que puede ser que sea,
 como dices, tercero
 el disgusto del gusto, no lo espero,
 si doy crédito á una
 presuncion, hija al fin de mi fortuna.

Leonor.

¿Pues qué temes ahora?

Beatriz.

Que el dueño que ha de serlo ¡ay de mí! ignora
 donde estoy, y quedando persuadido
 á que un aleve, un falso, un atrevido,
 que á mi reja llamó, sin culpa mía,
 ser mi amante podía.
 ¡O! el cielo le destruya
 con el poder de toda la ira suya,
 dándole mas fatigas,
 que padezco por él.

Leonor.

No me lo digas.

Beatriz.

¿Qué te va á tí en que alivie mis pasiones?

Leonor.

Hácenme estremecer las maldiciones.

Beatriz.

Estará sospechoso
de presumir, en vano,
que pude, por el miedo de mi hermano,
irme á valer de quien está zeloso;
y como á este dudoso
concepto; ay Dios! la presuncion entregue,
cuando la nueva llegue
de que viene don Diego
en nuestro casamiento, podrá ciego
hacer reparo, en cuyo trance advierte
cual es, Leonor, mi desdichada suerte;
pues aun de lo mejor que me suceda,
apelacion á mis desdichas quedá.

Leonor.

No queda, pues el daño
resulta en uno, y otro desengaño.

Beatriz.

Si tú, Leonor, quisieras,
finezas á finezas añadiendo,
hacer una por mi, fácil pudieras
vencer el mal de que me ves muriendo.

Leonor.

Servirte solo es lo que yo pretendo.

Beatriz.

Pues dame.....

Leonor.

¿Qué?

Beatriz.

Licencia

de que un papel le escriba ,
 porque dudando donde estoy no viva:

Leonor.

Si ; ¿ mas quien ha de hacer la diligencia ;
 si ves que una criada ,
 que es la que ir puede fuera solamente ,
 hoy vino á casa , y es inconveniente
 tan presto hacerla sabedora ?

Beatriz.

En nada

repara quien desea :
 yo la hablé ya , y como ella gusto vea
 en tí , dice que irá donde le diga.

Leonor.

Tu pena mas , que tu amistad , me obliga ;
 haz lo que tú quisieres.

Beatriz.

No amiga , esclava soy , mi dueño eres.

Leonor.

Ven , daréte , Beatriz , mi escribanía.

Beatriz.

¿ Juana ?

ESCENA IX.

*Dichas y Juana.**Juana.*

¿ Señora mía ?

Beatriz.

Ya la licencia tengo. *Vanse las dos.*

ESCENA X.

Juana, y despues don Juan y Chacon.

Juana.

Dárme el papel, verás que presto vengo,
que ya que me ha traido
Ginés aquí por su amo, justo ha sido
que tambien á su ama
sirva, supuesto que ella tambien ama;
y una, y otra porfia
afectas son á la prebenda mia.

Don Juan.

Entra primero tú, delante pasa, (1)
hasta sober si está don Luis en casa.

Chacon.

Allí está sola una criada.

Don Juan.

De ella

puedes saberlo.

Chacon.

¿Oye usted doncella?

¡pero qué es lo que veo!

mentí como un sacrilego.

Juana.

El deseo, *ap.*

ó sombras finge, ó mi ventura ha sido.

Seas, Chacon, mil veces bien venido,

donde un alma te espera enamorada.

Chacon.

Tú, Juana, seas mil veces mal hallada.

(1) *Salen como recatandose; hablando desde la puerta; don Juan se queda en ella y Chacon llega á Juana.*

Juana.

Mal merecen estilo tan grosero
el amor, y la fe con que te espero,
¿Tú me hablas de esa suerte?
¿Ah mi bien, mi señor?

Chacon.

Mi mal, mi muerte.

Juana.

¿Qué es esto?

Chacon.

¿Qué preguntas?
si eres un cocodrilo, una sirena,
que para mayor pena,
trece mesinamente á un tiempo juntas
traicion, y halago; mas pues no bafuntas
lo que es esto, y fingiendo que lo ignoras,
exequias cantas, parabienes lloras,
yo lo diré: ¿puedes negarme, ingrata,
falsa, aleve, cruel, fiera, mulata;
(perdona el consonante,
cargúeme de razon, paso adelante)
lo que en tu misma casa á mí me pasa?

Juana.

¿En qué casa, Chacon, si esta es mi casa?

Chacon.

¿Esta es tu casa?

Juana.

Desde que te fuiste,
por vivir en tu ausencia sola, y triste,
quitada de ocasiones,
de malas lenguas, y murmuraciones,
dejé la que tenia;
criada soy de Leonor.

Chacon.

¡Ay Juana mia!

perdóna, que los zelos
 duelo no tienen, aunque tienen duelos;
 llega, señor, vírás el mas extraño,
 el mejor, el mas dulce desengaño.

Juana.

¿De eso tratas ahora?

Chacon.

¿He de tratar de reto de Zamora?
 Seas, ó Juana, el susto despedido,
 bien hallada.

Juana.

Tu seas mal venido.

Chacon.

¿Tal pronuncia tu labió?

¡Ah mi Juana! ¡Ah mi bien!

Juana.

Mi mal, mi gravio.

Chacon.

¿Qué es esto?

Juana.

Ser quien soy, verme ofendida.

ESCENA XI.

Dichas y Leonor.

Leonor.

Toma, Juana, el papel, vé por tu vida,
 que porque no saliese ella acá fuera,
 yo te le traigo.

Dale el papel.

Don Juan.

Espera,

que antes que Juana con él
 vaya donde tú la envias,
 han de ver las ansias mias

lo que contiene el papel. (1)

Leonor.

¿Siempre conmigo cruel,
don Juan, siempre sospechoso,
recatado, y temeroso,
cuando juzgo que previenes
mas fino obligarme, vienes
á ofenderme mas zeloso?

Don Juan.

Leonor, aunque mi alvedrio
tenga de ti confianza,
ha de temer tu mudanza
el poco mérito mio.
Yo de tí no desconfio,
de quien desconfio es de mí,
y supuesto, siendo así,
que á mi me temo, y no á él,
tengo de ver el papel.

Leonor.

¿Le has de ver? pues oye.

Don Juan.

Di.

Leonor.

Aqueste papel no es mio,
ni yo le escribí, ni sé
lo que en sí contiene, aunque
ves que soy la que le envío:
yo de tu mano le fio;
mas con esta condicion,
que si lees solo un renglon,
de nuevo me he de ofender;
y si le vuelves sin leer,
creeré la satisfaccion

(1) Quiere tomarlo, y ella le retira.

que tienes de mí ; de suerte
 que estar de nuevo ofendida ,
 ó de nuevo agradecida ,
 en tu mano pongo.

Dátele.

Don Juan.

Advierte

que es un examen muy fuerte ,
 una experiencia muy nueva ,
 y muy rigurosa prueba
 poner al que está mortal
 en los labios el cristal ,
 y decirle que no beba.
 Dame , Leonor , el papel
 á que en mi mano le vea ,
 y mandar que no le lea ,
 es precepto tan cruel ,
 como fuera darle á aquel ,
 que ya en la prision desmaya ,
 pisando la última raya
 de la vida su afliccion ,
 la llave de la prision ,
 y decir que no se vaya.
 Ver que á una criada le das ,
 y no ver á quien le envias ,
 ver , que á mi mano le fias ,
 para volverle no mas ,
 lo mismo es , si atenta estás
 á condiccion tan severa ,
 que si desde la ribera
 al que ahogarse miráras
 una tabla le arrojaras ,
 con ley de que no la asiera.
 Lo mismo es decirme aquí
 que no es tuyo , y pretender
 que lo que yo puedo ver ,

sin ver, lo crea de tí,
 que si al que ardiendo (¡ay de mí!)
 en un incendio tirano,
 le persuadieras en vano
 á que el fuego no apagára,
 esperando que llegára
 á socorrerle otra mano.
 Y así, aunque lidien, Leonor,
 en tan extraño precepto,
 de una parte tu respeto,
 de otra parte mi temor;
 perdona, que fuera error,
 que yo morir me dejára,
 sin que del cristal probára,
 sin que la prision rompiera,
 sin que á la tabla me asiera,
 y sin que el fuego apagára.

Lee. *Porque no presumais de mí, que no desco
 hacer siempre lo mejor, sabed que donde vine á favo-
 recerme anoche, fue en casa de Leonor; en ella....*

No hay que leer más; y si yo,
 que no te ofendia creyera,
 todo esto dicho te hubiera
 á quien Beatriz lo escribió.

Leonor.

¿En fin, no te engañé?

Don Juan.

No.

Leonor.

¿Luego ingrato eres?

Don Juan.

Soy fiel;

toma el papel.

Leonor.

¿Yo el papel?

ni verle quiero.

ESCENA XII.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

Yo sí.

Leonor.

¡Ay infelice de mí!

ap.

Don Juan.

¡Quién vió lance mas cruel!

ap.

Don Luis.

¿Qué es esto, señor don Juan?

¿Ves en mi casa? ¿qué es esto?

¿Leonor, enojada tú?

¿porfiando uno, otro sintiendo?

pregunto, no lo digais,

que pues he llegado á tiempo

que este papel me lo diga,

de él lo sabré.

Don Juan.

¡Yo estoy muerto!

ap.

Leonor.

¡Yo confusa!

ap.

Juana.

¡Yo turbada!

ap.

Chacon.

Yo, si la verdad confieso,

estoy ahora, como cuando

tengo muchísimo miedo.

ap.

Leonor.

¿Para qué quieres, señor,

de aqueso papel saberlo,

si mejor de mí podrás

saber la verdad? Ea, cielos,

ap.

favor aquí.

Don Juan.

¿Qué pretende decir Leonor?

Chacon.

Algun cuento:

Leonor.

Beatriz le escribió á su amante, que será ese caballero; que yo no he visto en mi vida, ni sé quien es; él sabiendo por él, que está aquí Beatriz, traído de sus afectos, dice, que ha de entrar á hablarla; y porque se lo defiende, diciéndole que es engaño (por lo que yo á mi me debo) para convencerme él, me daba el papel; á efecto de que le leyera yo; y así me estaba diciendo: toma el papel: á que entonces ¿yo el papel? ni verle quiero, respondí dándole al aire.

Don Luis.

Lo que dices tú, es lo mismo que dicen papel y acción.

Leonor.

Ahí verás que yo no miento.

Chacon.

Y como, así las verdades son de todas las del pueblo.

Don Luis.

Por cierto, señor don Juan, vos no habéis andado cuerdo;

ni en atreveros á entrar (ho)
 en mi casa, ni en poneros
 en demandas con Leonor.
 Don Juan. Señor, mi amor, mi desvelo
 en amar á Beatriz, es
 justo, y...

Don Luis.

Disculpas no quiero
 ni á todo lo que pudiera
 estender mis sentimientos; no
 porque en efecto no es
 ya de mi edad todo el duelo,
 y más, cuando de enmendar el
 trato los disgustos vuestror
 Para el fin de vuestras bodas
 de hablar á don Diego vengo,
 él responde tan prudente,
 tan advertido, y atento,
 que olvidado del disgusto,
 solo trata del remedio
 en su honor; y aunque dudaba
 en solo saber si el dueño
 que eligió Beatriz, tenia
 en sangre merecimientos,
 que igualasen á la suya;
 ya (siendo vds el sujeto,
 en quien tan calificados
 quedan todos sus rezelos
 como en quien goza la altiva
 sangre ilustre de Toledo)
 no hay que reparar; y así
 á decirlo á Beatriz entro,
 por ganar yo las albricias,
 y porque sepa que de...

toda su pena acobardada:
 vos esperad, que al momento
 á don Diego llamaré,
 para que alegre, y contento,
 hermano, y amigo os hable.

Leonor.

¿Tan presto quieres todo eso
 atropellar?

Don Luis.

Estas cosas
 son mejor cuanto mas presto
 no veo la hora de echar
 de mi casa tan opunostos
 lances á mi condicion;
 muy bueno, en verdad, es esto,
 Leonor, para tu recato:
 váyase allá con sus celos,
 y su amor.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Luis.

Don Juan.

¡Ay Leonor, mis!

¿que has hecho?

Leonor.

¿Qué he de haber hecho?

valerme de una disculpa
 y la disculpa me ha muerto.

Don Juan.

Aun el empeño que falta
 es poco, porque en saliendo
 Beatriz á verme, es forzoso
 decir, que no soy el dueño
 de su amor; y cuando quiera

hoy por tí fingir el serlo,
 es empeñarse á tratar
 con don Luis el casamiento,
 y en materia tan pasada
 no se debe mentir.

Leonor.

Todo esto
 puede enmendarse, don Juan.

Don Juan.

¿Con qué?

Leonor.

Con dar tiempo al tiempo.

Véte tú antes que ellos salgan,
 y déjame á mí.

Don Juan.

Mañana puede ser
 yo en tanto riesgo dejarte.

Leonor.

En viéndote tú, no hay riesgo.

Don Juan.

¿Cómo, si don Luis á mí
 nombra, y Beatriz á don Pedro,
 puede dejar de quedar
 todo el tance descubierto,
 y resultar contra tí
 la presuncion del empeño?

Leonor.

No viéndote á ti, es cuestion
 de nombre esa; y en efecto,
 dar tiempo al tiempo te importa.

Don Juan.

A mi pesar te obedezco.

Chacon.

Salgamos, señor, de aquí,
 una por una.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON LUIS.

Chacon, y don Juan á la puerta.

Chacon.

Ya don Luis, y Beatriz vienen
hacia esta parte.

Don Juan.

Habla queda.

Chacon.

¿Qué ha de decirles Leonor
de habernos ido?

Don Juan.

Oye atento.

ESCENA II.

Dichos, don Luis y Beatriz.

Don Luis.

Esto dijo vuestro hermano
prudente, advertido, y cuerdo;
y aunque pudiera, señora
doña Beatriz, mi respeto
ofenderse de que vos,
tan de las puertas adentro
de mi casa, hayais escrito,
que venga este caballero,
os lo perdono; porque
hago en perdonarlo menos

que quedando solo esto,
 se hará mejor la deshecha
 á la disculpa que pienso
 dar de haberse don Juan ido.

ACTO II
 ESCENA XIV.

Don Juan.

¡Brava trama se va ardiendo!
 allí está en gran puridad
 con Beatriz hablando el viejo,
 don Juan escondido aquí,
 á nuestra puerta don Diego,
 Leonor en obligación
 de decir segundo enredo,
 Chacon zeloso, culpada
 yo; ¿veñ credes todo esto?
 pues en qué pára verán,
 solo con dar tiempo al tiempo.

II

Don Juan y Beatriz.

Don Juan.

Esto es un juego de niños
 que se juega en la corte
 y en la plaza pública
 con el nombre de amor
 pero que en realidad
 es un juego de niños
 que se juega en la corte
 y en la plaza pública
 con el nombre de amor
 pero que en realidad
 es un juego de niños

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON LUIS.

Chacon, y don Juan á la puerta.

Chacon.

Ya don Luis, y Beatriz vienen
hacia esta parte.

Don Juan.

Habla queda.

Chacon.

¿Qué ha de decirles Leonor
de habernos ido?

Don Juan.

Oye atento.

ESCENA II.

Dichos, don Luis y Beatriz.

Don Luis.

Esto dijo vuestro hermano
prudente, advertido, y cuerdo;
y aunque pudiera, señora
doña Beatriz, mi respeto
ofenderse de que vos,
tan de las puertas adentro
de mi casa, hayais escrito,
que venga este caballero,
os lo perdono; porque
hago en perdonarlo menos

á vos, que á él.

Beatriz.

Yo, señor,
escribí el papel, diciendo,
que en vuestra casa...

Don Luis.

Está bien.

Beatriz.

Porque supiera el acierto
de mi elección, no pensara
que yo pudiera...

Don Luis.

En efecto
ya él está aquí, y en la calle
vuestro hermano, que en sabiendo
quien es, es fuerza que admita
de su honor el mejor medio,
con que á vuestra casa hoy
volveréis gustosa.

Beatriz.

El cielo

os guarde; que honor, y vida
he de pagaros que os debo.

Don Luis.

Yo he de serviros. *Leonor*
donde está aquel caballero
que quedó aquí.

Leonor.

ESCENA III.

Dichos, Leonor y Juana.

Leonor.

No quisiera
decirle que dije huyendo
de volver, á saber, á verte.

Don Luis.

¿Qué dijo?

Leonor.

Dijo resuelto,
que aunque él á ver á Beatriz
habia venido, no á efecto
de tratar con tanta priesa,
señor, de su casamiento;
porque hasta estar su temor
informado, y satisfecho
de quien era el que llamaba
á su reja, estando él dentro
de su casa, no pensaba
tratar de segundos casamientos;
y á ti, que vés de ti buyendo,
por no hablar de esto contigo.

Beatriz.

¡Ay Leonor, no en vano fueron
mis temores; á quien quiera
que fuese, destruya el cielo!

Leonor.
El bien que es, Beatriz, no
ser muy grande castillo;
pero ni contigo, fino;
ni conmigo, hazlo de acuerdo.

Don Juan.

¿Qué te parece el engaño,
para ir dandotiempo?

Chacon.

Yo con lo del primer día,
á nada, señor, vaciendo.

Doña Lúis.

¿Que eso dijo, aunque se fue
tras él iré, y te voy á buscar.

de mi casa, y de mi honor:
 mas ¿dónde voy? que don Diego
 en la calle está esperando
 la respuesta, y si la llevo
 el nombre; y le vió salir,
 es preciso ir al momento
 á buscarle, alborzado
 de saber quien es, y les yerro,
 no estando de parecer
 esotro en el casamiento;
 pues dejarlo de decir,
 cuando él espera saberlo,
 será ponerle en mayor
 sospecha de que yo miento,
 y mas viéndole en mi casa.
 ¿Quién me ha metido á mí en esto
 de andar yo entre mocitos,
 ajustando amor, y celos?

Beatriz

Señor, si yo hubiera dado
 la ocasion, que... mas, ¡ay cielos!
 mi hermano entra en esta sala:
 de solo mirarle diemblo,
 pues ya sabeis vos quien es,
 decidsele; asegúrenos
 lo principal de la duda:
 que en esotro yo me ofrezco
 á desengañarle, y
 para quedar satisfecho,
 sé que tengo de mi parte
 la poca culpa que tengo.

Don Diego.

¿Quién?

tener noticia:

Juana.

Galla ahora.

Chen.

¿Prenda perdida tenemos?

sobre primer día?

Don Diego.

A buscar vamos

vamos á don Juan; y puesto

á sus pies, vereis que hago

la queja agradecimiento.

Don Luis.

Tened, que antes que los dos

cara á cara habéis en esto,

es bien que adelante vaya

yo á hablarle; que los terceros

ajustan mejor las paces.

Don Diego.

De mis acciones sois dueño.

Don Luis.

Pues venid tras mí á lo largo,

porque hasta ahora, no sabiendo

que le buscamos de paz,

se recatará del veros,

como ofendido. Este es

por hablarle yo primero.

Seguidme; pues.

ESCENA V.

Don Diego, Leonor y Gines.

Don Diego.

Tras vos voy,
¿A donde vais de mí? ¿pudieron?

harmosísima. ¿Conozco
hallar mis nobles deseos
honor, y vida, y bienes
en vuestra casa, que es centro
del alma, y región, al fin,
de sus glorias?

Leonor. No os entiendo

ni sé porque lo deis :

Don Diego. No os da padre espere, idos presto.

Don Diego.

No os deis por desentendida,
queiro es, no, mi amor tan necio,
que, no haya sabido darse
a entender en tanto tiempo
como sabga que os adoro.

Don Juan.

¿Qué escucho!

Chacón.

Tan mala es esto,
como mi prenda perdida.

Don Diego.

Y pues el hado ha dispuesto...

Leonor.

¿Qué ha de haber dispuesto el hado?
idos de aquí.

Don Diego.

Qué temiendo, ¡!

que por encontrarme anoche
don Luis, me hablara en sus celos;
no me habló, como en mi honor;
muy bien prometeme puedo,
que sé me sonar mis dichas;
pues ya, por lo menos tengo
el que me sonar desde parte.

y el que vos sabéis que es quítro.

ESCENA VI.

Leonor, don Juan, Chacon y Juana.

Chacon.

¡O, lo que ha de haber aquí
de zelos y de más zelos!

Leonor.

¿Qué hará (¡ay de mí!) con mazon, ap.
quien sin élla testudo ciego?

Chacon.

¡Juana y mucho hay que reñirgo
vamos á tomarlos puestos, sup
que este es de mí amo, no mió.

Juana.

Otro dia nos veremos.

Vase.

Chacon.

Pues juro á Dios, que otro dia
se ha de ver en nuestro encuentro
la mas reñida batalla
de los partes y los medos.

ESCENA VII.

Don Juan y Leonor.

Don Juan.

¡Leonor?

Leonor.

¡Ay de mí!

Don Juan.

Ya ves
que tu padre, y que don Diego,
van á buscarme, pensando
que yo soy de Bathia duca;

Beatriz piensa, que el que estuvo
 aquí, es su amante don Pedro ;
 don Pedro es amigo mio,
 á quien yo callé el secreto ;
 de modo , que á todos quatro
 hoy por enemigos tengo .
 Lo que resulta de todo ,
 es , quedar tú por lo menos
 segura , conque no importa
 quedar yo culpado , puesto
 que nunca podré decir
 lo que me tuvo aquí dentro ;
 pues siendo así , que yo solo
 soy el azar , y el encuentro ,
 y dar tiempo al tiempo ha sido
 la causa de todo esto ;
 yo procuraré , Leonor ,
 darle tanto tiempo al tiempo ,
 que ninguno me halle ; á Dios .

Leonor .

¡ Ah don Juan ! que aqueso esfuerzo
 quieres que yo no lo entienda ;
 y aunque no quieras , lo entiendo .

Don Juan .

Harto es , que tu entiendas algo ,
 cuando te culpa q'ra afecto
 darte por desentendida .

Leonor .

Los cielos

Don Juan .

Aquí no hay cielos ;
 no me des satisfacciones ,
 des de pipas las cosas
 que eres quien eres , y no
 se ha de tener mal concepto .

de ti: ...
Leonor.

Tan malo es, don Juan,
 pedir un amante zelos
 sin ocasion, como no
 pedirlos con ella.

Don Juan.

Euego,
 desconfiástele, Leonor;
 ya confieras que la tengo.

Leonor.

Si; mas no que yo la he sido.

Don Juan.

Dices muy bien, por que aquéllo
 del lance de anoche, y ir
 tu padre á buscarle, haciendo
 honor lo que él juzgó agrávio;
 decir: ¿mas que importa esto?
 él te quiere, ¿tú lo sabes?
 á Dios, á Dios; porque pienso
 que si... mas no pienso nada:
 á Dios, Leonor.

Leonor.

Si primero,
 no me oyes, no has de irte.

Don Juan.

No oiré.

Leonor.

¿Por qué?

Don Juan.

Porque temo,
 si te oigo, que he de creerte,
 y haré muy mal si te creó.

Leonor.

¿Qué culpa es de una mujer,

que la quieran?

Don Juan.

¡Qué argumento
tan de todas! ser queridas
no es culpa; y es, porque vemos
que son queridas, y no
que ocasion dan para serlo.

Leonor.

Yo no la he dado.

Don Juan.

Eso basta.

Leonor.

No basta, que has de creerlo.

Don Juan.

Leonor, tu padre está fuera,
y es fuerza que venga presto;
don Diego vendrá con él,
y Beatriz está aquí dentro:
ya ves que no es ocasion
ahora de detenernos:
yo, yo me veré en si acaso
tengo razon, ó no tengo.

Leonor.

Esas son palabras mias.

Don Juan.

Buenas serán, por lo menos,
que eres muy discreta tú.

Leonor.

No lo soy, mas lo parezco
esta vez, bien á mi costa.

Don Juan.

¿En qué?

Leonor.

En sentir como siento.

Don Juan.

¿Tú sientes?

Leonor.

Sí.

Don Juan.

¿Qué?

Leonor.

El disgusto

que llevas.

Don Juan.

Si yo le llevo,

¿qué tienes tú que sentirlo?

Leonor.

Mucho.

Don Juan.

Nada, es lo mas cierto.

Leonor.

No es, que yo....

Don Juan.

¿Qué tú.....

Leonor.

Constante

siempre....

Don Juan.

Nunca firme....

Leonor.

Puedo

blasonar....

Don Juan.

Puedes decir....

Leonor.

Que.....

Don Juan.

Cuando....

Leonor.

Te amo.

Don Juan.

Te pierdo.

Leonor.

Deja hablar.

Don Juan.

Deja sentir.

Los dos.

Yo, tú, mira, sí....

ESCENA VIII.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¿Qué es esto?

Don Juan.

Leonor lo dirá, que yo
ni quiero, ni sé, ni puedo. *Vase.*

Leonor.

Yo sí, yo te lo diré,
que puedo, que sé, y que quiero:
sabrás, ¡ay Beatriz! que tú,
por darme vida, me has muerto.

Beatriz.

¿Yo?

Leonor.

Sí.

Beatriz.

¿Cómo?

Leonor.

Escucha atenta,
que á ambas importa saberlo:
yo, Beatriz...

*

ESCENA IX.

Beatriz, Leonor, y don Luis alborotado.

Don Luis.

¿Beatriz?

Beatriz.

¿Señor?

Don Luis.

A hablar á este amante vuestro
 voy, como veis, vuestro hermano
 siempre mis pasos siguiendo;
 y habiendo ahora en la calle
 engañádole, diciendo
 que vuelvo por un papel,
 á solo deciros vuelvo,
 que yo le divertiré,
 dándole algun tiempo al tiempo,
 para que podais en tanto
 (ya lo que os culpaba, os ruego)
 satisfacerle prudente
 de aquellos pasados celos,
 que le llevaron de aquí;
 y así, con todo el esfuerzo
 posible la diligencia
 haced, porque no lleguemos
 á hablarle, sin que él esté
 antes de vos satisfecho;
 porque si habiéndome dicho
 don Juan, cuando entró aquí dentro,
 que vino por vos, ahora
 se vuelve atrás. . . .

Beatriz.

No os entiendo;

¿á qué don Juan me decís.

que satisfaga?

Don Luis.

Eso es bueno ;
¿ á qué don Juan ha de ser ?

Leonor.

Todo está ya descubierto. *ap.*

Beatriz.

¿ No he de preguntarlo, si
no lo sé ?

Don Luis.

Mejor es eso ;
don Juan de Toledo.

Beatriz.

¿ Pues
quién es don Juan de Toledo,
porque yo no le conozco ?

Don Luis.

Haréisme perder el seso.

¿ Don Juan de Toledo no es
el que yo encontré aquí dentro,
de vuestro papel llamado ?

Beatriz.

Que os equivocáis sospecho,
ó que le teneis por otro,
porque se llama don Pedro
Enriquén.

Don Luis.

Muy bueno fuera
engañarme yo, por cierto,
y fui amigo de su padre
desde que era niño tierno.

Leonor.

Esto va malo. *ap.*

Beatriz.

¿ Deté

del que yo escribí?

Don Luis.

Del mismo,
y del mismo que á Leonor
aquí daba el papel vuestro:
mirad si puede ser otro.

Leonor.

Aquí es menester remedio. *ap.*

ESCENA X.

Dichos y Juana.

Beatriz.

¿Juana, á quién diste el papel?

Don Luis.

Ved lo que en mi casa tengo,
no os vuelva ya á hallar en ella.

Leonor.

¿Di, á quién le diste?

Juana.

A su dueño,
en la misma casa, que
me diste.

Beatriz.

¿Es cierto?

Juana.

Cierto.

Leonor.

¿Quién lo duda? pues él vino
aquí con el papel mismo.

Beatriz.

Pues no se llama don Juan,
y padecéis algun yerro,
sino don Pedro, señor.

Don Luis.

Perderé mi entendimiento :
ven acá ; Leonor , ¿ no viste
que le hablé , y me habló , no haciendo
novedad el conocerle ?

Leonor.

Sí , señor .

Don Luis.

¿ Pues cómo puedo

yo engañarme ?

Leonor.

Qué se yo .

Don Luis.

¿ Y mientras entré allá dentro ,
no te dejó dicho á tí
lo que tú digiste ?

Leonor.

Es cierto ;

y que si él mismo no fuera
no pudiera yo saberlo .

Don Luis.

Claro está .

Beatriz.

No está muy claro ,
¿ qué Leonor

Leonor.

Malo va esto .

Beatriz.

Primero soy yo , que nadie ,
¿ en llegando á estos extremos ;
¿ sabes la verdad ?

Leonor.

Si sé ,

tú me la estabas diciendo ;
yo la diré , pues me das

la licencia para ello :
 y es , señor , que habiendo visto
 en don Juan aquel recelo ,
 quiere ahora elegir al otro ,
 de quien tiene don Juan celos ,
 que fue el que llamó á la reja ;
 y pues es este tu intento ,
 Beatriz , no sea engañando
 á mi padre .

Don Luis.

Eso es lo cierto ,
 queriamé dar que hacer ,
 viendo en don Juan tal desprecio ,
 á costa de mi paciencia .

Leonor.

Ella lo estaba diciendo .

Beatriz.

¿ Yo ?

Leonor.

Sí

Don Luis.

Ya él entró en mi casa ,
 y él es el que ya yo tengo
 dicho á vuestro hermano , y él
 ha de ser , vixen los cielos ,
 vuestro esposo ; así tratad ,
 Beatriz , que esté satisfecho
 cuando le hablemos , y ved ,
 que lo mas que yo haceo puedo ,
 es para que le habléis antes ,
 irle dando tiempo al tiempo .

Vase.

Beatriz.

¡ Ah Leonor , que tú bien sabes
 la verdad !

Leonor.

Yo lo confieso.

Beatriz.

¿Pues por qué no la decias?

Leonor.

Porque no me estaba á cuento.

Beatriz.

¿Y el culparme á mí?

Leonor.

Porque

tambien yo era primero.

Beatriz.

Pues sepa la otra.....

Leonor.

Conmigo

ven, sabrás todo el suceso,
mientras tomamos los mantos.

Beatriz.

¿Los mantos?

Leonor.

Si.

Beatriz.

¿Y á qué efecto?

Leonor.

A efecto, pues que mi padre
nos da lugar para esto,
de ir yo contigo, *Beatriz.*

Beatriz.

¿A qué?

Leonor.

A deshacer un yerro.

Beatriz.

¿Qué yerro?

Leonor.

Tú le sabrás.

Beatriz.

¿Cuándo he de saberle?

Leonor.

Presta.

Beatriz.

¿Cómo?

Leonor.

Viniendo conmigo.

Beatriz.

¿Dónde?

Leonor.

Donde yo te llevo.

Beatriz.

Dime.

Leonor.

Tiempo no' perdamos, mira que si le perdemos no podremos darle...

Beatriz.

¿A quién tiempo hemos de dar?

Leonor.

Al tiempo, que hemos menester, Beatriz, para enmendar el empeño de los zelos de don Juan, y el engaño de don Pedro.

Juana.

Yo tambien se le dará á todos estos enredos, que pues que me echan de casa, ya por decirlos rehiento.

ESCENA XI.

DECORACION DE CALLE.

Don Pedro.

Mal descansa, un desdichado,
 mal un infeliz sosiega,
 pues donde quiera que llega,
 encuentra con su cuidado:
 y es, que siempre acompañado
 de la causa en que él se ceba,
 siempre le parece nueva,
 presumiendo al encontralla,
 que es allí donde la halla,
 y es allí donde la lleva.
 Digalo yo, que en la calle,
 ni en casa es posible hallar
 la espalda de mi pesar
 rostro á rostro he de encontralle
 siempre, siendo al apuralle,
 don Juan toda presunçiones,
 don Diego toda ilusiones,
 don Luis todo diligencias,
 Beatriz toda (¡ ay de mí !) ausencias,
 y yo todo confusiones.
 ¿ Qué querrá ser (haber, ito,
 (he siempre á la mira he andado)
 don Luis, adonde encerrado,
 grande plática ha tenido
 con don Diego ? ¿ haber salido
 los dos de su casa, y luego
 quedarse fuera don Diego,
 hasta que después entró,

de donde á salir volvió
 con don Lope, y sin sosiego,
 uno, y otro platicando,
 ver, que entrambos juntos van
 hácia en casa de don Juan,
 á cuya puerta mirando,
 parece que estan dudando
 sobre sí es ella, ó no es ella ?
 No te pido, injusta estrella,
 en la pena que me das,
 remedio, dame no mas
 el alivio de sabella.

ESCENA. XII.

Don Pedro, don Luis y don Diego.

Don Diego.

Esta es de don Juan la casa.

Don Luis.

Notable priesa tenéis.

Don Diego.

No es espante, pues sabéis.

Cuan de extremo á extremo pasa
 á ser pródiga de escasa
 mi fortuna: entrad á hablalle,
 que no veo la hora de dalle
 gracias del que agravio fue.

Don Luis.

Retiraos, que yo entraré.

¡Plegue á Dios que no le halle! *ap.*

ESCENA XIII.

Don Diego y don Pedro.

Don Pedro.

Solo don Diego ha quedado; *ap.*

ea, apuñeros sospechas,
de una vez todo el veneno.
Habiendoos con tanta pena
dejado, mal mi amistad
sufre, que á veros no vuelva:
¿decid, como mi señora
doña Beatriz está?

Don Diego.

Buena;
porque el accidente ha ido
mejorando á toda priesa;
tanto, que ha dado lugar,
que para que se divierta,
en cas de su grande amiga
Leonor esta tarde ir pueda:
y creo de la visita
(curese en salud la ofensa,
por si acaso ha entendido algo),
que hay mayor misterio en ella,
de que pienso que me deis
muy presto la norabuena.

ap.

Don Pedro.

Decirme entero el pesar,
y el gusto, don Diego, á medias,
no es partido igual. ¿Qué ha habido,
que ahora tan alegre os tenga,
y antes de ahora tan triste?

Don Diego.

Sucedirme no pudiera
cosa de mas dicha, mas
gusto, ni mas conveniencia.

Don Pedro.

¿Cómo?

Don Diego.

Don Luis ya sabeis

cuanto mi amistad profesa,
 por la que tuvo á mi padre,
 y cuanto es de Leonor bella
 Beatriz amiga.

Don Pedro.

Si sé.

Don Diego.

Pues como los dos desean
 siempre mi aumento, han tratado
 dar estado á Beatriz.

Don Pedro.

Sea

para bien, porque eleccion
 suya, y aceptacion vuestra,
 claro es que será acertada:
 saber el feliz quisiera,
 que mereció tanta dicha,
 para que en mi un criado tenga.

Don Diego.

Don Juan de Toledo, ved
 si es justo alhorozo verla
 empleada en caballero
 de su sangre, y de sus prendas.

Don Pedro.

Si por cierto.

Don Diego.

Perdonad,

don Pedro, y dadme licencia
 de quedar solo, que estoy
 esperandó una respuesta,
 que me ha de traer don Luis,
 y no quiero que me vea
 acompañado

Don Pedro.

Los cielos

os guarden.

Don Diego.

A Dios.

Don Pedro.

¡Qué fuera
yo tan bárbaro, tan necio,
que al oír de su boca misma,
que sabía que no estaba
en su casa, y que no era
posible decir á donde
por entonces, no cayera
en que saber sus secretos
tan por menor, era fuerza
que allá en su pecho tuviese
alguna traicion cubierta!
¡Quién pudiera en dos mitades
buscar á un tiempo á él, y á ella;
á él para darle la muerte,
y á ella para darla quejas,
que es como nobles zelosos
de dama, y galán se vengán;
mas ya que á los dos no puedo
buscar á un tiempo, no quieran
mis zelos, que de mí digan,
que en dos iguales ofensas,
primero, que de la espada,
eché mano de la lengua;
en quitándose de aquí,
daré á buscarle la vuelta.

ESCENA XIV.

Don Diego.

Mucho se tarda don Luis,
sin duda habla en la materia;

no sabré encarecer cuanto
alegre estoy, de que sea,
ya que hubiese de caer
en otro dueño mi queja,
don Juan.

ESCENA XV.

Don Diego y don Juan.

Don Juan.

Si puedo en mi casa
entrar, sin que alguien me vea,
yo me ocultaré de todos;
porque tiempo el tiempo tenga
para vencer los engaños,
ya que los zelos no vengaa.

Don Diego.

¿Don Juan?

Don Juan.

¿Don Diego?

Don Diego.

¡Qué buen
encuentro!

Don Juan.

¡Mejor dijeras *ap.*
qué mal azar!

Don Diego.

Aquí aguardo
á echarme á las plantas vuestras,
por las honras que don Luis
me ha dicho que hacer desea
vuestra amistad á mi casa.

Don Juan.

¡A qué mala ocasion llega, *ap.*
sobre mis zelos, su engaño!

Leonor.

Yo lo confieso.

Beatriz.

¿Pues por qué no la decias?

Leonor.

Porque no me estaba á cuento.

Beatriz.

¿Y el culparme á mí?

Leonor.

Porque

tambien yo era primero.

Beatriz.

Pues sepa la otra....

Leonor.

Conmigo

ven, sabrás todo el suceso,
mientras tomamos los mantos.

Beatriz.

¿Los mantos?

Leonor.

Si.

Beatriz.

¿Y á qué efecto?

Leonor.

A efecto, pues que mi padre
nos da lugar para esto,
de ir yo contigo.

Beatriz.

¿A qué?

Leonor.

A deshacer un yerro.

Beatriz.

¿Qué yerro?

Leonor.

Tú le sabrás.

á vuestros pies?

Don Juan.

Esto es fuerza ; *ap.*

mejor es que, de una vez
su engaño, y mis zelos, sepa.

Don Diego, antes que lo que mos
en tan sagrada materia,

como la de vuestro honor,

que esto á todo se reserva,

tengo que hablaros en otra ;

y en informáudoos de ella,

vereis si os estará bien,

que volvamos á hablar de esta.

Don Diego

Pues decid.

Don Juan,

Yo ha algunos años,

que sirvo á

ESCENA XVI

Dichos, y don Luis.

Don Luis.

Muy bien pudiera

esperaros todo el día,

mas yo os perdono la pena

del esperar por hallaros

convenidos, de manera

que sobremos los segundos.

Don Diego.

No sé como, aunque sea,

que antes don Juan me decía,

que primero que á ese hombre

tiene otra cosa en que hablarme ;

y pues nada á vos se os venga

lo oiréis tambien. Proseguid,
que no hay cosa que no pueda
saber don Luis.

Don Juan.

Es verdad,
sino solamente esta: *ap.*
péro aunque lo sea, de mí
á vos es tratarlo es fuerza;
y pues no soy hombre yo
que tengo de hacer ausencia,
ó yo os buscaré, ó buscadme.

Don Diego

Si estamos aquí, imprudencia
será buscarlos despues.

Don Juan.

No será, porque aunque pueda
saberlo don Luis, no quiero
que de mi boca lo sepa.

ESCENA XVII.

Don Diego y don Luis.

Don Diego.

Ya voy tras vos.

Don Luis.

Deteneos.

Don Diego.

¿Vos quereis que me detenga?

Don Luis.

Sí, que en materias de honor,
mas ha de hacer la prudencia,
que no, la cólera.

Don Diego.

Hambre
que á decirme una vez llega.

qué ha muchos años que vive
 á mi hermana; que aunque de ella
 no dijo el nombre, le dijo
 la acción antes que la lengua;
 ¿se ha de ir de esta suerte?

Don Luis.

Si;
 y aunque él no quiere que sepa
 yo la causa, ya la sé.

Don Diego.

¿Vos?

Don Luis.

Si.

Don Diego.

¿Qué es?

Don Luis.

Por vida vuestra,
 que no me la preguntéis,
 y que mi amistad os deba
 no ir tras mí, ~~no~~ voy tras él,
 que yo os traeré la respuesta. *Vase.*

Don Diego.

¡Hay hombre más infeliz!
 ¡ó alevé! ¡ó tirana y fiera
 hermana! por tí.

ESCENA XVIII.

Don Diego, Ginés y Juana.

Ginés.

Señor,
 oye, que hay mucho que sepa.

Don Diego.

¿Qué es?

Gités.

Juana te lo dirá,
que ya de casa la echan
de Leonor.

Don Diego.

¿Pues qué ha habido?

Juana.

Ser chismosa no quisiera ;
pero mas entré en su casa
á servirte á tí, que á ella.
Leonor no te favorece,
porque está de amores muerta
de un caballero.

Don Diego.

¿Y quién es?

Juana.

Don Juan de Toledo.

Don Diego.

Cesa,

que entras mintiendo, y no quiero
que en todo lo demas mientas.

Juana.

¡Pluguiera á Dios, que ese gusto
hoy de mas á mas tuviera
sobre el parerlo!

Don Diego.

¿Pues como

es posible, que esto sea,
si ha de casar con Beatriz
mi hermana?

Juana.

La historia es esa,
que entrando á ver á Leonor,
le halló su padre con ella:
y fingieron que iba á ver

á Beatriz , diciendo , que era
el galán que la tenía
fuera de su casa.

Don Diego.

Espera ,
que de dos veces me matas ,
pues honor , y amor arriesgas :
sin duda esto iba á decirme ,
y al llegar don Luis lo deja ;
mas siendo así , ¿ quién ; ay cielos !
ya que don Juan no lo sea ,
es de Beatriz el amante ?

Juana.

El nombre no se me acuerda.
¡ Ah ! sí , sí , don Pedro Enriquez ,
á quien yo llevar debiera
un papel.

Don Diego.

Mas no prosigas ,
que vas dando muchas señas ;
y segun son todas malas ,
sin duda son todas ciertas.

Juana.

¿ Y cómo que son ? y tanto ,
si mejor quieres saberlas ,
que aquesta tarde las dos
disfrazadas , y encubiertas
han salido.

Don Diego.

¿ Dónde van ?

Juana.

No sé ; pero mi sospecha
es , que á la casa de alguno
de los dos , por decir ellos
que van á enmendar un yerro.

Don Diego.

¡Ay! que es forzoso que mientan,
 porque antes van á hacer otro,
 si á tanta costa le enmiendan;
 si en casa de don Juan quiero
 esperar, temer es fuerza
 que en cas de don Pedro vaya,
 y de una en otra se pierdan;
 pues dejad de remitillo
 á tan cercana esperiencia
 no es posible.

ESCENA XIX.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

El no parece.

Don Diego.

Y estimo que no parezca,
 y antes, don Luis, os suplico,
 que si os cansaba mi priesa,
 perdoneis ahora mi espacio;
 y así en aquesta materia,
 aunque le habeis, no le habeis.

Don Luis.

¿Cómo no he de hablarle en ella,
 siendo ya obligacion mia?

Don Diego.

Si el ser mia la hizo vuestra,
 y os pido no la tengais,
 ¿que hareis vos en no tenerla?

Don Luis.

¿Tanta cólera primero,
 y ahora tanta paciencia?
 ¿qué os vá á vos, y á vuestra hermana

en que yo mi juicio pierda?
 ¿qué novedad hay, don Diego,
 que atrás el intento vuelva?

Don Diego.

No sé, mas yo lo sabré,
 y os vendré con la respuesta.

Don Luis.

¿No será mejor que vaya
 con vos á informarme de ella?

Don Diego.

No, que no puedo decirla
 ya, ni vos podeis saberla. *Vase.*

Don Luis.

¿Cómo no? ; Viven los cielos,
 que no hay cosa, que no pueda
 saber yo, y ha de saber
 que variedades son estas!

ESCENA XX.

Juana y Ginés.

Juana.

Ginés, esto es hecho; vamos
 de aquí.

Ginés.

Vamos; mas espera,
 que viene Chacon allí.

Juana.

¿Quién es Chacon? ; Estoy muerta! *ap.*

Ginés.

El mayor amigo mio.

Juana.

Ven acá, no te detengas,
 que despues podrás hablarle.

Ginés.

Antes quiero que te vea
porque haga, hablándole tú,
mejor...

Juanq.

¿Qué?

Ginés.

La diligencia
del malogrado, que este es
quien cuida de que parezca.

ESCENA XXI.

Dichos y Chacon con un papelico en la mano.

Chacon.

¿Papel á mi una tapada?
¿qué será lo que contenga?
porque como no sé leer,
no es posible que lo sepa
por más veces que lo paso.

Ginés.

¿O Chacon amigo, era
hora de vernos?

Chacon.

¿Pues no?

Ginés.

¿Qué hay de mi perdida prenda?

Chacon

Hay una gran novedad,

Ginés.

¿Cómo?

Chacon:

Sabrás ...

Ginés.

Tente, espera,

que quiero que lo oiga Juana,
por ser quien tanto interesa,
que Chacon es otro yo.

Juana.

Una servidora vuestra.

Chacon.

Vuesarced, señora Juana,
por su segundo me tenga.

Ginés.

Prosigue ahora.

Chacon.

Digo, pues,
que el tal astrólogo, apenas
empezó á hacer la figura,
cuando empezó á ver en ella,
que la moza, á quien dió el niño,
encargó con grandes veras,
que al punto le cristianasen.

Ginés.

Esas palabras, las mismas
son que ella dice.

Chacon.

Ahí verás,
que hay figuras que no mientan.
Siguiendo iba en su astrolabio
al nombre, y al ver quien era,
cátate aquí á un alguacil;
que al ver la figura hecha,
quiso llevarle á la carcel;
porque tiene grandes penas
esto de ser adivino;
y al fin, porque no entre en ella,
cien reales de plata voy
á buscar sobre una prenda.
Solo lo que siento es,

que á la figura no vuelva ,
 porque escarmentado , dice ,
 que en su vida no ha de hacerla.

Ginés.

¡ Ay Chacón ! pues es tu amigo ,
 dí que lo demas me sepa ,
 y ves aquí los cien reales ,
 que no es justo que él los pierda.

Chacón.

No por cierto ; pero yo
 los pondré en mi fatriquera.

ap.

Ginés.

Ruegaselo , Juana , tú.

Juana.

Haced por mí esta fineza.

Chacón.

¿ Por vos que no baré ? Señores ,
 no es vergüenza mas sangrienta
 sacar la sangre del alma ,
 que la del cuerpo , qué es esta ?

ap.

ESCENA XXII.

Dichos , y don Diego á la puerta.

Don Diego.

¿ Ginés ?

Ginés.

¿ Señor ?

Don Diego.

Ven conmigo ,
 que quiero una diligencia
 fiar de tí ; tú te has de estar
 en ésta calle , y si entran
 dos mugeres... pero ven ,

que allá lo diré.

Ginés.

Aquí espera.

ESCENA XXIII.

Juana y Chacon.

Juana.

Mejor será que me vaya.

Chacon.

No será ; bien ves , ó fiera ,
 en que lance me habías puesto,
 á no ser cuerdo : y si piensas
 que lo dejo de cobarde ,
 no es sino porque no tengas
 capaz de venganza mia
 mona , papagayo , y dueña ;
 porque ¿quién ha de empeñarse
 en una muger á secas ,
 que en matándola á ella , está
 toda su familia muerta ?
 por esto lo dejo , y porque
 Ginés no es hombre de prendas ,
 ya sí , ó digánlo sortija ,
 y bolsa ; y en fin , no creas
 que yo estoy tan desvalido ,
 que quien me ruegue no tenga ;
 que una tapada , con caños
 de Carmona , por mas señas
 me dice en este papel ,
 que vaya esta noche á verla ,
 y ha de cenar á tu costa.

Juana.

Calla , infame , ingrato , cesa ,
 que uno es mudarme yo , y otro

que tú el respeto me pierdas :
dame el papel.

Chacón.

¿ Yo el papel ?

no haré.

ESCENA XXIV.

Dichos y Ginés.

Ginés.

¿ Qué cólera es esta ?

pero el papel lo dirá.

Juanu.

Yo lo diré mas apriesa :
aquella sortija mia,
que huestoron con otras prendas,
tiene Chacon.

Ginés.

Yo fui quien
se la dió, y aunque eso sea,
tengo de ver el papel.

Chacon.

Yo me holgaré que le lea,
por saber yo cuyos es.

Ginés.

Lee. Morimullos de las Heras.

*Señor Chacón, desde la noche que dieron á V. m.
aquella criatura en mi calle, no ha vuelto á cuidar de
ella, no me obligar á que la lleve al hospital.*

¿ Qué es aquesto, falsa amigo ?

Chacon.

Señor Ginés, Ucé advierta.....

Ginés

No hay que advertir, esa espada
saque.

Dale de cintarazos.

¿Entre amigos pendencia?

Ginés.

¿A mi estas?

Chacon.

¿Pues hay mas

de que el bolsillo la vuelva,
y la sortija, y el niño?

Ginés.

Vamos, Juana, y agradezca
que es un gallina.

Chacon.

Si haré.

Juana.

Vaya Ucé donde la espera

para cenar mi señora.

Marimuñoz de las Horas.

Ginés.

Picaro.

Juana.

Ruín.

Los dos.

Hombrecillo.

Vanse

Chacon.

Ve aquí, por cosas como estas,
podiera perderse un hombre
sino tuviera prudencia.

¿Mas que es aquello? tres damas

tapadas en casa entran,

y al cuarto suben; veré

quien son.

ESCENA XXV.

Chacon, Leonor, Beatriz y una criada.

Leonor.

La verdad es esta ;
y puesto que á tí te toca
el que don Pedro la sepa ,
y á mi , que yo satisfaga
á don Juan , de esta manera ,
solicitando las dos
de nuestro engaño la enmienda ,
vé tú buscando á don Pedro ,
que yo espero aquí á que vuelvas.

Beatriz.

Bien lo has dispuesto ; conmigo
ven , Isabel , pues se queda
aquí Leonor . ¡ O los cielos
hagan , que don Pedro crea
de sus celos la verdad ,
y de mi amor la firmeza !

ESCENA XXVI.

Leonor y Chacon.

Chacon.

¿ Dama ; á quién buscáis ? si es
á mí , no tengáis vergüenza ,
que fácil soy , y barato ,
y no me habreis dicho á penas
que adorais mis pensamientos ,
cuanto al punto os favorezca .

Leonor.

¿ Don Juan vuestro amo está en casa ?

Chacon.

No señora.

Leonor.

Pues es fuerza
que le busqueis.

Chacon.

¿Y vos, donde
habeis de quedar?

Leonor.

En esta
cuadra.

Chacon.

Eso no.

Leonor.

¿Por qué?

Chacon.

Porque
hay tapada que se lleva
las sábanas por enaguas,
el cobertor por pollera,
en una manga un colchon,
y un cofre en la faltriguera.

Leonor.

Id á buscarle.

Chacon.

Me holgára
de saber donde, siquiera
por vér, si con vos tenía
su achaque convalencia.

Leonor.

¿Cómo?

Chacon.

Como dama de ese
tallazo, de esa presencia,
no hiciera mucho en curarla.

de una bellaca-dolencia.

Leonor.

¿Qué mal tiene?

Chacon.

Tiene dama.

Leonor.

No la haré yo competencia,
que debe de ser muy linda.

Chacon.

Como vos no seais muy fea,
perderé por vos doblado.

Leonor.

Mal debéis de estar con ella.

Chacon.

¿Nunca oíste lo de tanto
te quiero como me cuestas?

Leonor.

¿Pues qué os cuesta?

Chacon.

No dormir,
no comer, no traer cabeza,
desde un embuste que dijo
un papel.

Leonor.

¿Qué es embustera?

Chacon.

Muchísimo; y siendo así
que es su cura esa belleza,
véala yo por mi consuelo:
descubrios.

Leonor.

Norabuena:

¿podré curarle, Chacon?

Chacon.

Y aun matarle, porque es ciencia

de los que curan.

Leonor.

Bien ves

cual me has puesto.

Chacon.

Si no hubiera

conocídote, señora,

no hablara de esta manera.

Leonor.

Bien está, busca á don Juan,
y dile;..... ¿pero quién entra?
porque no me vean, haré
de esta cortina defensa;

ESCENA XXVII.

Dichos y don Pedro.

Don Pedro.

¿Chacon?

Chacon.

O señor don Pedro.

Don Pedro.

¿Y tu amo?

Chacon.

Ahora ha ido fuera

del lugar.

Don Pedro.

¿Del lugar?

Chacon.

Sí.

Don Pedro.

Mal vienen bodas, y ausencias,
mas cumpla mi obligacion
una por una.

Chacon.

¿Que intentas?

Don Pedro.

Dejarle escrito un papel,
que tú le des cuando venga,
ó le envíes donde está.

Mejor es de esta manera, *ap.*
que acabemos de una vez,
y que yo le busco sepa.

ESCENA XXVIII.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

No pude hallar á don Diego,
y por 'si él buscarme intenta,
quiero que me halle en mi casa:
¿quién está escribiendo en ella?
¿Don Pedro, á quien escribis?

Don Pedro.

A vos; y pues en presencia
sobra el papel, con vos tengo,
don Juan, que hablar.

Don Juan.

¿Aquí, ó fuera?

Don Pedro.

O fuera, ó aquí, elegid
vos el puesto que os parezca.

Don Juan.

Para estas cosas, según
perdido el color, la lengua
turbada, me habláis, presumo,
que es lo mejor lo más cerca.
Chacon, vete de aquí, y mira
que te cortaré las piernas,

si hablas palabra.

Chacon.

Una sola
decirte primero es fuerza.

Don Juan.

Ni aun esa has de decir.

Chacon.

Sabe,

que está.....

Don Juan.

En nada te detengas.

Chacon.

Leonor.....

Don Juan.

Nada he de saber,
y mas de Leonor. Afuera
aguarda.

Chacon.

Oye.

Don Juan.

No hables,
ó será de esta manera. (1)
Ya estamos solos los dos.

ESCENA XXIX.

Don Pedro, don Juan, y Leonor al paño.

Don Pedro.

Echad la llave á la puerta.

Don Juan.

Y despues á ella en el suelo.

Leonor.

¡ Quién vió confusion como esta !

(1) Echale á empellones.

Don Juan.

¿Que es lo que quereis?

Don Pedro.

Mostrar

que habéis con falsas cautelas,
mal caballero, y amigo,
tratado la amistad nuestra;
pues cuando de vos me valgo,
fiandoos mi amor, y mi pena,
vos traidoramente amais
á Beatriz, y con certeza
de que soy yo quien la adora,
tratais casaros con ella.

Don Juan.

Dos razones, fuertes ambas,
hay para qué yo no pueda,
don Pedro; satisfaceros
de ese engaño; la primera
es, que empuñando la espada
estais, y la mano en ella,
á ninguno satisfacen
caballeros de mis prendas;
la segunda es, que aunque yo
remitir el duelo quiera,
en fe de nuestra amistad,
no lo he de hacer, en ofensa
de otra dama, cuyo honor
la satisfaccion arriesga:
y así escúsemos, don Pedro,
de demandas, y respuestas.

Don Pedro.

Decís bien; y pues la espada
ha de hablar, calle la lengua. (1)

(1) *Sacan las espadas, riñen, y sale Leonor.*

Leonor.

¿Qué espero? ¡ay de mí! Teneos,
don Pedro; don Juan, espera.

Don Juan.

¿De dónde, muger, veniste
de su vida á ser defensa?

Don Pedro.

Mas facil es de creer
tenerla vos por la vuestra.

Don Juan.

¿Quién eres? ¿cómo aquí estás?

Don Pedro.

¿Quién eres? ¿y aquí que intentas?

Leonor.

A los dos responderé
de una vez de esta manera;
pues viéndome, á tí te digo
quien soy, y como aquí estoy;
y á vos diciéndoos quien soy,
diré el intento que sigo;
y es, que pues don Juan aquí,
cumpliendo su obligacion,
no os da la satisfaccion,
que puede por sí, y por mí;
yo atenta al silencio fiel,
que fiáis de los aceros,
pretendo satisfaceros,
don Pedro, por mí, y por él;
pues él á callar se obliga,
cuando en tal lance se halla,
por lo mismo en que el lo calla,
me empeña en que yo lo diga:
quede él airoso, aunque aquí
quede desairada yo,
yo os satisfago, que él no.

Don Juan.

Ni tú has de hacerlo.

Leonor.

Yo sí,

que siendo mi fingimiento
toda la culpa infeliz
de Beatriz, por mí, y Beatriz
hable, no por tí; oíd atento:
cuanta sospecha hay en vos,
señor don Pedro, es incierta,
por.....

Chacon dentro.

Señor, abre esta puerta.

Don Juan.

¡Vive el cielo!

Chacon.

Abre por Dios,
lo que importa considera.

Leonor.

Mira que es.

Don Pedro.

¿Por qué no abris?

Abre.

ESCENA XXX.

Dichos y Chacon.

Don Juan.

¿Qué es lo que quieres?

Chacon.

Don Luis

sube ya por la escalera;
y no dudo que haya oído,
según trae paso y color,
con la voces de Leonor,
de las espadas el ruido:

y aunque yo quiera negar
que en casa estás, no podré,
que abajo le han dicho que
estás aquí.

Leonor.

¡Qué pesar!

Si él me oyó, mi fin previene.

Don Juan.

Si es cierto búscame á mi,
¿qué querrá don Luis aquí,
pues que hablarme á mi no tiene?
No te asustes, retirada:
puedes, Leonor, esperar.

Leonor.

Y aun don Pedro, por no dar
sospechas que hubo otra espada,
tambien puede ¡ay, infeliz!
retirarse, para que
sin tí, entretanto, le dé
satisfacion por Beatriz. (1)

ESCENA XXXI.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

¿Pensareis, señor don Juan,
viendo cuanta causa tengo,
que á hablaros de parte vengo
de don Diego? pues no van
abi mis intentos; error
pensarlo es, que de ira lleno,
no habla en el honor ageno
quien puede en su propio honor:

(1) *Escóndense los dos.*

por lo que me toca á mí,
no por lo que toca á él,
es busco.

Don Juan.

¡ Pena cruel!

ap.

Leonor.

Pues mi padre habla por sí,
sin duda mi voz oyó.

Don Juan.

Decirme, señor don Luis,
que por vos mismo venis,
me da que dudar, pues yo
nunca os dí, ni os pude dar
á vos causa.

Don Luis.

Si pudisteis,
puesto que á mi os átrevisteis.

Leonor.

¿ Qué mas se ha de declarar?

Don Juan.

¿ Qué es esto que por mi pasa?

ap.

¿ Yo á vos me he atrevido?

Don Luis.

Sí,

puesto que se atreve á mí,
el que se atreve en mi casa:
y estando en ella Beatriz,
aunque entrádes por ella,
fue ofenderme el ofendella.

Don Juan.

Ya no es tan infelís
mi suerte.

ap.

Don Luis.

¿ Qué cosa es,
habiendo llegado á hablarme,

volver la espalda , y dejarme ,
 grosero antes , y despues ?
 y asi aqueste duelo es mio ,
 hablemos claro, don Juan,
 yo he de saber donde van
 vuestros fines.

Don Juan.

Pues yo fio
 de vos todos mis desvelos.
 ¿ Casarais vos con muger,
 de quien llegais á saber ,
 muerto de amor, y de celos ,
 que es otro el que quiere?

Don Luis.

No.

Don Juan.

¿ Y no queriéndome á mi ,
 hago bien de huir de ella ?

Don Luis.

Si :

¿ mas qué culpa tengo yo ?
 Si yo , siendo vos , me hallára ,
 sin oilla , ni sin vella ,
 no me casára con ella ,
 mas tampoco la buscára ;
 y mas en casa , en que habia
 decoro que aventuar :
 y en fin , vamos á parar
 en el fin de la porfia.
 Yo en mi casa os encontré,
 y á don Diego dije ya ,
 que sois quien la mano da
 á Beatriz : y pues llegué
 á hacer el empeño yo ,
 decídmelo tambien á mi ,

¿ no estoy obligado ?

Don Juan.

Sí.

Don Luis.

¿ Puedo así dejarlo ?

Don Juan.

No.

Don Luis.

Pues mirad como ha de ser.

Don Juan.

Tiempo al tiempo importa dar. *ap.*

Yo quiero por vos llegar

mi sentimiento á ceder

y así digo, que si ella

me quiere á mí, desde luego,

por vos, por mí, y por don Diego,

estoy casado con ella.

Don Luis.

¿ Dáisme esa palabra ?

Don Juan.

Sí.

Don Luis.

Pues yo á hablarla volveré,

y la respuesta os daré. *Ruido dentro.*

Ginés dentro.

Tente, señor.

Dentro Beatriz.

¡ Ay de mí !

Don Diego dentro.

No me detengas, villano.

Don Luis.

¿ Qué ruido es este ?

Don Juan.

No sé.

Don Diego dentro.

Déjame acabar con todas
mis desdichas una vez.

ESCENA XXXII.

Dichos y Beatriz.

Beatriz.

¿No hay quién ampare mi vida?
¿Mas qué es lo que llevo á ver! *ap.*
mas mal hay; pues veo á don Luis
á donde á Leonor dejé.

Don Luis.

¿Qué es esto, Beatriz?

Don Juan.

Señora,

¿qué es esto?

Beatriz.

Echarme á esos pies,
que siempre son mi sagrado,
y hoy con mayor causa, pues
por obedeceros vine,
señor, adonde me veis,
á cuya puerta mi hermano
me llegó á reconocer,
adelantándome yo,
mientras le tienen á él.

Don Juan.

Retiraos á laquesa cuadra.

Don Luis.

Vos, don Juan, reconocedme
si Beatriz os quiere, puesto
que os viene á satisfacer,
que es lo que la dije yo.

Beatriz al paño.

¿Quién está aquí?

Don Pedro al paño.

Que temer

no tienes ; yo estoy aquí :

que ya tu inocencia sé.

ESCENA XXXIII.

Dichos , y Ginés , Juana y Chacon deteniendo á don Diego.

Don Diego.

Soltad , villanos.

Los tres.

Detente.

Don Diego.

¿ Dónde está una alevé ?

Don Luis.

Ved ,

don Diego , que estoy aquí.

Don Juan.

Y ved , que estoy yo también.

Don Diego.

Porque estás tú , falso amigo ,
será mas fiera y cruel
mi venganza ; que ya , ingrato ,
todas tus traiciones sé.

Don Juan.

Mejor sé las tuyas yo ,
y he de vengarlas también.

(1)

Don Pedro.

Dejadme.

Beatriz.

No has de salir.

(1) Riñen los dos , y don Luis se pone en medio.
Beatriz y Leonor detienen á don Pedro.

Don Luis.

Tened , don Diego ; tened ,
don Juan , que como me oigais
todos quedaremos bién.
Vos no acabais de decir...

Don Juan.

¿Qué ?

Don Luis.

Que como quiera ser
esposa vuestra Beatriz ,
esposo suyo sereis ?

Don Juan.

Y otra , y mil veces lo digo.

Don Luis.

¿ Vos no habeis dicho tambien ,
que como con ella case ,
sus yerros perdonareis ?

Don Diego.

Yo lo digo otra , y mil veces.

Don Luis.

Luego compuestos os veis.
Supuesto , don Juan , que vos
en casa á Beatriz teneis ,
que es señal que os quiere , puesto
que os viene á satisfacer ;
y vos , hallándola en ella ,
mas remedio no teneis ,
que dejarla donde quede
con su marido ; con que
Beatriz , yo , don Juan , y vos ,
todos quedaremos bien.

Don Diego.

Yo soy contento.

Don Juan.

Dé suerte ,

que si doy la mano á quien
está en mi casa, y en ella
se queda por mi muger,
¿no podeis tenes ninguna
queja de mi?

Los dos.

Cierto es.

(1)

Don Juan.

¿Daiame esa palabra?

Los dos.

Sí.

Don Juan.

¿Y perdonarla?

Los dos.

Tambien.

Don Juan.

Pues descubrete, Leonor.

Don Luis.

¿Leonor? ¡ó aleve! ¡ó cruel,
hija ingrata!

Don Juan.

Si decís,

á otro, que este solo es
el medio, viendo que está
hoy en mi casa, ¿porqué
el consejo no tomáis
para vos, que á otro ofreceís?

Don Luis.

Porque es traicion.

Don Diego.

Deteneos,

(2)

don Luis, pues ya vos os veis

(1) *Saca á Leonor, tapada, de la mano.*

(2) *Ponese en medio.*

respondido ; porque yo ,
que una injusta hermana hallé
en su casa , soy quien debe
vengarse en ella , y en él ,
pues no la puedo dejar
con su esposo.

Don Pedro.

Si podeis, (1)

que Beatriz esposa es mia ;
pues desengañado sé ,
que ha sido su culpa el truco
de una casa , y de un papel.

Don Luis.

Don Diego , aquí no hay mas medio ,
que hacer del pesar placer.

Don Diego.

Yo por mí , digo que estoy
satisfecho.

Don Luis.

Yo tambien.

Leonor.

Déjame besar tu mano. (2)

Beatriz.

Déjame echar á tus pies. (3)

Juana.

Pues que se vienen casando ,
venga esa mano , Ginés.

Chacon.

Todos quedan bien ; mas yo
quedo sin casar mas bien ;
y pues que Dar tiempo al tiempo

(1) *Sacando de la mano á doña Beatriz.*

(2) *A su padre.*

(3) *A su hermano.*

trocó el pesar en placer,
 los defectos, perdonad:
 de quien yace á vuestros pies.

Dar tiempo al tiempo.

Una de las prendas mas admirables en don Pedro Calderon, es la distribucion y conducta de sus fábulas. A pesar de la complicacion que resulta de los incidentes, que acumula en ellas, estan colocados con tal subordinacion que no ofuscan la accion principal. No solo acredita en esta parte la fecundidad de su ingenio, sino tambien el arte y esmero con que trabajaba los planes de sus piezas. Esta es una de las muchas que confirman esta opinion. La mudanza de casa que hizo doña Leonor en ausencia de don Juan, es el origen de la intriga y produce una multitud de lances interesantes y verosimiles. Don Juan vá á la casa en que vivia Leonor, y habita despues doña Beatriz: de aquí resulta su fuga; los zelos, de don Juan, la sorpresa de este, quando le halla don Luis hablando con su hija, el engaño de fingir que es el amante de doña Beatriz, y los lances sucesivos, que son el resultado natural de los primeros. Esta complicacion la esplica bien Juana al fin del acto segundo.

Juana.

¡ Brava trama se va urdiendo !
 allí está en gran puridad
 con Beatriz hablando el viejo,
 don Juan escondido aquí,
 á nuestra puerta don Diego,
 Leonor en obligacion
 de decir segundo enredo,
 Chacon zeloso, culpáda
 yo; ¿ ven ucedes todo esto ?

pues en qué pára verán,
solo con dar tiempo al tiempo!

En el tercer acto se aumentan los obstáculos sucesivamente, de tal manera y con tal arte, que no dejan distraer al espectador hasta que llega al desenlace. Hay escenas sumamente interesantes: pueden citarse entre otras, la IX, X, y XV del segundo acto, y casi todas las del tercero. Los caracteres principales, son nobles y están bien desenvueltos. Todos ellos cautivan la atención; pero están presentados de modo que á pesar de la situación de doña Beatriz y don Pedro, siempre sobresalen don Juan y Leonor, que son los principales. Si otro poeta menos ingenioso que Calderón hubiera escrito esta comedia, sin duda hubiera tenido dos acciones.

Algunas de las escenas entre los criados están puestas únicamente por obedecer la ley inviolable, que habian establecido nuestros antiguos poetas, de presentar al pueblo en todas las comedias, uno ó mas personajes que le escitasen la risa, aunque se destruyese el interés de la situación mas patética.

El estilo de esta comedia es el propio de Calderón, y no tiene resavio alguno, del mal gusto que se advierte en otras, esceptuando sin embargo el principio de la escena I del segundo acto, en que don Pedro y don Diego hablan á coro, y sin verse ni oirse espresan ambos los mismos pensamientos; pero variando ingeniosamente la espresion.

Don Diego.

¡Habrà hombre mas infeliz!

Don Pedro.

¡Habrà hombre mas desdichado!

Don Diego.

¡Que no haya una ingrata hallado!

Don Pedro.

¡Que no haya hallado á Beatriz!

Esto es inverosímil y de mal gusto.

EL MAYOR MONSTRUO

LOS ZELOS,

Y

TETRARCA DE JERUSALEN.

PERSONAS.

El Tetrarca.

Octaviano.

Aristóbulo.

Filipo.

Tolomeo.

Un Capitán.

Polidoro, gracioso.

Mariens.

Sirene.

Libia.

Arminda.

Soldados, y Músicos.

La mayor parte de la escena es en Jerusalem.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE MARINA.

El Tetrarca, Mariene, Libia, Sirene y Filipo.

Música.

*La divina Mariene,
 el sol de Jerusalem,
 por divertir sus tristezas,
 vió el campo al amanecer.
 Las aces, fuentes, y flores
 la dan dulce parabien,
 repitiendo por seroirla,
 al aire una y otra vez,
 sea triunfo de sus manos
 lo que es pompa de sus pies:
 fuentes, sus espejos sed,
 corred, corred, corred,
 aces, su luz salud,
 volad, volad;
 flores, paso prevenid,
 olvid, olvid.*

Tetrarca.

Hermosa Mariene,
 á quien el Orbe de zafir previene
 ya soberano asiento,
 como estrella añadida al firmamento,
 no con tanta tristeza
 turbes el rosicler de tu belleza;
 ¿qué deseás? ¿qué quieres?

¿qué envidias? ¿qué te falta? ¿Tú no eres,
amada gloria mía,

Reyna en Jerusalem? ¿Su Monarquía,
en cuanto oíste el sol, el mar abarca,
no me aclama su inclito monarca,
como dan testimonio

letras de Marco Antonio,
y firmas de Octaviano?

por qué los dos intentan aunque en vano,
repartir el imperio,

que dilata y extiende su emisferio
desde el Tiber al Nilo;

y yo con cauto pecho y doble estilo,
¿de Antonia no defendo

la parte, porque así turbar pretendo
la paz, y que la guerra

dure, porque despues cuando la tierra
de sus huestes padezca atormentada,

y el mar cansado de una, y otra armada,
pueda yo declararme,

y en Roma, tú á mi lado, coronarme?
¿Tu hermano y Tolomeo,

no son á quien les fio mi deseo,
y ley de mi alvedrío;

pues con los dos socorro á Antonio envié?
Y en tanto; ó cielo hermoso!

que al triunfo llega el dia venturoso,
¿no estás de mí adorada?

¿de mis gentes no estás idolatrada?
¿no habitas esta Quinta,

que sobre el mar de Jope el cielo pinta?
Pues, no tan facilmente

se postre todo el sol á un accidente:
liberal restituya te alegría

su luz al alba, su esplendor al dia,

su fragancia á las flores,
 al campo sus colores,
 sus matices á Flora,
 sus perlas á la aurora,
 su música á las aves,
 mi vida á mí, pues con discursos graves
 á zelos me ocasionan tus desvelos;
 no sé qué más decir, ya digo zelos.

Mariene.

Tetraça generoso,
 mi dueño amante, y mi galan esposo,
 ingrata al cielo fuera,
 y á mi ventura ingrata, si rindiera
 el sentimiento mio
 á pequeño accidente su alyedrio.
 La pena que me affige,
 de causa; ay cielos! superior se rige;
 tanto, que es todo el cielo
 depósito infeliz de mi desvelo,
 pues todo el cielo escribe
 mi desdicha, que en él grabada vive
 en papel de cristal con letras de oro;
 no con causa menor mi muerte lloro.

Tetrarca.

Ahora entiendo menos y mas dudo
 el mio, y tu dolor; y si es que pudo
 tanto mi amor contigo,
 hazme ya de tu mal, mi bien, testigo;
 sepa tu pena yo, porque la lloro,
 y mas tiempo no ignore
 muerte, que ya con mis sentidos lucha.

Mariene.

Nunca pensé decirlo, pero escucha.
 Un doctísimo hebreo
 tiene Jerusalem; cuyo deseo

por imaginada dicha,
 ó la desdicha; ó la dicha,
 ya es hacer cara en rigor,
 pues no hay desdicha mayor,
 que el esperar la desdicha.
 Con otro argumento yo
 vencer tu dolor quisiera:
 si ventura acaso fuera
 la que el Astrólogo vió,
 ¿diérasla crédito? = no,
 ni la estimáras, ni oyerás;
 ¿pues porque en nuestras quimeras
 han de ser escrupulosas,
 las venturas mentirosas,
 las desdichas verdaderas?
 Dé crédito el llanto igual
 al favor; cómo al desden:
 ni áquel dudas porque es bien,
 ni este creas porque es mal:
 y si en argumento tal
 no estás satisfecha, mira
 otro, que al discurso admira:
 Esta prevista crueldad,
 ¿ó es mentira, ó es verdad;
 dejémosla si es mentira,
 pues nada nos asegura;
 y aunque sea verdad; vamos,
 porque siendo lo, arguyámos
 que es el saberla ventura;
 ninguna vida es segura
 un instante: cuántos viven,
 en su principio aperecen:
 tan contados los alientos,
 que se cumplen por momentos
 los números que reciben.

Yo, en aqueate instante no
 sé si mi cuenta cumplí,
 ni si la ví ya: tú sí, que
 á quien el cielo guardó
 pará un monstruo: luego yo
 llorar debería ignorante
 mi fin; tú no; si este instante
 á ser tan dichosa vienes,
 que seguro el vivir tienes,
 pues no está el monstruo delante.
 Y pasando al fundamento
 de lo que sabes de mí,
 ¿cómo es compatible, di,
 que aqueste puñal sangriento
 dé en ningun tiempo violento
 muerte á lo que yo mas quiero,
 y á tí un monstruo? Ver no espero
 cosa de mí mas querida;
 luego amenaza tu vida
 aquel monstruo y este acero.
 Pues si hoy el hado importuno,
 que es de los gentiles Dios,
 te ha amenazado con dos
 fines, no temas ninguno:
 no hay mas rigor para el uno,
 que para el otro piedad;
 luego será necesidad
 temer al rigor atento,
 cuando es fuerza que uno mienta,
 que el otro diga verdad;
 y porque veas aquí
 como mienten las estrellas,
 y que triunfar puedo de ellas,
 mira el puñal.

Mariene.

¡Ay de mí!

tente, señor.

Tetrarca.

¿De que así

tiembas, di?

Mariene.

 Mi muerte advierte
mirarle en tu mano fuerte.

Tetrarca.

 Pues porque no temas mas,
desde hoy inmortal serás:

 yo haré imposible tu muerte:

 Sea el mar; campo de yelo,

 sea el orbe de cristal

 de este funesto puñal,

 monstruo acerado del suelo,

 sepulcro. (1)

Dentro Tolomeo.

 ¡Válgame el cielo!

Mariene.

 ¡O que vos tan triste he oído!

Filipo.

 Ayre, y agua han respondido:

 con asombro, ó con desmayo:

Libia.

 El trueno fué de aquel rayo

 un lastimoso gemido:

Mariene.

 ¡Qué mucho que á mí me asombre

 acero tan penetrante,

 que hace hevidas en las ondas,

 é impresiones en los aires!

(1) Arroja el puñal al mar.

Tetrarca.

Los pequeños accidentes
 nunca son prodigios grandes;
 acaso la voz se queja;
 y porque te desengañes
 iré á saber lo que ha sido,
 penetrando á todas partes
 las entrañas de los montes,
 los cóncavos de los mares.

ESCENA II.

*Mariene y Libia.**Mariene.*

Toda soy horror.

Libia.

El mar
 es monumento inconstante
 de un mísero, que rendido
 entre sus espumas trae.

Sirene.

Ya tu esposo, el gran Tetrarca,
 con generosas piedades
 movido al bajel humano
 ha dado puerto en la margen.

Mariene.

El puñal que fue cometa
 de dos esferas errantes,
 harpon del arco del cielo,
 clavado en un hombre trae.

Libia.

Tolomeo es ¡ay de mí!
 mas bastaba ser mi amante
 para ser tan infelice;

¡ qué prodigio tan notable!
 ¡ qué espectáculo tan triste!

Mariene.

¡ Qué asombro tan admirable!
 vamos de aquí, que no tengo
 ánimo para mirarle.

ESCENA III.

El Tetrarca, Filippo y los criados que traen á Tolomeo con el puñal clavado.

Tetrarca.

Ya del mar estais seguro,
 infelice navegante,
 así la mortal herida
 diera lugar á mis males.

Tolomeo.

Detente, señor, detente,
 este puñal no me saques,
 porque al ver la puerta abierta,
 sus espíritus no exhalen
 el alma: ya que los cielos
 solamente en esta parte
 son piadosos, pues me dan
 para verte y para hablarte
 tiempo, no se pierda el tiempo
 mi muerte y la tuya sabe.

Tetrarca.

¿ Tolomeo?

Tolomeo.

Sí Señor.

Tetrarca.

Llevalle de aquí, llevadle
 á curar.

Telemaco.

Aquello no,
 que cuando el riesgo es tan grande,
 menos importa mi vida
 que la tuya; y así, antes
 que acabe mi poco aliento
 desdichas que son tan grandes,
 oye las tuyas, señor;
 y cuando helado cadáver
 me falte, tiempo al decirlo,
 al saberlas, no te falte.
 Octaviano en tierra y mar,
 ondas ocupando y valles,
 llegó á Egipto, salió Antonio
 con tu sotorro á buscarle,
 de Cleopatra acompañado
 en el Bucentoro, nave
 que labró para él Cleopatra
 de marfiles y corales.
 A los principios fue nuestra
 (¡fuerte pena, injusto trance!)
 la fortuna; pero ¡cuándo
 estuvo firme un instante!
 Enojáronse las ondas,
 y el mar, Nembrot de los ayres,
 montes puso sobre montes,
 ciudades sobre ciudades.
 La armada del enemigo,
 como estaba hécia la parte
 del puerto abrigada, en él
 quiso el Cielo que se ampare.
 Mas la nuestra dividida,
 deshecha y sin orden sale
 á la campaña del mar,
 donde ¡impelida mi nave,

caballo fué desbocado ,
 que no hay freno que le pare.
 Atormentada , en efecto ,
 desmantelado el velamen ,
 los árboles destroncados ,
 enmarañados los cables ,
 y trayendo , finalmente ,
 arena y agua por lastre ,
 á vista ya de las torres
 de Jerusalem la grande ,
 fue ruina en un escollo ,
 y aquí una tabla á dos ayres
 repetidos fué del fin ,
 enseñado á sus pidades :
 ¿ Quién creerá que la fortuna ,
 en un hombre que se vale
 de la piedad , un fragmento
 pudiera hacer otro lance ?
 Yo lo afirmo ; pues yo ví
 de acero un cometa errante
 contra este humano bagel ,
 correr de la esfera el ayre.
 Este , pues , que de mi vida
 tasando está los instantes ,
 solo el decir me permite
 que tu enemigo triunfante
 queda en Egipto , y Antonio ,
 ó rendido ó muerto yace ;
 que de Aristóbulo , hermano
 de tu esposa , no me sabe ;
 y en fin , que tus esperanzas
 como el humo se deshacen .
 Y ya que de tu desdicha ,
 siendo el todo , no soy parte ,
 dále sepulcro á las mias ,

aunque las mias son tales,
 que ellas se harán su sepulcro;
 pues tiene para labrarle
 sangre y acero, y podrán
 enternecer un diamante,
 que aun los diamantes se rinden
 al acero y á la sangre.

Tetrarca.

Ser un hombre desdichado
 todos han dicho que es fácil,
 y yo digo que es difícil,
 porque es estudio muy grande
 aqueste de las desdichas,
 que no le ha alcanzado nadie.
 Quitadme ese asombro, ese
 funesto horror de delante,
 llevadle donde le curen;
 y aqueste puñal guardadle,
 que importa saber que debo
 hacer de él, que ya él me hace
 tenerle por prodigioso.
 ¡Ay Filipo! hagan alarde
 mis suspiros de mis penas,
 mis lágrimas de mis males.

ESCENA IV.

El Tetrarca y Filipo.

Filipo.

Señor, los grandes sucesos
 para los sujetos grandes
 se hicieron, porque el valor
 es de la fortune exámen.
 Ensancha el pecho, que en él
 cabrán todos tus pesares.

sin que á las voz ni á los ojos
se asomen.

... *Tetrarca.*

¡Ay! que no sabes,
Filipo, cual es mi pena,
pues quieres darla esa cárcel.

... *Filipo.*

Sí sé, pues sé que has perdido
tal república de naves.

... *Tetrarca.*

No es su pérdida mi pena.

... *Filipo.*

Será lo el mirar triunfante
á tu enemigo.

... *Tetrarca.*

... No tengo

miedo á las adversidades.

... *Filipo.*

De Aristóbulo tu hermano,
ni de Marco Antonio sabes.

... *Tetrarca.*

Cuando sepa que murieron,
tendré envidia á bien tan grande.

... *Filipo.*

Los prodigios del puñal
preñeces son admirables.

... *Tetrarca.*

Al magnánimo varon
no hay prodigio que le espante.

... *Filipo.*

Pues si prodigios, fortunas,
pérdidas y adversidades
no te rienden, ¿qué te riende

... *Tetrarca.*

¡Ay! Filipo, no te causes

en adivinarlo, puesto
 que mientras no adivinarés
 el amor de Mariene,
 todo es discurrir en balde.
 Todos mis intentos son
 entrar con ella triunfante
 en Roma, porque no tenga
 que envidiar mi esposo á nadie.
 ¿Porqué ha de gozar belleza,
 que no hay otra que la iguale,
 (error del mérito) un hombre,
 que hay otro, que le aventaje?
 Pierdase la armada, muega
 el César, Antonio, falte
 Aristóbulo, Octaviano,
 de un polo á otro polo mande,
 con trágicas prevenciones,
 hoy los cielos me amenacen,
 vuelva el prodigioso acero
 á mi poder, que á postrarme
 nada basta, nada importa,
 siempre con igual semblante,
 sino solamente al ver
 que yo no he sido bastante
 á hacer Reyna á Mariene
 del mundo; y en esta parte
 dirás, y diránlo todos,
 que es locura: no te espantes,
 que cuando amor no es locura,
 no es amor; y el mío es tan grande,
 que temo (advierte Filipo)
 que pasando los umbrales
 de la vida, y que llegando
 de la muerte á esotra parte,
 ha de quedar en el mundo

por un prodigio admirable
de las fortunas de amor
á las futuras edades:

ESCENA V.

SALON DE PALACIO.

Octaviano y soldados.

Octaviano.

Felice es la suerte mia,
pues de Egipto victorioso,
dilato la Monarquía
de Roma, dueño famoso
de los términos del día.
Gante, pues, victoria tanta
la fama, y en testimonio
de que á todas se adelanta,
sean triunfo de mi planta
boy Cleopátra y Marco Antonio.
Presos á los dos procura
llevar mi heroica ventura,
porque, lidiador bizarro,
sean fieras de mi carro
el poder y la hermosura.

ESCENA VI.

Octaviano, Polidoro, Aristóbulo y un Capitan.

Capitan.

Aunque habemos discurrido
de Cleopatra el gran palacio,
hallarla no hemos podido,
ni Antonio, porque su espacio
laberinto de oro ha sido.
Solamente hemos hallado

á Aristóbulo, estado
del que hoy en Jerusalem
Tetrarca asiste, de quien
nos informó este criado.
Tu contrario fué; y así,
porque averigués aquí
sus designios, le traemos
de la parte en que le habemos
hallado: llega:

Polidoro.

¡Ay de mí! *ap. á Aristóbulo.*

¿Cuál diablo me metió, cuál,
Cielos, en engaño igual?
¿No son notables errores,
que otros vivan de traidores,
y yo muera de leal?

Aristóbulo.

Si así la vida me das, *ap. á Polidoro.*
no temas, seguro estás, *ap.*
que yo á tí te la daré:
disimula.

Polidoro.

Yo lo haré
hasta que no pueda más.

Aristóbulo.

Grande César Octaviano;
cuyo renombre inmortal
el tiempo asegura ufano
en láminas de metal,
que intente borrar en vano;
no manches, no, rigóroso
los aplausos que has teñido
con sangre, que es ser piadoso
vencedor con el vencido,
ser dos veces victorioso.

Octaviano.

Aunque pudiera (¡ ó valiente
Aristóbulo !) vengarme
en tu vida dignamente
de tí y tu hermano , mostrarme
quiero piadoso y clemente.
Alzate del suelo , y pues
el fin de mis glorias es
entrar en Roma triunfante ,
con Marco Antonio delante ,
y con Cleopatra á los pies ;
dime donde están , que no
he sabido de ellos yo ,
desde que aquel Bucentoro,
armado nave de oro ,
de la batalla salió .

Polidoro

Yo de los dos te dijera ,
si yo de los dos supiera ,
pues por mis discursos hallo
que hiciera mas en callar
yo , que en decirlo hiciera ;
mas desde que llegué aquí ,
nunca más á los dos vi .

Octaviano.

Eso no es agradecer
mi piedad ; yo he de saber
de ellos , y he de ser asimismo
ola .

Capitani

Señores

Octaviano

Al Infante (1)

(1) Entiende Octaviano que Polidoro es Aristóbulo.

Aristóbulo llevad. *Octaviano* A que
 á una torre, y ni un instante. I
 gocé de la claridad del día, y
 del sol: la noche le espante,
 por eterna.

Polidoro.

Aquí llegó, *ap.*
 señor, de tu engaño el fin:

Aristóbulo.

Sufre.

Polidoro.

¡Torre oscura yo foy!

Octaviano.

Llevalle.

Polidoro.

El demonio,

sin duda me Aristobuló,

que yo...

Capitán.

Calla.

Polidoro.

¿Qué es callar?

vive Baco, que he de hablar

¿yo Principe? Muy esrado,

engañado, y muy culpado

soy.

Octaviano.

No teneis que esperar;

y ese criado, primero

padezca un tormento fiero;

ó muera en él de leal.

Polidoro.

¿Qué es tormento? mal; por mal,

torre pido; noche quisso;

vamos á la torre, que

soy Aristóbulo, no
 Príncipe cerrado, según
 decia: sin duda que algun
 ángel me Aristobuló.

Aristóbulo.

Enfrena un poco el rigor,
 sabrás de los dos, señor,
 y de mi voz advertido,
 oirás que los dos han sido
 funestos triunfos de amor.
 Apenas rota su armada
 vió Antonio, cuando lá alada
 nave, haciéndose á la vela,
 náda, pensando que vuela,
 vuela, pensando que náda;
 pues con ligereza sumá,
 pez sin escama nadaba,
 ave volaba sin pluma,
 tan veloz, que no le ajaba
 un solo rizo á su espuma.
 A Méfis en fin llegó,
 donde rehacerse pensó
 de la pérdida, y tornar
 á la campaña del mar,
 que tantas desdichas vió,
 mas viendo que le seguian
 á Méfis, y que traían
 de tu parte á la fortuna,
 pues al orbe de la luna
 con alas suyas subias,
 lamentando mal y tarde
 la pérdida de su gente,
 sin que á ser despojo aguardes
 del estremo de caliente,
 dió al estremo de cobarde;

pues ciego y desesperado,
 al Panteon, colocado
 á Egipcios Reyes, entró
 y una sepultura abrió,
 donde vivo y enterrado,
 dijo, sacando el acero:
 nadie ha de triunfar primero
 de mí que yo mismo, así
 triunfo yo mismo de mí,
 pues yo mismo mate y muero.
 Cleopatra que le seguía,
 viendo que ya agonizaba,
 bañado en su sangre fría,
 cuyo aliento pronunciaba
 mas, cuanto menos decía:
 muera, dijo, yo también,
 pues por piedad ó por ira,
 no cumple el amor con quien
 llega á querer bien, y muere
 muerto á lo que se desea:
 y siendo un áspid mortal
 de las flores de un jardín,
 dijo: si otro de metal
 dió á Antonio trágico fin,
 tú serás vivo puñal
 de mi pecho, aunque sospecho
 que no moriré á despecho
 de un áspid, pues en rigor
 no hay áspid como el amor,
 y ha días que está en mi pecho:
 y él con la sed venenosa,
 hidrópicamente bebe,
 cebado en Cleopatra hermosa,
 cristal que exprimió la nieve,
 sangre que vertió la rosa.

Yo lo vi todo, porque yo me acordé
 así como aquí llegué, y me fui
 al palacio examinando, y me fui
 á Aristóbulo buscando, y me fui
 hasta el sepulcro, me entré y me fui
 donde rendido al valor, me caí
 y ella postrada al delo, y allí
 yacen, porque de esta suerte
 aun no divide la muerte el amor
 á dos que juntos el amor.

Octaviano.

Aquí dió fin mi esperanza, y aquí
 aquí murió mi alabanza, olvidada
 pues por asombro tan fuerte, que
 no ha de pasar mi venganza por
 los umbrales de la muerte, y aquí
 Ya triunfar de ellos no espero, que
 que yo solamente quiero, y no
 saber, y qué intento ha obligado
 al Tetrarca tu cuñado, y me
 para que sabido, y fiero me
 te envjase contra mí?

Polidoro.

Si tú estás diciendo aquí, ¿qué
 que es cuñado, y no es error
 preguntarme que es, señor, ¿qué
 su intento? Pues digo así, y me
 que lo que á esto lo ha obligado
 es el verme de esta suerte y
 pues solo me habrá enviado
 á que tú me des la muerte, y
 propia alhaja de un cuñado.

Capitán.

Si examinar su intencion, lo que
 quieres, y yo te la diré.

pues con aquesta ocasion
este cofre les quité:
joyas, y papeles son
las que hay en él.

Octaviano.

Muestra á ver.

Cifra es del mayor poder
su inestimable riqueza:
mas la pintada belleza
de una estrangera muger
es la mas noble, y mejor
joya, y la de más valor.
No ví mas viva hermosura,
que es alma de la pintura.

Aristóbulo.

Atento el Emperador *ap.*
mira el retrato fiel:
mas ¡ay fortuna cruel!
ver los papeles porfia,
¡mal haya el hombre que fia
sus secretos á un papel! (1)

Octaviano.

*Lee. En esta faccion está el fin de mis deseos,
pues no espero para declararme Emperador de Roma,
sino que Octaviano, rendido lo presb...*

¿Qué tengo que saber mas?
y pues sospechoso estás,
y aun convencido conmigo,
mientras piense tu castigo,
en una torre estarás.

Polidoro.

No son buenos pensamientos

(1) *Saca Octaviano del cofrecillo una carta y la lee.*

andar pensando tormentos
 ¿no será mucho mejor,
 que no castigos, señor,
 pensar gustos, y contentos?

Octaviano.

Llevalde de aquí.

Polidoro.

Escuchar.

debes, que.....

Octaviano.

No hay que aguardar.

Polidoro.

Si hay.

Octaviano.

Dí.

Polidoro.

Solamente digo,

que no hay que esperar castigo,
 pues no me dejas hablar.

ESCENA VII

Octaviano, Aristóbulo y un Capitán.

Octaviano.

Tú partirás al momento
 con gente y armas, y atento
 á mi cesárea obediencia,
 traerás preso á mi presencia
 al Tetrarca; que es mi intento,
 que como á Cesar me dé
 del tiempo que ha gobernado
 residencia: y tú, porque
 en efecto, eres criado,
 en quien tal lealtad se ve,
 darte libertad espero;

pero por rascate quiero ,
 que ya liberal me des
 el decirme cuyo es
 este estrato.

Aristóbulo.

Aquí muero *ap.*
 de confusion : si le digo
 quien es ; á amarla le obligo :
 no decirselo es mejor ;
 halle imposible su amor
 al principio ; así consigo
 su quietud. Esa pintura ,
 sombra ya de una escultura ,
 ceniza de un rayo ardiente ,
 es memoria solamente
 de una difunta hermosura.

Octaviano.

¿ Muerta es esta muger ?

Aristóbulo.

Si.

Octaviano.

¿ Para qué , amor ¡ ay de mí ! *ap.*
 sin esperanzas la veo ?

Aristóbulo.

Bien se logró mi deseo.

Octaviano.

Libre estás , vete de aquí.

ESCENA VIII

Octaviano.

La muerte , y el amor una lid dura
 Tuvieron , sobre cual era mas fuerte ,
 Viendo que á sus harpones de una muerte
 Vida ni libertad vivió segura.

Una hermosura amor divina, y pura
 Perficionó, donde su triunfo advierte;
 Pero borrando tanto sol la muerte,
 Triunfó así del amor y la hermosura.

Viéndose amor entonces escudido,
 La deidad de una lámina apercibe,
 A quien borrar la muerte no ha podido.

Luego bien el laurel amor recibe,
 Pues de quien vive y muere dueño ha sido,
 Y la muerte lo es solo de quien vive.

ESCENA IX.

DECORACION DE SELVA.

Libia.

Por las faldas lisongeras
 de estos elevados riscos,
 que son del Puerto de Jafa,
 enamorados Narcisos,
 á divertir mis pesares
 melancólica he salido,
 por no escuchar los ajenos,
 pudiendo llorar los propios.
 Sola estoy, salga del pecho
 en acentos repetidos
 mi dolor. ¡Ay Tolomeo!
 en tanto que lloro y gimo
 desdichas tuyas, admite
 este llanto que te envío:
 bastaba quererte bien,
 para que ¡rigor impio!
 te sucediese mal todo,
 tropezando en tus peligros,
 cuando victorioso ¡ay triste!

te esperaba el pecho mío,
 dulce fin de tus amores,
 muerto has llegado y vencido!

ESCENA X.

Libia, Mariene y Sirene.

Sirene.

Casta Venus de estos montes,
 si á divertir has venido
 con la música y las flores
 los ojos y los oídos,
 la atención vuelve y la vista
 á ese bruto cristalino,
 pues son flores sus zelages,
 y música sus bramidos.

Mariene.

Nada puede para mí
 servir, Sirene, de alivio.

ESCENA XI.

Dichas, Filipo y el Tetrarca.

Filipo.

Este es, señor, el puñal,
 que ya una vez despedido
 de tu mano, vuelve á ella.

Tetrarca:

Ya con asombro le miro
 como á fatal instrumento:
 mas dí, ¿cómo se ha sentido
 Tolomeo?

Filipo.

No es la herida
 señor, de tanto peligro,

como la falta de sangre.

Tetrarca.

¿Matiene?

Mariene.

¿Esposo mio?

Tetrarca.

Girasol de tu hermosura,
la luz de tus rayos sigo,
bien como la flor del sol,
cuyos zelages y visos,
iluminados á rayos,
tornasolados á giros,
le va siguiendo, porque
iman del fuego atractivo,
le hallan su vista, ó su ausencia,
ya luciente, y ya marchito.

Mariene.

Ya que del fuego te vales,
sea amor, ó sea artificio,
yo tambien; pues como aquella
ave, que lava por nido,
y por sepulcro la llama,
enamorando el peligro,
bagel de púrpura y oro,
bate los remos de vidrio;
así yo, que á tantos rayos
vida, muriendo, recibo,
hasta que abrasada muera
me parece que no vivo.

Tetrarca.

Dejarnos solos.

ESCENA XII.

*Tetrarca y Mariena.**Tetrarca.*

Ya, pues,
 que serán mudos testigos
 de mis lágrimas y voces
 estos mares y estos riscos,
 salgan, Mariene hermosa,
 afectos del pecho mio
 en lágrimas á las ondas,
 y á las peñas en suspiros.
 Este sangriento puñal,
 sacre de acero bruñido,
 (que no con poca razon
 sacre de acero le digo,
 pues cuando desenlazado
 de mi mano le despido,
 con la presa vuelve á ella,
 en sangre y horror teñido)
 es aquel que la dudosa
 ciencia de un astro previno
 para homicida de quien
 mas adoro y mas estimo.
 Y aunque es verdad que constante
 á peligrosos juicios
 no doy crédito, y desprecio
 los contingentes delirios
 del hado y de la fortuna,
 dioses, que colóca el vicio:
 no sé qué nuevo temor
 en mi pecho ha introducido
 verle volver á mi mano,
 que ya le temo, y le admiro:

y entre el miedo, y el valor,
 ya cobarde, ya atrevido,
 sitiado dentro de mí,
 me quiero dar á partido;
 porque aunque bien yo no creo
 los acasos prevenidos,
 no los dudo, que no ignoro,
 que ese estrellado záfiro,
 república de luceros,
 vulgo de astros y de signos,
 á quien le sabe leer
 es encuadernado libro,
 donde están nuestros alientos
 asentados por registro.
 Y así, ni dudando bien,
 ni bien creyendo, imagino,
 que debe el varon perfecto
 á los sucesos provistos
 darlos al crédito en una
 parte, y en otra al olvido,
 aquí para no esperarlos,
 y allí para prevenirlos;
 pues señor de las estrellas,
 por leyes de su alvedrío,
 previniéndose á los riesgos,
 puede hacer virtud del vicio.
 Yo, pues, entre dos afectos
 vacilante y discursiva,
 ni creyendo, ni dudando,
 el puñal á los pies rindo.
 Tú eres, bellissima hebreá,
 la luz hermosa que sigo,
 la belleza que sola adoro,
 la imagen que sola admiro.
 No es posible que no quiera

si inmortal al tiempo vivo,
 otra cosa mas que á tí;
 tanto que mil veces digo,
 que el mayor monstruo del mundo,
 que te amenaza á prodigios,
 es mi amor, pues por quererte,
 á tantas cosas aspiro,
 que temo que él ha de ser
 ruina tuya y blason mio.
 Pues si lo que yo mas quiero
 eres tú, y el cielo mismo
 no puede hacer que no seas
 sin borrar lo que ya hizo,
 tú eres á quien amenaza
 ese hermoso basilisco,
 que en tus pies se disimula
 entre dos candidos lirios:
 Yo quisé hacer imposible
 tu muerte, cuando atrevido
 arrojé al mar el puñal;
 pero habiendo una vez visto
 que aun en él no está seguro,
 pues por casos esquisitos
 podrá llegar donde estés,
 siempre ignorando el peligro;
 para mas seguridad
 tuya, cuerdo he prevenido
 que tú, árbitro de tu vida,
 traigas tu muerte contigo;
 que mayor felicidad
 nadie en el mundo ha tenido,
 que ser, á pesar del hado,
 el juez de su vida él mismo.
 La parca, que nuestras vidas
 tiene pendientes de un hilo,

para que, el tuyo no corte
 pone en tu mano el cuchillo.
 En tu mano está tu suerte,
 vive tú sola á tu arbitrio,
 pues si acercas el aliento
 podrás embotarle el filo.
 Si es verdad, ó si es mentira
 el hado, no lo averiguo,
 mas prevengo los dos males,
 pues prudente y advertido,
 si es mentira la sospecha,
 de que la temas te alivio:
 si es verdad, con la razon
 á hacerla mentira aspiro.
 Luego mentira ó verdad,
 para todo prevenido,
 yo no puedo darte mas
 que tu vida: esta te rindo.
 Este acero y este amor
 son hoy tus dos enemigos,
 pues mientras yo te coronó
 de mil laureles invictos,
 triunfa tú de ese, y al fin
 dueño tú de tu albedrio,
 guárdate tu vida tú,
 huye tú de tu peligro,
 hazte tú tu duracion,
 líbrate tú tus designios,
 cuéntate tú tus alientos,
 y vive al fin tantos siglos,
 que este amor y este puñal
 triunfen de muerte y olvido.

Mariene

Oye, señor, oye, espera;
 que aunque agradezco y estimo,

el don que á mis plantas pones,
 ni le acepto ni le admito,
 que de púrpura manchado
 y entre flores escondido,
 tanto me estremezco, tanto
 en verle me atemorizo,
 que muda y helada creo,
 torpe el lábio, el pecho frío,
 que soy de aquestos jardines
 estatua de mármol vivo.
 Mas rompiendo á mi silencio
 las prisiones y los gritos
 con que en cárceles de yelo
 el temor los ha tenido,
 qui ro declararme, y quiero
 argüirte, que no ha sido
 cuerda determinacion,
 si bien de tu amor indicio,
 la que contigo has tomado
 y ejecutado conmigo.
 Dejo á una parte, si es bien
 el darse por entendido
 hoy mi amor, de que yo sea
 del tuyo sujeto digno,
 y creyéndote cortés,
 pues por amante y marido
 me está tan bien el creerlo,
 en mi argumento prosigo,
 sin tocar si es bien ó mal,
 tampoco haberlo creído,
 pues por verdad ó mentira,
 ya tú en esta parte has dicho
 que el prevenirlo es cordura,
 esperar lo deasatino,
 y providencia discreta.

no, esperarlos y prevenirlos y así, esto aparte dejando, vuelvo á mi argumento y digo: Si ese sangriento puñal es el que cruel y esquivo el hado esquivo y cruel contra mi pecho previno, ¿Quién te persuadió, Tetrarca, quién te informó, quién te dijo que era la seguridad de mi vida traer conmigo la ejecución de mi muerte? ¿y qué podrán ser amigos ni hacer buena compañía la vida y el homicidio? Si este mi suerte amenaza con asombros ¿es arbitrio para excusar que se encuentren, hacer que anden un camino los dos, siguiéndote siempre el acásq y el peligro? ¿Fuera buena prevención en el humano sentido, para estorpar que se abraza este supremo edificio, y acompañarlo del fuego? ¿Fuera acierto conocido para excusar que un espejo no se quiebre, junto á él mismo poner piedras en que dueñen? Pues piensa que es esto mismo lo que intentas, pues intentas que nunca estén divididos este puñal y este pecho, y han de ser siempre enemigos y

por mas que juntos los vea;
 seguridad y peligro,
 vida, muerte é impiedad,
 sombra y luz, virtud y vicio,
 homicidio y homicida,
 torre, fuego, piedra y vidrio.
 Confieso que la razon
 es fuerte, cuando advertido,
 dices que no es ocultarle
 remedio, cuando te vimos
 volver del mar á tus manos;
 y que será gran martirio,
 confieso, tambien estar
 dudando siempre afligido
 un pecho, quien será ahora
 dueño de los hados míos;
 pero entre apartarle tanto,
 que ignore quien habrá sido,
 y acercarle tanto, que
 sepa que viene conmigo,
 hay un medio, que es ponerle
 con tal dueño y en tal sitio,
 que lo sepa y no lo tema.
 Tú lo has de traer ceñido;
 pues si del juicio me acuerdo,
 el mágico no me dijo
 que tú darías la muerte
 á lo que mas has querido
 con él, sino que con él
 moriria; y pues colijo
 que otro podrá aborrecer
 lo que tú quieres, delito
 uera, echándole de tí,
 por armas á tu enemigo;
 los podrá venir á manos

de quien me haya aborrecido;
 Y así, señor, yo te ruego,
 y así, señor, te suplico,
 que tú, alcaide de mi vida,
 traigas el puñal contigo.

Con eso seguramente
 sabré que aquel tiempo vivo
 que tú le tienes: que escuches
 el argumento te pido:
 ó tú me quieres, ó no;
 si me quieres no peligro,
 pues á lo que tú mas quieres
 no has de dar muerte tú mismo:
 si no me quieres, no soy
 á quien arrastra el destino
 de tu amor, y al mismo instante
 de la amenaza me libero.

Luego olvidada ó querida,
 mi seguridad te pido,
 mis temores desvanezco,
 mis quietudes facilito,
 mis deseos aseguro,
 mis contentos solicito,
 mis celos acobardo,
 mis esperanzas animo,
 cuando tu amor y mi vida
 triunfen de muerte y olvido.

Tetrarca.

Tanto tu vida deseo,
 que á ser tu Alcaide me obligo;
 ¡ojalá fuera verdad,
 no prevencion este estilo,
 para que nunca murieras!
 y así á tus voces movida,
 en tu nombre, dulce esposa,

segunda vez me lo cifo. (1) ;
 ¡ Pero válganme los cielos !
 ¿ qué alboroto , qué ruido
 es este ?

Mariene.

El cielo parece
 que se hunde de sus quicios.

Tetrarca.

¡ Qué asombro !

Mariene.

¡ Qué confusion !

ESCENA XIII.

Dichos , Filipino y Libia.

Filipo.

Señor.

Libia.

Señora.

Tetrarca.

Filipo,

¿ qué es esto ?

Mariene.

¿ Qué es esto , Libia ?

Libia.

No sé si sabré decirlo.

Filipo.

Gente del Emperador

Octaviano , tu enemigo ,

á Jerusalem ocupa ;

y ya todos sus vecinos ,

sabiendo que Antonio es muerto ,

parciales y divididos .

te buscan para prenderte,
diciendo á voces, que has sido
la causa de sus traiciones.

Mariene.

¡Ay de mí!

Tetrarca.

¡Pierdo el sentido!

Mariene.

Huye, señor, ese monte
sea tu sagrado asilo,
porque mejor las desdichas
se vencen en los principios.

Tetrarca.

¿Qué es huir?, viven los cielos
que tengo de recibirlos.

Mariene.

Mira señor....

Tetrarca.

¿Qué he de ver?

Mariene.

Que es un vulgo....

Tetrarca.

Ya lo miro.

Mariene.

Alborotado.

Tetrarca.

¿Qué importa?

Mariene.

Tu vida....

Tetrarca.

Mi vida libro.

Mariene.

¿Cómo?

Tetrarca.

Poniéndome....

Mariene.

¿Donde?

Tetrarca.

Delante de él

Mariene.

Es delirio.

Tetrarca.

No es.

Mariene.

¿Porqué?

Tetrarca.

Porque conviene ;
verás que su orgullo rindo. (1)

Tetrarca.

A Dios , esposa , que ya
segunda vez dan aviso
las cajas.

Mariene.

Tente.

Tetrarca.

¿Qué temes?

Mariene.

Temo , señor , tu peligro ,
que vas solo

Tetrarca.

No voy tal :

tú vas , señora , conmigo ,
y este acero , que me basta ,
si es de la muerte ministro ,
á ser asombro del mundo ,
á ser rayo , á ser prodigio.

(1) *Vuelven á tocar.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Dos soldados que cuelgan un retrato de Mariene.

Soldado 1.

Ya que en sus melancolías
no hay cosa que le divierta
mas, que en varios trages ver
repetida esta belleza,
y este es el primer retrato
de cuantos de la pequeña
lámina al lienzo pasó
del noble arte la excelencia,
pongámosle de su cuarto
sobre el marco de esa puerta,
para que cuando entre y salga
á todas horas le vea.

Soldado 2.

Bien has prevenido.

Soldado 1.

Pues
sea presto que ya llega.

Soldado 2.

Con la prisa que me das,
no sé si bien puesto queda.
¡Quiera Dios que no se caiga,
vencido el clavo, ó la cuerda!

ESCENA II.

Dichos y Octaviano.

Octaviano.

Pasion tan desesperada,
que al primer paso tropieza
en un imposible, y cae
en otro, queriendo ciega
dar una esperanza viva
en una hermosura muerta,
bien se vé que no es pasion,
sino locura, y de tema
tan invencible, que triunfos,
aplausos, lauros y empresas
no la alivian, puesto que
ni todo ni parte sean
á echar de mí una aprehension
tan rebeldemente necia.

Soldado 1.

Como mandaste, señor,
que en todo Méfis se hicieran
de este pequeño retrato
varias copias, traje esta,
por ser la mas parecida. (1)

Octaviano.

Dices bien, pues no pudiera
haberla mejor sacado:
el pincel, cuando corriera
las líneas y los bosquejos
al lienzo desde mi idea.
¿Que nunca me hayas sabido,
ó con maña ó con cautela,

(1) Dale un retrato pequeño.

de Aristóbulo, quién fuese
alma de deidad, tan bella?

Soldado 1.

Con ese intento mil veces
á la torre que le encierra
de guarda entré, pero nunca
lo supe, que de manera
Aristóbulo ha perdido
el juicio, desde que en ella
está, que es en vano ya
que á nada en razon atienda.

Octaviano.

¿Qué dices?

Soldado 1.

Que solamente
hesatinos dice y piensa.

Octaviano.

Na me espanto ¡ay infelice!
si la causa que le fuerza
á perder el juicio ha sido
perder esta hermosa prenda.

¿Cómo es compatible; ó rara
beldad! que un delirio sientan
dos, el uno porque te halle,
y el otro porque te pierda?

¿Qué mal hice, cuando necio,
de amor y de su violencia,
culpé á Antonio que adórase
á aquella Gitana, á aquella
que en los teatros del mundo
hizo la mayor tragedia?

¡Qué bien vengado está
de mi, altivez y soberbia!

~~pues para mayor trofeo,~~
con instrumento se vengó,

tan fácil como un retrato,
 y ese de una beldad muerta. (1)
 ¿ Pero qué es aquesto ? ¿ cuando
 triste pronuncia mi lengua
 muerta beldad, me responden
 las cajas y las trompetas
 destempladas ? Si los cielos,
 si los montes, si las selvas,
 si los vientos, si los mares,
 cuando mi voz les acuerda
 de igual pérdida la ruina,
 compadecidos celebran
 de esa difunta hermosura.
 repetidas las exequias ? (2)
 Otra vez, piadosos cielos,
 suena el rumor de mas cerca :
 ved quien ese pavor causa.

Soldado 1.

Mucho estraña que las señas
 no te lo digan, pues es
 ceremonia usada esta
 de los bárbaros Gitanos,
 siempre que rendida ó presa
 alguna Persona Real
 en su Corte sale y entra.

Octaviano.

¿ Pues quien entra ó sale hoy,
 ó preso, ó rendido en ella ?

(1) *Cajas destempladas.*
 (2) *Vuelven las cajas.*

ESCENA III.

*Dichos y un Capitan.**Capitan.*

El Tetrarca, á quien tú diste
 orden de que yo le prenda,
 y viendo cuanto supone
 Virey que por él gobierna,
 usando la ceremonia
 de que con sus armas venga,
 y con salva se reciba,
 bien que te llega y fucusta,
 llega á tus pies.

ESCENA IV.

*Dichos, el Tetrarca en medio de soldados. (1)**Octaviano.*

Mas estimo
 ver postrada esa soberbia,
 que el alto trunfo con que
 Roma recibirme espera.
 Quede él solo, y los demás
 salgan, Patricio, allá fuera;
 que por si acaso mi enojo
 tras sí mis acciones lleva,
 no quiero que nadie ahado
 con un rendido me vea.
 Templad vos, pues sois mi espejo,
 mi cólera. (2)

*Tetrarca.**Suerte adversa, ap.*(1) *Cajas destempladas.*(2) *Mira el retrato que tiene en la mano.*

¿á qué mas pudo llegar
 de tus ceños la influencia?
 Invicto Octaviano, cuyo
 nombre en láminas eternas
 el tiempo escriba, dictado
 de las plumas y las lenguas:
 á tus pies llevo ofendido,
 porque para que vinieran
 mi lealtad y mi valor
 á rendirte esta obediencia,
 no era menester que fuesen
 por mí; que el que se respeta
 por fuerza, cuando por gusto
 puede, á sí mismo se afrenta,
 pues quita á la voluntad
 lo que le añade á la fuerza.
 Dame tu mano: (1) ; Mas, cielos
 divinos, al besar esta,
 qué es lo que en la otra miro!
 ¿Habrà en el mundo quien beba
 dos venenos á dos manos,
 y aun mismo tiempo los sienta
 en los labios y en los ojos? (2)

Octaviano.

Si informado no estuviera
 de mi razon, á la tuya
 bastante crédito diera;
 pero si son destempladas
 cláusulas, que no concuerdan,
 esa afectada humildad

(1) *Al besar una mano, repara en el retrato que tiene en la otra.*

(2) *Vuelve Octaviano la espalda, y el Tetrarca le sigue de rodillas.*

con tu traidora soberbia ;
no violencia , no rigor
la prevencion te parezca ,
que con vasallos que son
de los de viva quien venza ,
fuerza es que la voluntad
se aproveche de la fuerza.

Tetrarca.

¡Mortal estoy ! Dadme , dioses ,
valor , que quizá no es ella.
¡Que ahora me la ocultase !
Si contra mi te aconseja
quien pretende.....

ap.

Octaviano.

No presumas
que mal advertido hiciera
estremos tales ; de tí
sé la ambicion conque intentas
conspirar al sacro Imperio ,
á cuyo efecto la guerra
mantenias , dando á Antonio
los socorros para ella.
Estas firmas te convencen ,
de ellas lo sé ; llega , llega ,
míralas bien , tuyas son ;
míralas. (1)

Tetrarca.

Ya miro , al verlas ,
mi muerte mas declarada
de lo que aun tú mismo piensas ;
pues... yo... si....

ap.

Octaviano.

Esa turbacion

(1) Saca unas cartas y pónelas en el retrato.

es ya segunda evidencia :
 pero quien á un Iduméo
 honró , baja estirpe hebrea
 rebelada de sus nobles
 Tribus , esto y mas merezca
 y así mientras el castigo
 á los demas escarmienta ,
 sabe , que soy Octaviano ,
 que soy el único César
 de Roma , y el Nilo y Tiber
 humildes mis plantas besan ;
 y que á quantos contra mí
 con traiciones , con cautelas
 quieran conspirar , negando
 á mi poder la obediencia ,
 seré yo quien los corone
 de laurel , para que sean ,
 con un impulso á mis plantas ,
 con una accion á mis huellas ,
 dos trofeos de una vez ,
 mi laurel , y su cabeza. (1)

Tetrarca.

(1) ¡ Qué esto escuchen mis oídos ,
 y aquesto mis ojos vean ,
 sin que el dolor me despeñe !
 Yo he de morir , cosa es cierta ,
 á sus manos , ó á mis zelos ;
 pues él á mis zelos muera ,
 y á mis manos , que una vida
 tan grande , no es bien se venda
 á menor precio. (2)

(1) Vase Octaviano hácia la puerta del retrato.

(2) Al entrarse Octaviano pa á herirle el Te-

Octaviano.

¿Qué es esto?

Tetrarca.

Desesperada impaciencia,
que ha de costarme el decirla
aun mucho más que el hacerla.

Octaviano.

¿Tú, con el desnudo acero,
cuando yo la espalda vuelta,
y entre tu acero y mi espalda
esta hermosa imagen puesta?
¿Turbado tú, yo seguro,
y ella herida? ¿Tú con muestras
de venganzas, yo de agravios,
y ella de piedad? ¿Muerta
tú la acción, yo vivo al riesgo,
y ella ofendida? Vive ella,
(que como a deidad que adoro,
bien puedo este obsequio hacerla)
que este sacrilego acero,
ya que horrores representa,
el instrumento ha de ser,
pues lo fue de tu violencia, (1)
de tu castigo; vea el mundo
que el que me agravia, me venga.
Ola.

tetrarca, cae el retrato en medio de los dos, y se queda clavado en él el puñal.

(1) *Quila el puñal del retrato.*

ESCENA V.

Dichos, el Capitan y Soldados.

Capitan.

¿Señor?

Octaviano.

A la torre,
donde su hermano se encierra,
llevad tambien al Tetrarca,
donde un solo eriado tenga
de los que le hayan seguido.

Tetrarca.

Cuando mi sepulcro sea,
la vida debo á un pañal,
yo le pagaré con ella.

Octaviano.

Y yo la vida á un retrato;
y pues que de otra manera
no puedo, con adararle
tambien pagaré mi deuda.

ESCENA VI.

DECORACION DE CARCEL.

Dos soldados, y Polidoro paseándose.

Soldado 1.

Grande es tu melancolía.

Polidoro.

¿Melancolía decís,
vergantonazo? mentís.

Soldado 1.

¿Pues que es eso?

Polidoro.

Hipocondría,

que un Príncipe como yo
no habia de adolecer
vulgarmente, ni tener
mal, que tiene un sastre.

Soldado 1.

No

te enojas de eso.

Polidoro.

Si quiero;
que estar triste solamente,
no es achaque competente
de un Príncipe prisionero:
y mas si se considera
la grande superchería
con que de noche y de dia
me tratan.

Soldado 1.

¿De qué manera?

Polidoro.

¿De qué manera, picaño?
¿Qué Príncipe se perdiera,
donde una infanta no hubiera,
que condolida á su daño
con músicas le avisára
desde el ombó del terrero,
y á pagar de su dinero
las guardas le sobornára,
para que una noche oscura,
en dos caballos los dos,
por parque, á la paz de Dios
se fuesen á su aventura?

Soldado 1.

Si estuviera por áca
(así saber algo trato)
la dama de aquel retrato,

quizá ella....

Polidoro.

Claro está.

que mirara por su honor,
y caso que allá estuviera
preso un infante, y no hubiera
tenídole mucho amor;
las desdichas acabadas
de esta mi prision cruel,
por no haberse ido con él,
la matara yo á patadas,
segun la adoro, y sospecho,
que si donde estoy supiera,
estrafalaria viniera
por mí.

Soldado 2.

Lo medio está hecho;
porque yo, compadecido,
aderezo te traeré
de escribir.

Soldado 3.

Yo un propio haré
al punto que haya sabido
donde se ha de encaminar
la carta.

Polidoro.

¿Qué dices?

Soldado 1.

Digo

lo que por tí á hacer me obligo.

Polidoro.

Mil abrazos te he de dar,
mientras habiendo avisado
y librádome mi dama,
te hago el hombre de mas fama.

Soldado 1.

No es aqueso mi cuidado,
que más que espero de tí
de Octaviano espero, pues
con eso sabrá quien es
dueño del retrato!

ap.

Soldado 2.

Aquí
hay ya de escribir recado.

Polidoro.

¿ Con su tinta y pluma ?

Soldado 2.

En él
se dice todo.

Polidoro.

¿ Hay papel ?

Soldado 2.

Tambien.

Polidoro.

¿ Batido y cortado ?

Soldado 2.

No, pero el que bastará.

Polidoro.

¿ Polvos ?

Soldado 2.

Pólvos hay.

Polidoro.

¿ Oblea,
lacre y sello ?

Soldado 2.

Si.

Polidoro.

Pues es,

llegadme el bufete acá;
la silla.

Soldado 2.

Ya está llegada. (1)

Polidoro.

¿Papel, tinta y pluma aquí
no hay? ¿polvos y sello?

Los dos.

Si.

Polidoro.

Pues aun no tenemos nada.

Soldado 1.

¿Qué falta de prevenir?

Polidoro.

Lo mejor.

Soldado 2.

Sepa que fué,
volando por ello iré.

Polidoro.

El que ya no sé escribir.

Soldado 1.

Ahora sale con eso (2)
el tonto.

Soldado 2.

El loco.

Soldado 1.

El menguado.

Polidoro.

¿Quién vió Príncipe aporreado?

(1) *Elegan el bufete.*

(2) *Le aporrean.*

ESCENA VII.

Dichos, el Capitan y el Tetrarca.

Capitan.

Esta es la torre en que preso
Aristábulo está: en ella
dejarte el César mandó.

Soldado 2.

Gente en la prision entró.

Soldado 1.

No vean que le atropella
nuestro enojo, que han mandado
con respeto le tratemos.

Soldado 2

Que le servimos mostremos. (1)

Capitan.

¿Cómo tu Alteza ha pasado
la noche?

Polidoro.

Mal, y peor
la mañana, que á porrazos
aquestos picaronazos (2)
me han muerto.

Capitan.

Tente, señor,
¿qué haces?

Polidoro.

Reñir, vive Apolo,
á manera de valiente
al uso, que habla si hay gente,
y calla cuando está solo.

(1) *Fingen que le sirven.*

(2) *Dá tras los soldados.*

Capitan.

Advierte que á estar contigo
viene el Tetrarca tu hermano:

Polidoro.

¿ El Te... qué?

Capitan.

El Tetrarca!

Polidoro.

En vano

es ya escusarse el castigo
de haber tal engaño hecho.

ap.

Capitan.

Llegad ; bien podeis llegar
con Aristóbulo á hablar.

Tetrarca.

¿ Qué miro ! mas ya sospecho
que hay algun secreto aquí ,
pues con su nombre no ignoro
que esté preso Polidoro
para grande fin ; y así
disimular me conviene.

ap.

Dame, en mis últimos plazos,
Aristóbulo, los brazos.

Polidoro.

Borrachó el Tetrarca viene :
Aristóbulo me llama.

ap.

Tetrarca.

Ya que en mis penas el Cielo
no me deja otro consueño
que ver mentida la fama
que de tu muerte corrió...

Polidoro.

Vive Dios que insiste en ello ;
¿ qué fuera que sin sabello
fuese Aristóbulo yo ?

ap.

Capitan.

Dejarlos solos es bien,
que hablen los dos, pues es llano,
que á algun efecto Octaviano
quiso que juntos esten.

ESCENA VIII.

Tetrarca y Polidoro.

Tetrarca.

¿Estamos ya solos?

Polidoro.

Si.

Tetrarca.

¿Qué es aquesto, Polidoro?

Polidoro.

Un fingimiento que lloro.

Tetrarca.

¿De que suerte?

Polidoro.

Escucha.

Tetrarca.

Di.

Polidoro.

Que este vestido lucido
me dió mi amo, es lo primero;
que parece caballero
un pícaro bien vestido;
lo segundo, con que el dia
que el César triunfante entró,
y á Antonio y Cleopatra halló
en su fatal boberia,
prisioneros nos hicieron,
y como iba galan yo,
con la caja en que guardó

cartas y joyas, creyeron
 que era Aristóbulo; él
 el engaño prosiguió,
 conque él me Aristobuló,
 y yo le Polidoré:
 qué fue de él, no sé, que estas
 mis ansias con luz tan ciega,
 sin ver si vienen, ni van,
 en un callejón Nozuega,
 aprendiendo á gavilan.

Tetrarca.

Ya que de aqueeso informado
 estoy, á un lado te aparta,
 que tengo que hablar conmigo.

Polidoro.

Esa es la dicha mas rara
 de un buen hablador, hallarse
 con quien no le diga nada,
 y le oiga cuanto él diga.

ESCENA IX.

Tetrarca.

Ya que solo me veo, sañgan
 en lágrimas y suspiros,
 sin estruendo de palabras,
 á los labios y á los ojos
 tan cautelosas mis ansias,
 que en saliendo de ella, aun no
 las eche menos el alma.

¿Qué es esto, cielos, qué es esto,
 ¡ay de mí! que por mi pasa?
 que bien será menester,
 que vuestra autoridad valga
 mi crédito, porque es tal
 el tropel de mis desgracias,

que aun pasando á la experiencia ,
 se me queda en la ignorancia .
 Dejo aparte , que del sacro
 laurel pierda la esperanza ;
 deo haberme convencido
 de mis designios mis cartas ,
 deo el castigo forzoso
 de accion tan desesperada ,
 como que á morir matando
 me despeñase mi saña ;
 pues la desesperacion ,
 designios , y ambicion paran
 solo en pensar que ya tengo
 el cuchillo á la garganta ;
 y voy á que otro dolor
 es tal , que el morir no basta
 para acabar con él ; puesto
 que en mí frase se adelanta :
 dé á la garganta el cuchillo ;
 pues dirá desde hoy mi patria ,
 que el cuchillo al corazon
 murió su infeliz Tetarca :
 al corazon dige , y dige
 bien , que él es á quien traspasa
 ver en poder de Octaviano
 é Mariene retratada ,
 y en dos partes , como quien
 dice , que la luna clara
 de un espejo , si está entera ,
 hace un rostro , y si quebrada ,
 dos ; mostrando que en abuso
 de supersticiones varias ,
 el espejo que se quiebra
 siempre agüeros amenaza :
 y es el mayon haber visto

á Mariene con dos caras.
 Bien discurre, yo, que en una
 hermosura soberana,
 por soberana hermosura
 solamente la retratan,
 sin mas intencion que el serlo,
 ó la escelencia ó la gala
 del artífice; bien creo
 que al verla el no recatarla
 de mí es ignorar quien sea;
 que ser mi esposa y mostrarla,
 era cosa muy indigna
 para dicha cara á cara,
 cuando no por mí, por ella;
 pero todo esto no salva
 el que no tenga interior
 afecto; ay de mí! de amarla,
 quien no contento con una
 en la mano, otra en la sala,
 jura por ella el haber
 de tomar de mí venganza.
 Y pasando á que el puñal
 en su pecho..... (1) ¿Mas qué cajas
 á marchar tocan? ¿Habrà
 quien en esta triste estancia
 me diga qué marcha es esta?

ESCENA X.

Tetrarca y Filipino

Filipo.

St.

(1) Cajas dentro.

Tetrarca.

¿Quién?

Filipo.

Yo, á quien adelanta
su lealtad á ser, señor,
el criado que se manda,
que solo te asista.

Tetrarca.

¡O cuanto
el ser tú quien me acompaña
estimo!

Filipo.

No es leal el que
no lo es hasta las aras;
y así, a questo breve tiempo
que le queda á tu esperanza
de vida; pues se presume,
que antes que de Egipto salga
Octaviano, su rigor
en tí ejecute; mis cañas,
mi amor, mi fé, mi alma, y vida
vienen á ver que me encargas.

Tetrarca.

¿Tan breve y tan cierta es
mi muerte?

Filipo.

El que su jornada
apresure, lo adivina.

Tetrarca.

¿Cómo?

Filipo.

Como hace la marcha
á Jerusalem, por si hay,
muerto tú, novedad.

Tetrarca.

Calla,

Filipo, no me lo digas,
que tú eres el que me matas
antes que él.

Filipo.

¿Yo, señor?

Tetrarca,

Si,

pues tú el morir me adelantas.
¿A Jerusalem el César?
¿donde (¡los cielos me valgan!)
halle á Mariene viva,
quien la idolatró pintada?
él victorioso, yo muerto,
y ella querida ¿qué aguarda
mi desesperado amor? (1)

Filipo.

¿Qué haces?

Tetrarca.

Quitarte la espada,
para arrojarme sobre ella,
que mas valor y mas causa
tengo yo, que Antonio.

Filipo

Mira...

Tetrarca.

Si haré, si me das palabra
de hacer por mí una fineza.

Filipo.

No habrá cosa que no haga
yo por tí.

(1) *Quiere quitarle la espada.*

Tetrarca.

¿ Si es prodigiosa ?

Filipo.

Ningun prodigio me espanta.

Tetrarca.

¿ Si es terrible ?

Filipo.

Que lo sea:

Tetrarca.

¿ Cruel ?

Filipo.

¿ Qué importa ?

Tetrarca.

¿ Temeraria ?

Filipo.

Valor tengo para todo.

Tetrarca.

¿ Fiera ?

Filipo.

Nada me acobarda.

Tetrarca.

¿ Y si es bárbara ?

Filipo.

Tampoco.

Tetrarca.

Pues escucha ; pero aguarda ,
que es tal la resolución ,
que para representarla
á los teatros del mundo ,
como , al fin trágica farsa ,
pues hay recado , quiero antes ,
con escribirla ensayarla. (1)

(1) Pónese á escribir.

Filipo.

¿Qué será resolución, *ap.*
que con prevenciones tantas
piensa? Apenas dos renglones
escribe y cierra la carta,
cuando á mí vuelve.

Tetrarca.

Oye ahora.

Filipo.

Si haré con vida y con alma.

Tetrarca.

Si todas cuantas desdichas,
si todas cuantas desgracias
ha inventado la fortuna,
deidad de los hombres varia,
se perdieran, todas juntas
hoy en mí solo se halláran,
que soy epílogo y cifra
de las miserias humanas.
Yo, que ayer de Mariene
esposo y galán, con raras
muestras de amor coroné
de victorias mi esperanza;
hoy lloro agravios, sospechas,
temores, desconfianzas,
y... zelos iba á decir,
pero imaginarlos basta.
Yo, que ayer de Palestina
Gobernador, y Tetrarca,
no cupé ambicioso en cuanto
el sol dora, y el mar baña;
hoy pobre, triste y rendido,
entre dos fuertes murallas,
aprisionándome el vuelo,
tengo abatidas las alas.

Yo, que del laurel sagrado
 ayer pretendí las ramas
 siempre verdes, á pesar
 de los rayos que las guardan;
 hoy segur suya mi acero
 veo que sus pompas tale,
 solamente por llegar
 embotado á mi garganta.
 ¡Pluguiera al bado! ¡pluguiera
 al cielo, que aquí paráran
 sus presagios, y que en mí
 se desmintiera la ingrata
 indignacion de un destino!
 pues muriendo yo á la saña
 del temple infausto, pudiera
 persuadir á la ighorancia,
 que ya de lo que mas quise
 ejecutó la amenaza.
 ¡Mas ay triste! ¡ay infelice!
 que no soy yo á quien mas ama
 mi misma vida, supuesto
 que tambien ella tirana
 me aborrecé por ser mia;
 y no con morir acaban
 mis desdichas, que inmortales
 mas allá de morir pasan.
 Octaviano (al pronunciarlo,
 valor y aliento me faltan),
 Octaviano adora (¿cómo
 lo diré sin que me añada
 dolor á dolor?); adora
 á Marióné; pintada
 dos veces la vi; y dos veces
 á él gentil, pues idolatra
 una vez á un sol sin luz;

y otra, á una veidad sin alma ;
 ; Mal haya el hombre infeliz ,
 otra y mil veces mal haya
 el hombre que con muger
 hermosa en extremo casa !
 que no ha de tener la propia
 de nada opinion , pues basta
 ser perfecta un poco en todo ,
 pero con extremo en nada ;
 que es acmiño la hermosura ,
 que siempre á riesgo se guarda ;
 si no se defiende , muere ;
 si se defiende , se mancha .
 No , pues , mi ambicion , Filipo ,
 no mi atrevida arrogancia ,
 no el ser parcial con Antonio ,
 no mi poder , no mis armas
 me allije , me desespera ,
 me precipita y me arrastra ,
 sino el ser de Mariene
 esposo . ; O caigan , ó caigan
 sobre mí mares y montes !
 aunque , si de ofensas tantas
 el peso no me derriba ,
 no me rinde , no me agraba
 el de los montes y mares
 no me agoviará la espalda :
 y así , viendo quanto á instantes
 mi vida cuenta la parca ,
 y quanto á brazo partido
 en esta lóbrega estancia
 luchando estoy de mi muerte
 con las sombras y fantasmas ;
 viendo , en fin , que apenas hoy
 en una pública plaza

seré horror de la fortuna ;
 seré del amor venganza ,
 cuando él sea ¡ ay infeliz !
 (pues á Jerusalem marcha ,
 donde es fuerza que la vea)
 en tálamos de oro y grana ,
 heredero de mis dichas ,
 dueño de mis esperanzas ;
 muero de agravios y zelos ,
 que matan , porque no matan .
 Dirásme , ¿ que qué me importa ,
 pues con lá vida se acaban
 las desdichas ? ¡ Ay Filipo ,
 cuánto esa opinion engaña !
 que amor en el alma vive ;
 y si ella á otra vida pasa ,
 no muere el amor , sin duda ,
 puesto que no muere el alma .
 ¿ El no nace de una estrella ,
 ya propicia , ó ya contraria ?
 ¿ pues cómo faltará amor ,
 mientras la estrella no falta ?
 ¿ Quieres ver cual es la mia ?
 Pues si pudiera apagarla
 hoy con el último aliento ,
 lo hiciera , porque faltára
 del cielo , y otro ninguno ,
 en su gracia ó su desgracia ,
 no naciera como yo ,
 porque como yo no amára .
 Y en fin , ¿ para qué discurre
 mi voz ? ¿ para qué se cansa ?
 Otra pena , otro dolor ,
 otro tormento , otra ansia
 en el corazon no llevo ,

sino solo ver que aguarda
 Mariene á ser empleo
 de otro amor, de otra esperanza:
 Sea barbaridad, sea
 locura, sea inconstancia,
 sea desesperacion,
 sea frenesí, sea rabia,
 sea ira, sea letargo,
 ó quanto despues mis ansias
 quisieren, que todo quiero
 que sea; pues todo es nada,
 como no sean mis celos;
 y así, pues que la palabra
 me has dado de obedecermé,
 haz lo que mi amor te encarga:
 vuelve á Jerusalem, vuelve
 á la esfera soberana
 del mejor sol de Judea;
 y en diciéndote la fama
 que he muerto, en el mismo instante
 con mortal eclipse apaga
 á la tierra el mejor rayo,
 al cielo la mejor llama,
 al campo la mejor flor,
 la mejor estrella al alba.
 Tolomeo, que quedó
 por capitán de mis guardias,
 y siempre á Mariene asiste,
 sin poder seguirme, á causa
 de quedar convalciente
 de aquella horrida pasada,
 dará la ocasion, á cuyo
 fin, para él es esta carta:
 de él te fia, pues no dudo,
 previstas las circunstancias

de un veneno, ó de un dogal,
 que él te guarde las espaldas.
 Muera yo, y muera sabiendo
 que Mariene soberana
 muere conmigo; y que aun tiempo
 mi vida y la suya acaban;
 pero no sepa, que yo
 soy el que morir la manda:
 no me aborrezca el instante,
 que pida al cielo venganza.
 No te acobarde lo horrible
 de una historia tan extraña;
 que cuando murieron unos
 que hubo quien dejó por manda
 un homicidio, creyendo
 que así sus penas engaña,
 que así sus quejas desmiente,
 que así dedico sus ansias,
 y que así entienda sus zelos;
 otros habrá que la aplaudan,
 pues no hay amante ó marido,
 (salgan todos á esta causa)
 que no quisiera ver antes
 muerta, que agena su dama.

Filipo.

Bien quisiera responderte,
 mas no es posible, que baja
 mucha gente á la prision.

Tetrarca.

Por si vienen por mí, salga
 mi valor á recibirlos:
 tú, cobrando la ventaja
 que puedas, aparte, Filipo,
 al instante:

Filipo.

Señor....

Tetrarca.

Calla,

que sé que tienes razón,
pero no puedo escucharla.

Filipo.

Ni yo decirle, que llega
ya la gente....

Tetrarca.

Esferas altas,
cielo, sol, luna y estrellas,
nubes, granizos y escarchas,
¿no hay un rayo para un triste?
pues si ahora no los gastas,
¿para cuándo, para cuándo
son, Júpiter, tus venganzas?

ESCENA XL

DECORACION DE MARINA.

Aristóbulo, Mariene, Damas y Soldados.

Aristóbulo.

Dame otra vez los brazos,
porque coronen tan hermosos lazos
hoy la esperanza mía.

Mariene.

Mi vida, hermano, á tu valor se fia,
publiquen, pues, tus glorias,
que victorias de amor son mis victorias.

Aristóbulo.

Ya, que por la lealtad de Polidoro,
como te digo, con mi nombre preso,
de un infeliz á otro infeliz suceso,

pude llegar donde tu luz adoro ,
 y donde tu obediencia y tu decoro
 atenta dignamente
 nuestra nacion , de su alistada gente
 General me ha nombrado ,
 cumpliré la palabra que te he dado
 de morir animoso ,
 ó traerte libre tu adorado esposo.

Mariene.

¡ Oh , cúplamela el cielo !
 Y pues el campo de cristal y yelo
 de aquí á Egipto es tan breve ,
 por ese pasadizo , que de nieve ,
 ó se encrespa , ó se eriza ,
 cuando el copete de su frente riza ,
 presto la nueva espero
 de que mi amor desempeñó tu acero.

Aristóbulo.

Si su amor va conmigo ,
 fácil empresa , fácil triunfo sigo.

ESCENA XII.

Dichas y Tolomeo.

Tolomeo.

Ya el campo cristalino
 tanto pez de madera , ave de lino ,
 admite en sus esferas ,
 que parecen las ondas lisongeras ,
 ocupando horizontes ,
 una vaga república de montes.
 Y pues noble no queda ,
 que escusarse á tan alta faccion pueda ,
 que me des te suplico
 licencia.....

Mariene.

Antes de oirla , la replica.
Capitan de mis guardias te ha dejado
mi esposo , su palacio te ha fiado ;
no es asistirme á mí menos ufana
faccion , que esotra.

Aristóbulo.

Dice bien mi hermana ;
y pues el cargo , que os quedeis abona ,
mirad que me mireis por su persona.

Tolomeo.

Obedecerte espero.

Mariene.

Y yo veros partir á todos quiero ,
porque os den para iros ,
agua mis ojos , viento mis suspiros.

ESCENA XIII.

Tolomeo y Libia.

Libia.

Permita la ocasion á mi deseo
el que de tu salud ; ó Tolomeo !
el parabien te dé ; si bien pudiera
dármela á mí mejor de que no hubiera
Mariene admitido
la fineza de ir ; que hubiera sido
doblada la dolencia ,
consolar un dolor con una ausencia.

Tolomeo.

Agradezca , señora ,
el favor toda una alma que te adora ;
y pues como á milagro
suyo , mi vida á tu deidad consagro ,
cree que el morir sentia ,

no , Libia hermosa , no porque moria ,
sino porque sin verte ,
pagaba con dos vidas una muerte.

Libia.

Responderte quisiera :
mas la Reyna , que ocupa la ribera ,
me echará menos ; solo te prevengo ,
ique ya falseada para vernos tengo
del jardin esta llave.

Tolomeo.

Si ser amor ladron de casa sabe ,
dame la llave ahora ,
y apenas desdoblar verás , señora ,
la falda , que arrugó la noche fria ,
sobre la hermosa variedad del dia ,
cuando entre en el jardin , y sean sus flores
los testigos no más de tus favores ,
siendo sus pompas bellas ,
si flores para tí , para mí estrellas.

Libia.

Toma ; y advierte no entres , que quejosa
de tí Sirena , y de mi amor zelosa ,
anda , hasta... Mas no puedo
proseguir ; á Dios , pues.

Tolomeo.

Confuso quedo :
oye , espera.

Libia.

No faltes de esta parte ,
que yo si puedo volveré á informarte.

ESCENA XIV.

Tolomeo , y poco despues Filipo.

Tolomeo.

Aunque en la paz me quedo ,

temer mas guerra en mis sentidos puedo
 que tienen mar y tierra ,
 pues incluyen mas guerra
 que tierra y mar el ansia y el cuidado
 del que aquí aborrecido y allí amado ,
 lidia con su deseo ,
 siendo Sirena y Libia....

Dentro Filipino.

¿ Tolomeo ?

Tolomeo.

¡ Cielos ! ¿ Llamáronme ?

Filipo.

Sí.

Tolomeo.

¿ Quién ?

Filipo.

Un hombre que ha llegado (1)
 en un barco que ha volado
 desde el mar de Egipto aquí ;
 y que sin ser conocido
 de otro , á cuyo fin cubierto
 el rostro , ha tomado puerto
 en sitio mas escondido ,
 á solas tiene que hablaros :
 seguidme.

Tolomeo.

¿ No me direis
 quien sois ?

Filipo.

Después lo sabreis.

Tolomeo.

¿ Quién vió sucesos mas raros ? *ap.*
 Guíad , pues.

(1) *Sale cubierto el rostro.*

Filipo.

Sí haré, ninguno
me ha de ver hablar con vos.

ESCENA XV.

DECORACION DE SELVA.

Tolomeo.

Ya estamos solos los dos,
y el sitio es tan oportuno
que es apartado lugar.

Filipo.

Pues leed ese papel;
que en viendo lo que hay en él
tenemos mucho que hablar.

Tolomeo.

Cada punto, cada instante,
añadís al corazón
otra nueva confusion.

Filipo.

Aun mas quedan adelante:
leed, que mas duda os espera
por piadoso ó por cruel.

Tolomeo.

Del Tetrarca es el papel,
y dice....

Filipo.

De esta manera,
descubriendo su intencion,
lo que hay en él he de ver,
para vér qué debo hacer.

Tolomeo.

Notable es mi confusion.

Lee. *A mi servicio conotane,
 á mi honor y á mi respeto,
 que muerto yo, con secreto,
 deis la muerte á Mariene.*

Hombre, que de asombros lleno
 traes en carta tan sucinta,
 del rejalgar de su tinta
 confeccionado el veneno;
 si conjuración ha sido
 la de esta temeridad,
 y á examinar mi lealtad,
 de parte suya has venido,
 no solo en lo que contiene
 mi honor convendrá, mas piensa,
 que he de morir en defensa
 de mi Reyna Mariene;
 y pues traidor, vive Dios,
 eres (que no te encubrieras
 el rostro, si noble fueras),
 y estamos solos los dos,
 te tengo de hacer pedazos
 entre mis brazos.

Filipo.

No harás, (1)

que yo no esperaba mas
 para darte mil abrazos.

Tolomeo.

Filipo (¡qué es lo que veo!)
 tú sospechoso (¡qué miro!)
 ya con mas causa me admiro,
 con mas razón no lo creo!

(1) *Descúbresse.*

Filipo.

El Tetrarca para tí
con esta carta me envía,
que de los dos solos fia
la acción que contiene en sí:
muerto él, nos manda que muera
Mariene; pero ya
que de tu valor está
vista la fe verdadera,
quédese el caso encubierto,
que si él vive estarlo es bien;
y si acaso muere ¿quién,
ha de obedecer á un muerto?

Tolomeo.

Dices bien; pero aun es mucha
mi duda, sepa qué es esto:
¿quién en tal furor le ha puesto?

Filipo.

Si quieres saberlo escucha:
Octaviano enamorado
de un retrato que...

Tolomeo.

Detente,
que por aquí viene gente.

Filipo.

A los dos nos ha importado
que no me vean, y así,
por desmentir la sospecha,
quédate á hacer la deshecha,
y vénte despues tras mí,
que en ese monte te espero,
y mil prodigios sabrás.

ESCENA XVI.

Tolomeo y poco despues Sirene,

Tolomeo.

¿Qué tengo que saber mas,
si ya de lo que sé muero?
Mariene era, ya torció
á los jardines el paso;
y yo suspenso del caso
que me ha sucedido, no
sé de una accion tan cruel
cuántas cosas anticipo:
vuelvo á seguir á Filippo,
volviendo á leer el papel.

Sirene.

Decidme si por aquí
ha pasado Mariene,
que en su seguimiento.... pero
si hubiera visto quien eres,
ni aun esto te preguntara,
por no hablarte, por no verte.

Tolomeo.

Espera, Sirene, aguarda.

Sirene.

¿Para qué, tirano aleve,
ingrato, falso, inconstante?

Tolomeo.

Para que sepas, Sirene,
que los hombres como yo,
con principales mugeres
bien pueden no ser amantes,
pero no el no ser cortesés;
yo por soldado no tuve
inclinacion....

Sirena.

Cese, cese
tu voz, que aun satisfacciones
de tí no quiero.

ESCENA XVII.

Dichos, y Libia, al paño.

Libia.

¡Valedme,
Cielos!

¡Qué escucho! ¡mas cómo
lo dudo, pues claramente
dice que la satisface
la que dice que no quiere
oir satisfacciones?

Tolomeo.

Ya

que aquesta ocasion ofrece
el acaso de encontrarme,
por mí mismo has de oirme, atiende.

Sirena.

No haré tal, que cortesana
yo tambien, no quiero hacerte
el pesar de que no leas
el papel que te divierte
tan á solas: y así es bien,
(porque él sea el que me venga,
mostrando, cuan poco ó nada
mis vanidades lo sienten)
que pues leyéndole te hallo,
que leyéndole te deje.

ESCENA XVIII.

*Tolomeo y Libia.**Libia.*

¿Qué papel, cielos, será,
el que la vengas y la ofenda?

Tolomeo.

Haces bien, pues aunque vuelva
á leerle una y muchas veces,
una y muchas volveré
á dudar lo que contiene.

Libia.

¿Mi sufrimiento, qué aguarda?

Tolomeo.

Lee. *A mi servicio conviene...*

Libia.

Suelta ingrato. (1)

Tolomeo.

¿Qué es aquesto?

Libia.

Saber qué papel es este.

Tolomeo.

Pues no lo has de saber, Libia;

Libia.

¿Cómo no?

Tolomeo.

Si es que merece
algo contigo mi honor,
si me estimas, si me quieres,
débate yo la fineza
de no verle.

Libia.

¿Qué es no verle?

(1) *Le ase el papel.*

si lo que á decirte vuelvo
 es que en el jardin no entres ,
 de cuya puerta la llave
 mi amor te entregó imprudente ,
 hasta que una seña mia
 te asegure de Sirena ,
 porque quejosa de tí ,
 y de mí zelosa , suele
 estar en él á deshoras :
 ¿ cómo , di , ingrato , pretendes ,
 hallándote con la misma
 de quien recatarte debes ,
 dándola satisfacciones ,
 y diciendola que aqueste
 papel la venga de tí ,
 que sin mirarle la deje?

Tolomeo.

Aunque tienes razon , Libia ,
 vive Dios , que no la tienes :
 el papel ni á ella ni á tí
 toca , y en fin no has de verle.

Libia.

He de verle.

Tolomeo.

Mira....

Libia.

Aparte.

Tolomeo.

Considera....

Libia.

Quita.

Tolomeo.

Advierte.

no desatento....

Libia.

¿ Tú ?

Tolomeo.

Sí.

Libia.

¿ De qué suerte ?

Tolomeo.

De esta suerte.

Libia.

¿ Tú conmigo tan grosero ?

Tolomeo.

¿ Tú conmigo tan aleve ?

Los dos.

Suelta el papel. (1)

ESCENA XIX.

Dichos y Mariene.

Mariene.

¿ Qué papel ?

Tolomeo.

¡ Grave mal !

Libia.

¡ Desdicha fuerte !

Tolomeo

¿ Qué pudiste engendrar , *Libia* ,
sino áspides y serpientes ?

Libia.

¿ Qué mas áspides que celos ?

Mariene.

¿ Pues qué atrevimiento es este ?

¿ así mi esplendor se agravia ?

¿ así mi sombra se ofende ?

(1) *Parten entre los dos el papel.*

¿ mi decoro se aventura ,
 y mi respeto se pierde ?
 ¿ En mi casa , y á mis ojos ,
 vuestras acciones se atreven
 á profanar un palacio ,
 templo de honor , tal ; que á verle
 el sol , no entrara á no entrar
 con disculpa de que viene
 á darle la luz , que el sol
 aun no entrara de otra suerte ?
 Dáme esa parte tú , y tú
 esotra , de ellas conviene
 informar á mi recato .

Tolomeo.

Que es una vívora advierte ,
 que dividida en mitades
 con cualquier extremo muerde .

Mariene

Vete tú , Libia , de aquí .

Libia.

Piedad es el que me ausente , *ap.*
 por no verla tan airada .

ESCENA XX.

Tolomeo y Mariene.

Mariene.

¿ Tú tambien , qué aguardas ? vete .

Tolomeo.

Si por ventura han podido
 mis servicios merecerte
 sola una merced , que sea
 capaz de muchas mercedes ,
 rompe ese papel , y no
 le leas , señora ; atiende ,

que cuanto por verle ahora ,
darás despues por no verle.

Martenc.

¿Qué deseo de Moger
se rindió al inconveniente ?

Tolomeo.

El que advertido de mí
sepa que á fin diferente
de que llegase á tus manos ;
está inficionado ese
papel de un mortal veneno
tan rigoroso y tan fuerte ,
que matará á quien le mire ;
que es la causa porque el leerle
á Libia le defendia ,
viendo que entre estos laureles
era ella quien le habia hallado ,
no siendo ella á quien previene
matar mi fé en tu servicio ,
que hay en él algun aleve ,
con quien se escribe Octaviano ;
y así , que de tí le echas ,
con lágrimas á tus pies ,
te suplico humildemente.

Marieng.

Quien advierte de un peligro
nunca suplicando advierte ;
porque el beneficio manda ,
y no ruega ; luego mientes
que si estos extremos haces
cuando me acuerdas los bienes ,
¿ qué dejas que hacer , que dejas
cuando los males acuerdes ?
Letra del Tetrarca es ,
con que ya se desvaneco .

el que fuese tuyo , y ya ,
que viva ó muera he de leerla.

Tolomeo.

¡Ay infeliz de ti! *ap.*

Mariene.

Dice aparte de esta suerte :

Muerte es la primer razon
que he hallado , *honor* contiene
esta , *Mariene* aquí

se escribe : ¡Cielos , valedme ,
que dice mucho en tres voces

Mariene , *honor y muerte* !

Secreto aquí , aquí *respeto* ,
servicio aquí , aquí *conviene*

y aquí , *muerto yo* , prosigue :

¿mas qué dudo ? ya me advierten
los dobleces del papel

adonde están los dobleces ,

llamándose unos á otros. (1)

Sé , ó prado , lámina verde ,

en que ajustándolos lea :

A mi servicio conviene ,

á mi honor y á mi respeto ,

que muerto yo ; hados crueles !

deis ; con qué temor respiro !

deis la muerte á Mariene.

Bien dijiste que era fiero

tósigo y veneno fuerte ,

puesto que si no me mata ,

por lo menos lo pretende.

¿Quién este papel te dió ?

Tolomeo.

Filipo , que con él viene

(1) *Pone los pedazos en el suelo y júntalos.*

de Egipto; pero señora,
 estar satisfecha puedes
 de su lealtad y la mía,
 pues los dos...

Mariene.

Otra vez mientes,
 que ni él ni tú sois leales,
 pues cobardes, pues elevés,
 ó viva ó muera, no sois
 como debéis, obedientes
 al precepto de mi esposo;
 ¿quién mas es cómplice en este
 secreto?

Tolomeo.

Nadie, señora.

Mariene.

Pues mira lo que te advierte
 mi voz; que ninguno sepa,
 ni Filippo, que á entenderle
 llegué yo.

Tolomeo.

Un marmol seré.

ESCENA XXI.

Mariene.

¡O infeliz una y mil veces
 la que se ve aborrecida
 de la cosa que mas quiere!
 ¿En qué, amado esposo mio,
 en qué mi vida te ofende,
 que te pasa de que viva
 la que de adorarte muera?
 ¿Quando yo tu libertad
 trato, y á Imperios de nieve

doy Semíramis de ondas,
 Babilonias de bajeles ;
 cuando en mi imaginacion,
 despues que vives ausente,
 adorando estoy tu sombra,
 y á mis ojos aparente,
 por burlar mi fantasia,
 abracé él aire mil veces ;
 tú en una oscura prision,
 funesto mísero alvergue,
 en vez de abrazar mi imagen,
 estar trazando mi muerte ?
 ¿ O te quiero , ó no ? ¿ Si no
 te quiero , ¿ no es mas decente
 á un noble , que de muger
 que le olvida no se acuerde ?
 Y si te quiero , ¿ por qué ,
 despues de muerto pretendes
 que muera ? ¿ No sabré yo ,
 sin mandarlo obedecerte ?
 ¿ Luego olvidando ¡ ay de mí !
 ó queriendo , de una suerte
 ofeudes tu vanidad ,
 ó mi gratitud ofendes ?
 Si del mundo el mayor Monstruo
 me está amenazando en ese
 encuadernado volumén ,
 mentira azul de las gentes ,
 y tú me matas , será
 bien decirse de tí que eres
 el mayor Monstruo del mundo ;
 ¡ Mas ay ! que en llegando á este
 término , no sé que nuevo
 espíritu me enfurece ;
 y pues me tocan al alma .

afectos tan diferentes
 de los mios, plegue al cielo,
 fementido esposo aleva,
 que el socorro que te embio
 nunca á tomar puerto llegue:
 entre las Sintas y Soilas
 de Egipto á piqua le echen
 los: sobrados embates,
 los contrastados, vaivenes
 de las ráfagas de Eolo,
 ó los sepulcros de Tebis.
 No solo en tu libertad
 milite, pero de suerte
 irrite á Octaviano, que
 apresurando tú... y tante
 lengua! no su muerte digas,
 hasta que él diga mi muerte,
 que una cosa es ser quien soy,
 y otra ofenderme él. ¡O plegue
 al cielo! que victoriosa
 tan en su favor navegue
 la armada de tu socorro,
 que sobre el puerto de Méfis
 en tan grande estrecho ponga
 la confusion de sus gentes,
 que temerosa de que
 las mias sus muros entren
 á sangre y fuego, á partidos
 reducidas, me le entreguen
 vivo, para que á mis brazos...
 ¿Pero qué digo? suspende
 lengua, otra vez el acento,
 sino es que decir intentes,
 á mis brazos, para que
 vengativa é impaciente

en ellos le tiaga pedazos :
 ; ay de mí ! ; qué facilmente
 de un extremo á otro se pasan
 en afectos de mugeres
 las lástimas á ser iras ,
 y los favores desdénas !
 De mugeres dije ; pero
 diga mal , que escluirse deben
 las mugeres como yo
 de lo comun de las leyes ;
 y pues piadosas en una
 parte , y en otra crueles
 mis ansias lidian , en tanto
 tropel como me acomete
 de divididos afectos ,
 de encontrados pareceres
 y opuestas obligaciones ;
 déme el cielo industria , déme
 medio el hado , para que
 tanto unas como otras temple ;
 que como esposa ofendida ,
 y como Reyna prudente ,
 cumpla con el mundo , y cumpla
 conmigo , quando á ver lleghen
 cielo , sol , luna y estrellas ,
 astros y signos celestes ,
 montes , mares , troncos , plantas ,
 hombres , tierras , aves , peces ,
 que como Reyna perdone ,
 y como muger me venga .

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE MARINA.

Suenan instrumentos de música en una parte, y en habiendo cantado, suenan cajas destempladas; y despues de los primeros versos, salen Octaviano, el Capitan y Soldados.

Unos.

Viva Octaviano.

Música.

Viva.

Unos.

Y en los campos de Oriente.....

Música.

Y en los campos de Oriente.....

Unos.

Ciñan su augusta frente.....

Música.

Ciñan su augusta frente.....

Unos.

Sacro el laurel, pacífica la oliva. (1)

Dentro Mariene.

La aclamacion festiva
convertida en lamento,
de mísera contento,
diga en mi pena fiera,
que muera yo donde mi esposo muera:

(1) *Tocan las cajas destempladas.*

Dentro otros.

A tierra á tierra.

*Salva.**Capitan dentro.*

Marche

inspirado el clarin , herido el parche ,
á la ciudad en órden nuestra gente.

Octaviano.

Salve , ó tú Metrópoli de Oriente ,
Jerusalen divina .

Salve , ó tú Emperatriz de Palestina ,
y del Asia señora ,

que en el rogado imperio del Aurora
con luciente voz muda

el sol en su primera edad saluda .

Salve otra vez , y admite

tu César , cuyo nombre , que compite
al tiempo y al olvido ,

dos veces al laurel restituido ,

pisa tu arena ; una

en favor del poder y la fortuna ;

y otra , por mas blasones ,

á pesar de traidoras sediciones ;

pues cuando presumias ,

que del romano yugo sacudias

la cerviz , con haber hoy enviado

á Aristóbulo tanto leño alado

á librar tu Tetrarca :

yo como en fin . caudillo de la parca ,

habiéndole encontrado en el camino ,

y á fuerza del destino

dejándole su armada

en las costas de Jafa derrotada ,

llego á tí ; donde intento ,

que el primer escarmiento

que tu muralla vea ,

de tu Tetrarca la cabeza sea;
 á cuyo fin, por mas infeliz suerte,
 su muerte dilaté, porque su muerte
 le dé terror mas fiero,
 y mas el filo de este infausto acero,
 desagrandiando de camino aquella
 que ofendió soberana deidad bella.
 De ese, pues, bagel donde
 mas le sepulta el buque, que le esconde,
 á tierra le sacad con el criado,
 que tambien por haberme á mí engañado
 y que él era Aristóbulo fugido,
 ha de morir. (1) Mas qué confuso ruido
 de músicas en una
 parte se escucha? ¿Quién en otra alguna
 sedicion cajas toca destempladas,
 repitiendo encontradas,
 allí con voz altiva.....

Música y unos.

Viva Octaviano, viva.

Octaviano.

Y allí con voz severa....

Mariena.

Y muera yo donde mi esposo muera!

Capitan.

De la ciudad abiertas

á tu salvar, señor, miro dos puertas:

que de aquí se divisan;

y varias de un estremo en otro asiadas;

que por una de los hombres el festivo

vulgo, aclamando tu renombre altivo,

á recibirte sale;

y porque el tanto al regocijo iguale,

(1) A un lado cajas, y á otro música.

por otra, negros lutos arrastrando,
y haciendo las mugeres nuevo bando,
salen también diciendo,
en ambos coros uno y otro estruendo,

Todos y Música.

*Viva Octaviano, viva:
y en los campos de Oriente
ciñan su augusta frente
sacro el laurel, pacífica la oliva.*

Mariens.

La aclamacion festiva,
convertida en lamento
de misero contento,
diga de otra manera,
que uniera yo donde mi esposo muera.

ESCENA II.

*Dichos, y Filipino con una fuente y en ella unas llaves,
y Tolomeo con otra y en ella un laurel; y por la
otra parte Mariene y damas, vestidas de luto,
con un velo en el rostro.*

Tolomeo.

Pues la ciudadote tiene
mas medio, aunque lo sienta Mariene,
fuerza es rendirnos: llega,
y tá las llaves y el laurel entrega.

Filipo.

En caderecias del fin de penas tantas,
Jerusalem, señor, huyé tus plantas:
sus llaves rinder

Tolomeo.

Y su laurel y oliva.

Los dos.

Diciendo á voces.

Todos.

Octaviano viva

Mariene y Música.

A tus pies infelice

llega tambien quien afligida dice,

bien que en cláusula menos lisonjera,

que muera yo dónde mi esposo muera.

Octaviano.

En extremos tan raros,

que agradeceros tengo y que estimaros

á vosotros; mas no que agradeceros,

ni estimaros á vos, llegando á veros

con señas tan funestas,

de mis aplausos perturbar las fiestas.

Marche el campo. (1)

Mariene.

Primero

me has de escuchar.

Octaviano.

Si enternecer no espero
mis iras, ¿para qué con ellas luchas?

Mariene.

¿Para qué tú gobiernas si no escuchas?

Octaviano.

Dices bien, oírte quiero; mas no ignoro

que tampoco es respeto ni decoro,

que tapada escucharte haya, sin verte.

Mariene.

Tambien tú dices bien; ahora advierte. (2)

Octaviano.

¿Cielos, qué es lo que veo?

¿de cuándo acá tomó cuerpo el deseo?

(1) *Vueloc la espalda y ella le detiene.*

(2) *Quitase el velo.*

Mariene.

¿Cielos, que es lo que miro? *ap.*
 Todo el aliento al corazón retiro
 al verme en su presencia descubierta.

Octaviano.

¿No es esta la beldad que adoré muerta? *ap.*

Mariene.

Suspensa al verle quedo. *ap.*

Octaviano.

Al mirarla ni creer ni dudar puedo. *ap.*

Tolomeo.

¿Qué extremo es este? ¡ay infeliz! sin duda *ap.*
 viene á que el Cesar á vengarla acuda
 de aquel rigor. ¿No basta, pena mia,
 prosa á Libia tener desde aquel día,
 sino querer ahora
 descubrir el secreto?

Filipo.

Pues ignora *ap.*

á qué fue mi venida,
 no hay que temer; segura está mi vida.

Mariene.

Mal cobarde me aliento. *ap.*

Octaviano.

Mal osado me anitho *ap.*

Mariene.

Mas, ¿por qué me reprimo? *ap.*

Octaviano.

¿Pero por qué lo que he de estimar siento? *ap.*

Muger ¿qué quieres?

Mariene.

Que me estés atento.

Octaviano.

¿Qué aguardas, pues?

Mariene.

Escucha.

Mucha es mi turbacion. *ap.*

Octaviano.

Mi pena es mucha, *ap.*
pues la muerta ceniza es viva llama.

Mariene.

Inclito César, cuya heroica fama...

ESCENA III.

Dichos, soldados con el Tetrarca y Polidoro.

Soldados.

Con el criado aquí el Tetrarca viene.

Tetrarca.

¿Qué miro! ¿con el César Mariene? *ap.*

¿pues no bastaba ¡cielos!

ir á morir, sino á morir de zelos?

Polidoro.

¿Qué son zelos? ¡pluguiera

á Baco para mí zelos hubiera,

y no hubiera un garrote

que anda desde la nuez hasta el cogote,

ya haciéndome cosquillas.!

Octaviano.

Su castigo

diré despues: prosigue.

Mariene.

Ya prosigo,

Inclito César, cuya heroica fama

al alcázar se eleva de la luna,

quando con lábios de metal te aclama

su Júpiter, y dios de la fortuna;

si quando él á relámpagos se inflama,

el Iris le serena, en mi importuna

suerte, que eres mi Júpiter se vea,

y el Iris de mi paz tu laúrel sea.

Y ptes tu nombre en láminas se escribe,
que el tiempo que mas vuela, que mas corre,
ni con las torpes alas le derribe,
ni con las plantas trágicas le borre:
vive piadoso y generoso vive,
y del sol coronada la alta torre
que al águila de Roma le dió nido,
verás triunfar del tiempo y del olvido.

Yo soy la desdichada Mariene,
dijera bien la desdichada esposa
de ese contra quien ya tu ceño tiene
blandida la cuchilla rigorosa:
si una línea de púrpura detiene
del mas noble animal la mas furiosa
accion, deten tú el paso á tus enojos,
pues son líneas de púrpura mis ojos.

Mas ¡ay! que en vano á tus piedades pido
la vida que has de darme generoso;
que eres Rey, y has de ser compadecido;
que eres valiente, y has de ser piadoso;
que eres noble, y has de ser agradecido;
que eres tú, y has de ser tan victorioso,
que conozcas, que alcanza menos gloria
el que con sangre mancha la victoria.

No, pues, el que te espera benéfico asiento
construyas en cadalso duro y fuerte,
no el triunfal en triste monumento,
no el fausto en ceremonias de la muerte,
no la música en mísero lamento,
no la felicidad en triste suerte,
la gala en luto, en pena la alegría;
no acabe mal tan venturoso día.

Entra triunfando, pero no venciendo,
entra venciendo, pero no venguido.

que mas aplauso has de ganar , entiendo ,
perdonando , señor , que castigando ;
halle piedad la que lloró pidiendo ,
halle piedad la que pidió llorando ;
y pues son dos , siquiera una reciba ,
ó que yo muera , ó que mi esposo viva.

Tetrea.

¿ Quién de dos muertes sitiada *ap.*
vió su vida tan á un tiempo ,
que negada ó concedida ,
de cualquiera suerte muero ?

Polidoro.

¡ Hay tal infamia ! ¡ que llore
por su marido , pudiendo
llorar por mí , que á estas horas
mas de sentenciado tengo
la cara que él !

Octaviano.

Bien se deja *ap.*
ver , que Aristóbulo al trueco
del criado , y ver que estaba
en el retrato suspenso ,
fingiendo ser muerta , quiso
desvanecer mis afectos ;
por mí , por ella y por él
importa que satisfecho
viva , pues ha de vivir .
¿ Adónde ballará el ingenio
disculpas para un marido ,
que es la plática del riesgo ,
que aun satisfaciendo agravia ?
Mas no hablando con él , puedo
darle á él la satisfacion .
Alzad , señora , del suelo ;

y aunque es verdad que lo siento ;
 enviando el pesar de oiros
 el gusto de obedeceros :
 mas no me lo agradezcáis ,
 que si una vida os ofrezco ,
 es porque os debo una vida ,
 sin saber á quien la debo .

Vuestro hermano , entre otras joyas ,
 perdió este retrato vuestro ,
 y sin saber cuyo fuese ,
 de que hago testigo al Cielo ,
 y á cuantos dioses adoro ;
 solo por ser tan perfecto ,
 mandé á un pintor que me hiciese
 de él una imágen de Venus :
 ésta , pues , constituida
 ya una vez en deidad , viendo
 un peligro en que me hallaba ,
 (decir cual fuéese no quiero ,
 porque olvidaré el perdón ,
 si del delito me acuerdo)
 de él me libró , de manera ,
 que aunque Venus fuese el dueño
 del acaso , fuisteis vos
 del acaso el instrumento ;
 y así en términos pagando
 el haberos interpuesto
 entre otro acero y mi vida ,
 he de hacer con vos lo mismo .
 hoy que os advierto interpuesta
 entre otra vida y mi acero .
 Viva vuestro esposo , y no
 solamente viva , pero
 á su honor restituido ;
 una vida me pedis ,

y por no dejar á riesgo
 vuestros ojos de que lloren
 otra vez, ni oiros ni veros
 en mi vida (la voz miente, *ap.*
 no el alma) perdon concedo
 á vuestro hermano, y á cuantos
 en este levantamiento
 cómplices fueron; y en fin,
 porque ni al llanto ni al ruego
 quede nada que pedirme,
 aun vuestro retrato os vuelvo,
 que no es decoro ser mio
 el día que sé que es vuestro:
 tomad, pues. *Dáselo.*

Mariene.

Vivas los siglos
 del Fénix.

Tetrarca.

Y tan eternos
 como deseará esta vida
 que ya como tuya ofrezco,
 porque el ser dádiva tuya
 la cerca el merecimiento,
 á Mariene.

Mariene.

Felice,
 dulce esposo, amado dueño,
 el día que vuelvo á verte
 en mis brazos: quien en ellos;
 mas no; que el de mi decoro *ap.*
 no es el de mi sentimiento.

Tetrarca.

¡ Qué dichosos desengaños!
 haber sabido el primero
 el acaso del retrato,

y el segundo bailar secreto
aquel rigor que fué
de Filipo y Tolomeo.

Tolomeo.

¿ Ya qué tengo de temer ? *ap.*
pues anda tan fina , es cierto ,
que tener quiere su enojo
en la cárcel del silencio ;
y luego dirán que no hay
muger que guarde secreto :
así me sucedan bien
los medios que tengo puestos
en la libertad de Libia ,
de que avisada la tengo
con el mismo que esta noche
ha de abrir el aposento ,
para que pueda librarla.

Octaviano.

Mi tienda armad , que no quiero
entrar en Jerusalem
hasta que el recibimiento
de imperial triunfo aperciba.
Hermoso prodigio bello , *ap.*
¿ qué me sirve haberte hallado ,
si cuando te hallo te pierdo ?

Mariqne.

Hasta dejarle en su tienda
vamos todos.

Tetrarca.

Yo el primero ,
como el mas interesado ,
seré quien vaya diciendo :
Viva Octaviano.

Todos y Música.

Viva ,

*y en los campos de Oriente
 ciñan su augusta frente
 sagra de laurel, porfisa la oliva:
 Viva Octaviano, viva.*

ESCENA IV.

Polidoro y Soldados.

Soldado 1.

¿Porqué vos, pues perdonado
 estais, en su segnimiento
 no vais, dándole, con todos,
 las gracias?

Polidoro.

Porque no quiero,
 que, tan gran supercheria
 como conmigo se ha hecho,
 no se hiciera, vive Apolo,
 me digo yo con un negro,
 pero ni con un capon,
 que aun es muchismo menos,
 cuanto va desde ser hombre,
 á solo empezar á serlo.

Soldado 1.

¿Qué supercheria?

Polidoro.

¿No fuisteis
 vos quien me dijo, viniendo,
 que venia á ser ahorcado?

Soldado 1.

Yo lo dije.

Polidoro.

¿Pues qué es dello?
 ¿es bien hacerme caer
 en falta con todo un pueblo,

.que estaba ya convidado ?
 ¿ es juego de niños esto ?
 ¿ venga usted , á ser ahorcado ;
 vaya usted , que ya está absuelto ?
 ¿ Qué ha de decirse de mí ,
 sino que soy un grosero ,
 y no valgo cuatro cuartos
 para ahorcado ? Y fuera de esto ,
 ¿ Qué ahorcado no es como un pino
 de oro , en el comun lamento
 de las viejas que le lloran ?
 ¿ Está por ventura el tiempo
 para no ser pino de oro
 siquiera por un momento ?
 ¿ La costá que tenía hecha
 de mas de cuatro mil gestos ,
 para escoger los que habia
 de ir por el cambio haciendo ,
 qué ha de hacer della ? y despues
 ¿ qué dirán de mí los ciegos ,
 que la jácara tendran
 escrita ya de mis hechos ?
 Ello he de morir ahorcado ,
 que mi honra es lo primero :
 y así , ustedes no se cansen ,
 que aunque les pese he de hacerlo :
 Pues luego es bobo el delito ;
 sino , oid al pregonero .
 Esta es la juieicia á este hombre
 por Príncipe contrahecho .

Soldado 1.

Ande el menguado .

Soldado 2.

Este es loco .

Polidoro.

Hablemos bien , caballeros ,
que no es loco , ni menguado
quien tiene mi entendimiento.

Soldado 1.

Dejarle para quien es.

Polidoro.

Han de ahorcarme , ó sobre esto
me mataré con mi padre ,
con mi tio y con mi abuelo :
y para satisfacer
hoy á todo el universo ,
de que no queda por mí ,
á voces iré diciendo :

Esta es la justicia á este hombre
por Príncipe contrabecho.

Soldado 1.

Pues por vida de...

Polidoro.

¿ Qué , me jura ?

ESCENA V.

Dichos y Aristóbulo.

Aristóbulo.

¿ Polidoro , pues qué es esto ?

Soldado 2.

No es nada.

Polidoro.

No sino mucho.

Aristóbulo.

¿ Qué es , di ?

Polidoro.

Un atrevimiento,
y un desacato muy grande,

que aquí contigo se ha hecho ;
 pues siendo yo tu persona ,
 aborcarne quisieron estos ,
 y no pudo ser á mí ,
 cuando yo no era yo mismo ,
 porque hacia tu papel.

Aristóbulo.

Pues si conmigo es el duelo ,
 satisfecho le perdono ,
 porque no te quejes de ellos :
 ¿ donde está el Emperador ?

Soldado 1.

En su tienda.

Aristóbulo.

Pues yo quiero
 irle á agradecer la vida
 á la piedad de un pecho.

Poltóro.

Yo sabré de aquí adelante
 el papel que represento.

ESCENA VI.

SALON DE PALACIO.

El Tetrarca, Mariene y damas.

Tetrarca.

Después de darme la vida ,
 que yo tan á costa compré
 de los agravios que callo ,
 de las desdichas que lloro ,
 torciendo las blancas manos ,
 humedeciendo los ojos ,
 turbada la voz del pecho ,
 pálido el color del rostro ,

hasta el palacio has llegado,
 y en él á lo mas remoto
 de sus cuartos: ¿pues qué es esto?
 mira que es afecto impropio
 del beneficio cobrarle
 tan presto: no riguroso
 tu pecho, aquel bruto sea,
 que viendo el veloz arroyo
 de una fuente inficionado
 del áspid, noble y piadoso
 la enturbia porque no beba
 el caminante, que absorto
 de ver enturbiar la plata,
 que le brindó con sonoro
 acento á beber cristal
 en penada copa de oro,
 maldice al bruto, ignorando
 el favor: yo así dudoso,
 no agradeceré la vida,
 si con agravios la logro;
 que es turbar los beneficios,
 embozarlos con enojos.

Mariene.

Ya hemos llegado hasta el cuarto
 prevenido: salios todos. (1)
 Tú tenme abierta esa puerta,
 en tanto que yo dispongo
 cerrar esotra.

Tetrarca.

¿Fortuna,
 qué es esto?

Mariene.

Ya estamos solos.

(1) *Vanse las damas.*

Tetrarca.

¿Qué miras?

Mariene.

Miro el puñal,
que del reloj presuroso
de mi vida fue el volante.

Tetrarca.

En un peligro notorio
de mi vida le perdí.

Mariene.

Pues escucha.

Tetrarca.

Ya te oigo.

Mariene.

Bien pensarás, ó cobarde
amante; ó tirano esposo,
alévè, cruel, sangriento,
bárbaro, atrevido y loco;
bien pensarás, que pediste
á aquel Monarca famoso,
á aquel valiente Romano,
á aquel capitán heróico,
cuya vida el ave sea,
que en sagrado mausoleo
nace, vive, dura y muere,
hijo y padre de sí propio;
la tuya comprando á precio
de suspiros y sollozos,
ha sido piedad y amor
de mi pecho generoso;
pues no ha sido, no, piedad,
ni amor, afecto rabioso
y verganza sí, porque
no hay otro estilo, no hay otro
camino de castigar

un ingrato pecho, como
 pagarle con beneficios,
 cuando ofende con enojos;
 que merced hecha á un ingrato,
 mas que merced, es oprobio.
 No, pues, por librarte, no,
 del veneno riguroso
 turbé el cristal, aprendiendo
 piedades del unicornio;
 antes, para que le bebas,
 te le enturbí con embozos;
 y al revés de la piedad
 de aquel animal piadoso
 procedí, pues él cubrió
 el beneficio de polvo,
 y yo de halagos la ofensa:
 mira lo que hay de uno, á otro,
 que él desdora las piedades,
 y yo las crueldades doro.
 No me diera, no, venganza
 verte morir, cuando noto
 que es la muerte en los afanes
 última línea de todos:
 verte vivir, sí, ofendido,
 aborrecido y quejoso;
 porque en el mundo no hay
 castigo mas riguroso
 para un ingrato, que verse
 olvidado de lo propio
 que se vió amado: ¿el que llega
 á esto cómo vive? ¿cómo?
 Fuera de esto, por mí misma,
 por mi honor, por mi decoro,
 pedí tu vida, encubriendo
 las causas, con que me enojo.

que saben todos quién soy,
 y quien eres uno solo;
 y no por ganar con uno,
 habia de perder con todos.
 Tu vida perdí en efecto,
 porque sepas que no ignoro
 que has vivido en esta ausencia
 de mi muerte cuidadoso:
 este papel, esta firma
 te convenza: ¡con qué asombro
 le miras, quedando viva
 estatua de nieve y plomo!
 En mi mano está, no tienes
 que examinar estúdioso
 como vino á ella; porque
 la tierra, viendo el adorno
 y la hermosura que debe
 á este cristalino globo,
 que partó la luna á giros;
 que el sol ilumina á tornos;
 le ofreció de no encubrirle
 nada en su centro, mas hondo;
 que aun los cielos, con ser cielos,
 dan las mercedes á logro
 ¿Tú eres (¡Aquí de mi aliento!
 desmayado al primer soplo:
 con mis lágrimas me ahogo,
 con mis suspiros me ahogo)
 de Jerusalén Tetrarca?
 ¿Tú eres rama de aquel tronco?
 ¡Qué bien dice aquel que dice,
 que eres bajo y afrentoso
 Idumeo, cuya cura
 bárbara es! ¿Qué más apoyo
 de esta opinión; que tus zelos

infames como alevosos?
 ¿Qué fiera la mas cruel,
 qué bruto el mas riguroso,
 qué pajaró el mas aleve,
 qué bárbaro el mas ignoto
 mató muriendo: pues antes
 de hombres, fieras y aves oigo
 que mueren dando la vida?
 Dígalo en bramidos roncós
 la vívora, que mordiéndolo
 sus entrañas, poco á poco
 se despedaza, sacando
 muchas vidas de un aborto.
 Dígalo el ave, que muestra
 el pecho en mil partes roto,
 y por dar la vida, muere
 desangrada entre sus pollos.
 Dígalo el bárbaro, pues
 qué al peligro mas notorio
 espuesto el pecho, á su espalda
 pone á su esposa, y piadoso
 es escudo de su vida
 contra la pluma y el plomo.
 Mas tú, mas que todos fiero;
 mas tú, mas bruto que todos;
 mas tú, mas bárbaro, en fin,
 no solo apenas, no solo
 favoreces lo que amas,
 pero avaro de los gozos,
 aun muriendo no los dejas:
 bien como el codicioso,
 amante de sus riquezas,
 porque no las goce otro,
 manda, que despues de muerto
 le entiérran con su tesoro.

Supongo ; que fue fineza.
 este decreto , supongo
 que fue con zelos , que nada
 quiero dejar en tu abono :
 ¿quien muriendo , pues , previno
 avariento , ó cauteloso ,
 llevar desde aqueste mundo
 prevençiones para el otro ?
 Si es puestra vida una flor
 sujeta al mas facil soplo
 de los alientos del austro ,
 de los suspiros del noto ,
 que en espirando ella , espira
 todo quanto vemos , todo
 quanto gozamos ; ¿qué error
 dispuso que tú zeloso
 prevengas para el sepulcro
 las riquezas y los gozos ?
 ¿Qué bazaña de amor es esta ?
 Y , pues examino y toco ,
 que podrá vivir mi pecho
 mas seguro , y mas dichoso
 aborrecido que amado ,
 desde aquí á mi cargo tomo
 el hacer que me aborrezcas ;
 pues aunque puedo con otro
 medio huir de tí , y vivir
 en el clima mas remoto ,
 donde el sol avaramente
 dispensa sus rayos rojos ,
 ú donde pródigo abrasa
 menudas arenas de oro ,
 mas feliz sia tí y conmigo ;
 no he de dar con tal divorcio
 que decir al mundo , y esto

se quedará entre nosotros.
 En tu vida, ni en mi vida
 me has de mirar sin enojos,
 me has de hablar sin sentimientos,
 me has de esenchar sin oprobios,
 ver sin suspiros los labios,
 ver sin lágrimas los ojos;
 y este oscuro velo puesto
 siempre delante del rostro,
 estorbará el que te vea,
 siendo mis Reales adornos
 eternamente este luto;
 y en aqueste cuarto solo
 viviré con mis mugeres,
 guardando viudez en todo;
 y nunca me entres en él,
 que por los dioses que adoro,
 que de la mas alta almena
 me arrojé al sepulcro undoso
 del mar, donde infelizmente
 me oculte en su centro bondo.
 Y no me sigas, porque
 te miró con tanto asombro,
 con tanto temor te hablo,
 con tanto pavor te oigo,
 que pienso que ya se cumple
 de aquel judiciario docto
 el hado; pues si él me dijo
 que tu acero prodigioso,
 y el mayor Monstruo del mundo
 me amenazan, hoy conozco
 la verdad, pues si entras dentro,
 huyendo del uno al otro,
 ó me ha de matar tu acero,
 ó el mar, que es el mayor Monstruo.

ESCENA VII.

Tetrarca.

¡Hasta aquí pudo., hasta aquí
llegar un hado cruel!

¿El papel mismo, el papel
que con Filipo escribí

á Tolomeo; ay de mí!
¿tiene Mariene? ¿fuerte
dolor! Y ella; injusta suerte!

de mi rigor ofendida,
me ha dilatado la vida,

por dilatarme la muerte,

No me quejo del rigor,

con qué se queja á los cielos,

bien la merecen mis zelos,

bien lo merece mi amor;

mas quéjome de un traidor

tan leve y tan cruel:

¡mas ay de mí! que no es de él

la culpa, que solo es mia,

que esto merece quien fia

sus secretos de un papel,

Ni sé qué hacer, ni decir,

que entre uno y otro pasar,

ya ni me puedo quejar,

ni dejarlo de sentir:

desenojarla es mentir,

porque es mi amor de manera,

mi pasión tan dura y fiera,

que si en tanta confusión

hoy volviera á la prision,

hoy, al delito volviera

porque ella, al fin, no ha de ser.

ni vivo, ni muero yo,
 de otro nuevo dueño, no,
 que mi amor se ha de ofender,
 aunque no lo llegue á ver.
 En parte gusto me ha dado
 el que se haya declarado,
 pues en esta ocasion ya,
 sin escándalo estará
 siempre este cuarto cerrado.
 Cerraréle por de fuera,
 y yo mismo no entraré
 en él, porque aun yo no sé
 si á mí otros zelos me diera:
 y si hiciera, si hiciera,
 pues si á mirarme llegára
 en sus brazos, y pensára
 que era tan dichoso, allí
 me desconociera á mí,
 y que era otro imaginára.
 De suerte que mis desvelos,
 enseñados á desdichas,
 tuvieran miedo á mis dichas,
 pues ellas me diéran zelos:
 ¿quién son estos desconusultos,
 quién es aqueste rigor,
 cuya pena, cuyo horror,
 que no es, discurre prolijo,
 ni envidia, ni amor, es hijo
 de la envidia y del amor?
 Hecho de heridos despojos
 tienes de sirena el canto,
 y de cocodrilo el llanto,
 de basilisco los ojos,
 los oidos para epojos
 del áspid: luego bien fundo,

siendo monstruo sin segundo
 esta rábala, esta pasión
 de zelos, que zelos son
 el mayor monstruo del mundo.

ESCENA VIII.

Tetrarca, Filipino y Tolomeo.

Filipo.

¿Cómo te daré, señor,
 el parabien de tu vida?

Tetrarca.

Viendo la tuya rendida
 a manos de mi rigor.

Filipo.

¿En qué te ofendí?

Tetrarca.

Traidor,
 poco leal, menos fiel,
 ¿qué hiciste, di, de un papel
 que?...

Tolomeo.

Ya mis desdichas creó. *ap.*

Filipo.

¿No era para Tolomeo?

Tetrarca,

Si.

Filipo.

Pues él te dirá de él.

Tolomeo.

Qué poco duró (¡ay de mí!) *ap.*
 el secreto en la muger.

Tetrarca.

Dí tú, traidor.

Tolomeo.

¿Qué he de hacer? *ap.*

Tetrarca.

Un papel que te escribí,
¿qué es de él?

Tolomeo.

La verdad aquí *ap.*
es la disculpa mejor.

Una Dama....

Tetrarca.

Di.

Tolomeo.

Señor,

¿quién sirvo para esposa....

Tetrarca.

Prosigue.

Tolomeo.

De mí zelosa,
(nécios delitos de amor)
me le quitó de la mano,
y ella....

Tetrarca.

No prosigas, no,
y castigue ese error yo....

Filipo.

Tente, señor.

Tetrarca.

Por mi mano.

Tolomeo.

Ya esperar aquí es en vano, *ap.*
la fuga mi vida guarde. *huye.*

Filipo.

Huid, Tolomeo.

Tetrarca.

¡Ah cobarde!
si al mismo cielo te subes,
campana serán las nubes

que hagan de mi honor alarde.

ESCENA IX.

DECORACION DE CAMPO.

Tolomeo huyendo, y Filipo deteniendo al Tetrarca.

Tolomeo.

¿Dónde de tanto rigor
estará seguro?

Filipo.

Advierte
que huyendo tu acaro fuerte,
al campo salió, señor,
y ya del Emperador
hasta la tienda ha llegado.

Tetrarca.

Pues válgale ese sagrado,
por ahora, aunque no sé
cómo un punto viviré
ofendido y no vengado.

ESCENA X.

TIENDA DE OCTAVIANO.

Tolomeo y Octaviano.

Octaviano.

Hombre, que turbado y ciego,
robado el color, y puesta
la mano en la espada, quisas
haber entrado en mi tienda,
cuando he mandado que todos
solo me dejen en ella
con mis pesares, si acaso

alguna traicion, intentas,
buena ocasion has hallado:
¿qué aguardas?

Tolomeo.

Detente, espera,
que es lealtad, y no traicion,
la que á este trance me fuerza.

Octaviano.

¿Quién eres?

Tolomeo.

Soy un soldado,
hijo infeliz de la guerra,
que llegué por mis servicios
á ser capitán en ella
de las guardias del Tetrarca,
y de Sion en su ausencia
gobernador.

Octaviano.

¿Qué pretendes?

Tolomeo.

No mi vida, aunque pudiera,
la de Mariene sé,
que es mi señora y mi Reyna.

Octaviano.

Buenas cartas de favor
traes; di, y lo que fuere sea.

Tolomeo.

¡O Libia, cuánto el empeño
de tu libertad me arriesga,
pues por tí de una verdad
he de hacer una cautela!
El Tetrarca enamorado
tanto de su esposa bella
vivió, que intentó pasar
á la práctica experiencia,

ap.

de que amores y privanzas,
 cuando sus aumentos llegan,
 es de la felicidad
 declinacion la tragedia.

Viendo, pues, que de su muerte
 pronunciada la sentencia
 estaba, y viendo que tú,
 enamorado de verla,
 en dos retratos la amabas,
 (que todo aquesto me cuenta
 quien trajo una carta) aleya
 dispuso mandarme en ella
 que yo, como quien aquí
 la asistia de mas cerca,
 la atosigase y matase,
 cuyos zelos de manera;
 al verla hoy viva y contigo,
 crecieron con la sospecha
 de que por ella tomaste
 á Jerusalem la vuelta,
 que en vez de que agradecido
 de que su vida pidiera
 con tantas ansias, llegó
 con ella á palacio apenas,
 cuando en un obscuro cuarto
 la encerró, y con saña fiera
 conmigo embistió á matarme
 por no haberla hallado muerta.
 De él es de quien vengo huyendo
 á darte la infeliz nueva
 de que Mariené está
 por tí en tanto riesgo puesta,
 que no tiene de su vida
 seguridad, pues es fuerza,
 quien en ausencia lo manda;

que lo ejecute en presencia:
 Pues eres César, señor,
 y tan generoso César,
 que para victorias tuyas
 faltan plumas, faltan lenguas,
 del poder de este tirano
 la saca, porque te deba
 el sol su mejor Aurora,
 la Aurora su mejor perla,
 la tierra su mejor sol,
 y el cielo su ...

Octaviano.

Cesa, cesa;
 calla, calla, no prosigas,
 no en la persuasión me ofendas.
 ¡Espuesta Mariene, cielos! *ap.*
 ¿Y por mi ocasión espuesta
 á tanto riesgo? ¿qué aguardo?
 No soy quien soy, si por ella
 no pierdo la vida; iré
 donde.... Mas con más prudencia
 lo he de mirar; que no es bien
 que la información primera
 me lleve tras sí, y más cuando
 no es cobarde la sospecha
 de todos estos. Soldado,
 mira si verdad me cuentas

Tolomeo.

Tanto, que á la misma torre
 adonde encerrada, presa
 y afligida está, señor,
 te llevaré á que la veas,
 luego que baje la noche
 de pardas sombras cubierta.

Octaviano.

¿A la misma torre?

Tolomeo.

Si,

porque yo tengo...

Octaviano.

Di apriesa.

Tolomeo.

¿Para qué de cosas sirve *ap.*

hoy mi amor! Llave maestra

de sus jardines: si acaso

de mi lealtad te recelas,

lleva tus guardas contigo,

y todo el palacio cerca

para que en cualquiera trance,

llegando una vez á verla,

como he dicho, en su socorro

asegures tu defensa.

Y yo la vida de Libia,

pues que no dudo que puesta *ap.*

la ciudad en confusión

podré ir á favorecerla.

Octaviano.

Tan á los reparos sales,

que ya nada dudo; y sea,

en fin, lealtad ó traición,

por verte, Mariene bella,

iré, y es á darte vida;

quiera amor que lo agradezca.

ESCENA XI.

HABITACION DE MARIENE.

Mariene, Sirene y mugeres con luces, que pondrán en un bufete con azafates.

Mariene.

Dejadme morir.

Sirene.

Advierte

que esa pena, ese dolor,
mas que tristeza es furor,
y mas que furor es muerte.

Mariene.

Es tan fuerte
mi mal, es tan riguroso,
que no me mata de fiel,
sin ver él,
que ser conmigo piadoso,
no es dejar de ser cruel.

Dama 1.

Ya que aborreciendo el lecho
en el jardin te has estado
hasta esta hora, dé el cuidado
blandas treguas al depecho.

Mariene.

Mal sospecho
que pueda el sueño aliviar
mi pesar;
pero porque no pagueis
la culpa que no teneis,
empezadme á destocar. (1)

(1) Recogen los adornos en los azafates.

Sirene.

¿Quieres, mientras desafia
al sol esplendor tan bello,
desmarañando el cabello
de los adornos del día,
la voz mía
algo te divierta?

Mariene.

No,

porque yo
no quiero que me mejore
quien cante, sino quien llora.

Sirene.

Filósofo hubo que halló
causa en la naturaleza
para aumentar la armonía;
al alegre la alegría,
como al triste la tristeza.

Mariene.

Pues empieza,
con calidad que el dolor
hagas mayor.

Sirene.

Con una letra será,
que aunque es antigua, podrá
conseguir eso mejor.

*Ven muerte tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer del morir
no me oteloa á dar la vida.*

Mariene.

Bien sentida
y declarada pasión:
¿cuyos son
esos versos?

Sirene.

No lo sé,
porque acaso los hallé
estudiando otra cancion.

Mariene.

Vuélvelos á repetir,
porque yo con ellos pida....

Las dos.

*Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir.*

Mariene.

Mas si á advertir
llego mi ansia entretenida,
el canto impida,
que ya no los quiero oir.

Las dos.

*Porque el placer del morir
no me vuelva á dar la vida.*

ESCENA XII.

Dichas, Octaviano y Tolomeo.

Tolomeo.

Pisando las negras sombras
en el silencio nocturno,
el jardin has penetrado,
al tiempo que al cuarto suyo
se va retirando ella.

Octaviano.

Ya tus verdades no dudo,
ni su prision; pues tan sola
está, y vestida de luto
todavía: tú á la puerta,
en tanto que me aseguro
de si es acaso ó malicia,

pues menos ruido hará uno,
me espera.

Tolomeo.

Si haré teniendo
la gente que has traído á punto
para cualquier accidente.

ESGENA XIII.

Dichos , menos Tolomeo.

Octaviano .

Tanto de verla me turbo ,
que no sabré discurrir
si esto es ya pesar ó gusto.

Mariene.

Vuelve, Sirene , pues es
tan á mi intento el asunto :
tú , Laura , cierra esas puertas.

Sirene.

Obedecerte procuro.

Canta.

Ven , muerte , tan escondida.....

Dama 1.

Y yo tambien , pues acudo
á cerrar las puertas. (1)

Octaviano.

No

lo intentes , que es dolor sumo ,
sin luz y sol quedar ciego
dos veces.

Dama 1.

¡ Que veo y escucho !

(1) *Llega á Octaviano , él la detiene y ella
fuye.*

¡ ay de mí infeliz!

Mariene.

¿ Qué es eso ?

Dama 1

El mal embozado bulto
de un hombre que ha entrado aquí.

Mariene.

¿ Hombre aquí ?

Octaviano.

Ya hablar no escuso.

Mariene

Dad voces.

Sirene.

Yo no podré,
que aun como respirar dudo.

Dama 1.

Ni yo, que apenas aliento.

Dama 2.

Ni yo, que medrosa huyo. (1)

Mariene.

Huya también yo.

Octaviano.

Teneos, (2)

vos, y reparad el susto;
que más que para enojaros,
para serviros os busco.

Mariene.

Vos, señor, pues, como, si,
aquí, yo, cuando....

Octaviano.

Quien pudo
antes de veros amaros,

(1) *Huyen las damas dejando caer los azafates.*

(2) *Desembózase.*

despues de veros mal dudo
que dejar de amaros pueda.

Mariene.

No son de César Augusto
esas razones.

Octaviano.

Si son ,

pues mas á veros me indujq
vuestro daño , que mi afecto ,
vuestro riesgo , que mi gusto.
Yo he sabido que en poder
de tirano dueño injusto
estais espuesta al peligro
de tan sacrilego insulto ,
como que obre por su mano
lo que á la agena dispuso.
A poner en salvo vengo
vuestra vida.

Mariene.

El labio mudo

quedó al veros , y al oiros
su aliento le restituyo ,
animada para solo
deciros , que algún perjuro ,
aleve y traidor en tanto
malquisto concepto os puño :
mi esposo es mi esposo , y cuando
me mate algún error suyo ,
no me matará mi error ,
y lo será si de él huyo.
Yo estoy segura , y vos mal
informado en mis disgustos ;
y cuando no lo estuviera ,
matándome un puñal duro ,
mi error no me diera muerte,

sino mi fatal influjo;
 con que viene á importar menos
 morir inocente, juzgo,
 que vivir culpada á vista
 de las malicias del vulgo.
 Y así, si alguna fineza
 he de deberos, presumo
 que la mayor es volveros.

Octaviano.

Si haré, si vuestro discurso,
 como salva mi primero
 motivo, salva el segundo.
 Un retrato tenia vuestro,
 á cuyo hermoso dibujo,
 sin saber cuyo era, daba
 mi humana adoracion culto:
 por sanear sospechas (ya
 lo visteis) sabiendo cuyo
 fuese, os le dí; y pues sirvió
 ya en vuestro abono, no dudo
 que con justicia le pido.

Mariene.

No haceis, que tenerle es uno
 por acaso, y otro es
 por voluntad; y á este puro
 fuego abrasará mi mano,
 si en ella el menor impulso
 reconociera de que
 para volverosle tuvo.

Octaviano.

No hicierais, porque impidiera
 yo llegar al ardor suyo,
 estorbando así la accion. (1)

(2) Quiere tenerla la mano, y ella lo resiste.

Mariene.

Es atrevimiento injusto.

Octaviano.

No es sino justo deseo

Mariene.

Antes á los cielos juro ,
que con vuestro mismo acero ,
que ya en mi mano desnudo
está , me atraviese el pecho. (1)

Octaviano.

Tente , muger , que confundo
mis sentidos al mirar
no sé que fatal trasunto ,
que vi otra vez.

Mariene.

De ese pasmo ,
de ese pavor que en tí infundo ,
el contratiempo gozando ,
huiré , puesto el iracundo
acero al pecho : ¡ Mas cielos ,
¿ no es el que fiero y sañado
me amenaza con mas causa
ya de dos contrarios huyo. (2)

Octaviano.

Oye espera.

ESCENA XIV.

Tetrarca.

¿ Quien , ladron
del mismo tesoro suyo

(1) *Quita el puñal á Octaviano , que será el de Tetrarca*

(2) *Arroja el puñal , huye y siguela Octaviano.*

dentro de su misma casa
 buscó sus bienes por hurto ?
 Hasta ahora la esclava no
 abrió: ¡ qué triste discurso
 el cuarto á la media luz
 de escaso esplendor nocturno ,
 que allí horrores late , y mas
 si á sus reflejos descubro
 de mugeriles adornos ,
 ajadamente difusos ,
 sembrado el suelo ! ¿ qué es esto ?
 no me propongas , discurso ,
 que bagel que hecha la ropa
 al mar , padece infortunios ;
 que casa que se despoja
 de las alhajas que tuvo ,
 estragos de fuego corre ,
 pues ni la tormenta dudo ,
 ni el incendio ignoro cuando
 entre dos aguas flúctuo ,
 entre dos fuegos me yelo ,
 viendo que me envisten juntos ,
 para zozobrar , suspiros ,
 para hacerme llorar , humos .
 Estas arrojadas señas
 ¿ no son de ilustres , de augustos
 faustos despojos ? ¿ Aqueste
 no es el fiero puñal duro
 que registro de los astros
 es aguja de sus rambos ?
 ¿ No este el que yo á Octaviano
 dejé ? Sí . ¿ Pues quién le trujo
 aquí entre arrastradas pompas ?
 ¿ Pero para qué lo apuro ,
 si es de los desconfiados

la imaginación verdugo ?
 Tarde hemos llegado , zelos ;
 tarde , tarde , pues no dudo ,
 que quien arrastra despojos
 habrá celebrado triunfos.
 Si es dichoso el desdichado ;
 que siéndolo no lo supo ,
 desdichado del dichoso ,
 que ya sin serlo , lo tuvo
 por cierto ; y pues que me pone
 en mi mano mis influjos ,
 á ellos , muera antes que.....

Dentro Octaviano.

Espera ,
 aguarda.

Tetrarca.

¡ Pero qué escucho !

ESCENA XV.

Tetrarca , Mariene y Octaviano.

Mariene.

Será en vano , pues primero
 que logrés..... ¡ Mas cielos justos ,
 qué es lo que miro !

Tetrarca.

Turbado
 he quedado.

Octaviano.

Yo confuso.

Mariene.

Y yo confusa y turbada ,
 pues entre dos daños , de uno
 doy en otro , y ya no sé
 cual dejo , ni cual procuro ,

cual pierdo , ó cual solicito ,
 cual hallo , al fin , ó cual busco ;
 pues siempre tengo peligro ,
 cuando paro , y cuando huyo.

Tetrarca.

Vista tu fuga , á tu honor
 este pecho será muro.

Octaviano.

No temas , que de tu vida
 este pecho será escudo.

Tetrarca.

Cumple , pues , lo que prometes.

Octaviano.

Así verás si lo cumplo.

Mariens.

¡ Ay de mí ! para salir
 de tan justo , ó tan injusto
 duelo , estas luces apague. (1)

Tetrarca.

¿ Adonde , Cesar perjuro ,
 te escondes ?

Octaviano.

Yo no me escondo.

Tetrarca.

No te encuentro , aunque te busco.

Mariens.

Tente , esposo , ¡ ay infelice
 de mí !

Octaviano.

A mi violento impulso
 muere , alevé

Tetrarca.

Aunque la espada

perdí, con aqueste agudo
puñal morirás. (1)

Mariene.

¡ Ay triste !
tened piedad , dioses justos ,
pues aquí muero inocente.

Octaviano.

¡ Qué es lo que oigo !

Tetrarca.

¡ Qué escucho !

Octaviano.

Vengaré su muerte.

ESCENA XVI.

Dichos , Tolomeo , Soldados , Damas con luces , y sucesivamente los demas.

Todos.

Entrad

todos , que es grande el tumulto.

Todos.

Llegad todas.

Libia.

A tan grande
estruendo , romper no escuso
mi prision.

Aristóbulo y Filipino.

¿ Señor , qué es esto ?

Polidoro.

No haber gozado el indulto
Mariene como yo.

Octaviano.

Dár muerte al hombre mas bruto ,

(1) *Encuentra con Mariene , y la hiere.*

mas bárbaro , mas sangriento ,
que ha eclipsado el sol mas puro.

Tetrarca.

Yo no la he dado la muerte.

Todos.

¿Pues quién ?

Tetrarca.

El destino suyo,
pues que muriendo á mis zelos ,
que son sangrientos verdugos ,
vino á morir á las manos
del mayor Monstruo del Mundo.

Aristóbulo.

El mayor Monstruo los Zelos
son siempre.

Tetrarca.

Porque ninguno
de mí la venganza tome ,
vengarme de mí procuro ,
buscando desde esa torre
en el ancho mar sepulcro.

ESCENA XVII.

Dichos menos el Tetrarca.

Octaviano.

Seguidle todos , seguidle.

Tolomeo.

Desesperado y confuso
se arrojó al mar.

Octaviano.

Retirad ,
aquese cielo caduco ,
y diga en su monumento
para los siglos futuros

el epitáfio: Aquí yace,
 desfigurado su bulto,
 la beldad mas milagrosa,
 muerta por zelos injustos.

Tolomeo.

Libia, tu mano merezca
 quien al peligro se espuso
 de libertarte.

Libia.

En llorando
 de Mariene el infortunio.

Filipo.

En que acaba la tragedia,
 donde se cumplió su influjo.

Polidoro.

Como la escribió su autor;
 no como lo imprimió el hurto
 de quien es su estudio echar
 á perder otros estudios.

El Mayor Monstruo los Celos.

Hace ya algun tiempo que hubiéramos insertado en nuestra coleccion la presente comedia , como una de las mejores de don Pedro Calderon ; sino hubiéramos temido , con algun fundamento , chocar desde los principios con opiniones y preceptos demasiado rígidos para juzgar por ellos del mérito de nuestros poetas cómicos del siglo xvii. Quisimos que la mayor parte de nuestros lectores se acostumbra se primero á las formas y licencias adoptadas por aquellos escritores , y recibiese por este medio con mas facilidad esta tragedia del Tetrarca , y otras creaciones del mismo género , y no de mérito inferior , que insertaremos sucesivamente. Es verdad que esta consideracion era del todo inutil (como lo serán sin duda nuestros juicios) para algunos literatos distinguidos que han estudiado detenidamente nuestros autores antiguos , y conocen sus bellezas y defectos mucho mejor que nosotros. Si estos hubieran sido los únicos lectores de la coleccion , hubieramos puesto al frente de las comedias de Calderon *El mayor Monstruo los Celos* ; pero convencidos de que todos los que no se han dedicado con atencion á una investigacion tan penosa , (y que , sin agraviar á ninguno , suponemos que componen el mayor número) solo saben juzgar á nuestros poetas dramáticos antiguos con las tres unidades en la mano ; hemos procurado evitar que se escandalizasen antes de tiempo , y nos acusasen tal vez de parcialidad , de mala fe , ó de temeridad , cuando en la publicacion de esta coleccion solo nos hemos propuesto erigir un monumento á la gloria de nuestra patria , dando á conocer , ó vulgarizando , por

mejor decir, las composiciones de nuestros poetas cómicos, despreciadas ú olvidadas casi enteramente hace ya algunos años.

Nadie ignora que aquellos ingenios inmortales, prescindiendo de Aristóteles y de Horacio, y consultando únicamente el gusto del pueblo, creyeron con razon ó sin ella, que todo les era lícito, siempre que interesasen vivamente la atencion de sus oyentes, y compusiesen versos enérgicos y hermosos. Conformes en este principio, y entregándose libremente á su fogosa imaginacion, fortalecida con la independencia, produjeron entre otras un gran número de creaciones, que apesar de las críticas mas rígidas y severas, duraran tanto como la lengua castellana.

Calderon, que casi en todos los géneros de poesía dramática, descolló sobre sus contemporáneos, en el romántico á que pertenece esta composicion, tiene otras dignas del mayor aprecio, entre las cuales le merece muy particularmente la del Tetrarca. Para juzgar de su mérito, es inutil decir que por ahora nos olvidaremos, como su autor cuando la escribia, de que existian reglas clásicas; y que dejaremos para otro lugar el examen de los principios en que se funda el género *romántico*, y de la consideracion á que es acreedor.

La fábula del Tetrarca de Jerusalem, pertenece esclusivamente á la tragedia, es de sumo artificio, y está llena de invencion fantástica. Aquel vaticinio del astrólogo hebreo, referido por Mariene; aquel puñal terrible, instrumento de la fatalidad, que el poeta mantiene hasta el fin suspenso sobre la cabeza de los dos personajes principales; la accion de arrojarle al mar y clavarse en el hombro del náufrago, que viene á participar á Herodes la derrota de Antonjo y de Cleopatra; la partida de aquel á Egipto,

los agravios que recibí, sus celos al ver la imagen de su esposa en manos de Octaviano, su resolución desesperada de matarle, la caída del retrato que lo impide, y confirma los funestos presagios que le amenazan, y de la cual resulta su prision y el nudo de la pieza; todo esto es grande, magnífico y poético; y si no se hallan rasgos de esta especie en las tragedias comunes, se hallan en los poemas épicos mas célebres, que considerados filosóficamente no son otra cosa que tragedias mucho mas estensas con éxito en parte venturoso.

El gran poeta Calderón no tomó de la historia sino lo que únicamente necesitaba para desempeñar su objeto; y sin desfigurar los hechos ni los caracteres, ocultó cuanto podia perjudicarle. De esta manera consiguió lo que ninguno de los que trataron el mismo argumento, que fue hacer á sus héroes interesantes y eminentemente trágicos. Herodes es el modelo de los amantes ideales. Sentado sobre el trono de Judea, todavia no se considera digno de poseer á su esposa. Mariene, dice, es la produccion mas perfecta de la naturaleza; solamente el que sea dueño del mundo merece su mano. Con este designio toma parte en la guerra civil de Roma, y espera levantarse sobre las ruinas de Antonio y Octaviano. Su amor no se parece al de los demas hombres; es una pasion esclusiva que absorbe todas sus potencias, y la posesion de Mariene es el único bien que desea y siente perder.

No, pues, mi ambicion, Filipo,
 no mi atrevida arrogancia,
 no el ser parcial con Antonio,
 no mi poder, no mis armas,
 me aflige, me desespera,

me precipita , y me arrastra ,
sino el ser de Mariene
esposo.

Sus zelos tienen por consiguiente un carácter particular : no sospecha ni puede sospechar de la inocencia y virtudes de su esposa : pero al oír que Octaviano marcha á Jerusalem , su amor arrebatado le inspira la resolucion de matarse , y quiere quitarle la espada á Filipo para egecutarla. El diálogo rápido entre los dos manifiesta la agitacion de Herodes y los zelos que le devoran. No ama el trono ni la vida : la idea de que Mariene podrá despues verse en brazos de Octaviano es la que despedaza su alma.

Viendo , en fin , que apenas hoy
en una pública plaza
seré horror de la fortuna ,
seré del amor venganza ,
cuando él sea ¡ ay infeliz !
(pues á Jerusalem marcha ,
donde es fuerza que la vea)
en tálamos de oro y grana
heredero de mis dichas ,
dueño de mis esperanzas ,
muero de agravios y zelos &c.

Crée que la pasion que le atormenta le ha de seguir mas allá de la vida : quiere arrancar del cielo la estrella , bajo cuyo influjo ha nacido , para que ningún mortal ame como él.

¿ Quiéres ver cual es la mia ?
pues si pudiera apagarla
hoy con el último aliento ,

lo hiciera porque faltara
 del cielo, y otro ninguno,
 en su gracia ó su desgracia,
 no naciera como yo,
 porque como yo no amara.
 Y en fin ¿ para qué discurre
 mi voz? ¿ para qué se cansa
 otra pena, otro dolor,
 otro tormento, otra ansia
 en el corazon no llevo,
 sino solo ver que aguarda
 Mariene á ser empleo
 de otro amor, de otra esperanza.

Encarga á Filipino que la mate inmediatamente que
 llegue á sus oidos la nueva de que á él le han quita-
 do la vida, para que ningun mortal llegue á pose-
 erla; pero no quiere ser aborrecido de la que adora,
 ni un solo momento.

No sepa que yo (le dice á Filipino)
 soy el que morir la manda;
 no me aborrezca el instante
 que pida al cielo venganza.

Cuando ella, despues de acriminarle por su resolu-
 cion sangrienta, se encierra en su habitacion re-
 suelta á no verle jamás, Herodes lo sufre con gusto,
 porque así cree que estará mas segura de los demas
 hombres, y aun de él mismo. Ultimamente, luego
 que la mata, no se queja de su destino, ni se la-
 menta de su desgracia: calla y se arroja al mar.

Esta rápida esposicion basta para manifestar que
 el carácter de Herodes es profundamente trágico, y
 que el poeta que supo pintarle con tanta originali-

dad y energía, era capaz de haber igualado, por lo menos, á los clásicos extranjeros en este género, aun sujetándose á las unidades, si hubiera nacido en tiempos de mejor gusto.

Mariene es amante, es esposa, es Reyna: nada aprecia en el mundo sino á Herodes; pero no le perdona que haya encargado á otro que la quite la vida si él perece. Su inocencia y su virtud cautivan la atención de los espectadores, y su muerte desgraciada arranca lágrimas de compasión. Si se compara este carácter con el de Julia, no habrá ninguno que dude un momento en dar á Mariene la preferencia. Aquella, aunque es inculpable, dá á Orosman motivos aparentes para dudar de su fidelidad; pero á la esposa de Herodes, ni aun las apariencias la condenan. Es víctima de la fatalidad: es una heroína digna del teatro griego. Octaviano aparece algo más pequeño que debiera; pero en los pasajes principales habla y obra con la dignidad propia de un gran Monarca.

Algunos incidentes están manejados con poco acierto. La larga prision de Libia, necesaria á la intriga, no se halla bastante motivada. El personaje y la expedicion de Aristóbulo son demasiado episódicos, ó á lo menos no estan suficientemente enlazados con la acción principal. Desagrada sobre manera el medio de que se vale el poeta para ocasionar el error de Herodes y la muerte de Mariene. Es un recurso muy mezquino el de apagar las luces para desenlazar una tragedia, y solo pudiera tolerarse en las comedias de capa y espada. Hay también un gracioso, que, apesar de las ocurrencias que tiene muy cómicas y graciosas, destruye en muchas partes el efecto trágico de la obra.

Las ideas y sentimientos que pone el autor en bo-

ca de los principales personajes, serian admirables, sino estuviesen recargados con el peso de los adornos, y se espesaran con menos ingeniosidad y mas sencillez. La versificacion es llena y robusta. El estilo en general es mas artificioso que elegante: á veces degenera en hinchado, y otras en conceptuoso. El language es puro y vigoroso; y en las relaciones de aparato se hallan metáforas é imágenes hermosas, otras atrevidas, y algunas descabelladas

Calderon no ha sido el único que ha tratado este argumento. Algunos estrangeros le han puesto en la escena, y entre ellos el célebre autor de *Mélope*; pero no ha sido tan feliz en esta obra como en otras composiciones suyas. El juicio de *Mariamne*, hecho por la Harpe, es bien conocido de todos los aficionados á la literatura, y nada podriamos nosotros añadir á las observaciones de este famoso crítico; además de que la tragedia citada, no tiene conexiõn alguna con el Tetrarca de Jerusalem. Entre nosotros Ripoll Fernandez de Ureña escribió una comedia que no hemos leído, con el título de *El Bárbaro Ascalonita y Tirano de Judea*: Lozano y Montesinos, autor de las Soledades de la Vida, otra de poco mérito con el de *Herodes Ascalonita y la Hermosa Mariana*; y Tirso de Molina la de *La vida y muerte de Herodes*, que aunque muy inferior á la de Calderon, no carece de grandes bellezas, tanto en punto á la composicion de la fábula, caractéres, &c., quanto á la versificacion y estilo. Algun dia puede ser que la insertemos en nuestra coleccion, y creemos que el público la verá con gusto, á pesar de que su desenlace es el *non plus ultra* de las catástrofes sangrientas; pues acaba nada menos que en la degollacion de los inocentes.

CUAL ES MAYOR PERFECCION.

PERSONAS.

Don Felix.

Doña Angela.

Don Luis.

Doña Leonor.

Don Antonio.

Don Alonso.

Doña Beatris.

Inés.

Isabel.

Juana.

Roque.

Un escudero.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA LEONOR.

Doña Leonor , Inés y don Felix.

Felix.

Famosa tarde tendrás.

Leonor.

Bien confieso que lo fuera ,
si yo de gusto estuviera.

Felix.

¿ Pues qué tienes ?

Leonor.

No sé mas

de la necia pasion mia ,
de que lo que en su estramburo ,
con causa fuera tristeza ,
sin ella es melancolia ;
mas tú , ¿ qué noticias tienes
para pensar , que será
buena , ó no , la tarde ?

Felix.

Leonor.

que la disculpa previenes
de darme por entendido
de quien las visitas son ,
que hoy esperas , la objeccion
con preguntarlo has vencido ,
de que contigo , Leonor ,
hable en esto ; y mas si es llano ,

que un acase cortésano
 no es escrúpulo de honor,
 que no se pueda decir,
 á una hermana: oye, y sabrás
 en qué fundo, que hoy tendrás
 bien en que te divertir.

A la Puente Segoviana
 dia del Angel, fui con todos,
 que para fiesta en Madrid,
 basta el verse unos á otros,
 en tu coche, que esta tarde,
 á causa de tus penosos
 accidentes, no queriendo
 pasar de sus desahogos,
 me lo prestaste; que en casa
 donde hay damas, es notorio,
 que á los hombres, tales dias
 aun son prestados los propios.
 Con dos amigos, don Luis
 de Mendoza, y don Antonio
 de Ayala, que son con quien
 mas en Madrid me confronto,
 salí, añadiendo al concurso,
 ya que no pude un adorno,
 un número, que sirviese,
 si no de lustre, de estorbo.
 Dígalo el efecto, pues
 aferrados en el golfo
 de tantas terrenas velas,
 como le surcan el corso,
 doblando el cabo á la puente,
 hubimos de tomar fondo
 en el estrecho, que hace
 su piélago mas angosto,
 al tiempo que de la guarda

el orgullo presturoso
 hacia á los Reyes calle,
 con que fue, Leonor, forzoso,
 que el coche, y el de dos damas,
 si á la metáfora torno,
 hubiesen de zozobrar
 entre aquellos dos escollos
 de la calzada, que baja
 á la Tela, en cuyo abordo,
 los dos coches enredados
 con la prisa de los otros,
 si ya no con la porfia
 de los cocheros, que solo
 su honra está en cual rompe mas
 aleros, y guada-polvos,
 llegaron hasta lo llano,
 donde en los bajos de un hoyo
 dejó el nuestro al de las damas
 un ege á la rueda roto.
 Si se cae, ó no se cae,
 quedó, á tiempo que nosotros,
 arrojándonos del nuestro,
 acudimos presturosos.
 La cortina, que hasta allí,
 en recatados arbozos,
 á media luz brujuleaba
 las personas sin los rostros,
 franqueada con el acaso,
 dió lugar á que dichoso
 notase de una hermosura
 el mas apacible atombro.
 En mi vida, hermana, vi...
 (perdóname, si aquí rompí
 fueros ó la urbanidad,
 que aunque no dudo, ni ignoro,

qué en presencia de una dama,
 aunque sea hermana, es loco
 el que á otra alaba; hay sucesos
 que dispensan licenciosos,
 mayormente cuando está
 tan recusado mi voto,
 que quedándose en licencia
 no puede pasar á oprobio.)
 En mi vida, hermana, ví,
 vuelvo á decir, tan hermoso
 maridage como hicieron,
 mezclando pálido, y rojo,
 sus mejillas: y mas cuando
 al sobresaltado asombro
 del lance, ví no sé qué
 desmandadas hebras de oro,
 como acusándole al manto,
 que abandonase el rebozo,
 la bosquejaron á cercos,
 y dibujaron á tornos.
 Con el susto la hermosura
 creció mas, y mas si noto,
 que lo purpúreo dejó
 á lo cándido tan solo,
 que solamente en los labios
 se hizo reacio, bien como
 diciendo: de sus mejillas
 bien puedo huir temeroso,
 mas de los labios no puedo,
 mostrando en unas, y en otros,
 que no era en ellas ageno
 lo que en ellos era propio.
 ¡ Mas para qué me detengo,
 si aun ahora es culpa, que absorto
 ella peligre, y que yo

no ayuda á su amparo pronto?
 Llegué al coche, pues, que ya
 mal afianzado en los hombros
 de gente de á pie, impedía
 que acabase de dar todo
 el amenazado buelco,
 diciendo: pues es forzoso,
 señoras, que vuestro coche
 de aquí no pase, y que de otro
 hayais de serviros, este
 merezca ser tan dichoso,
 que por estar mas á mano,
 le admitais. Con mil enojos
 destempladamente airados,
 pero hermosamente airesos,
 despidió el ofrecimiento,
 echándome del destromo
 la culpa. No es la primera
 vez que pagamos nosotros
 desmanes de los cocheros,
 ni la primera tampoco,
 que la hermosura se dé
 por mal servida del todo.
 La que iba, Leonor, con ella,
 con mas cortesanos modos,
 haciendo gala del susto,
 y desden del alboroto,
 dijo: el no estar, caballeros,
 (seamos las dos quien somos)
 á la vergüenza de ser
 de tantos vulgares corros,
 como á ver el coche así
 se paran, blanco afrentoso,
 nos obliga á que aceptemos
 ofrecimientos, que otorgo,

en fé de la cortesia,
 que deben tan generosos
 caballeros á las damas ;
 pues aqui hay perdido solo
 el que desacomodados
 quedaís, deuda que yo pongo
 á cuenta de ser quien sois,
 que es quien cobra con mas logro
 las situaciones á quien
 hace lo obligado heroico ;
 dijo, y ostentando á un tiempo,
 ya del arte en el adorno,
 ya en la camiciada del acaso,
 lo entendido y lo brioso,
 (cuando apela para el garvo,
 no tiene buen pleito el rostro,)
 pasó del estribo al nuestro,
 con que hubo de hacer lo propio
 la hermosa, que todavia
 en pedridos soliloquios,
 acordándose del daño,
 se olvidaba del socorro.
 Con que tomando otra vez
 vuelta el coche en lo espacioso
 de la Tela, las perdimos
 de vista, porque nosotros,
 viéndonos á pie, fue fuerza
 apelar á lo fragoso
 del Parque, y por su calzada
 al prado nuevo. No toco
 en si quedé, ó no, Leonor,
 ó contento, ó pesaroso
 del lance ; pues si contento
 digo, no sé que penoso
 cuidado desmichto, que

de su estremada cultura,
 sea, con aplauso justo,
 en las burlas el buen gusto,
 en las veras la cordura,
 en lo que cuenta, el donaire;
 en lo que dice, el carño;
 en lo que viste, el aliño;
 y en todo, en fin, el buen aire;
 tanto, para que concluya
 los méritos de Beatris,
 que me tengo por feliz
 solo en ser amiga suya.

Felisa.

Aunque el afecto los cielos
 remitieron á una estrella,
 de parte de Angela bella
 estoy por pedirte solos.
 ¿Es posible que no sea
 Angela quien te debió
 mayor inclinacion?

Leonora.

No, Leonora,
 porque aunque hermosa tal vez,
 la hermosura para mí
 no es alhaja y mayormente
 hermosura solamente,
 tan á solas, que no vea
 sentidos que mas en calma
 digan, hermosa me soy,
 y no mas mil veces voy
 á ver donde tiene el alma,
 creyendo que es escultura,
 y solamente la encuentro
 una fantasma que dentro
 anda de aquella hermosura.

Si habla , es todo con enfado ;
 si responde , con frialdad ;
 si mira , con vanidad ;
 si escucha , con desagrado ;
 con todas presuntuosa ,
 tanto , que estraños sus modos ,
 parece que tienen todos
 la culpa de que sea hermosa .

Felice.

¿ Ves todo eso , Leonor ? pues
 todo eso y mas se asegura
 afianzado en la hermosura .
 Ella de las damas es
 la única perfeccion rara ;
 tenga cuálquiera que fuere
 todo lo que ella quisiere ,
 pero tenga buena cara .
 Sobre hermosa , en fin , no hay cosa
 que suplicar ni que vencer ;
 que no tiene una muger
 mas que hacer que ser hermosa .

Leonor.

Un tono que Ines , tal vez ,
 que á la labor engañamos ,
 con lo que oímos y hablamos ,
 cantar suele , ser Jutz
 de aquesta cuestion podía ;
 mas dejando la cuestion
 quizá para otra ocasion ,
 si Beatriz es dama mia ,
 y Angela tuya , empeñados
 los dos , será bien no ignores ,
 pues partimos los amores ,
 que partamos los cuidados ,
 Yo á Beatriz regalaré ,

trata tú de regalar
á Angela.

Felix.

Si haré, á enviar
dulces voy.

Leonor.

No hay para que,
lo que son dulces y son
chocolates y bebidas,
ya las tengo prevenidas;
alhajillas, que á ocasion
de abrir un escaparate,
como acaso esten allí,
solo me faltan; y así,
de enviarme tu amor trate,
como relojes, cajillas,
y estuches de filigrana,
de cristal y porcelana,
y si algunas sortijillas,
lazos y guantes quisieres
añadir, por eso cree,

Felix.

¿Qué?

Leonor.

Que no me enojare,
pues todo lo que tú hicieras,
será siempre lo mejor.

Felix.

Ahora bien, si eso ha de ser,
Leonor, voite á obedecer.

¿quiere que le diga lo que yo le digo?

ESCENA II.

Doña Leonor é Inés, y despues doña Angela y doña Beatriz, un escudero, y don Felix al paño.

Inés.

Al bajar del corredor
en la escalera he encontrado
con dos niñas, que ya

Leonor.

habían encontrado y
acompañarlas.

Angela.

Muy bien
puedes, caballero, si
pues la asistencia en la calle
basta para atrevimiento,
escusar el de seguirme
tan libremente, y osero
en casa de mis amigas,
donde de visita vengo.

Felix.

De cuerdo, y necro, señora,
dos cargos me hacéis: de cuerdo,
en no abonar la eleccion
en creer que os sigo; de necro,
en creer, que si os siguiera
seria tan desatento,
que diera esa razon mas
á vuestros justos desprecios.
Hermano soy de Leonor,
que á honrar venís; si saliendo
de casa quisó mi dicha,

que de ella al paso os encuentro,
 ¿cómo me puede excusar
 de haber de volver sirviéndoos
 hasta su cuarto? Y así,
 pues que ya á su vista os dejó,
 ella á vos os desengañe,
 y á mí me disculpe.

Angela.
 ¿Vaya, que aunque sea hermano,
 es también atrevimiento
 de mis amigos; por esta
 vez, y por unas, lo disculpo.

Felice.
 El cielo os guarde. ¿Qué sea
 tan absoluto el imperio
 de la hermosura, que una haga
 de la sencillez aprecio.

ESCENA III.

Dichas, menos don Félix.

Beatris.
 ¿Hermano de Leonor es, ap.
 cielos, este caballero,
 que desde el día del Angel
 tan en la memoria tengo?
 ¿Pero para qué discurso
 en pasión que está tan lejos
 de ser pasión?

Escudero.
 ¿A qué hora
 el coche vendrá?

Angela.
 En volviendo

mi padre á casa, Mungia,
puede volver.

Escudero.

El sereno
á esas horas hace daño.

Leonor.

¿Inés?

Inés.

¿Señora?

Leonor.

En trayendo
lo que embiére mi hermano,
trata de ponerlo luego
en algun escaparate
del camarín de allá dentro.

Inés.

El caso es que lo envíe.

Leonor.

Una,

y mil veces agradezco
á mis achaques, señoras,
la dicha de mereceros
esta honra, con que ya
tan bien hallada con ellos
pienso vivir, que los trueque
de pesares á contentos.

Beatriz.

Del hallaros levantada,
hermosa Leonor, me debo
una, y muchas norabuena.

Angela.

Yo no, que todas las vengo
á pagar, por no deber
nada á nadie.

Leonor.

Con tan nuevo

favor, siendo como es
el gusto el mayor remedio,
¿qué mucho que á mejor aire
respiren mis sentimientos?
Pasad á vuestros lugares.

Beatriz.

Aquí me quedaré.

Leonor.

Eso
cómo puede ser?

Beatriz.

¿Vera, que no
Angela, toma tu asiento.

Angela.

Ninguno hasta ahora pesa mio.

Leonor.

Ajustad los cumplimientos
las dos, que á mí no me toca,
mas, que tomar el postrero.

Angela.

Si ha de ser, yo pasaré,
quede la virtud en medio. *Sientase.*

Leonor.

¿Cómo estás?

Beatriz.

Para serviros;
salud, á Dios gracias, tengo.

Leonor.

¿Vos cómo estais?

Angela.

Así, así.

Leonor.

Que os haya ofendido temo.

en preguntar cómo estáis,
viéndoos tan linda.

Angela.

Esto tengo;
pero si Dios me lo dió
gratis dato, ¿qué he de hacerlo?
¿helo de echar en la calle?

Leonor.

¿Qué bien compartido pelo!
¿qué bien asentados lazos!
por aquí andaba el espejo
del buen guato de Beatriz.

Beatriz.

Agravio le hacéis en eso,
que Angela serlo de todas
cuantas hay, puede.

Angela.

Si puedo,
por si hablas en su ironía;
pero ahora que me acuerdo,
¿para qué teneis hermano?

Leonor.

Para tener el consuelo
de tener galán, y esposo,
en tanto que no le tengo.

Angela.

¿Galán, hermano, y esposo?

Leonor.

Sí, todo lo es Felix.

Angela.

¿Y eso
mas, hermano, esposo, y
galán, y todo á un tiempo?
Mucho es para un hombre solo.

Leonor.

Dadme licencia (volviendo á la pregunta) que estrañe el decir con tanto ceño, que para qué tengo hermano.

Angela.

Nada que digo es atiento ; pues no sé para qué sea tener un hermano bueno , que se ande quebrando coches.

Leonor.

Eso es lo que yo no entiendo.

Angela.

Yo sí , y el Angel lo diga , testigo , que por lo menos , no me dejará mentir , pues sin querer , hizo el nuestro adredeamente pedazos.

Leonor.

¿ Sin querer , y adrede ?

Angela.

Es cierto :

¿ ved que mayor grosería ?

Beatris.

No digas , Angela , eso , que en toda mi vida ví mas cortesano , y atento caballero , que él anduvo ; y antes saber agradezco , que sobre vuestro cariño caiga el agradecimiento de su grande cortesia ; pues ya sucedido el riesgo de haberse quebrado el coche , dejando el suyo , el primero

fue , paré que no acabase
de caer , que á socorrernos
llegó , y quedándose á pie ,
nos le dió .

Angela.

¿Pues qué hizo en eso?...

Leonor.

Dice bien.

Angela.

¿Si iba yo allí?

Beatriz.

Claro está , por tí , por cierto ,
son todas las atenciones.

Angela.

Mas no , sino no .

Leonor.

Tu ingenio , *ap. á Beatriz.*
tu prudencia , y tu cordura ,
Beatriz, y tu entendimiento
solo tolerar pudiera
esta vanidad .

Beatriz.

¿Qué puedo *ap. á Leonor.*

hacer , si al quedar sin padre ,
que en Indias en un gobierno
murió , hasta venir su hacienda ,
que por instantes espero ,
pues ya ha llegado á Sevilla ,
otro retiro no tengo ,
que la casa de mi tío ,
en cuya prision padezco
aquella antigua sentencia
de ligar el vivo al muerto .

Angela.

Si es murmurar , que por mí

no fue, dígame el efecto,
 pues de los tres apedados,
 desde aquel instante, mismo
 á otro, y tu hermano en mi calle
 á todas horas, los veo,
 camaleones de esquina,
 beberse por mí, los vientos.

Leonor.

¡Qué fuera, que el otro fuese *ap.*
 don Lois! apure el veneno.
 No extraño yo de los dos,
 llegando una vez á veros,
 os adora, lo que extraño:
 es, que el otro sea tan necio,
 que no os adora también.

Angela

No para todos se hicieron,
 Leonor, iguales las desdichas;
 de morir, á mis desprecios,
 alguno para contar
 las ruindades de mi incendio,
 había de quedar vivo.

Beatriz.

Ruinas, querrás decir.

Angela.

Es, ó sea
 ó es otro; equivoqué el nombre;
 y porque creí que no me mento,
 una criada, que de esta
 casa, en que sirvió primero,
 le conocía, me dijo,
 que es hijo del nombre, me acuerdo,
 un don Fulano de Tal.

Beatriz.

Es un noble caballero.

me refireré de vides de su nombre, es
por, si le vieres, que a propósito
de su buena decisión de gasa, ob
outasit. *Leonor*...
Buena ocasión perdí, ¡ciclos! of
de saber si está.

ESCENA IV.

Dichas e Inés.

Inés.

Señora,

lo que mi amo ha enviado, puesto
ya está en el escaparate,
que mandaste.

Leonor.

Ya te entiendo,

Beatriz.

¿Que á contr'es te vengas
aquí?

Angela.

¿Pues yo qué cuento?
¿he dicho yo algo de que
no esté todo Madrid lleno?

¿pues á donde mueren tantos,
qué importan, des mas, ó menos?

Beatriz.

Por tapar ans haberias
hablar de otra cosa intento.

¿Es esa hermosa de quien
disjisteis, si bien me acuerdo,
que algunos ratos su voz
os divierte?

Leonor.

Si, mas eso

se entienden en vuestras labores,
que para no ser aquello
de cantar al bustidor,
ni es primoroso, ni es diestro
lo que canta.

Beatriz.

Pues la tarde
toda con vos es festejos,
étre á la parte este agrado.

Leonor.

Inés, toma el instrumento,
haz lo que manda Beatriz.

Inés.

A mi pesar obedezco.

Canta.

¿Cual es mayor perfeccion,
hermosura ó discrecion?

Angela.

¿Con la hermosura, quien puede
tener competencia? pero
no hay que hacer caso, que al fin
todas son coplas los versos.

Canta Inés.

*Litigaban dos sentidos
sobre ganar los despojos
de una alma, viendo los ojos,
y escuchando los oídos;
alegaban competidos
cada uno por su opinion,
cual es mayor perfeccion?*

Leonor.

¿Que de cuantas letras sabe,
huvo de escoger la menos
á propósito!

Beatriz.

¿Por qué?

Leonór.

Porque sintiera que de esto
Angela desconfiara,
imaginando, ó creyendo,
que puede ser intencion.

Beatriz.

Ahora sabes el cuento
del loco, que preguntando,
¿qué cosa en el universo
es la mas bien repartida?
respondió: el entendimiento,
porque cada uno está
con el que tiene contento:
no temas que desconfie.

Angela.

Nunca vi hombre mas necio.

Canta Inés.

*En la travada conquista,
la sentencia se asegura,
cuando en vista la hermosura,
la discrecion en revista:
con que el oido y la vista
no desisten de la accion,
¿cual es mayor perfeccion,
hermosura ó discrecion?*

Leonór.

No cantes mas. Pues honrar
venís mi casa, pretendo
que toda la honreis; venid,
de un jardinillo que tengo
gozareis el poco adorno.

Beatriz.

Será del aliño vuestro.

Leonor.

Si le tomara de vos,
aunque empeorara de dueño,
mejorara de primores.

Angela.

Gástense allá los conceptos,
muy en buena hora, que yo
á mi hermosura me atengo. *Vase.*

Beatriz.

¿Quién creerá que haya pasión ap.
tan obligada al silencio
que haya de morir callando? *Vase.*

Leonor.

¿Quién creerá que pueda ¡cielos!
dar una necia cuidado
tan solo con el recelo
de si era ó nó don Luis,
el segundo caballero?

ESCENA V.

*Inés, y Roque con un azafate.**Roque.*

¿Cé, Inés?

Inés.

¿Qué es lo que quieres,
Roque, no adviertes que entro
á servir las á estas damas
las bebidas?

Roque.

Que primero
tomes aqueste azafate,
que mientras pasó ligero
mi amo á la platería,
una joyera ha compuesto,

á donde á mí me dejó
para que de la tálga, y temo,
que haya tardado.

Inés.

No, que no te tardé
pues aunque antes que tú Celio
volvio con él, que me ha
tambien vienes á buen tiempo
¿qué traes aquí?

Roque.

¿Qué sé yo?

Pues de los zapatos
del chocolate y de las
Guantes, tazos, cintas, son
iguales á los de los otros,
que no discrepa uno de otro.

Roque.

Oye.

II

Inés.

Aprisa.

Roque.

¿Qué fue eso?

que dijiste de bebidas?

Inés.

¿Pues á tí, qué te va en ello?

Roque.

¿Bebidas, y no irme á mí, si
implican el aumento de
¿podrá estar ácia acá, ó en
cualque cosa?

Inés.

Si por cierto
¿querrás agua de guindas
guindas ó canela?

Roque.

¿Luego,
Inés, todo el día es de agua?

Inés.

No, que también darte puedo...

Roque.

¿Qué sorbete ó galletita?

Inés.

De aloja, que es lo que tengo
para antes del chocolate.

Roque.

Pues que me hagas, te ruego,
del chocolate y de todas
esas cosas un compuesto,
y me llenes un gran vaso.

Inés.

¿Estas loco?

Roque.

Hacer deseo

un regalo; cual será
ver al chocolate lleno
de guindas y de limón,
sorbete y aloja!

Inés.

Eso
será una gran porquería.

Roque.

Mejor que mejor; pues luego
les dirás á esas señoras,
que yo las manos las beso,
y que miren lo que son.
sus pulideces, supuesto
que este vaso por de fuera,
su estómago es por de dentro.

ESGENA VI.

DECORACION DE CALLE. (1)

Roque, don Luis y don Antonio.

Luis.
Roque, está Felix en casa?

Roque.
No señor, antes corriendo á buscarle, donde dijo que habia de hallarle.

Antonio.
Díle que don Luis y yo le hemos buscado.

Roque.
Al momento se lo diré que lo halle. (2)

Luis.
Pues, no, está en casa; tomemos la vuelta de aquesta esquina. Llevarle de aquí pretendo para poder volver yo por ver á Leonor que fuera Felix está y desvelarle pretendo el nuevo cuidado mio; que una cosa es que mi afecto me lleve tras sí y otra que á las finezas que debo falte.

(1) Roque por la izquierda, y don Luis y don Antonio por la derecha.

(2) Se entra por la derecha.

Antonio.

Tómenlo ya ahora

á la plática volviendo
 (1) que dejamos empezada,

proseguid.

Luis.

Bien no me acuerdo
 en qué quedamos?

Antonio.

Ya que
 ya ganada por lo menos
 la espina de cada
 tencis, por consiguiente
 de otra cosa en que val

Luis.

Eso es todo lo que puedo
 contentar hasta aquí; pues
 si la memoria revuelvo,
 es todo lo que me pasa,
 que cuando al caso voy de mí
 que aquella hermanura
 de su calle y de su casa
 hecho humano girasol,
 no hay hora que sus bellas
 luz no me arrebate mi estrella
 mas no es sino todo el sol
 el que me arrebata y que me
 que todo el suspenso esfere,
 ser su nombre no pudiera.

Antonio.

De esos hipérboles, llenos
 de crepúsculos y albores,

Podrán ser, pero no los dejaremos
 si cualquiera por ellos se

¿que nunca me pase á mí
esto de una mugér ver,
que sea mas que una muger?

En cierta ocasión me ví
en casa de una señora,
de quien decian, que era
el Alba su pordiosera,
y su mendiga la Aurora.

A oscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbró,
hasta que en la cuadra entró
un candil de garavato.

Mirad que sol tan civil,
el que arrastrando despojos,
no puede hacer que sus ojos
alumbren lo que un candil.

Luis.

¿Qué toda la vida habeis
de estar de ese buen humor?

Antonio.

¿Fuéra del vuestro mejor?

Luis.

Vos en esto no teneis
voto, don Antonio, que hombre
que se alaba que no ha estado
en su vida enamorado,
de balde disfruta el nombre
de racional.

Antonio.

Pues sepamos,
cuanto mas irracional
es, quien no distingue el mal
del bien, en que nos hallamos
á los brutos superiores,
sino saber distinguir

el bien del mal.

Luis.

Eso es ir

**á filosofías mayores
de las que el caso requiere,
y no habemos de pasar
de.... ¿quién dejará de amar
una hermosura?**

Antonio.

Quien quiere,

**sin que ninguna pasión
quite que coma y repose,
trobar cuanto campar pose
la vida de un buen poltron.**

**¿Yo me habia de rendir
por el mas hermoso dueño,
á perder una hora el sueño?**

**¿Yo sacrificarme á ir,
de tiernos suspiros lleno,
al umbral de la mas bella,
donde mi cielo sea ella,
y yo sea su sereno?**

**¿Yo andar en desconfianza
de uno y otro devaneo,
ajustando si el deseo
se frisa con la esperanza?**

**¿Si el afecto descuidado
es crédito del olvido,
si el mérito desvalido**

disimulo del agrado?

**Y cuando mas á este modo
quieran callar mis desvelos,
hetelos aqui los celos,
que lo echan á perder todo.**

De mis empleos, señores,

mejor las mudanzas van,
dance otro cierto y galán,
que yo he de danzar flores
al compás de una fortuna
poltrona.

Luis.

¿Y cómo acomodas
el compás?

Antonio.

Queriendo á todas,
y no queriendo á ninguna.

Luis.

Amor de esas bizarrías
orlar suele su laurel.

Antonio.

¿Habeis estado en Teruel?
¿conocisteis á Macías?

Luis.

Mejor es irme que no
cansarme de ver reir
á quien me mira morir.

ESCENA VII.

Roque, don Felix y don Antonio.

Antonio.

Esperad.

Felix.

Que aqui os dejé
á vos y á don Luis, venia
diciéndome Roque.

Antonio.

Sí,
mas fuese huyendo de mí.

Felix.

¿Porqué?

Antonio.

Porque me reia
de un alto amor, en que ahora,
tiernamente enamorado,
anda como embelesado.
¿Os acordais la señora
del coche quebrado?

Felix.

¿Cuál?

Antonio.

La cándida beldad leve,
que sierpecilla de nieve,
tigrecito de cristal,
como á negros nos trató
el día del Ángel.

Felix.

¡Cielos!

ap.

¿qué escucho! ¿Y de sus desvelos,
qué os ha dicho?

Antonio.

¿Qué sé yo?

aquello de que me abraso,
con su algo de girasol,
cielo, estrella, luna y sol,
y lo demas que en tal caso
de derecho se requiere.

Alcanzémosle los dos,
porque tambien os riais vos
de ver que conforme muere
á manos de su pasion,
tiernísimo majadero.

Felix.

Si fuera y riera; pero...

Roque.

Risas hay que rabias son.

ap.

Felix.

Si no tuviera que hacer
un negocio, á que volvia
á casa: id, por vida mia,
tras él vos, hasta saber
en qué parage se halla,
y contaréismelo vos
despues.

Antonio.

Norabuena: á Dios.

ESCENA VIII.

Dichos, menos don Antonio.

Felix.

¿Quién vió tan nueva batalla
como en un instante ¡cielos!
en mi pecho ha introducido,
haber ¡ay Roque!) sabido
que causa don Luis mis zelos?

Roque.

¿Cé, don Antonio?

Felix.

¿A qué, di,
le llamas?

Roque.

No tiene que irse
á buscar de qué reirse,
pues puede reirse de tí.

Felix.

¡En cuánto ¡ay de mí!) empeñado
ya mi amor se considera!

Roque.

Haz cuenta con la joyera,
y lo sabrás.

Felix.

¿Mi cuidado
ese había, majadero,
de ser?

Roque.

Bien creo que no,
porque ese cuidado yo
se lo aclamaba al platero.

Felix.

Calla, loco, y vén conmigo,
que ya es tan otra mi llama,
cuanto es perder á una dama,
ó aventurar un amigo.

Roque.

¡Qué poco cuidado á mí
lo uno ni lo otro me diera!

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE LEONOR:

Don Luis é Inés con luz.

Inés.

¿Sin que te avise, es posible
que á entrar hasta aquí te atrevas?

Luis.

Sabiendo que no está en casa
don Felix ¿en qué, Inés bella,
el atrevimiento estriva?

Inés.

En no prevenir que pueda
haber otro inconveniente:
mi señora...

Luis.

Dílo apriesa

Inés.

Está con unas amigas
de visita, y que te vean,
ya verás que no es razon.

Luis.

No me pongas en sospecha
de imaginar que Leonor,
cansada de mis finezas,
te dió orden de que impidas
la permitida licencia,
que tal vez me concedió.

Inés.

No es eso, y porque lo veas,
llega por aquesta parte,
donde en la cuadra se asientan
que cas al jardin.

Luis.

Ya veo
que es verdad. ¡Cielos! ¿aquella *ap.*
que á la luz de mejor luz
rayos á la noche presta,
no es Angela? ¿No es Beatriz
su prima? sí; ya, aunque verla
siempre fuera para mí
dicha, no sé si me pesa
verla amiga de Leonor.

Inés.

No tanto ahora te detengas,
sino, pues ya las has visto,
vete presto.

Luis.

Norabuena.

Inés.

Pero no salgas, detente.

Luis.
¿Qué es eso?

Inés.
Por la escalera
sube mi señor.

Luis.
Decirle
que vengo á buscarle, es necia
disculpa, estando en el cuarto
de Leonor.

Inés.
Pues aunque quieras
entrar, ya ves que no es
posible.

Luis.
De aquesta reja
en la cortina me escondo. *Escóndese.*

Inés.
Hemos hecho buena hacienda.

ESCENA X.

Dichos, don Felix y Roque.

Felix.
¿Inés?

Inés.
¿Señor?

Felix.
¿Vino á tiempo
lo que envié?

Inés.
Y de manera
rico, adornado y pulido,
que aunque Angelica la bella
fuera Angela, bastara.

Felix.

¿Y qué hacen ahora?

Inés.

En esa
cuadra donde han merendado
se están.

Roque.

Y dime, Inés bella,
¿las damas tan lindas, comen?

Inés.

¿Aquéso preguntas, bestia?
¿comer las damas habiau?
¿qué indecoro, qué indecencia?

Roque.

¿Porqué, dí?

Inés.

Porque las damas
no comen aunque meriendan.

Felix.

Con otro gusto (¡ay de mí!)
desde esta parte estuviera
adorando, Angela hermosa,
tu peregrina belleza,
si no me hubiera asaltado
la no pensada violencia
de los zelos de don Luis.

Sale un Escudero.

Escudero.

Explicó á usarced, mi Reina,
á mis señoras les diga
que tienen recado.

Inés.

Ellas
dejaron de oír el coche,
porque las almohadas dejan

Felix.

Hácia esta parte me escondo,
y no quiero que me vean,
porque esperando las gracias,
que al paso estoy no parezca.

Inés.

Pues á tu cuarto te pasa
mientras se van.

Felix.

No quisiera,
aunque ella no me vé á mí,
dejar ; ay de mí ! de verla
detras de aquesta cortina. (1)

ESCENA XI.

*Dichos, doña Leonor, doña Beatriz, Angela, y poco
despues don Luis al paño.*

Leonor.

¿ Felix, para que te ausentas ?
que estas señoras darán
de irlas sirviendo licencia,
y mas cuando fuera culpa,
que los criados que dejan
á sus dueños en visita,
por ellos, Felix, no vuelvan.

Luis.

La primera vez, que ví
amagado el lance es esta,
y no egecutado.

Felix.

Yo
me ausentaba de vergüenza

(1) *Va á esconderse, y le ven las damas.*

De lo mal que á sus mercedes
habrás servido

Beatriz

Aunque sea
falsedad, no lo será,
por lo menos la respuesta.
No solo favorecidas,
y honradas vamos, mas llenas
de tantos dones, que dudo
que desempeñarse pueda
de sus muchos agasajos
la poca fortuna nuestra;
si ya no con decir solo,
que conocida la deuda,
en vuestra casa, don Felix,
hay quien deje el alma en prendas.

Felix.

Eso es honrar entendida
á quien serviros desea.

Leonor.

Claro está.

Beatriz.

¡Pluguiera al cielo! *ap.*

Angela.

No es en Dios, y en mi conciencia,
que tantísimas de cosas
nos ha dado, que no hay cuenta.

Beatriz.

No habeis de pasar de aquí.

Leonor.

Llegar tengo hasta la puerta.

Beatriz.

Señor don Felix, quedaos,

Felix.

En favor se me conceda

de Negar hasta el estrivo.

Angela.

Llegad muy en hora buena,
ganareis vos este, y yo
perderé el de la paciencia.

Leonor.

A Dios amiga.

Beatriz.

¡Ay Leonor!

¿quién sin escucha pudiera,
ya que tanto se confrontan
las inclinaciones vuestras,
desahogar contigo el alma?

Leonor.

Yo procuraré, que tengas
ocasion de hacer por mí
esa confianza, cierta
de que he de servirte.

ESCENA XII.

Doña Leonor, Inés y don Luis.

Luis.

Cé,

cé, Leonor.

Leonor.

¿Quién aquí?

Luis.

Deja
el sobresalto: yo soy.

Leonor.

¿Pues don Luis, como ¡qué pena!
aquí, cuando?.....

Luis.

A verte, viene.

tu hermano impidió la puerta,
y para que si volviere,
á otra parte le diviertas,
he querido que no estés
ignorante, y que lo sepas,
porque veas, que has de hacer.

Leonor.

Vuelve á esconderte, que entra. (1)

ESCENA XIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

¡Válgame el cielo, qué presto
una dicha, á quien debiera
dar en albricias el alma,
viendo cuan buena tercera
en la amistad de Leonor
habian hallado mis penas,
el cielo de uno á otro instante
quisó que en pesar se vuelva!

Leonor.

¿Felix, pues qué sentimiento,
pues qué suspension es esa?
¿Cuándo esperaba que alegre
tendrías la norabuena,
en ocasion de lograr
el servir á quien festejas,
tan triste y confuso? ¿Qué
tienes?

Felix.

¿Qué quieres que tenga,
¡ay Leonor! si no hay ventura,

(1) *Escóndese don Luis.*

que sin su pensión no venga ?
 y esta es tal, que me embaraza
 cuantos alborozos pueda
 haber grangeado ; pues cuando
 se me entra el bien por las puertas,
 por las puertas á su sombra
 se me entra el mal ; de manera,
 que no basta que en mi casa
 la dicha un instante tenga ,
 para que no tenga ; ay triste !
 tambien la desdicha en ella ,
 enlazadas de una , y otra.

Leonor.

Sin duda presume , ó piensa *ap.*
 que está aquí don Luis. ¿ Pues qué,
 (¡ que mal el temor se alienta !) *ap.*
 ¿ qué te sucede ?

Felix.

No sé
 cómo á decirte me atreva ,
 que tu decoro , Leonor ,
 no se aventure en materia
 tan achacosa á tu oído ,
 sin que se pase á indecencia ;
 pero supla la objecion
 el sentimiento.

Leonor.

Estoy muerta. *ap.*

Luis.

¿ A dónde tantas confusas
 palabras , y tan suspensas
 irán á parar ?

Felix.

Yo...

Leonor.¡ Ay triste ! *ap.**Felix.*

He sabido.....

Leonor.

¿ Qué recelas ?

Felix.

Que don Luis de Mendoza.....

Leonor.¡ Ay cielos , que mal empieza ! *ap.**Felix.*

Enamorado....

Leonor.¿ Qué escucho ! *ap.**Felix.*

Pretende.....

Luis.¿ Qué oigo ! *ap.**Felix.*

En mi ofensa.....

Leonor.¿ Yá qué hay que pensar ? *ap.**Luis.*Aquí *ap.*

amor , y amistad se arriesgan.

Felix.

A Angela.

Leonor.¿ Quién creerá , cielos , *ap.*

que tales mis ansias sean ,

que hayan podido tener

á los zelos por enmienda ?

*Luis.*Absorto quedo al oírle : *ap.*

¿ pero quien , cielos , creyera ,

que sean mis ansias tales ,
 que á un mismo tiempo me vean
 zelos , que doy , y me dan ,
 persona que haga , y padezca ?

Felix.

Y aunque no acaso , Leonor ,
 la eleccion , porque esa fuera
 acusar mi amor , no puedo
 dejar de sentir , que vea
 desde la orilla mi amor
 antes que el mar , la tormenta ;
 antes que el humo , el incendio ;
 antes que el monte , la fiera ;
 la ruina antes , que la mina ;
 antes que la nube densa ,
 el rayo ; ay de mí ! mostrando
 en la amiga competencia ,
 cuan impensados me asaltan ,
 cuan improvisos me cercan ,
 si el nublado , si el asedio ,
 el fuego , el golfo , la niebla ,
 el rayo , la ruina , el bruto ,
 el incendio , y la tormenta .
 A Angela don Luis adora ,
 y con tan grandes finezas ,
 que de dia , ni de noche
 de sus umbrales se ausenta .
 Si me declaro con él ,
 ¿ qué razon hay que yo tenga ,
 que no la tenga él ? Si de
 de declararme , es bageza ,
 que no esté doble conmigo ,
 y yo lo esté con él ; fuera
 de que es partido villano ,
 que yo que me ofenda sepa ,

y él no que le ofendo yo ;
 y pues no es la vez primera ,
 que donde andan zelos , ande
 la amistad en contingencia ,
 quitémonos los embozos ,
 y lo que viniere venga ;
 mejor será de una vez ,
 ó asegurarla , ó perderla .

ESCENA XIV.

Doña Leonor , Lúis y don Luis .

Leonor .

Entreabre esa ventana ,
 y mira si ves viendo que dejas
 mi hermano la calle , ese hombre
 en ella por .

Luis .

Leonor . bella ,
 oye .

Leonor .

¿ Qué mas he de oír ?

Luis .

Mis disculpas .

Leonor .

¿ Puede haberlas
 tantas injurias , tantos
 agravios , tantas cautelas ?

Luis .

Oye , y las sabrás .

Leonor .

Ni oírlas

quiero , falso , ni saberlas ,
 sino que te vayas luego
 tan para siempre , que de esta

casa en tu vida te acuerdes.

Luis.
Has de oírme, aunque no quieras.

Leonor.
¿Irás-te, si te oigo?

Luis.
Sí.

Leonor.
Pues di.

VIX *Luis.*

Viéndome en mis penas
tan suspenso, don Antonio
informarse quiso de ellas,
y como penas de amor
no hay otras que las desmientan,
por no revelar que tú amabas
eras, Leonor, dueño de ellas
y por desviarle mas,
que de él escrúpulo tenga,
quise nombrarle otra dama.

Leonor.

Calla y calla; cesa, cesa
falso, aleve, fementido,
y porque el que mientas
y veas, que antes que Felix,
ya te habia dicho ella;
¿qué criada es la que ya
tienes en su casa misma
sobornada?

Luis.

¿Y qué criada?

Leonor.

En vano fingir intentas;
muy buena, boba enamoras
ella me vengará de ella.

y tú de ella y de tí. ¡ Inés,
 qué aguardas? la puerta cierra,
 dá con ese hombre en la calle,
 y en tu vida á abrirle vuelvas.

Luis.

Leonor^a mia, mira, mira....

Leonor.

Aquí no hay nada que vea.

Luis.

Vamos no vuelva mi amo.

Luis.

Tú verás, que mis finezas
 te desenojan.

Leonor.

Y tú

la poca, ó ninguna enmienda,
 que puede tener el que
 dá celos con una necia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso leyendo una carta, y Juana.

Alonso.

¿Qué hacen Angela y Beatriz?

Juana.

Las dos, señor, asentadas
á las labores están,
que esta y las demas mañanas,
á estas horas las divierten.

Alonso.

Dílas que tengo que hablarlas,
que á mi cuarto pasen: pero
no, mejor será que vaya
yo al suyo, y no las estorbe
la digna ocupacion, Juana,
de la diversion, en que
dices á estas horas se hallan
bien entretenidas.

Juana.

Tú

lo verás.

Alonso.

Aunque me engañas,
veré tambien qué labores
son estas.

Juana.

Las de dos damas,

que de entendidas y hermosas
se precian, supuesto que ambas,
una el ingenio se afeita,
y otra se estudia la cara.

ESCENA II.

APOSENTO DE DOÑA BEATRIZ.

Don Alonso, doña Angela y doña Beatriz. (1)

Alonso.

¡O quien pudiera trocar
tan opuestas, tan contrarias
inclinaciones; y que
fuese Angela la inclinada
al aprender y Beatriz
al parecer; mas qué vana
pretension, si hay superior
arbitrio que las reparta!
en cuyos opuestos genios
suspenso quedé al mirarlas.

Angela.

¿Es posible que no acabes
de hacer esa trenza?

Juana.

¿Si andas,
por mirarte á todas luces,
tan inquieta, qué te espantas?

Angela.

Noramala para ti:
¡qué torpe y desaliñada!

(1) Doña Angela estará al tocador, Juana va á ayudarla, y Beatriz sentada en otro lado leyendo un libro.

si pudiera de alucismo
 algo á mí, fuera tu maña;
 tres tocadas con este
 los que hoy has errado.

Juana.

Aguarda,
 verás si tengo disculpa.

Angela.

¿Qué disculpa, mentecata?

Juana.

Estarte viendo, señora,
 dentro de tu espejo, y tanta
 es la suspension de ver
 tu hermosura, que admirada,
 no es posible que te acierte
 á servir.

Angela.

Si esa es la causa,
 yerra otros tres por mi cuenta,
 y tres mil, si tres no bastan.

Juana.

Criadas, si ois no quereis
 esto de las noramalas;
 para vuestras amas no hay
 medio como lisonjearlas.

Beatriz.

Discreto amigo es un libro:
 ¿qué á propósito que habla
 siempre en lo que quiero yo!
 ¡y que á propósito calla
 siempre en lo que yo no quiero,
 sin que puntoso me haga
 cargo de por qué deslizo,
 ó por qué le dejo! Blanda
 su condicion, tanto que

se de la buscar, si agrada,
y con el mismo semblante
se deja dejar, si cansa.

¿Señor, tú estabas aquí?

Alonso.

Si, Beatriz, y haciendo estaba
discursos, en cuanto diera,
porque la suerte trocará
aquel espejo á ese libro.

Angela.

¿Pues por qué, señor, te causas
de mis alifios?

Alonso.

Porque

verte, Angela, estimára
mas amiga de saber.

Angela.

¿Pues he de ser yo Letrada?

¿y cuando hubiera de serlo,
habria alguno en España,
que mejor parecer diera?

Alonso.

Para de paso, esto basta:
á veros, hija y sobrina,
(mal dije) digo, que ambas
lo sois, pues tambien tú eres,
Beatriz, pedazo del alba.
A veros, digo, he venido
con un cuidado;.... esta carta
lo dirá mejor que yo;
prevente para escucharla,
Beatriz, pues á tí te toca
el todo de estas desgracias.

Lee. Octavio, en cuya confianza el señor don Alvaro, vuestro hermano mayor y amigo mío, dejó la

hacienda que vino de Indias para mi señora doña Beatriz, puesto en quiebra, ha faltado de esta ciudad; y aunque deja algunos efectos, no tan cortos, que no necesite de mucha diligencia su cobranza, remitidme poder, noticias y papeles, para que yo...

No leo mas, porque me quiebra el corason, que sea tanta, Beatriz, tu poca fortuna, que lo mas y menos hayas de necesitar de otro.

Beatriz.

No, señor, estremos hagaa, que tu menor sentimiento será mi mayor desgracia.

Alonso.

¿Cómo no? á Sevilla he de ir, que no es para encomendada esta diligencia á quien le duela menos la falta de tus aumentos.

Beatriz.

Señor... (1)

Alonso.

¿Qué haces? del suelo levanta.

Beatriz.

Será en vano, y no me tengo de levantar de tus plantas, sin que, besando tu mano, me des con elle palabra de que no te ha de costar de esa hacienda la cobranza el menor desasosiego. Piérdase todo, que nada

importa con tu quietud :
 no el que sea desdichada
 en lo menos , consecuencia
 de serlo en lo mas se haga ,
 aventurando , señor ,
 tu salud , tu edad , tus canas
 por mí ; que cuando á mi estado
 no le quede otra esperanza ,
 para entrarme en un convento
 mis pobres joyuelas bastan ,
 La mayor fineza sea
 el cuidar de tí yo .

Alonso.

Basta ,
 basta el ruego , Beatriz , que es
 con tan nueva circunstancia ,
 que ruega uno , ó manda otro ;
 pues con las mismas palabras ,
 lo contrario que me ruegas ,
 parece que me lo mandas :
 fuera de que es bien que sepas ,
 que de esta quiebra me alcanza
 no pequeña parte á mí ,
 que no quiero que obligada
 quedes al cargo de todo ;
 y así , mientras la jornada
 dispongo , y el modo ajusto
 en que ha de quedar mi casa ,
 bien que quedando tú en ella ,
 nadie , Beatriz , hace falta ;
 habré de valerme de este
 caballero que con tanta
 fineza en tí , de tu padre
 vivas las memorias guarda .

Angela.
 Mucho me pesa, Beatriz; pero
 por cierto; no te faltaba
 mas ahora que ser pobre;
 pero vive en confianza
 de que no te faltaremos
 yo; y el que su estrella guarda
 con la dicha de mi esposo,
 pues no pudo...

Beatriz.

¿Qué?

Angela.

Que traiga
 tu remedio, si, en algun
 escudero de su casa.

ESCENA III.

Beatriz y despues Juana.

Beatriz.

Guárdete el Cielo, por tanto
 favor; no en vano fiada
 en tí vive yo. Y no en vano
 quiere (¡ay infelíz!) tirana
 esmerarse mi fortuna,
 hasta ver á donde alcanza
 el sufrimiento en un pecho,
 y el sentimiento en un alma;
 pero de muy bajos medios
 se vale esta vez, si trata
 de acrisolar mi paciencia;
 porque contra mi constancia
 no es el interés examen,
 sin ver que teniendo armas

en mí contra mí tan nobles,
 tan generosas é hidalgas,
 como mi propia memoria,
 de las civiles se valga;
 y para que de una vez
 desengaño su ignorancia,
 y sepa de cuales puede
 usar con mayor ventaja,
 he de acordárselas todas.
 Yo, fortuna,

Juana.

Una tapada
 de buen arte, al parecer,
 afligida, ha entrado en casa,
 y preguntando por tí,
 licencia de hablarte aguarda.

Beatriz.

¿A mí, quién puede ser? pero
 muger; y afligida, basta:
 dila que entre.

ESCENA IV.

Dichas y doña Leonor con manto.

Leonor.

¿Podré hablaros
 á solas?

Beatriz.

Sí: salte Juana,
 allá fuera.

Juana.

A que es, señora,
 embestidura, apostara
 la vida.

Beatriz.

¿Porqué?

Juana.

Porque hay

mil de estas estrafalarias,
que á título de limosna,
se estofan de lo que estafan.

ESCENA V.

Doña Leonor y doña Beatriz.

Beatriz.

Ya estoy sola, bien podré,
señora, decir qué mandas.

Leonor.

Que me des, Beatriz, los brazos.

Beatriz.

¿Leonor, mía? ¿pues qué causa
hay que te obligue á venir
de esta suerte?

Leonor.

Oye, y sabrás la :
al despedirnos anoche
me dijiste que deseabas,
en fé de la inclinacion
que se ha confrontado en ambas,
desahogar tus desazones
conmigo, y tan obligada
quedé á que quieras de mí
hacer esta confianza,
que no ví la hora de verte;
y como si destapada
á pagarte la visita
viniera, era cosa clara
que me habia de asistir

Angela, de quien recatas
 tus sentimientos, y puestas
 que dijiste que te holgaras,
 que habláramos sin esoucha,
 quise, habiéndolo esta mañana
 ido á sacar á la puerta,
 Beatriz, de Guadalajara,
 un vestidillo, dejando
 á la vuelta una criada,
 con quien sé, no perderé
 la ocasión, sino lograrla,
 aunque de paso; y así,
 pues no saben con quien hablas,
 mira en qué puedo servirte:
 ¿qué me quieres, que me mandas?
 siarte de mí bien puedes,
 y si quieres que mis ansias,
 que también de anoche acá
 hay novedad, que mis causas
 quiten el miedo á las tuyas,
 lo haré, aceptando la paga
 antes que la obligación,
 pues si, en mi temor reparas,
 quizá, te he menester mas
 yo á tí, que tú á mí. Esto basta
 que te diga por ahora. *Llora.*

Beatriz.

Mas que tus labios me callan,
 tus ojos, Leonor, me dicen.

Leonor.

¿Pues qué esperas, pues qué aguardas,
 para decirme tus penas,
 si me ves llorar? pues nada
 te empeña mas en decirlo,
 que el vez que sabré llorarlas.

Beatriz.

Aunque es verdad, Leonor mía,
que la ocasión deseaba
de comunicarte contigo
un cuidado, se adelanta
tanto tu pena á mis penas,
que he de rogarte me hagas
el favor de hablar primero.

Leonor.

Si es tomarme la palabra
de que mis ansias, Beatriz,
el paso á las tuyas abran,
yo lo haré. Sabrás ¿ay triste!
que libre, altiva y ufana,
burlando imperios de amor...
¿La voz parece que extrañas?
pues, no la extrañas, Beatriz,
que sí he de contar mis varias
fortunas, fueras á ti bien
en mi dejar de contarlas;
pues fortuna sin amor,
no es más que cuerpo sin alma.
Burlando, digo otras veces,
imperios de amor, ufana,
altiva y libre vivía,
cuando su deidad tierna
ofendida de que fuese
yo, la excepción de sus armas,
las que contra otras, por uso,
tomó contra mí en venganza.
Don Luis, el mayor amigo
de mi hermano, con la entrada
que el serlo le permitía
á todas horas en casa,
y con el digno pretexto

de esposo, medios y trazas
 buscó de que yo entendiera
 las mudas cifras del alma.
 No fueron dificultosas,
 que mi hermano en su alabanza
 siempre hablando, me quitó
 el cuidado de estudiarlas.
 Dejo aquí, por no causarte
 papeles, fuegos, criadas,
 rejas, noches, y hoy solo
 á que en fé de la palabra
 de esposo, impide el cariño
 en cuya tranquila y blanda
 paz, siento en popa, de amor,
 sel que los piélagos, hasta
 que los embates de zelos
 levantaron la borrasca.
 A Angela tu prima adora,
 y no tan solo, me agravia
 en la parte del afecto
 á quien tan ingrato falta,
 pero en la parte tambien
 de que mi hermano la ama,
 y su competencia temo,
 que pase á mayor desgracia,
 si es que se encuentran, los dos,
 porque sé que Felix anda
 buscándole desde anoche
 para decirle sus ansias:
 de suerte que entre mi hermano
 y amante sobresaltada
 es fuerza vivir, temiendo
 el todo y la circunstancia;
 y así yengo á suplicarte,
 pues como ladron de casa,

es fuerza estar á la mira
de lo que pasa y no pasa,
procures con tu cordura,
tu entendimiento y tu maña,
haciendo que Angela á entrambos
cierre el paso á la esperanza,
desviar aqueste empeño,
que á dos tanos amenaza
mi vida; pues de cualquiera
suerte soy á quien alcanzan,
á de Felix las ofensas,
ú de don Luis las mudanzas.

Beatriz.

¿Qué poco, Leonor, me has
en lo mucho que me encargas?

Leonor.

¿Es desdeñarte, por ser
materia de amor?

Beatriz.

Aguarda,

y verás cuán al contrario;
que antes (¡ay Dios!) si escucharas
el discurso, Leonor mía,
en que cuando entraste estaba,
vieras que por ser de amor
solo de mano me ganas,
pues lo que quise decir,
lo mismo es que tú me mandas!

Leonor.

¿Pues qué era el discurso?

Beatriz.

Era,

recopilando desgracias,
hacer cargo á mi fortuna,
de qué remedios se valga

hoy contra mí tan civiles ,
 como que quitado me haya
 la esperanza de que pueda
 salir de esta voluntaria
 cárcel , donde mis respetos
 me mantienen de una vana
 necia hielidad prisionera ;
 pues la hacienda que esperaba ,
 de anoche acá la he perdido ,
 pudiendo , si hácerme trata
 asunto de sus victorias ,
 usar de mas nobles armas .
 Este era el discurso ; ahora ,
 para que le entiendas , falta
 saber que armas eran estas :
 ¡ mas ay , qué necia ignorancia !
 pues cuando dije , Leonor ,
 que mi desdeña ni estraña
 pláticas de amor mi oido ,
 dije bien si lo reparas ,
 que en su mar una fortuna
 estamos corriendo entrambas .
 Libre tambien del tirano
 imperio de amor me hallaba
 yo , Leonor , cuando trocó
 en tormentas mis bonanzas ;
 y para que veas ¡ ay triste !
 cuanto encadena , y enlaza
 un influjo nuestra estrella ,
 huve de amar á quien amas .
 No te asustes , que don Félix ,
 sin mas amistad ni entrada
 en mi casa , y en mi pecho ,
 que sólo una cortesana
 galantería , en que hicieron

lo medido en las palabras,
 y lo atento en las acciones
 alarde, sobre su gala,
 de su ingenio y su nobleza,
 es el que (la voz me falta)
 me debió el primer afecto,
 sin presumir que pasara,
 ni nunca pasar pudiera;
 del primer afecto, hasta
 que repetida la vista,
 de esa calle, viya estatua,
 reconocí de mi prima
 el galanteo. ¡ Mal haya
 pasion tan incorregible,
 que cuando quien es recata,
 para que diga quien es,
 es menester maltratarla!
 En fin, viendo quanto vive
 imposible mi esperanza,
 pues tan desfavorecida
 el cielo quiere que nazca
 de méritos y caudales,
 y todo, Leonor, me falta;
 lo que decirte queria,
 era, lo primero, me hagas
 favor de que esta pasion
 nunca de tu pecho salga;
 pues mejor es que se esté
 oculta, que desairada:
 y lo segundo, que tu
 le dijeras y disuadas
 del empeño de mi prima,
 pues razones tiene hartas,
 que le desagraden de ella;
 y para que polerada.

viva yo, mira á que bajo
partido se dán mis ansias,
que el no verle galan de otra,
para consuelo me basta.

Leonor.

Una hermosura, Beatriz,
á las dos ofende, haya
contra la hermosura ingenio;
veamos quien puede mas.

Beatriz.

Baja
la vez y hablemos mas quedo,
que está Angela en esa cuadra.

ESCENA VI.

Dichas, don Antonio y don Luis.

Antonio.

¿Qué á entrar os atreveis?

Luis.

Si,

que viendo que no está en casa
don Alonso, pues le he visto
fuera, quiero á la criada
que os dije, dar un papel.

Antonio.

Pues yo me quedo á la entrada,
para hacer alguna seña,
si alguien viene. *Retirase.*

Luis.

Aunque me enfada *ap.*

don Antonio en haber sido
quien dicho á don Felix haya
mi amor, porque uno ni otro
presuman, y á que no caigan

donde fue donde lo oí ;
 no es justo darme de nada
 por entendido , hasta que él
 se declare ; á cuya causa
 no he querido que me halle
 esta noche , porque añada ,
 dando á Isabel un papel ,
 siquiera esta circunstancia ,
 de que estoy mas empeñado ,
 que él.

Beatriz.

Encubrete : ¿ quién anda
 aquí ?

Luis.

Con Beatriz he dado.

Leonor.

¿ Ah tirano ! ¿ quién pensára (1)
 que aquí había yo de verte ?

Luis.

Quien... si... cuando .. vos.... El habla *ap.*
 se me ha turbado en el pecho.

Antonio.

Turbádose ha : ¿ quien hallára *Sal.*
 disculpa !

Beatriz.

¿ Pues no decís ,
 qué buscáis ?

Antonio.

A una criada ,
 buscando venimos : ¿ qué
 el decirlo os embaraza ?

Luis.

¿ Qué decís ?

Antonio.

El caso es
 (quiera Dios que con bien salga) *ap.*
 que en la casa que servia
 antes de esta, que es la casa
 de una deuda del señor
 don Luis, de joyas y plata
 se hizo un grande hurto, y ella
 dijo, que aquella mañana
 vió un hombre salir, estando
 asomada á una ventana,
 y que le conoceria,
 si le viese.

Luis.

¿Hombre, qué trazas?

Antonio.

Háse prendido un ladrón
 con mil preciosas alhajas,
 y para que reconozca
 si es el que vió, y si de tantas
 son de su señora alguna;
 me ha encomendado la Sala,
 como oficial que soy de ella,
 que un requerimiento la haga.
 El señor don Luis corrido,
 por ser criminal la causa,
 de que vos sepais que él
 en la diligencia anda,
 que al fin pensó que sin veros
 fuera posible el hablarla,
 se ha embarazado; mas yo,
 á quien nada le embaraza,
 doy testimonjo de que
 buscamos á la criada.

Beatriz.

Está bien, y la que es
tambien sé, ¿Isabel?

ESCENA VII.

Dichos e Isabel.

Isabel.

¿Qué mandas?

Antonio.

Vive Dios, que lo ha creído.

Luis.

Conforme á lo que la llama.

Beatriz.

Ponte el manto, que con esos
señores fuerza es que vayas.

Isabel.

Pues yo, señora, qué culpa
tengo en que...

Beatriz.

No digas nada,
vé y ponte el manto; y los dos,
pues yo permito llevarla,
sea donde no tengais,
que volver aquí á buscarla.

Luis.

No lo creyó mucho. Ved....

Beatriz.

No mas.

Antonio.

Que nosotros...

Beatriz.

Basta,
que ha de ir con los dos.

Leonora. No sé
 como reprimo mi rabia!

ESGENA VIII.

Dichos, don Felix, Roque, y despues doña Angela.

Roque.

¿ Señor qué intentas ?

Felix.

¿ Si yo

le vi entrar y veo que tarda,
 porque á lo que él se atrevió
 no me atreveré yo ?

Roque.

Aguarda,
 que aqui está él, Don Antonio,
 y Beatriz, y una tapada.

Felix.

Oye, pues.

Angela.

¿ De cuando acá
 despides tú á mis criadas,
 Beatriz ? ¿ son tuyas ó mias ?

Beatriz.

Tuyas.

Angela.

¿ Pues cómo las mandas ?

Beatriz.

Como esos señores vienen
 por ella, y es cortesana
 accion, que por ella no
 tengan que volver.

Angela.

Si tanta

gente creyera que había ;
no saliera descuidada ,
porque hoy solo me toqué *ap.*
para el gasto de mi casa.

Felix.

¿Qué será esto ?

Roque.

¿Qué sé yo ?

Luis.

¿Qué beldad tan soberana ! *ap.*

Felix.

¿Qué peregrina hermosa ! *ap.*

Antonio.

Si os enojais de que saha
la criada , mejor es ,
aunque se pierda la instancia ,
el que nos vamos sin ella.

Luis.

Decís bien , vamos.

Leonor.

¿Qué ansia ! *ap.*

Luis.

¿Don Felix , vos aquí ? (1)

Felix.

¿Pues

qué os admira ? ¿qué os espanta ,
si vos estais , que esté yo ,
y quizá con mejor causa ?

Leonor.

Mi hermano.

Beatriz.

Ya es otro el riesgo. *ap.*

¿Don Felix aquí ?

(1) *At inser hallan á don Felix.*

Angela.

¿Qué estrañas,
si el uno por Isabel,
que venga el otro por Juana?

Luis.
¿Por qué mejor?

Felix.
Porque tengo
la que tenéis, á que añada
la de veniros buscándo,
por tener una palabra
que hablar con vos.

Luis.
Quién me busca
en parte tan escusada,
no como amigo pretende
que responda.

Antonio.
¿Cómo se hablan
los dos así? ¿Pues don Luis,
don Felix, que es esto?

Los dos.
Nada.

Angela.
¿Qué bueno será ver, como
los que se mueren, se matan?

Felix.
Yo tengo que hablaros.

Luis.
Yo
que responderos.

Leonor.
¿Turbada
estoy?

Beatriz.

Ved, mirad ...

Felix.

De aquí

salgamos, que de las damas
buenas campañas no son
los estrados.

Luis.

¿Pues qué aguarda
vuestro valor?

Alonso.

¿Cómo es eso

de estrados, y de campañas
en mi casa? ¿cómo?

Felix.

¡Bravo

ap.

empeño!

Luis.

¡Desdicha extraña!

ap.

Beatriz.

¡Muerta estoy!

ap.

Antonio.

¿Roque, qué es esto?

Roque.

A esto, señor mío, llaman
cuando pierden los fulleros,
caerse acuestas la casa.

Alonso.

¿Aquí tanto atrevimiento?
¿nadie responde, ni habla?
¿qué es esto, digo? y qué....

Angela.

Yo

lo diré en cuatro palabras.

Beatriz.

Ella ha de echarlo á perder, ap.
si lo dejó á su ignorancia.

Angela:

Aquesos dos caballeros
enamorado; me.....

Beatriz.

Aguarda,

que si no estabas aquí,
¿has de saberlo?

Angela.

Pues tanta

dificultad hay en que
enamorado;....

Beatriz.

Sí, calla,

pues no lo viste. Señor,
estando yo en esta sala,
que Angela estaba allá dentro,
aquésta muger tapada
huyendo se entró, diciendo,
que su honor, y vida estaba
á riesgo, y que por muger
la favorezca, y la valga.
Tras ella esos caballeros,
y los dos que la acompañan,
entraron, y por la cuenta,
segun el lance declara,
el uno es el que la ofende;
y el otro es el que la ampara.
Púseme delante de ella,
y al verme, sin que la espada
sacasen, á mi respeto
tuvieron atencion tanta,

que dijo: *ante* ¿pues llegó á las
 esa fiera, esa tirana
 enemiga al soberano
 sagrado de vuestras plantas,
 él la asegure. A que el otro
 dijo: *pues* ya asegurada
 queda ella, ahora pedimos
 los dos de nuestra demanda
 ajustar: en otra parte
 el duelo, que de las damas
 buenas campañas no son
 los estrados. ¿Pues qué aguarda
 vuestro valor? Dijo el otro:
 con que volver las espaldas,
 quedarse ella, y entrar tú,
 fue uno, y esto es lo que pasa.

Angela.

¿Oiga, qué no era por mí
 la pendencia?

Antonio.

Aquesta dama *A Roque.*
 tan bien miente como yo.

Roque.

Y aun mejor.

Alonso.

Aunque no basta
 para el supremo decoro,
 que se le debe á mi casa,
 haber de su atrevimiento
 sido esa, Beatriz, la causa,
 el respeto que han tenido
 á tu persona, me ataja
 mucha parte de la ira.

Felix.

Si hubiera de nuestra paña

sido eleccion , por ser vuestra ,
 tuvierais en qué fundarla ;
 mas si el acaso , ó el miedo
 se la diéron á esa ingrata ,
 quien sin eleccion elige ,
 enoja , pero no agravia.

Alonso.

Tambien aquesta razon
 admito , para que haya
 otra mas que me disculpe ,
 no echaros á cuchilladas
 de mis umbrales. Señora , *d Leonor.*
 (mude estilo mi templanza , *ap.*
 que de hombres á mugeres
 son las frases muy contrarias) ,
 de lances de amor , y zelos ,
 mozo fui , nada me espanta ,
 ya en mi casa entrasteis , ya
 es Beatriz la que os ampara ,
 á cuya cuenta correis ;
 ¿ ved , qué queréis que yo haga ,
 ó que queréis hacer ?

Leonor.

Esto. (1)

Luis.

A mí me dice que vaya
 con ella : ¿ quién será , cielos ,
 esta muger que me saca
 de igual trance ?

Antonio.

Con él vine ;

con él he de ir.

(1) *Vase llecándose del brazo á don Luis.*

ESGENA IX.

Don Alonso, doña Angela, doña Beatriz, don Felix y Roque.

Alonso.

Hasta que haya
alejádose de aquí,
que no podais alcanzarla,
no habeis de salir.

Felix.

No haré,
pues el mandar lo vos basta.

Alonso.

Angela, Beatriz, tenedle,
mientras que yo á mirar salga,
si se ha perdido de vista.

ESGENA X.

Dichos, menos don Alonso.

Felix.

¿Quién vió, ni prontitud tanta
en un fracaso, ni en una
desdicha atención mas sabia?

Roque.

¿Eso admiras? ¿qué muger,
señor, no nació dotada
en mentira infusa?

Beatriz.

Guerda *ap.*
anduvo Leonor, pues salva
el ser conocida, dando
fuerza al engaño.

Angela.

¿Que nada
de cuanto tú viste viese!

Felix.

¿Cómo rendirá quien se halla
con poco tiempo, y con dos
obligaciones á entrambas?
Una es, Angela divina,
hacerte cargo de tantas
finezas, como me debes;
otra es, darte á tí las gracias,
discreta Beatriz, de tantos
riesgos, como me restauras:
y pues á una, y á otra deuda
razon sobra, y tiempo falta,
supla una, y otra, arrojarme
igualmente á vuestras plantas:
á tí, por lo que me libras,
y á tí, por lo que me matas.

Angela.

¿Es eso lo que os quedó
que decir á la tapada,
que se fué con otro?

Beatriz.

Poco

os debe atencion, que iguala
nada al agradecimiento.

Felix.

¿Qué quereis, si hay quien le arrastra?

Beatriz.

¿Qué he de querer? mas si fuera
mia, yo la domeñára
á que lo primero fuera
lo primero.

Felix.

¿Habría traza
para eso?

Beatriz.

Querer quererla.

Felix.

¿Y, dime, quererla basta?

Beatriz.

No, mas dispone.

Felix.

No hay
dispuesta materia, que arda,
si está en otra parte el fuego.

Beatriz.

Irla acercando la llama.

Felix.

Cerca está, pero no prende.

Beatriz.

Luego es consecuencia clara,
que no está dispuesta, y pues
disponerla, es aplicarla.....

Felix.

Decid, sin que mas os cueste,
el cuidado de guardarla,
que hoy os quiero, sin teneros
cuidadosa.

Beatriz.

Todo pára
con que me la hagais, don Felix,
de no volver á esta casa,
que no hay para cada dia
un engaño, una tapada,
ni un deseo de la enmienda
á atrevimientos, que agravian
mas, que imaginais; no solo.

¿ ella, ¿ Angela, ¿ su fama,
 ¿ mi tio, ¿ á mí ; pero
 ¿ quien.... no sé á quien.

Felix.

No vaya

pena tal: ¿duda ; ¿ á quien decis ?

Beatriz.

Preguntadlo á la tapada,
 pues ella lo sabe, ¿ ella.
 os lo dirá.

Felix.

¿ Duda contraria ?

¿ Ella lo sabe ?

Beatriz.

No sé ;

y si sé.

Felix.

¿ En voces contrarias,

respondéis ?

Beatriz.

Sí.

Felix.

Mal podré yo

sin conocerla.

Beatriz.

Buscadla.

Felix.

No sé á donde.

Beatriz.

Yo tampoco.

pero ella....

ESCENA XI.

Dichos y don Alonso.

Alonso.

Pues ya se alargarán,
idos, caballero, y ved,
ya que fue la prisa tanta
que dió aquella dama á irse,
que no hubo lugar de que haga
amistades, que debiera,
que salís de aquesta casa,
y correrá por mi cuenta
cualquier disgusto ú desgracia
que de este duelo resulte.

Felix.

Yo os doy, señor, la palabra,
porque fué lance rifado,
sin empeño de importancia,
que por aquella muger
segundo duelo no haya.

Alonso.

Oid, dejar la que os deja
es la mas cuerda venganza:
id con Dios.

Felix.

Guardaos el Cielo:
¿qué es lo que llevo en el alma,
que con sentirlo lo ignoro?

Roque.

¿Pues qué ha sido?

Felix.

Unas palabras,
tan confusas á una luz,
á otra luz tan cortesanas,

que viendo á Angela, el oír las
me divirtió de mirarla.

ESCENA XII.

Don Alonso, Beatriz y Angela.

Alonso.

Si cerradas estas puertas
estuvieran, no se entrarán
acá tales alborotos.

Beatriz.

Descuido fué.

Alonso.

No faltaba
mas que era andarme yo ahora,
si mas el lance durara,
ajustando duelecitos
de melenas y tapadas.
Entraos las dos allá dentro:
mas oye, Beatriz.

Beatriz.

¿Qué mandas?

Alonso.

La jornada corre prisa,
ya ves que la ropa blanca
dice quien es cada uno,
mayormente en las posadas;
si menester fuere alguna,
te ruego esta tarde salgas
á prevenirla.

ESCENA XIII.

Dichos, menos don Alonso.

Beatriz.

Saldré,

señor, de muy buena gana. ¿Sup
esta tarde por tí? ¡Vienes, ¿no es
Angela?

Angela.

Si, que embobada
me he quedado de saber,
que los que á una muger aman,
ríen por otra.

Beatriz.

¿Qué quieres?
como eso en el mundo pasa:
no hay sino....

Angela.

¿Qué?

Beatriz.

Aborrecer

á los dos.

Angela.

Desde mañana,
porque hoy tengo que hacer unos
lazos, verán que no tratan
de mas que de aborrecerlos
mis tres sentidos del alma.

Leonor.

Sí, que las cinco potencias
estarán muy ocupadas;
que aborrecer y hacer lazos
son dos cosas muy contrarias.

ESCENA XIV.

DECORACIÓN DE CALLE.

Doña Leonor, don Luis y don Antonio.

Leonor.

Que me conozca no quiero *ap.*

don Luis, y cómo podré tomar el coche; no es.
Pues ya os serví, caballero, y no habeis de pasar de aquí.

Luis.
¿Cómo obedeceros puede mi obligacion, si sin queda servidor á quien debí haberme dado la vida, porque es menester dádiva, que es el honor de una dama; y si consigo dejarla por vos segura del riesgo que amenazó su opinion, pues aunque no fue cómplice su hermosura del atrevimiento mio, siempre las mugeres son deudas de la opinion en cualquiera desvario de los hombres, ¿como puedo condenarme á no saber á quien lo he de agradecer?

Leonor.
Poco conyeneida quedo de la razon que me dais, (disfrazar en vano intento ap. el habla y el sentimiento) pues vos, á mí no me estais en obligacion ninguna; que hallándome acaso allí, y empeñada, cuando ví que en tan deshecha fortuna Beatriz de mí se valía, que dice de su fingimiento

el ayudar el intento; pero yo no
 pues así como así habla
 yo de salirme de allí?

Luis. ¿Qué dices?

Sí, pero villano indicio
 fuera, cuando el beneficio
 viene á resultar en mí,
 el no agradecerle yo.

Leonora. ¿Qué dices?

Pues supuesto que queréis
 agradecerle, podéis,
 con una acción.

Luis. ¿Qué acción?

¿Qué es?

Leonora. ¿Qué acción?

Que no
 me sigáis más.

Luis. ¿Qué acción?

Res es

haber, señora, queridos...

Leonora. ¿Qué acción?

¿Qué?

Luis. ¿Qué acción?

Que el ser desagradecido
 me cueste el ser descortés;
 pues si de vuestra porfia
 vencirme, señora, intento,
 salto al agradecimiento
 por ir á la corteza.
 Y á dos afectos rendido,
 ya que uno forzoso es,
 mas quiero ser descortés,
 que no desagradecido.
 Quien sois, me decid, si ya
 otro bien queréis hacerme.

Leonor.

Quizá os pesará de verme;

Luis.

Quizá no me pesará;

sepa, pues, quien sois, por Dios.

Leonor.

Estoy porque lo sepais,
no mas de porque añadais
otro defecto á los dos.

Luis.

¿Qué defecto?

Leonor.

Mal, cruel

op.

pasion, cubrirte he querido.

No sé si él de fementido,

falso, ingrato, alve, infiel,

mal caballero, villano.

Luis.

La causa no alcanzo.

Leonor.

¿No

queréis verla?

Luis.

St.

Leonor.

Pues yo

soy. ¡Ay, de mí! mi hermano.

(1)

ESCENA XV.

Dichos, don Felix y Roque.

Luis.

¿Quién vio empeño mas cruel?

(1) Al descubrirse ó á su hermano y se retira al bastidor.

Donato.

De aqueste portal pretendo
valerme: ved que estoy viendo
cuanto os pasare con el;
y que si no pensais modo
para dejar de reñir,
me tengo de descubrir
y hemos de acabar con todo.

Felix.

La tapada á quien siguió
don Luis, al ver que he llegado,
á un portal se ha retirado.

Antonio.

¿Qué debo hacer ahora, yo
hallándome entre los dos,
puesto que de ambos amigos
á uno falto si á otro obligo?

Luis.

¿Qué he de hacer (¡válgame Dios!)
entre Felix y Leonor,
cuando creciendo
á empeño de amor y celos
se vá añadiendo el de honor?

Felix.

Y pues lo quisó mi estrella
(1) que los celos os abraza,
Roque, que me importa mas
que imaginas conocella;
y así aunque me veas reñir
no cuides de mí.

Roque.

No haré.

Felix.

Sino tras ella te vé

¿donde quiera que ir
 la viere. *Donde quiera que ir*
de donde quiera que ir
 No he menester
 yotam grande diligencia, ni q'ol
 como huir de una penitencia,
 parais tras una mugar.

Felice.
 Huélgome haberos hallado
 tan presto.

Luis.
 A mí no me pesa.

Antonio.
 A mí sí, que de las burlas
 me sé pasar á las veras;
 ninguno empune la espada
 sin mirar la diferencia
 que hay para sacarla, cuando
 suceden las contingencias
 entre amigos ó no amigos,
 ó el que la sacare entienda
 que me halle al lado del otro.

Luis.
 Yo no la sacaré qu esta
 ocasion, que habiendo oido
 que hay campañas, mal hiciera
 en sacarla, y mas adonde
 hay quien impediolo intenta.

Felice.
 ¿Si lo dije, á qué mas puede,
 obligarme que á ir á ella?

Luis.
 Pues guiad donde no haya
 testigo que lo defienda.

Antonio.

Ni guieis vos, ni vos sigais,
 sin que primero se advierta,
 que antes que allá hable el acero,
 lo puede aquí hacer la lengua.
 ¿Qué se ha de contar mañana,
 de que dos hombres que eran
 amigos ayer, hoy riñen,
 y mas pon cosa tan ciega,
 como el amor de dos dias?
 Pues para que peñir deban
 dos amigos, ha de ser
 tan reservada materia,
 que á mas no poder se esté
 honestada por sí mesma.
 ¿Visteis una dama vos?

Felix.

Y rendido á su belleza,
 confieso que la di el alma.

Antonio.

¿Pues á donde está la queja
 de que á otro, lo que á vos
 os aconteció, acontezca?
 ¿Teneis vos algún favor?

Luis.

Ni amago de que le tenga.

Antonio.

¿Pues donde está la esperanza
 que mas que un amigo pesa?
 Volved, necios, en vosotros,
 y ya que la accion suspena,
 si no capitula paces,
 por lo menos firma treguas:
 ¿decidme vos, sois amigo
 de don Felix?

Luis.

De manera,
que diere por él mil vidas.

Antonio.

¿Vos de don Luis?

Felix.

Nada precia
mas, que su amistad, el alma.

Antonio.

Pues puesto que el reñir fuera
ya para enemigos tarde,
y para amigos apriesa,
hayamos á razones.

Luis.

Yo confieso que si hubiera
sabido antes de don Felix
la pasión (esto me mueva
estarlo oyendo Leonor) *ap.*
de la mia desistiera;
porque en mí no ha sido mas
(¡ que haya de ser esto fuerza! *ap.*
mas paguele el gusto, y no
la obligacion de sus prendas,
que el capricho de saber
hasta donde la soberbia
llegaba de una hermosura
tan vana.

Felix.

Yo no pudiera
nunca desistir la mia,
aunque supiese la vuestra,
con que arguye la ventaja
que hay, si bien se considera,
de amor á capricho.

Luis.

Hay,
que nos es de ventaja que yo sup

Antonio.

¿Luego si no es amor de lo
estais, y él lo está, compuesta
está la cuestion?

Luis.

No está,
que hay segundo duelo en ella
que satisfacer.

Antonio.

¿Que duelo?

Luis.

Que siendo la vez primera,
que se amor supe en su casa
de Angela, buscarle en ella
tan desahento y acen,
que los estrados no eran
campanas, me obligó á que
nada de lo oiga otra,
que doy la satisfaccion,
que sólo doy por querrela
dar, al temor, y no...

Antonio.

Qui.

quien nunca, don Luis, dió muestras
de que sabia reñir,
riña siempre que se ofrezca;
mas quien sentó su opinion
tanto como vos la vuestra,
deje de reñir, que mas
airoso que el otro queda,
quien saben todos que sabe
reñir, y de reñir deja,

porque, quise acompañar, y el
 el valor de la prudencia;
 ¿queréislo mejor? ¿Don Felix,
 pensarais vos que pudiera
 nunca dejar de reñir;
 don Luis por miedo ó flaqueza?

Felix:

Y si otro lo pensára,
 le matára en su defensa.

Antonio:

¿Creyérades vos, don Luis,
 que si una cosa sintiera
 don Felix, dijera otra?

Luis:

No, de ninguna manera.

Antonio:

Pues si uno no lo pensára,
 y si otro no lo creyera,
 vive Dios, que será un suño;
 quien más de este duelo sienta;
 y vuélvome á mi principio;
 donde hay amistad no hay tema,
 finezas atropelladas
 son algo más que finezas.

Si á un amigo no se sofre,
 tal vez una impertinencia;
 ¿á quien se ha de sufrir? Dada
 á buenas, ¿de su estrella
 siga el rumbo el que no puede
 no seguirle, y el que llega
 á verse, halle superior
 palabra.

Luis:

Tened la lengua
 palabra, no la he de dar.

Luis.

¿Hay,
que necesida ventajapossib sup

Antonio.

¿Luego si no enameradeb roV,
estais, y él lo está, compuesta
está la cuestion?

Luis.

No está,
que hay segundo duelo en ella,
que satisfacer.

Antonio.

¿Qué duelo?

Luis.

Que siendo la vez primera,
que se amor sup, en su casa
de Angela, buscarne en ella
tan desavento y acen,
que los estrados no eran
campanas, me obligó á que
nada que lo oiga crea,
que doy la satisfaccibn,
que solo doy por queresta
dar, al temor, y no...

Antonio.

Qui.

quien nunca, don Luis, dió muestras
de que sabia reñir,
riña siempre que se ofrezca;
mas quien sentó su opinion
tanto como vos la vuestra,
deje de reñir, que mas
airoso que el otro queda,
quien saben todos que sabe
reñir, y de reñir deja,

porque quisiere acompañar, y el
 el valor de la prudencia: ¿quiere
 ¿quiere lo mejor? ¿Don Felix,
 pensarais vos que pudiera
 nunca dejar de reñir? ¿reñir?
 don Luis por miedo ó flaqueza?

Felix. No, señor.

Y si otro lo pensara,
 le matara en su defensa.

Antonio. ¿Y si otro?

¿Creyérais vos, don Luis,
 que si una cosa sintiera
 don Felix, dijera otra?

Luis.

No, de ninguna manera.

Antonio.

Pues si uno no lo pensara,
 y si otro no lo creyera,
 vive Dios, que será un día,
 quien más de este duelo sienta;
 y vuélvome á mi principio;
 donde hay amistad no hay tema,
 finezas atropelladas
 son algo más que finezas.

Si á un amigo no se sabe
 tal vez una impertinencia;
 ¿á quien se ha de sufrir? Dado
 á buenas, ¿de su estrella
 siga el rumbo el que no puede
 no seguirle, y el que llega
 á verse, halle superior
 palabra.

Luis.

Tened la lengua
 palabra no la he de dar.

donde vive y quien es. Cielos, ap:
haced que el enigma entienda,
que á ella remití Beatriz.

ESCENA XVII.

Roque, doña Leonor é Inés tapadas.

Roque.

Ya dá á la calle la vuelta,
alargo el paso á alcanzarla,
no entrándose en otra puerta,
me dé con el trascanton.

Inés.

¿ Era hora de que vinieras? 2

Leonor.

Ven, que hay mucho que contarte;

ESCENA XVIII.

Roque.

Con otra tapada encuentra,
y mano á mano las dos
entran en la calle nuestra,
y aun en nuestra casa: ¿ cómo
es esto? Bueno es, que tenga
mi amo contratada ya,
que á casa á buscarle venga,
y me haga á mí que la siga;
si ya no es que ella pretenda
darme el trascanton en casa:
pero no, por la escalera
sube y á la puerta llama,
cual pudo en su casa mesma.
Volveré á buscar volando
á mi amo, que es bien sepa...

la visita que le aguarda,
y la suma diligencia,
que la casa me ha costado.

ESCENA XIX.

SALA EN CASA DE DOÑA LEONOR.

Doña Leonor é Inés quitándose los mantos.

Leonor.

Quítame este manto aprisa,
que aunque no importaria, Inés,
el que mi hermano supiera,
que fui en cas de Beatriz,
importa que no lo sepa,
por circunstancias que hubieron
de obligarme á que por fuerza
me amparase de un portal,
en que él me vió.

Inés.

Pues ya quieta,
y segura estas ¿no puedo
saber qué ha habido?

Leonor.

Oye atenta?

llegué á casa de Beatriz... *Llaman.*
Mira quien llama á esa puerta.

Inés.

Mas parece inovacion,
que no relacion aquesta,
que es ella misma, señora.

ESCENA XX.

Dichas y doña Beatriz con manto.

Leonor.

¿Qué decís? ¿qué es esto, bella Beatriz? ¿tan presto me pagas la visita, que aun apenas he llegado, cuando ya te dió cuidado la deuda?

Beatriz.

Dijome, Leonor, mi tio, porque una jornada apresta, que comprase no se qué prevenciones para ella, mas dadas á mi cuidado, que al suyo; y viéndome fuera ya una vez de casa, quise no volverme, sin que sepa qué te pasó con don Luis; que ser bravo lance es fuerza el que se hallase contigo embarazado, al ver que eras tú la que de aquel empeño le sacases.

Leonor.

Aun no cesan.

¡ay, Beatriz mia! sucesos, que mas á luz de novela parecen imaginados, que sucedidos; resuelta á no descubrirme estuve, porfió en que me descubriera; y á sus sinrazones mas, que á sus razones, atenta,

me descubrí.

Beatriz.

¡Qué diría

al verte!

Leonor.

Aun eso se queda
sin saber; porque al instante
mismo mi hermano....

Inés.

Y el que entra,
que parece que tú voz
hoy mas conjura, que cuenta.

Beatriz.

¿Dónde podré retirarme?
que no quiero que me vea,
qué es hacer muy sospechosa
mi venida, sobre cierta
plática, que allá tuvimos
los dos.

Inés.

Pues en vano intentas
esconderte, porque ya
te vió.

Tápase Beatriz.

ESCENA XXI.

Dichas, don Felix y Roque.

Felix.

¿Qué es lo que me cuentas?

Roque.

Si no me crees, vesla allí.

Leonor.

¿En fin, no quieres que sepa
que eres tú?

*

Beatriz:

No, por Dios,

Leonor.

Pues

de hallarte aquí, sin que pueda preguntarme á mí quién eres, cuidado con la deshecha.

Señora, ese caballero no vive aquí, y bien pudiera, pues hay puerta en que llamar, no entrarse hasta donde....

Felix.

Espera,

y no enojada, Leonor, te desazones, ni ofendas con esta dama, negando, que vivo aquí, que si piensas, que es tomarme en tu decoro alguna libre licencia, te engañas; y bien podías tener hartas experiencias de cuanto mis atenciones pandonorosas respetan los umbrales de tu cuarto; y porque no solo queja formes, pero aun el enojo en agasajo conviertas; sabe, que á esta dama debo la vida, pues si por ella, y el ingenio soberano de Beatriz, Leonor, no fuera, don Luis, Angela, su padre, y yo, ten por cosa cierta, nos hubieramos perdido esta tarde.

Leonor.

¿Qué me cuentas?

Felix.

Esto es para más despacio,
que ahora basta que sepas,
que el venir aquí es la dicha
mayor, que hay que me acontezca;
pues sin saber cómo, hoy solo
ví entrar el bien por mi puerta.

Leonor.

Siendo así, trueque el estilo:
perdonad, por vida vuestra,
el no saber que os estaba
en tan generosa deuda.

Beatriz.

Perdonadme vos á mí,
y aqueste agrado os merezca
el haber de recibirle,
porque es forzoso, encubierta.
¿Qué es esto, Leonor?

Leonor.

No sé;

que eres la tapada piensa
de tu casa.

Beatriz.

¿Qué causa hay
de que por ella me tenga?

Leonor.

Tampoco lo sé, mas puesto
que por tan claro lo asienta,
alguna tendrá; y así,
convenir con él es fuerza.

Beatriz.

¿Y á qué he de decir que vine?

Leonor.

Tú allá en tu ingenio lo inventa.

Felix.

Ahora, señora, mil veces
dejad que á las plantas vuestras
ponga primero la vida,
que os debo, y luego con ella
el alma, de agradecido
de excusar la diligencia,
de ir á buscaros, á cuya
causa mandé, que os siguiera
este criado; pues fue
mi suerte hoy tan lisongera,
que supieseis vos mi casa,
al ir yo á saber la vuestra.

Beatriz.

Bien haberte á ti seguido, *ap. á Leonor.*
y hallarme á mí se concuerda.

Felix.

¿Decidme, qué me mandais?
porque obedecida, tenga
la razon de suplicaros,
que me saqueis de una pena,
en que me puso Beatriz,
diciendo que vos....

Beatriz.

La lengua
tened, que porque veais,
que lo que allá diria ella,
es lo que yo aquí á deciros
vengo de su parte, es fuerza
adelantar la razon,
pero mas sola quisiera.

Felix.

Salte tú allá fuera, Roque.

Leonor.
Inés, allá dentro te entra.

Inés.
¿Secretico? no en mis días, *ap.*
sin que saberlo pretenda.

Roque.
¿Caso reservado á mí? *ap.*
no en mis meses, sin que quiera
alcanzarle.

Inés.
Que sería
mal contado...

Roque.
Qué error fuera.....

Los dos.
El que volviesen los mantos,
y no volviesen las puertas.

ESGENA XXII.

Don Felix, doña Beatriz y doña Leonor.

Beatriz.
Lo que Beatriz os diria
es, que hay á quien ofenda,
Felix, vuestro galanteo,
aun mas, sí, que á Angela bella,
á su padre, y al honor
de su lustre, y su nobleza;
y tanto, que traeis la vida
muy á riesgo de perderla;
no porque haya Angela dado
(que infamemente mintiera)
nunca ocasion, mas porque hay
tan locas pasiones ciegas,
que se empuñan, donde no

saben en lo que se empeñan.

Un poderoso enemigo
teneis, de tantas cautelas,
que quizá hablando con vos
está, y cuando mas os muestra
descubierta el alma, es cuando
la tiene mas encubierta.

Yo (sea quien fuere) sé
vuestro riesgo , y por sospechas ,
que pueden tocarme , en que
él os mate , y yo le pierda ,
sabiendo cuanto es Beatriz
prudente , advertida , y cuerda ,
tapada , como me hallasteis ,
me fui á declarar con ella ,
porque su ingenio pusiese
á tanto peligro enmienda.

Que no bastaba me dijo ,
porque su prima era necia ,
loca , vana , y tanto , que
no ve la hora en que sucedan
por ella escándalos , que hacen
mas ruidosas las bellezas ;
y que así viniese yo
á deciros , que ella os ruega
de su parte , que la hagais
merced , de que por sus puertas
no paseis , que sentiria
mas , Felix , vuestra tragedia ,
que el deslustre de su prima.

Direis , al valerse ella
de mí , ¿ cómo escogí al otro ,
teniendo en esta materia
que hablar con vos ? Pero facil
me parece la respuesta ;

con que quise destelar
para, con vos la sospecha
de la segunda intencion,
reservando para esta
ocasion el declararme.

Tambien direis, que es muy nueva
cosa hacer bien, y guardar
la cara; pues no os parezca
que no hay razon, que si yo,
don Felix, me descubriera,
acabado estaba todo;
pues por mí facil os fuera,
que supieseis quien es vuestro
enemigo, y error fuera
curar un daño con otro;
pues saber basta en mis penas,
que di el aviso á Beatriz,
y Beatriz á vos por señas,
que os pide que no llegueis
ninguna noche á la reja
de la puerta de su calle,
porque os aguardan en ella.
Con esto, á Dios, y no hagais
otra vez, la diligencia
de que un criado me siga;
pues cuando el cuidado os muesa
de saber quien soy, Beatriz
os lo dirá, ya que es fuerza,
pues ella os remité á mí,
el que yo os remita á ella.

ESCENA XXIII.

Dichos, menos Beatriz.

Felix.

Oid, esperad...

saben en lo que se empuñan.

Un poderoso enemigo
teneis, de tantas cautelas,
que quizá hablando con vos
está, y cuando mas os muestra
descubierta el alma, es cuando
la tiene mas encubierta.

Yo (sea quien fuere) sé
vuestro riesgo, y por sospechas,
que pueden tocarme, en que
él os mate, y yo le pierda,
sabiendo cuanto es Beatriz
prudente, advertida, y cuerda,
tapada, como me hallasteis,
me fui á declarar con ella,
porque su ingenio pusiese
á tanto peligro enmienda.
Que no bastaba me dijo,
porque su prima era necia,
loca, vana, y tanto, que
no ve la hora en que sucedan
por ella escándalos, que hacen
mas ruidosas las bellezas;
y que así viniese yo
á deciros, que ella os ruega
de su parte, que la hagais
merced, de que por sus puertas
no paseis, que sentiria
mas, Felix, vuestra tragedia,
que el deslustre de su prima.
Direis, al valerse ella
de mí, ¿ cómo escogí al otro,
teniendo en esta materia
que hablar con vos? Pero facil
me parece la respuesta;

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Antonio embosado , como recatándose , don Felix tras él , y Roque.

Antonio.

No pongais tanto cuidado en conocerme, ya he dicho que pienso que en este puesto mas que os embarazo os sirvo; y que no es la primer noche que hablar á esa reja os miro; no me debe de importar, pues lo veo y no lo impido. Llegad, pues, llegad á ella, que seguro estais conmigo mas que pensais.

Felix.

Caballero,

los reservados motivos de una alma, no se revelan facilmente, no os he visto otra noche sino es esta: por eso no he pretendido conoceros otra noche. Ya os ví, y no puedo conmigo dejar de saber quien es de mis acciones testigo.

Antonio.

Pues no os empeñeis; yo soy,

Don Felix. (1)

Felix.

¡Qué es lo que miro!

¡Don Antonio?

Antonio.

Si.

Roque.

¿Esperabas

para mañana á decirlo?

que he estado de aquello de
pendiente el alma de un hilo.

Felix.

¡Pues, don Antonio, qué es esto?

Antonio.

Es saber vuestro peligro,
y sin que vos lo sepais,
quise venir á asistirlos.

Felix.

La fineza os agradezco,
pero no el riesgo imagino;
pues no tiene inconveniente,
cuando á ninguno compito,
hablar á una dama.

Antonio.

Basta

que disimuleis conmigo,
como si yo no supiera,
que es el ordinario estilo
de un amante cortesano,
negarse á cualquier indicio
del susto, muy en su duelo

el disimulo al amigo.
 Yo sé que en aquesta calle,
 centinela de vos mismo,
 esperando la invasion
 de un poderoso enemigo,
 estais en vela á un cuidado,
 si desvelado á un cariño;
 y aunque á él le ignorais, sabéis
 que en lo fatal del destino,
 el mas ignorado riesgo,
 es el riesgo mas preciso;
 y así, sin haceros cargo
 de que es la amistad servicio,
 todas las noches he estado
 como veis.

Felix.

Mucho os lo estimo;
 ¿mas yo enemigo? ¿yo riesgo?
 ¿quien, don Antonio, os lo ha dicho?

Antonio.

Si lo hemos de decir todo,
 Roque fue el que me lo dijo.

Felix.

¿Pues tú de qué lo sabias?

Roque.

Si todo hemos de decirlo,
 de aquella dama tapada,
 á quien seguí, y en tu mismo
 cuarto hallaste, sin romperse
 la tramoya donde vino.

Felix.

¿Pues ella contigo cuando
 habló?

Roque.

Cuando habló contigo;

porque como me mandaste,
 que me saliese á no oirlo,
 á oirlo me salí, que en fin,
 criados, dueñas y vecinos,
 ¿de qué servimos, señor,
 si de acechar no servimos?
 Contéselo á don Antonio,
 pretendiendo leal y fino,
 te desuadiese el empeño;
 si él, en vez de hacerlo, hizo
 la fineza de asistirte,
 disculpando está el delito.

Antonio.

Y bien disculpado está,
 pues que el barrio recogido
 no está, y esta noche mas
 temprano vuestro amor vino,
 que otras noches: haciendo hora,
 que me digais os suplico,
 de la noche al alba ¿qué
 diablos teneis que deciros?
 porque cuando vos hablando,
 estoy yo perdiendo el juicio,
 y mas con una señora,
 que, á lo que á todos he oido,
 no es la sabia Pitonisa,
 si ya no es que discursivo
 de lo que visteis de dia,
 amante contemplativo,
 enamorais de memoria;
 que aunque es un cielo divino
 lo lindo de su hermosura,
 ¿qué importa si anohecido
 se apaga todo y se queda
 á buenas noches lo lindo?

Roque.

Que enamore con linterna
mas de mil veces le he dicho,
ó que se traiga el lampion
de Siquis, y de Cupido,
con que maulero de amor,
podrá ser que halle perdidos
en los brios de lo hermoso
los trastos de lo entendido.

Felix.

¡Ay don Antonio! si hubiera
(ya que en los extremos míos
para hablar esto con vos
rodado el lance se vino)
si hubiera, digo otra vez,
de explicaros, de deciros,
la novedad de un amor
tan nuevo, y tan peregrino,
que dudo que hasta hoy en otro
se haya escuchado, ni visto,
no acusárais estas horas;
antes ¡ay de mí! imagino
que las tasárais á instantes,
aunque las vierais á siglos.
Decirlo deseo, y deseo
el callarlo, porque miro,
que si lo digo, aventuro
la verdad con que lo digo;
y si no lo digo, falto
tambien al pequeño alivio
de contarle, de manera,
que en dos afectos distintos,
en el uno vengo á darme
lo que en el otro me quito.
Pero entre una, y otra duda,

parta la voz el camino ;
 pues el decirlo yo todo ,
 será callarlo , y decirlo .
 Bien os acordais de aquel
 lance , en que todos nos vimos
 restados , cuando Beatriz
 tan rara enmienda previno ,
 pues no contenta con darme
 la vida que me dió , hizo
 que de intentar darme muerte ,
 me dé la tapada aviso .
 Dijome , pues , de su parte
 aquello de un enemigo
 poderoso , á quien mi amor
 ofendia : agradecido
 la empecé á estar desde entonces ;
 pero por el caso mismo ,
 que el peligro me avisó ,
 abandonando el peligro ,
 vine aquella misma noche ,
 que es caravana del brio ,
 hacer aprecio del riesgo ,
 para hacerle desperdicio .
 En la calle estaba , cuando
 vi que entréabierto un postigo
 de esa reja , una muger
 en sumisa voz me dijo :
 ¿ Es Felix ? Sí , respondí :
 segun eso no os han dicho ,
 prosiguió , que no vengais ,
 Felix , de noche á este sitio ?
 Antes de eso , dije , debe
 inferirse que lo he oido ,
 pues que quiso que viniese ,
 quien que no viniese quiso .

En fin, no perdamos tiempo ;
 desde pequeño principio
 resultó de un lance en otro ,
 que ser Beatriz averiguo ;
 y aun no sé de qué pasión
 con ingenioso designio ,
 en voces adrede erradas ,
 acertadas los indicios .
 Con que siguiendo su genio
 el imán de lo atractivo ,
 no es Angela con quien hablo :
 de noche , siendo á quien miro
 de dia : ved de un amor
 el mas ciego laberinto ,
 que jamás se supo ; pues
 queriendo cada sentido
 hacer bando de por sí ;
 con opuestos desvarios ,
 si en doña Angela lo hermoso
 me suspende , lo entendido
 en doña Beatriz ; á una ,
 Clicy de su luz la sigo ,
 todo el tiempo que su luz
 goza resplandores vivos
 del sol ; á otra , todo el tiempo ,
 que es la flor que en su capillo
 se oculta , hasta que la noche ,
 pandonoroso el capricho
 de que luce sin el sol ,
 la hace en trémulos giros
 la perfeccionen á sombras ,
 sin iluminarla á visos .
 En cuya guerra civil ,
 ya lo dije , de sentidos
 dentro de mí amotinados ,

día, y noche á dos asisto,
 enamorado de dos;
 de la una, si la miro;
 de la otra si la oigo,
 llevándose á un tiempo mismo
 hermosura, y discrecion
 (acabemos de decirlo)
 si la hermosura los ojos,
 la discrecion los oidos.

Antonio.

¿Una grande novedad
 pensareis que me habeis dicho
 en que amais á dos?

Felix.

¿No lo es?

Antonio.

No, que á mí me ha sucedido
 mas de quatrocientas veces.

Roque.

¿Qué pobrete no ha tenido
 en una parte el deseo,
 y en otra parte el capricho?

Felix.

La reja abren.

Antonio.

Pues llegad,
 que yo hácia allí me retiro.

ESCENA II.

Dichos y Beatriz á la reja.

Beatriz.

¿Es don Felix?

Felix.

Y rendido

á la pena de esperar ,
casi llegaba á culpar
tu tardanza.

Beatriz.

Nunca ha sido
pena esperar , que si llena
de susto á la posesion
una breve dilacion ;
¿ por qué ha de llamarse pena ?
¿ Contrario efecto , no es justo
que á una causa se conceda ,
para que inferir se pueda
de una pesadumbre un gusto ?

Felix.

La gloria , Beatriz , de hablarte ,
con la esperanza se alcanza ,
luego tiene la esperanza
la culpa en aquella parte ,
que sentir toca al cuidado
la dilacion del empleo ;
luego es fuerza que al deseo
le dé la esperanza enfado.
Del sol una propiedad
lo diga en la noche fria ,
cuanto mas vecino al dia ,
es mayor la oscuridad.

Beatriz.

Si , mas si llega á advertir ,
que al mirar su rosicler ,
el empezar á nacer ,
es empezar á morir ;
¿ qué logra la posesion
del dia en su lucimiento ,
si es preciso , que al aumento
siga la declinacion ?

*

Auge es en la astrología
 no poder pasar de allí,
 y término él hasta aquí
 es de la filosofía;
 luego la esperanza mas
 que la posesion alcanza,
 si cuando va la esperanza,
 la posesion vuelve atrás:
 y poseido, ¿á perder
 llega estimacion tan grave,
 pues no le admira hoy quien sabe
 que mañana le ha de ver.

Roque.

¿Has oido aquello?

Antonio.

Si.

Si.

Roque.

¿Y dime, por vida mia,
 hablan en algaravía?
 porque yo nada entendí.

Antonio.

Sí deben de hablar, mas yo
 á estas horas solo entiendo,
 que me ésto de sed muriendo:
 ¿sabes, Roque, si hay, ó no,
 por aquí una casa, en que,
 ó aguas, ó aloja se venda?

Roque.

Que hay detras de aquella tienda
 una tabernilla sé.

Antonio.

¡Qué propia noticia tuya!

Roque.

Cada uno habla en lo que alcanza.

Felix.

Mucho os debe la esperanza.

Beatriz.

No os admire de que arguya
tan en su favor, porque
me está muy bien en tenella.

Felix.

¿Pues vos necesitais de ella?

Beatriz.

Y aun de dos.

Felix.

Eso nó sé;

¿de dos esperanzas?

Beatriz.

Si.

Felix.

¿Cuales son?

Beatriz.

Vos las sabeis,
que amais, y de amar debeis;
mirad, Felix, siendo así,
que la ha menester á dos
varias luces mi pesar,
si la debo lisonjear.

Felix.

No, qué de ninguna vos,
que necesitais, os digo.

Beatriz.

Mejor lo dirá mi estrella,
y mejor Angela bellá.

ESCENA III.

Dichos, doña Angela é Isabel á la reja.

Angela.

¿Quién la mete á usted conmigo?
y pues estoy acechando,
sin que me cause fatiga,
y sin que á mi padre diga,
señor, aquí andan parlando:
háblense allá sin que yo
entre en la danza.

Beatriz.

Tú aquí,
¿cómo, Angela?

Angela.

Como sí.

Beatriz.

¿No te acuestas?

Angela.

Como no.

Beatriz.

Bien ves como te he cogido
en el hurto, que no en vano,
en haber aquí venido,
te quise ganar de mano
á ver esto.

Angela.

¿Luego yo
soy sobre quien caen las quejas?

Beatriz.

Caballero, á aquestas rejas
no se habla.

Angela.

Mal año,.... no.

Felix.

Vamos de aquí ¡ ay infeliz!

Antonio.

¿Qué hay?

Felix.

Ver con la sombra oscura
á Angela con hermosura,
y con ingenio á Beatriz.

ESCENA IV.

Doña Beatriz, Angela, é Isabel.

Beatriz.

Ven tú, y cierra esa ventana.

Isabel.

¿Viste bien al hombre?

Angela.

¿Y pues?

¿no habia de verle?

Isabel.

¿Y quién es?

Angela

El hermano de la hermana.

Isabel.

¿Pues cómo zelosa al vello,
no sentiste que hable así
con Beatriz, quien te amó á tí?

Angela.

Tú tienes la culpa de ello.

Isabel.

¿Yo?

Angela.

Sí, que es muy fuerte cosa
querer que me acuerde yo,
si tú, mejorada, no

me acuerdas que estoy zelosa;

ESCENA V.

SALA EN CASA DE LEONOR.

Doña Leonor , é Inés con luces.

Leonor.

Inés, no me pesa oír
su queja; pero si ha sido
verse de mí aborrecido,
lo que le obliga á venir
con rendimientos, ¿ por qué
me tengo yo de quitar,
para volver á enfermar,
la cura con que sané?

Inés.

Dices bien: pero, señora,
quien de sanar busca medios,
aborrece los remedios
en el punto que mejora.
¿ Por cuanto pudiera ser,
que despechado dejára
de venir y te pesára?

Leonor.

Yo ne le he de oír ni ver.

Inés.

Mira, ya que mi señor
seguro está hasta la hora,
que es cada voz de la Aurora
clarín que rompe el albor,
no le oigas ni le veas;
mas deja que desde allí
pueda oírte y verte á tí:
yo finjiré sta que seas

sabidora para él ,
que soy yo la que me atrevo
á abrir la puerta.

Leonor.

No es nuevo
el lance.

Inés.

¿ Hay mas de que aquel ,
que le oiga de mala gana
cuando por viejo le nuevo ,
me le ponga hoy como nuevo ,
y me le vuelva mañana ?
¿ qué dices ?

Leonor.

No sé.

Inés.

¿ Voi ? di
presto sí ó no.

Leonor.

Qué sé yo.

Inés.

¿ Que sí has dicho ?

Leonor.

Que sí.

Inés.

Un no ,
que se sabe que es no , es sí. *Vase.*

Leonor.

Vé , ya que pensar me deja ,
si es cierto ó no el refran sabio ,
de que se duerme el agravio
al conjuro de la queja.

ESCENA VI.

Daña Leonor y al paño Inés, y don Luis.

Inés.

Mira que no te ha de oír,
ni ver.

Luis.

Bastante, Inés bella,
que yo pueda oirla y vella;
pues si tengo de decir
la verdad, desde aquel día
que Leonor se retiró,
á su principio volvió
la ignorada pasion mia.

Inés.

De un adagillo que á España
añadió Lope, se infiere....

Luis.

¿Qué?

Inés.

Quien piensa que no quiere,
el ser querido le engaña:
mas ya me vuelvo á finjir,
que con ninguno aquí hablaba.
No era nadie el que llamaba.

Leonor.

¿Y acabóse ya de ir
ese necio que á mis rejas
no deja de porfiar?

Inés.

Debiéronse de acabar
por esta noche las quejas,
que prevenidas traia,
y habrá ido á dar á hacer

otras nuevas que traer
para mañana.

Leonor.

¡Qué fria
cosa, pesada y cruel
es oír con desazon
los ecos de una pasión!

Inés.

Noramala para él,
si tu favor merecía,
siendo tú en quien asegura
el ingenio y la hermosura
su mejor medianería,
sin costarle en la atención
de nivelada igualdad,
lo hermoso una necedad,
lo feo una discreción.
¿Quién metió á la tal persona
en buscar caballerías,
hecho Infante Bobalias,
la Infanta Bobalindona?
Tienes sobrada razón
de enojarte: mas, señora,
él no nos escucha ahora,
toma la satisfacción,
que te dá, pues cosa es clara,
que perdon un yerro espera.

Leonor.

No bastára aunque me diera
tantas Inés...

Luis.

Si bastára,
si tú quisieras, Leonor, *Llega,*

Leonor.

¿Qué es esto?

Inés.

¿Pues cómo entraste
aquí?

Leonor.

El disimulo baste,
traidora, que....

Luis.

Tu rigor
no á Inés culpe sino á mí,
que no tiene culpa Inés
de mis despechos; y pues
tú no te dueles de mí,
déjala que ella se duela,
y no acuses su piedad,
que no dejas tu crueldad
para nadie; ya que apela
á tus plantas, Leonor bella,
mi culpa, oyeme en mi culpa,
no porque tengo disculpa,
mas porque quiero tenella.
Yo....

Leonor.

Señor don Luis, en vano
el satisfacerme es,
y püesto.....

Dentro Felix.

Una luz, Inés.

Leonor.

¡Ay infelice! mi hermano.

Inés.

Como llave maestra tiene,
entrar pudo.

Leonor.

¡Muerta estoy!

Luis.

¿Qué haré?

Felix.

¿No bajas?

Inés.

Ya voy.

Leonor.

Que te retires conviene
á ese camarín.

Luis.

Fuerza es. (1)

Inés.

¿Inventará esto el demonio?

ESCENA VII.

Dichos y don Felix.

Felix.

En mi cuarto, don Antonio,
con Roque esperad. Inés,
saca unos dulces, y de agua
un búcaro, porque tiene
sed un amigo que viene
conmigo.

Inés.

Oiga lo que fragua
la fortunilla.

Felix.

¿Leonor,
vestida á estas horas?

Leonor.

Sí,

¿pues cuando no me halla así

(1) *Escóndese.*

el dia , con el temor
 de los sustos y récelos ,
 en que hasta volver me tienes ?
 mas como siempre qué vienes ,
 te entras al instante (¡ ay cielos !) *ap.*
 en tu cuarto , no me ves
 si en vela ó dormida estoy.

Felix.

Don Antonio de quien hoy
 me hallo obligado , despues
 que ese loco le contó ,
 que yo enemigo tenia ,
 ni de noche ni de dia
 me deja , tanto debió
 mi amistad á su amistad ;
 conmigo al umbral llegó ,
 dijo que tenia sed , yo
 le dije , en mi cuarto entrad ;
 que del de mi hermana , Inés ,
 que siempre esperando está ,
 agua y dulces sacará :
 aquesta la causa es
 de haber entrado ; y en fin ,
 si oyéndome estas , ¿ qué aguardas ?
 ¿ cómo en ir por ello tardas ?
 Abre aquese camarín ,
 daca un barro.

Inés,

Si abriré.

Felix.

Y dulces.

Inés

En todo estoy :

vete tú que ya yo voy.

Felix.

Abre, yo los llevaré,
no pases tú allá.

Inés.

¿Hay mohina *ap.*
como esta?

Felix.

¿Qué sucedió?

Inés.

¿Para esto nos perdonó
el lance de la cortina?
la llave se me ha perdido.

Felix.

¿Has visto que torpe estás?

Inés.

No hallo la llave.

Felix.

Tú harás,
que la abra así: mas que ruido
dentro hay (1)

Inés.

¡Ay de mí!
ladrones deben de ser.

ESGENA VIII.

Dichos, menos Inés.

Felix.

Quien anda en él he de ver.

Luis.

Embarazarélo así, (2)
ya que al sentir que iba á abrir,

(1) *Quiebranse vidrios.*

(2) *Sale y apaga la luz*

por retirarme encontré
con los vidrios que quebré.

Felix.

O he de matar ó morir,
ó saber quien eres.

Leonor.

¡ Cielos, *ap.*
qué haré en tan fiero rigor?

Luis.

Toma la puerta, Leonor.

Leonor.

¿ Donde irán mis desconsuelos
á dar?

Luis.

Que á que no te siga
me quedo.

ESCENA IX.

*Don Felix, don Luis al paño, don Antonio y Roque
que con luces.*

Roque.

Acudamos presto
al miedo.

Antonio.

Trae luz ¿ qué es esto?

Felix.

Mi desventura os lo diga:
tomad esa puerta y no
salga ninguno.

Antonio.

Si haré.

Luis.

Mirad, don Antonio, en que
os empeñais, que soy yo.

Antonio.

¿ Quien habrá en el mando oido *op.*
tan nuevo lance , que pende
de ser mi amigo el que ofende ,
y mi amigo el ofendido ?
uno á mi favor espera ,
otro á mí se me declara :
¿ quien , sin que á alguno faltára ,
á entrambos favoreciera !

Felix.

Hombre , ya estoy contra tí ,
y en aquella puerta está
quien salir no os dejará.

Roque.

Yo tambien no estoy aquí ;
que siendo tres contra uno ,
si fin al refran no das ,
á tu lado me hallarás.

Felix.

Medio no te queda alguno ,
sino el morir ; ó decir
quien eres.

Luis.

Pues á escoger
me das , el medio ha de ser....

Felix.

¿ Cual ? di presto.

Luis.

El de morir.

Hacia don Antonio. *voy. op.*
Que me deis paso prevengo.

Antonio.

Ved si hay con quien vengo vengo ,
que hay con quien estoy estoy.

Luis.

Pues sea de esta manera. (1)

Felix.

A los brazos arrestado
con don Antonio ha llegado.

Roque.

Y aun rodado la escalera.

Felix.

Tras ellos, cielos, iré
¡ay enemiga Leonor!
á restaurar de mi honor
la parte que queda.

Roque.

¡Qué
te toca, Roque? quedarte
hasta que de empeño igual
lo que pasa en el portal
diga la segunda parte.

ESCENA X.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Alonso y doña Angela.

Alonso.

Mira, Angela, lo que dices.

Angela.

Muy bien mirado lo tengo;
y así, antes que te partas,
quise decírtelo á efecto
de qué este cuento te lles
hacia allá; porque sospeché
que oí decir que en los caminos

(2) Se entra abrazado de don Antonio.

suele hacer gran falta un cuento ;
 y este de que Beatriz sale
 de noche á la reja , pienso
 que no dejará de ser
 á criados y cocheros ,
 (pues las cosas de importancia
 tú no has de tratar con ellos)
 cuando no haya de que hablar ,
 de algun entretenimiento.

Alonso.

De que sea verdad , dos
 grandes conjeturas tengo ,
 ser necedad el decirlo ,
 y necedad el hacerlo.
 En Angela bien se vé
 guardarlo para este tiempo ;
 y en Beatriz , pues fue el amor
 la necedad del discreto.
 Ven acá , vuelve á decirme ,
 ¿ lo has visto ?

Angela.

Por estos mismos
 ojos que se han de comer
 mariposicas ; que aquello
 de los gusanos , señor ,
 no se ha de entender con estos.

Alonso.

Disimula , porque viene
 Beatriz.

ESCENA XI.

Dichos y doña Beatriz.

Angela.

Nací , para eso.

*

¿No sabes lo que á mi padre
le estaba ahora diciendo?
como en una reja anoche
estabas tomando el fresco,
y no mas. ¿No disimulo *ap.*
muy bien, señor?

Alonso.

Sí por cierto.

Beatriz.

Es verdad que anoche estaba
á la reja; pero á efecto
de que andaban por la calle
unas sombras, y queriendo
saber, señor, qué criada
les daba el atrevimiento,
que hay alguna que en tu casa
se conserva á mi despecho,
la reja abrí.

Alonso.

Ese seria,
á buen seguro el intento;
¿pero porqué esa criada
ha de estar?

Angela.

Porque no tengo
otra yo que sepa hacer
mas garambaynas del pelo;
y eso importa mas que esotro.

Alonso.

Pon tú, Beatriz, el remedio.
Disimule yo mejor, *ap.*
á pesar de algun recelo,
que aun ha quedado en el alma.

Sale el escudero.

Ya, señor, está dispuesto

todo, bien puedes bajar:

Alonso.

Beatriz, á Dios, que yo espero
sacarte de ese cuidado.

Beatriz.

Sabe Dios que el que yo tengo
es tu salud, y que solo
tu descomodidad siento.

Alonso:

A Dios, Angela; los brazos
me dad las dos; los extremos
bastan. Beatriz: por mi vida,
no llores.

Angela.

Yo para eso
no llorára por mi padre,
por esto diria el proverbio.

Alonso.

A Dios otra vez. Aunque *ap.*
nada al escrúpulo creo,
mucho al escrúpulo dudo,
pero no es para aquí esto.
Abrazadme vos, Mungia,
y esta noche el aposento *ap.*
vuestro procurad que esté,
sin que nadie lo vea, abierto,
y esperadme en él.

Escudero.

Ya sabes
con la fé que te obedezco.

Alonso.

Veré lo que hace esta noche, *ap.*
y tomaré, por lo menos,
resolucion para irme,
ó para valerme medio.

Angela.

¿Ven acá, lloras de veras?

Beatriz.

¿Llora alguien de burlas?

Angela.

Pienso,

que sí; porque yo mil veces
me suelo llorar riendo.

ESCENA XII.

Beatriz.

¡Válgame Dios, que de cosas
concurran á un mismo tiempo
á un pensamiento afligido!
dígalo mi pensamiento,
pues cuando por una parte
voy, llevada del afecto
de aqueste enigma de amor,
que le trato y no le entiendo,
me sale por otra parte
siempre Angela al encuentro;
¿pero qué mucho, qué mucho,
que aun no sepa lo que siento,
si como nocturno amor
de las sombras le alimento?
¡O cuanto!....

ESCENA XIII.

Beatriz y Leonor.

Leonor.

Beatriz, perdona,
si sin avisarte entro,
que hoy no piden atenciones
las fortunas, que corriendo

vengo á tus pies tan deshecha,
 que aun este manto sospecho,
 que es la tabla del naufragio,
 tan acaso hallada ; ay cielos !
 que es de una vecina á donde
 tomé anoche el primer puerto.
 Mi alma , mi vida , mi honor
 á fiar de tí , Beatriz , vengo ;
 que no me atreviera de otra.

Beatriz.

Sosiegate y cobra aliento :
 ¿ qué ha sucedido ? ¿ qué ha habido ?

Leonor.

Don Luis anoche (¡ yo muero !)
 entró en mi casa ; mi hermano
 en ella... ; Válgame el cielo ! *Desmayase:*

Beatriz.

En mis brazos sin sentido
 cayó con el desaliento ,
 y la pasión que traía ;
 y aunque del grave suceso
 que iba contando , el desmayo
 trocó el discurso tan presto ,
 introducidos en él
 Felix y don Luis , bien temo ,
 que de Felix el honor
 amancillado habrá esto...
 y aunque corre prisa , mas
 corre la de su remedio :
 Juana , Juana.

ESCENA XIV.

Dichas y Juana.

Juana.

¿ Qué me mandas ?

Beatriz.

Anda , por tu vida , presto ;
ayúdame á que á Leonor
á aquesa cuadra llevemos ,
que reservada á los cofres ,
detrás de mi alcoba tengo ;
que fuera dicha que nadie
la viera.

Juana.

Pues es á tiempo ,
que Angela con Isabel
está en el cuarto de adentro.

Beatriz.

Algo suceder habia ,
á pesar del hado fiero ,
en favor.

Leonor.

¡ Jesus mil veces !
En fin ¡ ay Beatriz ! riñendo
á mi hermano y á don Luis
dejé en mi casa , y (no puedo
proseguir) huyendo de ella...

Beatriz.

Pues no prosigas , que luego
lo dirás : alienta ahora ,
y cobrando algun esfuerzo ,
haz por descansar conmigo.

Leonor.

En vano , Beatriz , lo intento ;
que el corazon á pedazos
le está quebrantando el pecho.

Beatriz.

Pues ya ella se esfuerza á ir ,
encierrate por de dentro
con ella tú , mientras yo

¿ la deshecha me quedo
de desmentir las espías
de Angela : no ambas faltemos
juntas y entren á búscarnos.

ESCENA XV.

Beatriz.

Nadie la vió , todo esto
está solo , algo en favor
(otra vez á decir vuelvo)
en tanto tropel de penas
habia de sucedernos :
¡ más ay ! que el favor es uno ,
y ellas muchas ; y aunque el cielo
nunca deja los resquicios
tan cerrados al consuelo ,
que no pueda la esperanza
acecharlos entreabiertos ;
tan tomadas las desdichas
tienen los pasos , que pienso ,
que será facil hallarlos ,
pero no fácil vencerlos ;
siendo la mayor de todas ,
que el honor de Felix puesto
á las censuras esté ,
de quien sepa , por lo menos ,
la pendencia ; y por lo mas ,
que su hermana ; qué tormento !
falta de su casa. Hombre ,
á quien , ó de mi hado el ceño ,
ó de mi estrella el influjo
atrajeron á mi afecto ,
desaire en su honor , y yo
capaz de él , sin que...

ESCENA XVI.

Doña Beatriz y Juana.

Juana.

Ya ha vuelto
en sí, y dice que la veas.

Beatriz.

Pues en tanto, que yo entro
á verla, y á escribir, Juana,
dos letras, ponte corriendo
el manto.

Juana.

¿Donde he de ir?

Beatriz.

A buscar un caballero.

Juana.

¿Quién es?

Beatriz.

Don Luis de Mendoza.

Beatriz.

Aunque de vista, acudiendo
á esta calle, le conozco,
no sé donde vive.

Beatriz.

A eso
nos puede servir de algo
siquiera el conocimiento
de Isabel; y así, al descuido
se lo pregunta.

Juana.

En efecto
no hay mal que por bien no venga;
á obedeceros voy.

ESCENA XVII.

Beatriz.

Cielos,
 Felix restado, y su honor,
 y yo sabidora de ello,
 ¿y no tratar de enmendarlo?
 Eso no, que por mi mesmo
 pundonor debo acudirle.
 Tan vana soy en aquesto,
 que el tiempo de desairado
 presumo que le aborrezco.
 Y así, Felix, donde quiera
 que estás tu dolor sintiendo,
 alienta, vive, y respina,
 adivinando, ó sabiendo,
 que está seguro tu honor,
 pues yo en mi poder le tengo.

ESCENA XVIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix y don Antonio.

Felix.

No hay consuelo para mí,
 don Antonio, ni ha de haberle,
 viendo que aquel hombre; ay triste!
 cuando á salir se resuelve,
 llega con vos á los brazos,
 y tanta fortuna tiene,
 que desasido de vos,
 de vos, y de mí pudiese,
 tomando la calle; ay triste!

escapar tan velozmente,
que ni sé de él, ni de aquella
ingrata, tirana, aleve;
ni que debo hacer.

Antonio.

Yo sí.

Felix.

¿Pues qué aguardais?

Antonio.

Mirad, Felix,
la primera instancia, en casos
tan ásperos como este,
del acero es; la segunda,
del consejo: si la muerte
le hubiérades dado anoche,
desempeñarías valiente
el dolor, mas no el honor,
que es el que ahora os compete
desempeñar; que una cosa
es, que el fracaso me encuentre,
y otra, que le busque yo:
y así, lo que me parece
es, que el dolor tolerado,
en ambas instancias muestre,
que andando restado en una,
andubo en otra prudente.
Fuerza es, que quien es se sepa.
(¡Quién decirselo pudiese! *ap.*
pero fióse de mí,
y fuerza es, que Leonor fuese,
clara está, de él á ampararse.)
Y siendo, como se debe
presumir de su dolor,
en quien nada el lustre pierde,
lo que os toca es colorearlo,

ya lo dije , cuerdamente ,
 poneros , Felix , de parte
 del dolor , y hasta que muestre
 el veneno su malicia ,
 para que mejor recete
 su antídoto la cordura ,
 no hacer novedad ; no os eche
 nadie menos , ni repare
 en voz ni en semblante ; aliente
 el corazon hácia fuera ,
 aunque hácia dentro rebiente ;
 que los extremos de honrado ,
 tal vez ignorado , advierten ,
 y si aprovechan algunos ,
 dañan infinitas veces.
 ¿ Qué hiciérades sin dolor
 á estas horas ?

Felix.

Me parece ,
 que de Angela la calle
 pasára , porque tuviese
 su jurisdiccion el dia ,
 hasta que á la noche entre
 en otra jurisdiccion
 el alma.

Antonio.

Pues aunque os peso
 habeis de venir á ella.

Felix.

Porque se vea , que tiene
 ganas de sanar mi honor ,
 ningun remedio desprecie ;
 vamos , aunque es tan costoso ,
 como que de amor me acuerde ,
 y de él me olvide.

Antonio.

No olvida
quien se acuerda de que siente:

ESCENA XIX.

Dichos y don Luis al paño.

Luis.

No me bastaban , fortuna ,
las confusiones crueles
de no saber de Leonor ,
ni dónde , ni cómo fuese ,
¿ sino que añadirme quieras
la de que Beatriz pretende
hablarme ? ¿ qué me querrá ?
pero sea lo que fuere ,
pues el papel dice , que
seguro en su casa entre ;
veré que me manda.

Felix.

Oid ,
¿ don Luis no es aquel que viene
hacia casa de Beatriz ?
y aun en ella me parece
que entra.

Antonio.

¿ Qué intentas hacer ?

Felix.

¿ Qué quereis que hacer intente ?
lo que hiciera sin dolor ,
al ver que don Luis me ofende.

Antonio.

¿ Don Luis os ofende ?

Felix.

St.

Antonio.

¿Quién, cielos, haberle puede *ap.*
dicho que él es? Ved...

Felix.

Quitad,

pues vuestro consejo es este.

¿Don Luis? ¿Ah don Luis?

Luis.

¿Quién llama?

Felix.

Yo os llamo.

Luis.

¡Ay de mí! ¡don Felix, *ap.*

y demudado el semblante!

¿Si don Antonio le hubiese
dicho, que soy yo el de anoche?

Antonio.

Echada está ya la suerte *ap.*
con todo el resto á una mano.

Luis.

¿Qué mandais?

Felix.

Saber, que tiene
que hacer en aquesa casa,
don Luis, quien, ya que no ofrece
clara palabra, la da
á entender tácitamente
de no entrar en ella.

Antonio.

Menos, *ap.*
que yo presumí, sucede.

Luis.

Bien se vé, que don Antonio *ap.*
no le ha dicho que yo fuese,
y bien, cuando sobresalta

cualquier vara al delincuente;
 y pues lo mas nos mejora,
 no lo menos nos arriesgue.
 La palabra que á tino di
 cumpliré, el valor se esfuerce,
 que si vengo aquí, no vengo
 porque ver á Angela piense;
 y pues dar satisfacciones
 de como un hombre procede
 nunca puede ser desaire;
 Beatriz me llama por este
 papel; á ver á Beatriz
 vengo; y pues ella no tiene
 que daros pesar, ni yo
 porque el decirlo recele;
 pues ni el secreto me obliga,
 ni el escrúpulo me vence,
 tomad el papel, y á Dios.

ESCENA XX.

Dichos, menos don Luis.

Felix.

¿Quién creera, que si tuviese
 lugar el corazon, donde
 nueva pena se alimente,
 se le añadiera esta mas,
 de que Beatriz; pena fuerte!
 á don Luis escriba, y llame.

Antonio.

¿Cómo dice?

Felix.

De esta suerte.

*Lee. Pues podeis, sin que mi tio
 os sirva de inconveniente,*

*señor don Luis, os suplico
vengais al instante á verme,
que me importa, y os importa.*

Don Antonio, aunque deseche
en parte vuestro consejo,
no tengo de hacer en este
lance, con dolor, lo que
sin él hiciéra; que deje,
perdonad, de obedeceros.

Antonio.

¿Cómo?

Felix.

Como si yo hubiese
de obrar aquí, como obrára,
entrára donde supiese,
que me ofende con Beatriz,
quien con Angela me ofende;
mas no es bien que nuevo empeño
hoy nuevo escándalo empiece;
que una cosa es, que yo arguya,
que la palabra me quiebre,
y otra, que le informe; ay triste!
en duelos, que el duelo aumenten:
vamos de aquí, que no quiero
ningun delirio me fuerce
á errarlo.

Antonio.

Decís bien, vamos.

ESCENA XXI.

Dichos y Roque.

Roque.

¿Es hora de que te encuentre?

Feliz.

¿Qué me quieres?

Roque.

De Beatriz

en casa dejaron este
papel.

Dido.

Feliz.

¿De Beatriz? Oid!

pues nada hay que á vos reserve.

*Lee. Sin que esperéis, ni la hora,
ni la reja, entrad á veros
al anochecer, pues ya
no es mi tio inconveniente.*

Con unas mismas razones,

poco, ó nada diferentes,

á mí, y á don Luis escribe;

con que es forzoso, que cese

aquel primera motivo

de reportarme prudente,

y vaya á saber, que es esta,

supuesto que ya anochece.

A Dios quedad,

Vase.

Antonia.

Id con Dios.

Ahora tras los dos entre

á donde intente escondido

estar á lo que sucede:

cumpla yo mi obligacion,

y venga lo que viniere.

Vase.

Roque.

Tras ellos es bien tambien,

que yo por testigo entre,

y lo que viniere venga.

ESCENA XXII.

SALA EN CASA DE DON ALONSO.

Don Luis, doña Beatriz, y poco despues doña Leonor al paño. (1)

Luis.

A serviros obediente
vengo á ver qué me mandais.

Beatriz.

Pon ahí esa luz, y vete
donde puedas avisarme
si hácia aquí Angela viniere:
vos esperadme á esa parte:
cé, Leonor, cé.

Leonor.

¿Qué me quieres

Beatriz.

Que oigas, y no te descubras.

Leonor.

En todo he de obedecerte.

Luis.

¿Qué prevencion será esta?

Beatriz.

Señor don Luis, cuanto aleve
es el hombre, que á su amigo
en solo el gusto le ofende,
vos lo sabéis; y sabéis
que será en el honor. Este
principio asentado, vamos
á que siéndolo don Felix

(1) Juana pondrá una luz sobre un bufete, y se marcha.

vuestro , y siéndolo Leonor
 mia , á entrambos nos compete
 por él , por ella , por mí ,
 y por vos mismo , que enmiende
 el juicio lo que etró amor ;
 y así , entended , que á ponerme
 de parte de la razon
 os llamo , y... Allí anda gente:
 en tanto , que quien es miro ,
 retraos á ese retrete ,
 que si es quien sospecho , nada ,
 ni aun con el tiempo , se pierde ;
 pues lo que os dijera á vos ,
 será lo que á él le dijere :
 y así , ved que hablo con ambos. (1)

Leonor.

¿ Qué enigma , cielos , es este ?

ESCENA XXIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

Sola está Beatriz : ¿ pues cómo , *ap.*
 si don Luis llamado viene
 de ella , con ella no está ?
 mas no en discurrir me empeñe ,
 ni darme por entendido.
 Perdona , Beatriz , si á verte ,
 llamado de tu papel ,
 no vine tan velozmente ,
 como quisieran mis ansias.

Luis.

¿ Llamado de Beatriz viene

(1) *Escóndese don Luis.*

tambien don' Felix ? ¿qué es esto ?

Leonor.

¿Qué es lo que Beatriz pretende,
que á mi hermano tambien llama ?

Felix.

¿Qué mandas, pues, y que quíeres ?

Beatriz.

¿Perdido el color, la voz
torpe, el labio balbuciente,
á todas partes mirando,
uno dices, y otro sientes ?
¿qué miras ?

Felix.

Nada.

Beatriz.

¿Qué buscas ?

Felix.

No sé.

Beatriz.

Fuerza, es que recele,
si sabe algo de que aquí
Leonor está.

Luis.

El alma teme *ap.*

si es su cuidado pensar
si le engaño, y al no verme
con Beatriz, juzga que estoy
con Angela

Felix.

Porque no echés
de ver en mí, ni un cuidado,
ni otra nueva causa inventes ;
no admires, Beatriz, que cuando
el alborozo de verme
llamado de tí, debiera

traceme á tus plantas alegre,
triste me traiga un dolor.

Mi hermana (¡ Ah tirana alevé!
¡ai voy á mentir, qué mucho
que de su traicion me acuerde?)
á un accidente postrada,
queda en manos de la muerte,
y aun muerta para conmigo.

Leonar.

Nada en lo que finge miente,
que es verdad muriendo estoy.

Luis.

¡Qué escucho! (¡cielo, valedme!)
sin duda donde ella fue
á ampararse, y socorrerse,
él la halló, y para matarla
mas á su salvo, accidente
va entablando, que despues
mejor su venganza honeste.

Beatriz.

Mucho de tan gran desgracia
me pesa; pero consuele
saber que de esos achaques
se sana muy facilmente,
si se aplican los remedios
á tiempo, y como uno llegue,
la vereis mejor.

Felix.

No sé.

Beatriz.

Yo sí.

Felix.

¿Cómo?

Beatriz.

De esta suerte.

Hablemos, don Felix, claro,
que aunque es la verdad, don Felix,
que se tratan los achaques
tan penosos, como este,
sin que empacho á quien los dice,
y á quien los escucha cuesten;
con todo eso, cuando caen
en quien más, que tú, lo siente,
no es desdoro, y antes es
dicha, que doliendo empiecen
los remedios, que hay remedios,
que no sanan, sino duelen.
Males, pues, de amor, y honor
(no el oírlo te avergüence,
que en mí se ha quedado el rayo,
aunque hasta tí el trueno llegue)
son dos males tan contrarios,
que el alma que los padece,
implicándose uno á otro,
á sus mismas ansias muere.
Y son dos males tan uno,
que si á la cura obedieren,
y se convienen; el alma
mejorada convalece.
El remedio del amor,
es considerar, que pende
la inclinacion de un inflajo,
que domina, aunque no vence.
El del honor, advertir,
que no hay venganza tan fuerte,
como no tomar venganza
si hay otro fin que lo enmiende.
Con que de parte de amor,
á aquesas plantas, don Felix,
te suplico por Leonor,

que el pasado enojo temples.

Yerro dorados llamaron

á sus yerros, mayormente

cuando caen sobre sugeto,

que si tú elegirle hubieses,

no le eligieras mas noble

en los naturales bienes,

en los bienes de fortuna:

mas rico, illustre, y decorante.

Siendo así, ahora de parte

de Leonor otra, y mil veces

á tus pies, Felix, te pido,

que mires, que consideres,

que no hay quien se vengue, como

quedar bien sin que se vengue.

Lo ruidoso de la sangre,

por templado que se ouenta,

suená á agravio; pero cuando

se le embaraza el que tuene,

por mas que corra, ruidoso,

suená queja, solamente;

y siendo así que de amor

y honor, las suaves, leves

medicinas no te apliques,

y estar mejor te parece

ofendido que quejoso,

y vengado que prudente.

(esto es, que sepa don Luis *ap.*

que otro remedio no tiene:)

la que á tus plantas humilde,

postrada y randidamente

lloró, heroicamente altiva,

sabrá en tus manos ponerte

á tu enemigo, porque

tras lo lenitivo entra

lo cáustico: fuego, y sangre
 cauterizen tus crueles
 ansias, y quedas mejor,
 cuando con esto lo quedas.
 Dentro de mi casa está,
 de donde salir no puede;
 un caballo de mi tío
 en aquella esquina tienes,
 prevenidas estas joyas
 que para tu fuga llevas,
 y esta pistola en mi mano, (1)
 para que de tí no piensen,
 que ventajoso reñiste,
 conque si él te diere muerte
 se la daré en tu venganza;
 que aun muerto no quiero dejes
 de quedar siempre mejor.
 Mira á lo que te resuelves,
 pero no, no te resuelvas,
 sin que yo otra vez te ruegue,
 que acudas á lo mejor.
 De tu mismo honor te duele
 en tí y en Leonor, supuesto,
 que cuando muerto le dejes,
 y á tu casa vuelvas, ya
 podrá ser que á ella no encuentres;
 ¿pues qué haréis? huir forzados
 ella y tú; ¿será bien llevas
 tú contigo una desdicha,
 y ella otra, cuando puedes
 con no publicarla nunca,
 mejorarla para siempre?
 Yo te he pagado hasta aquí

(1) *Saca una pistola.*

qué hay por acá ?

Roque.

Don Antonio

y yo, á ver lo que os sucede
estábamos á esa puerta,
cuando un hombre, al sentir gente,
sacó la espada, diciendo...

Dentro Alonso.

Hoy vengaré con tu muerte
los agravios de mi casa.

Beatriz.

Mi tio : ¡ desdicha fuerte !

ESCENA XXV.

Dichos, don Alonso con la espada desnuda.

Todos.

Teneos, señor don Alonso,
que aqui ninguno os ofende.

Angela.

¡ Tan cerca estaba Sevilla,
que tan aprisa te vuelves ?

Alonso.

Todos me ofendeis, y en todos
me he de vengar.

Beatriz.

Señor, tente,
que cuantos están aqui,
á solo servirte atienden.
Leonor, sabiendo que estabas
desde esta mañana ausente,
á vernos vino esta tarde:
su hermano el señor don Felix,
viendo que ya era de noche,
para acompañarla viene

por ella , y esos señores
con él.

Angela.

Miente , señor , miente ,
que Leonor no ha estado acá
esta tarde. ¡ Que tú pienses ,
que has de salirte esta vez
con los engaños que sueles !
que me ha reñido Isabel ,
que zelosa no me muestre ,
y he de mostrarme zelosa.

Alonso.

¿ Zelosa de quien ?

Angela.

De este ,
el primero , que casarse
conmigo , señor , pretende.

Luis.

¿ Si casado con Leonor
estoy , cómo eso ser puede ?

Angela.

Pues será de estotro , que
tambien aqui por mí viene.

Felix.

¿ Cómo ? si yo de Beatriz
soy esposo porque muestre ,
que entre ingenio y hermosura ,
el que puede elegir , debe ,
si para dama la hermosa ,
para muger la prudente.

Angela.

Pues ello ha de ser alguno ;
ya que no hay otro , sea este.

Antonio.

¿ De mí zelosa ? ¿ de cuando

acá ;

Angela.

De cuando ello fuere,

Alonso.

Caballero , que Leonor
á ver á Beatriz viniese ,
Felix por su hermana , y que
se case con Beatriz Felix ,
es creer lo que está bien ;
pero no que se sospeche ,
que á vos os hallo en mi casa ,
y que mi honor no remedie ;
dadle á Angela la mano.

Antonio.

¿ Yo ?

Felix.

¿ Qué mal estaros puede ,
si sois pobre y ella rica ?

Antonio.

Ahora bien , coma y rebiente ;
echad esa mano acá.

Angela.

Ahora bien , tomad.

Alonso.

Como eche
los escándalos de mí ,
mas que bien ó mal se emplee.

Roque.

Con que dirá la comedia ,
aunque á don Antonio pese....

Todos.

Que para dama la hermosa ,
para muger la prudente.

Cual es mayor perfeccion.

Para probar el autor que la discrecion es mas poderosa que la hermosura imaginó dos caractéres opuestos ; el de Beatriz , fea , discreta y entendida , y el de Angela , hermosa , pero necia ; formó la intriga presentando á don Felix y á don Luis enamorados de esta , y á doña Beatriz del primero , y distribuyó las situaciones de modo que doña Angela quedase desairada de los dos sugetos que la pretendian , su prima alcanzase la mano de su amante , y don Luis cumpliese á doña Leonor la palabra de esposo que la habia dado antes de conocer á doña Angela. Este asunto es interesante , y está desempeñado con la ingeniosidad propia del poeta. La accion , sin embargo , es menos ingeniosa y no tiene tantos incidentes como otras comedias suyas : los amores de don Luis y doña Leonor estan bien enlazados con el asunto principal y contribuyen al desenlace. Tiene lances y situaciones muy oportunos y verosímiles : veanse particularmente las últimas escenas del primer acto ; la VI. y siguientes del segundo y la VII. y VIII. del tercero. No se reparten con profusion en esta comedia , como en otras de Calderon , las estocadas , ni se repiten en cada acto los desafios : el de los dos amigos , don Felix y don Luis , no se verifica por las acertadas y cuerdas reflexiones de don Antonio. La escena en que los reconcilia es una de las mejores de esta pieza ; está bien imaginada , y perfectamente desenvuelta y dialogada.

Desde la primera escena conoce el espectador los dos caractéres principales , pintados en pocos versos,

con admirable exactitud, por doña Leonor. De doña Beatriz dice

En mi vida
 ví muger mas entendida,
 que lo es la Beatriz, testigo
 sea con aplauso justo,
 en las burlas, el buen gusto;
 en las veras, la cordura;
 en lo que cuenta, el donaire;
 en lo que dice, el cariño;
 en lo que viste, el aliño;
 y en todo en fin, el buen aire,
 tanto, para que concluya,
 los méritos de Beatriz,
 que me tengo por feliz
 solo en ser amiga suya.

La descripcion del carácter de doña Angela, ademas de ser muy propio, tiene una gracia tan fina é ingeniosa en la expresion que encanta.

La hermosura para mí
 no es alhaja, mayormente
 hermosura solamente,
 tan á solas, que no ví
 sentidos que mas en calma
 digan; hermosa me soy,
 y no mas: mil veces voy
 á ver donde tiene el alma,
 creyendo que es escultura,
 y solamente la encuentro
 una fantasma que dentro
 anda de aquella hermosura. &c.

Don Antonio es un personaje agradable y gra

cioso : no está enamorado ; ni lo ha estado nunca , y se burla de las exageraciones de los amantes. Don Pedro Calderon , que agotó su ingenio en la espresion alambicada de estos caractéres en muchas comedias suyas , parece que quiso criticar este defecto por boca de don Antonio. Asi dice en la escena VI. del primer Acto.

De estos hipérboles , llenos
de crepúsculos y albores,
el mundo cansado está:
no los dejátemos ya
ni quiera por hoy ? Señores,
¿ que nunca me pase á mí
esto de una muger ver
que sea mas que una muger ?
En cierta ocasion me vi
en casa de una señora,
de quien decían que era
el Albañan pordiosera,
y su meidiga la Aurora.
A oscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbrió
hasta que en la cuadra entró
un cándil de garabato.

Mirad que sol tan civil,
el que arrastrando despojos
no puede hacer que sus ojos
alumbren lo que un cándil.

Y mas adelante , hablando de doña Angela.

La cándida beldad leve,
que sierpecilla de nieve,
tigrecito de cristal ,

como á negros nos trató no le...
 el día del Ángel...

El poeta, sin embargo de haber pintado á don Antonio con un carácter independiente y libre del amor, le casa con doña Angela á quien no tiene la menor inclinacion. Es verdad que don Alonso, defendiendo el pundonor caballeresco, y esculpido de aquel tiempo, no podia permitir que su hija quedase sin marido, y debia serle el único hombre que se hallaba soltero, entre los tres que habia sorprendido en su casa. Don Antonio, en quien parecia natural la resistencia, se conforma sin ninguna dificultad, y esto es, á nuestro parecer, un poco violento á pesar de la reflexion que le hace don Felix, mayormente cuando el espectador ignora hasta aquel momento su pobreza. El poeta pudo haberlo indicado antes en el curso de la accion, y haber presentado á este personaje con alguna inclinacion al interés por su necesidad, al mismo tiempo que indiferente á la hermosura por su carácter. Queremos que el desenlace hubiera sido entonces mas verosimil y natural. La versificacion es fácil y armoniosa, y el estilo menos artificioso, que en la comedia anterior: quizá sería la presente una de las que compuso en su juventud.

... el sup...

... sup...

... abanq...

... el cond...

... I

...

...

...

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

	Página
<i>El Astrólogo fingido</i>	3
<i>Examen.</i>	121
<i>Dar tiempo al tiempo</i>	125
<i>Examen.</i>	274
<i>El Tetrarca de Jerusalem.</i>	277
<i>Examen.</i>	411
<i>Cual es mayor perfeccion.</i>	418
<i>Examen.</i>	573

Account of the ...

INDEX

3
121
122
174
175
176
177
178
179

17
 17
 17

